Viaje a un Nuevo Mundo

Enric Juliana y Esteban Hernández

Claves para entender el desorden mundial. Europa y España ante el cambio



arpa

VIAJE A UN NUEVO MUNDO

Enric Juliana y Esteban Hernández

VIAJE A UN NUEVO MUNDO

arpa

© del texto: Enric Juliana y Esteban Hernández, 2026
© de esta edición: Arpa & Alfil Editores, S. L.

Primera edición: marzo de 2026

ISBN: 979-13-87833-64-0

Diseño de colección: Enric Jardí
Diseño de cubierta: Anna Juvé
Maquetación: El Taller del Llibre
Producción del ePub: booqlab

Arpa
Manila, 65
08034 Barcelona
arpaeditores.com

Reservados todos los derechos.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio sin permiso del editor.

ÍNDICE

Introducción. El año que viviremos nerviosamente

1. Señales de época: deseos de venganza, demanda de orden
2. Valores de época. El siglo del espíritu y las señales de orden
3. El significado de la geopolítica. Europa y el hilo de penélope
4. España a la luz del mundo
5. La España del «nosotros primero». El regreso de torcuato

Epílogo

Motivos de una conversación

INTRODUCCIÓN

EL AÑO QUE VIVIREMOS NERVIOSAMENTE

ENRIC JULIANA: 2026 empezó enseñando los dientes. Apenas nos habíamos deseado un feliz año —una convención que la noche del 31 de diciembre muchas personas cumplieron con verdadera aprensión—, enero ya nos mostraba un Nuevo Mundo. Esteban, te propongo un viaje a ese Nuevo Mundo. Hablemos de lo que viene. El año empezó con el secuestro del presidente de Venezuela a cargo de un comando especial de Estados Unidos, con el objetivo de convertir ese país en un protectorado. Un protectorado que debería permitirle el control de la industria petrolera venezolana y, sobre todo, reafirmar la autoridad del dólar en el mercado internacional de hidrocarburos. No me cansaré de subrayar este último aspecto.

El año empezó también con el asesinato a sangre fría de dos ciudadanos en Minneapolis (Minnesota), primero una mujer, después un hombre, ambos blancos, en sendos incidentes con los agentes del Servicio de Inmigración y Control de Aduanas (ICE), comandados por un tipo que unos días después se paseaba por la ciudad con un abrigo de oficial nazi. Ambos fueron tiroteados a bocajarro. Ella discutió con los agentes y movió su coche. Él los estaba grabando con su teléfono móvil. El ICE se está convirtiendo en la policía política del trumpismo. No hay autoritarismo sin milicia.

El año comenzó con la amenaza norteamericana de invadir la isla de Groenlandia si Dinamarca se niega a venderla. La invasión significaría el final de la OTAN. Trump quiere Groenlandia como sea.

El año comenzó con una ofensiva penal contra el presidente de la Reserva Federal de Estados Unidos, Jerome Powell, instigada por el Departamento de Justicia. Powell fue nominado por el presidente Donald Trump en 2017, durante su primer mandato, cuando todavía

se movía con pies de plomo. Fue ratificado en el cargo por Joe Biden. Ahora se lo quieren cargar. El movimiento trumpista considera que hizo demasiadas concesiones al «Estado profundo» durante su primer mandato. Quieren a un presidente de la Reserva Federal totalmente alineado con la Casa Blanca. ¡Abajo los contrapoderes! El Nuevo Mundo quiere cesarismo.

El año empezó con más de dos mil muertos en Irán, a consecuencia de la represión de las protestas contra el régimen de los ayatolás. Irán ha perdido la guerra *proxy* contra Israel y ha estallado por dentro. El régimen fundamentalista surgido de la revolución de 1979 está muy desacreditado y la única alternativa visible es el hijo del derrocado sha. Oriente Medio se está reconfigurando y en estos momentos los vencedores son Israel, Estados Unidos y Arabia Saudí.

China empezó el año encajando tres golpes seguidos: pérdida de influencia en Venezuela, debilitamiento de Irán en Oriente Medio, y fortalecimiento de Israel y Estados Unidos con la futura instalación de una base naval israelí en Somalilandia, al lado de Yibuti, país en el que China tiene su única base naval en el extranjero para vigilar el golfo de Adén y el estrecho de Bab el Mandeb. Todos vigilan a todos en la puerta del mar Rojo.

La Unión Europea, desorientada. Movilización de todas las derechas populistas europeas para apoyar la reelección de Viktor Orbán en Hungría en abril. Esas elecciones húngaras van a ser verdaderamente importantes. Todos los «patriotas» europeos (Hermanos de Italia, Liga de Salvini, Agrupamiento Nacional francés, Vox, Chega, los ultranacionalistas polacos de Ley y Justicia...) se han puesto en línea para defender a Orbán. En esa línea también está Benjamin Netanyahu. Evidentemente ahí estarán los potentes servicios de propaganda norteamericanos y rusos, las redes, los *bots*, Elon Musk no faltará a la cita. Todo el bloque reaccionario internacional se concentrará a las puertas de Budapest para derrotar a Péter Magyar, el candidato de oposición que lideraba los sondeos a principios de invierno, un exmilitante del partido de Orbán que se ha rebelado y promete una regeneración del poder con una mejor relación húngara con la Unión Europea. Elecciones de época. Una gran batalla política en el centro de Europa, con Estados Unidos y Rusia en el mismo

bando. Si cae Orbán, pierden un castillo importante. El castillo húngaro actúa de nexo entre Donald Trump y Vladímir Putin, entre la fundación Heritage y los foros nacionalistas rusos.

En pocas palabras, el año comenzó con un manifiesto: el Nuevo Mundo va a ser un lugar más duro y despiadado. Toda situación caótica, sin embargo, tiene una red nerviosa. Tiene líneas principales. Creo que la principal línea de fondo es la voluntad de Estados Unidos de frenar a China. La Administración norteamericana está dispuesta a hacer lo que sea necesario para acotar la influencia de China en el continente americano y en Oriente Medio, e intentará reblandecer la alianza entre China y Rusia, que ya estuvieron peleados en los años sesenta y setenta del siglo pasado, en tiempos de la Unión Soviética. La operación de Venezuela tenía como primer e inmediato objetivo desbaratar la exportación de petróleo venezolano a China sin pasar por el dólar. El crudo se exportaba a través de una red de mercantes fantasma y Pekín pagaba con su divisa internacional y con criptomonedas en cuentas abiertas en China. Un circuito ajeno al dólar. Un circuito que otros países podían imitar. Irán, Rusia, Brasil, quizá la propia Arabia Saudí... Ello significaría romper el ancla de 1974. Me explico: en 1971, Nixon da por finalizada la paridad del dólar con el oro, acuciado por los costes de la guerra de Vietnam y los gastos sociales necesarios para mantener el consenso interno mientras los soldados caen en Indochina. En 1973 estalla la gran crisis del petróleo. Irritados por el apoyo occidental a Israel en la guerra del Yom Kipur, los países árabes suben los precios. La industrialización occidental ha madurado, consume mucho petróleo, y ellos quieren ganar más dinero. El precio de los carburantes se multiplicó por cuatro. En España, el golpe acabaría siendo muy duro. La conflictividad social que aceleró la transición española no se entiende sin la crisis del petróleo. En 1974, Estados Unidos y Arabia Saudí llegan a un acuerdo para usar siempre el dólar en las transacciones de hidrocarburos, acuerdo que se extiende a los demás países productores. Estados Unidos abandona el patrón oro y podríamos decir que crea el patrón petróleo. Los petrodólares garantizan desde entonces la fortaleza del dólar en el mercado internacional. Son la clave de bóveda de la economía financiera norteamericana. La

creación de nuevos circuitos internacionales de compra de materias primas ajenos a la divisa norteamericana es una amenaza directa a su estabilidad económica. Venezuela y China habían creado un laboratorio financiero, pequeño si se quiere, que podía amenazar la economía de Estados Unidos si otros países multiplicaban esos mecanismos. La toma de Venezuela es una seria advertencia a esa nueva entidad, no del todo definida, que ha adoptado el nombre de Sur Global.

Tomando el control estratégico de la industria petrolera venezolana, podríamos decir que Estados Unidos adquiere voto en la OPEP, la Organización de Países Productores de Petróleo, que tanto peso ha tenido en la economía global. No van a inundar el mercado con petróleo venezolano, no les saldría a cuenta y hace falta mucha inversión para modernizar la capacidad de extracción de ese país, pero el control político de las reservas venezolanas se convierte en capital estratégico y en un poderoso factor de disuasión. Adentrándose en la línea del protectorado, Estados Unidos envía mensajes muy específicos a México y Colombia, a Cuba, por supuesto, y en general a todos los países latinoamericanos.

La segunda línea principal nos conduce a las elecciones legislativas de medio mandato en Estados Unidos, que Donald Trump y el movimiento MAGA querrán ganar como sea —subrayo: como sea—, para afianzar su hegemonía y asegurarse un largo recorrido en el poder. Para ello necesitan tranquilidad económica, proyección de fuerza, golpes de efecto que monopolicen la atención del público, gestos de autoridad que disuadan a los adversarios, gestos de crueldad que asusten a los disconformes y a los adversarios. Creo que no adoptarán ninguna iniciativa que conduzca a un escenario de guerra permanente. La guerra prolongada desgasta. Esto lo aprendieron en Vietnam, y lo volvieron a aprender en Afganistán e Irak.

Trump prometió a sus electores que vivirán mejor, que Estados Unidos volverá a ser grande de nuevo y que no habrá más guerras; al contrario, prometió que intentará reducirlas. Protectorado en Venezuela, exigencia de que la bandera de Estados Unidos ondee pronto en Groenlandia, nuevos mapas del mundo en imprenta, revisión de todos los atlas escolares. Humillación de los dirigentes

políticos europeos en beneficio de las extremas derechas locales. Topes a la silenciosa expansión de China en el mundo, con un mensaje híbrido a Rusia: podemos entendernos, si enfriáis vuestra alianza con China.

Todo ello en manos de un «rey loco», según la caracterización dominante de los diarios liberales. No creo que Trump esté loco. Tiene una personalidad fuera de lo común, eso es evidente. Un ansia de protagonismo insaciable. Todo lo que queráis, pero mantiene una comunicación racional con un programa estudiado y escrito por gente muy cuerda. Ronald Reagan tuvo un papel parecido a partir de 1980, en otras coordenadas culturales. ¡El actor, el *cowboy*!, se decía entonces. Comparado con Trump, Reagan tenía la formalidad de Aitor Esteban. Era un gran comunicador político en una época en la que el *frikismo* aún no había tomado el poder. Ante las cámaras de televisión, Trump es una máquina trituradora. El «rey loco» magnetiza y controla. El «rey loco» se alimenta de la energía de sus millones de detractores. Se habla de lo que él quiere que se hable. Otros grandes demiurgos provocaron estragos desde la tribuna hace ya décadas. La historia enseña, pero no tiene alumnos.

ESTEBAN HERNÁNDEZ: La aplicación de la política internacional de Trump, que había sido expresada sin ambages en la Estrategia Nacional de Seguridad, ha supuesto un *shock*, a pesar de que el presidente estadounidense había anunciado lo que iba a hacer con mucha antelación, desde la misma campaña electoral. Incluso se redactó un Proyecto 2025 para anticipar los primeros meses de mandato. La sorpresa que han supuesto las acciones de Trump para buena parte de las élites liberales solo es superada por la indignación. Hay algo que les resulta imperdonable en los actos de Trump, que me recuerda aquello que decía Marco d'Eramo acerca de que la mejor arma conceptual era despojar a la realidad de eufemismos: «¿Qué han hecho los grandes pensadores subversivos más que desenmascarar los eufemismos? Ese fue el poder de Maquiavelo al contar que la moralidad de la política no tiene nada que ver con la política de la moral: y durante siglos el *establishment*, del color o régimen que fuera, nunca le perdonó haber revelado al vulgo ese secretillo». Trump

está actuando dentro de la misma lógica: hace explícita la relación entre poder y legalidad, y eso genera muchas heridas en quienes habían apostado por el poder de los eufemismos. Si en Venezuela hubiera actuado con la excusa de la implantación de la democracia, y no mediante la declaración desnuda de sus intereses, todo habría resultado conforme. Mucha gente se habría puesto de su lado mientras gritaban libertad y democracia: podían ponerse del lado del ganador al mismo tiempo que conservaban la superioridad moral. El *shock* consiste en eso, en un mundo sin eufemismos. Pero solo es un *shock* para quienes se olvidaron de la historia y han estado ausentes de la realidad estos últimos diez años.

Parece que el caos y la agitación son la constante de estos tiempos, y ahí encaja bien la narrativa de un emperador loco. No es así. Estamos inmersos en un proceso de recomposición que abarca todos los planos: geopolítico, político, social y económico. En lo que se refiere a lo primero, de fondo está el cortafuegos a China, la gran potencia productiva que absorbe más o menos un tercio de la producción industrial mundial. Estados Unidos, como todos los imperios en su otoño, se ha convertido en una potencia financiera. Las finanzas contra la producción es el marco que define los problemas, a gran y a pequeña escala, de nuestro mundo. Y para que lo financiero continúe teniendo eficacia coercitiva y normativa se precisan anclas con las que sujetar las amenazas. El ejército, la fortaleza militar y de seguridad, inteligencia incluida, es la primera de ellas. El petróleo es otra. Controlar el mercado del crudo implica tener influencia sobre sus precios, limitar las posibilidades de potencias rivales y asegurar las propias. Implica también desalentar las tentaciones de crear circuitos alternativos al dólar, como señalas. El dominio del petróleo va a la par de las tentativas para debilitar las energías renovables, que tienen características perjudiciales para la potencia imperial: se pueden producir localmente, lo que implica menor dependencia exterior, y están ligadas a la fabricación y exportación chinas.

Sin embargo, Estados Unidos necesita algo más, y por eso regresan las zonas de influencia, pero sobre todo el espacio vital, el *Lebensraum*, a escala global. Estados Unidos precisa de presencia en el Ártico, y por eso las tensiones con Canadá y Groenlandia y el deseo de

acordar con Rusia, pero también Oriente Medio y su energía y capitales, Europa y su mercado, Latinoamérica y sus flujos migratorios y el límite a los vínculos con China. Washington necesita acceso a todos aquellos bienes necesarios para desarrollar sus proyectos, como son las tierras raras y los minerales: la gran apuesta estadounidense para asegurar su preeminencia es la tecnología (con sus vínculos con lo financiero, ya que está canalizando los capitales mundiales hacia ese ámbito). Espacio vital significa asegurar la ligazón con Estados Unidos de las zonas geográficas que le son necesarias. Los instrumentos que está desplegando para afianzar su presencia son variados: aranceles, presión financiera, intervenciones militares, apoyo a partidos afines de otros países.

No estamos ante el regreso del viejo mundo, sino ante la emergencia de uno nuevo. Estados Unidos lo lidera: finanzas, seguridad, energía y tecnología son sus armas. Por eso este es un momento tan geopolítico como *polanyiano*; es una reacción tanto como una revolución. Un orden se ha agotado y emerge otro. Un buen retrato de ese Nuevo Mundo aparece en los modelos económicos que defienden Estados Unidos y China. Washington aboga por la liberación de las energías capitalistas, por la construcción de una esfera privada mucho menos sujeta a las regulaciones y las normativas estatales. Las funciones típicas del Estado y de las empresas ligadas a él están siendo reemplazadas en su función por actores externos. Siempre se insiste en la asistencia sanitaria o en la educación, que son privadas en Estados Unidos, pero ocurre en otros muchos ámbitos. El pulso financiero no lo marcan los bancos, sino los *hedge funds*, el *private equity*, el capital privado o los fondos de gestión pasiva, que canalizan capitales de todo el mundo hacia la esfera estadounidense. Son ellos los que realizarán las inversiones en tecnología, en construcción de infraestructuras como centros de datos, en adquisición de firmas clave. La esfera de seguridad está penetrada por empresas como Palantir. La militar por firmas como Blackwater, cuyo CEO, Erik Prince, asegura que las fuerzas mercenarias pueden ser mucho más útiles en el plano militar que el desplazamiento de gran cantidad de soldados regulares. La NASA es SpaceX. La información son Google y Meta. La gestión de la administración se hará mediante

inteligencia artificial que será proporcionada por empresas privadas. Trump aboga por hacer más profundo ese vínculo entre las empresas privadas y las funciones estatales: liberación de las energías capitalistas.

El otro modelo es el chino, que ha convertido el comunismo en planificación estatal desarrollista. El partido dirige el proceso, pero dejando un margen amplio a la iniciativa privada, con un tipo de capitalismo a veces feroz, pero siempre supeditado a los planes de desarrollo que trace Pekín. El enfrentamiento entre estos dos sistemas supone un desplazamiento de eje desde la anterior guerra fría, cuando se enfrentaban el comunismo centralizado y un capitalismo desarrollista acompañado por el estado del bienestar. El eje se ha movido en una dirección poco favorable para la cohesión social.

Ambos modelos tienen ofertas internacionales diferentes. Washington insiste a los países de su esfera en que deben supeditarse a su ámbito a cambio de seguridad; si no, sufrirán las consecuencias que aparejaría la separación. Pekín ofrece desarrollo a los países ligados a él. Estados Unidos quiere reconstruir el orden internacional; China, continuar con el de la globalización, con el multilateralismo y la resolución de conflictos en unas instituciones internacionales que le concedan mayor peso. Son dos imperios, cada uno con sus bazas, pero que actúan como imperios, lo que siempre supone un margen de acción limitado para sus socios; una cosa es lo que se ofrece y otra lo que se da.

Y todo esto nos lleva a ese punto clave que serán las elecciones de 2028, el momento en que se decidirá si el proyecto de Trump, que cuenta con elementos ideológicos muy marcados, tendrá continuidad. Es decir, si este mandato supone un cambio de época, similar a la de Roosevelt o a la de Reagan, en la que se consagrará la hegemonía del partido en el poder. El ámbito republicano está convencido de ello, cree que habrá dominio conservador durante muchos años. Las elecciones de medio mandato que señalas son importantes porque darán pistas al respecto y porque obligarán a reaccionar a los perdedores. Y son importantes también porque ponen sobre la mesa ese aspecto incómodo para las potencias imperiales que es la cohesión interna. Es necesaria una legitimidad en el ejercicio del poder que

ahora está rota y cuya recomposición no termina de adivinarse en un país dividido.

La incomodidad en el frente interno es doble para Trump, porque tiene que conciliar dos programas aparentemente incompatibles. Su triunfo electoral se apoyó en la promesa de que los estadounidenses mejorarían su nivel de vida, contarían con empleos mejor pagados, los precios bajarían y podrían llevar una vida materialmente digna, como en las buenas épocas de la clase media. De momento, no hay nada de eso. Ha cambiado muchas cosas en poco tiempo, pero los precios de los bienes básicos continúan siendo muy elevados, los buenos trabajos no han hecho acto de presencia, la reindustrialización no es más que una esperanza y el poder adquisitivo de los salarios no mejora. Este será un tema crucial en las elecciones de mitad de mandato, en parte por la aparición de Zohran Mamdani, el nuevo alcalde de Nueva York, y por la inspiración que ha supuesto para el programa de otros candidatos demócratas. Si Trump no cumple lo prometido, los rivales políticos tendrán su oportunidad. Pero para que la administración republicana lleve a efecto el compromiso que contrajo, no le queda más remedio que tomar medidas que limiten a los mercados, que pongan freno al capital y que intervengan en la vida económica de manera favorable al ciudadano común. Eso choca de frente con el programa de liberación de las energías económicas que ha distinguido su acción de gobierno. En especial, porque el regreso a la soberanía obliga a encontrar un equilibrio capital-trabajo que no estaba presente en la época de la globalización. Tiene que ofrecer algo a los suyos que les sirva para la economía cotidiana, y solo puede hacerlo poniendo límites al libre mercado.

ENRIC: Creo que has explicado con mucha claridad la morfología del trumpismo. Te envidio. Solo por ese arranque creo que este libro ya vale la pena. Hablas de las contradicciones del movimiento MAGA. Pactan por arriba con los oligarcas tecnológicos, trabajan para liberar todas las energías del capitalismo norteamericano para frenar a la potencia china, basada en la manufactura, la planificación y la paciencia, y a la vez deben satisfacer por abajo un programa que prometía mejores salarios, precios más asequibles, potencia patriótica

y una vida más tranquila en el porche de casa a las seis de la tarde. Esas expectativas materiales no se están cumpliendo. Veremos cómo se llega a las elecciones de medio mandato en noviembre de 2026. Veremos en qué condiciones se celebran esas elecciones.

Pero están surgiendo otros factores de discordia interna. La constante exhibición pública de la crueldad hacia los inmigrantes, para atemorizarles y obligarles a marchar del país, para disciplinar a los que puedan quedarse, para acabar creando el chivo expiatorio que necesita toda sociedad en transformación, está generando una reacción social que no menospreciaría. El horrendo asesinato de Charlie Kirk en septiembre de 2025 galvanizó a la esfera MAGA y obtuvo el respeto del resto de la sociedad. Los agentes del ICE empiezan a ser odiados después del asesinato en enero de 2026 de Renee Nicole Good, aquella pobre mujer de Minneapolis tiroteada a sangre fría. Las imágenes dieron la vuelta al mundo, el asesinato conmovió a otra parte muy grande de la sociedad norteamericana. Conmovió a mucha gente en todo el mundo. Hay perturbados que disparan desde los tejados con un fusil de mira telescópica y hay perturbados que visten el uniforme del ICE y desenfundan ante el mínimo movimiento. Hay una diferencia. Los primeros son abatidos o apresados por el FBI. Los segundos cuentan con el apoyo del aparato del Estado. La impunidad de las milicias. No hay autoritarismo sin milicias. Este es un asunto muy grave. Creo que esta es la seña más siniestra del Nuevo Mundo. A finales de los años setenta, la defensa de los derechos civiles era culturalmente hegemónica en Estados Unidos. Ahí cayó Richard Nixon. «La culpa es de los periodistas y de los profesores», dijo antes de presentar la dimisión. De alguna manera, Trump lleva a cabo la venganza de Nixon. De joven, Trump fue un gran admirador del presidente Nixon. Sin embargo, creo que persiste en Estados Unidos un fuerte trasfondo antiautoritario. Hay un movimiento civil antiautoritario y una cultura religiosa cristiana muy difusa que no se siente totalmente atada al poder. Alcaldes, maestros, obispos católicos y mucha gente común se han puesto en pie.

Las mujeres de Irán quemando los velos en la plaza pública, porque ya están hartas. Los sesenta mil muertos de Gaza, muchos de ellos masacrados con la ayuda de la inteligencia artificial. Los

manifestantes asesinados en Irán por la policía y las milicias fundamentalistas. Esa madre de Minneapolis a la que un policía enmascarado le pega tres tiros en la cara. Autoritarismo y milicias. Son manifiestos de nuestra época.

ESTEBAN: Déjame que dé un pequeño rodeo para afrontar este asunto, que me parece crucial. Cuando hacen acto de aparición los imperios, la resistencia suele aparecer en forma de movimientos anticoloniales. En la época global, las revueltas eran contra una civilización, la occidental, y se articulaban mediante grupos difusos ligados a la religión, como el islamismo. China todavía era un socio. Hubo un eje del mal, con los Estados que se resistían al orden global liderado por Estados Unidos. Ahora es otro momento. Vuelve la soberanía y revive el sentimiento anticolonial, pero de formas sorprendentes.

El pulso anticolonial aparece en el discurso que Trump mantuvo para ganar las elecciones, y más aún en el que ha sostenido tras su victoria. Trump repitió que su país estaba en decadencia y que las causas del declive eran evidentes: Estados Unidos, el país más importante del mundo, estaba siendo explotado por un sistema que favorecía a una China que se había quedado con las fábricas y que se desarrollaba a toda velocidad gracias a los productos que vendía a los estadounidenses, incluido el fentanilo; los gorrones europeos debían su prosperidad al gasto militar norteamericano y, como muestra de agradecimiento, se habían convertido en competidores comerciales; los estadounidenses habían perdido ese nivel de vida decente que una vez tuvieron a consecuencia de la inmigración, que les había quitado los trabajos, y de los tratados comerciales, que habían externalizado la producción; las élites de la Ivy League habían apostado por una globalización de la que obtenían grandes réditos. Había que liberarse de ese sistema, regresar al nacionalismo y hacer el país grande otra vez. De modo que los conservadores se erigieron en combatientes contra el globalismo, ese entramado que había pervertido los valores nacionales, que se había construido mediante las cancelaciones progresistas y la falta de libertad de expresión, que abogaba por ideologías absurdas que promovían la transexualidad y el ideario DEI y que sometía la vida del ciudadano común a regulaciones asfixiantes.

Lo llamaron lucha contra el globalismo, pero se parecía bastante a los postulados anticoloniales: Trump actuaba como el líder de un frente patriótico que aspiraba a que su país recuperase la libertad y la soberanía arrebatadas por un sistema global dañino. Mucho más que cualquier otro aspecto, ese es el centro ideológico del trumpismo: liberar a Estados Unidos de un orden que había colonizado el espíritu y los bolsillos estadounidenses.

Desde esta perspectiva, se puede entender mejor la reacción de su administración en el plano interno, con el recorte a los presupuestos federales llamado DOGE, la lucha contra las universidades de la Ivy League y el combate al DEI, pero también en el externo. Dado que el imperio global les quitó lo que era suyo, obliga a Europa a asumir un gasto en defensa mucho más elevado que empiece a compensar los años de gorroneo; implanta aranceles para que los países del mundo, comenzando por los europeos, paguen por la industria que les han robado; quiere recuperar una esfera de influencia en Latinoamérica que les habían quitado los chinos; argumenta que Groenlandia es necesaria para su seguridad nacional, en especial porque los daneses no han sabido protegerla de los rusos y chinos, que acabarán tomándola si Estados Unidos no interviene. La legitimidad que utiliza para justificar sus reclamaciones no proviene de la superioridad civilizatoria de los viejos imperialismos, sino de una suerte de venganza justa: nos lo habéis quitado, nos lo debéis, lo necesitamos, lo recuperaremos. Lo llegó a decir del petróleo venezolano, queremos ese crudo porque el régimen de Maduro se lo robó a Estados Unidos y a sus empresas.

Con este rodeo quiero subrayar que el planteamiento de Trump incluye una posición moral. En realidad, el argumentario de Trump es la prolongación de los conceptos ideológicos que empleó el partido conservador estadounidense en la época anterior a Reagan. No olvidemos que los Estados Unidos de la defensa de los derechos civiles hicieron caer a Nixon, pero la reacción contra ellos llevó a Reagan al poder y dio comienzo al neoliberalismo. Los conservadores describieron un país en decadencia, con valores declinantes, que se había refugiado en el narcisismo y que estaba dominado por la inseguridad y el estancamiento. Reagan gana las elecciones no solo

por una visión económica, sino por una marcada posición cultural y moral. Trump ha recogido esa herencia y ha trazado una oferta que promete salir de la decadencia y establecer nuevos valores. Los enemigos a los que se enfrenta se parecen mucho a los del pasado: las energías que entonces se utilizaron para luchar contra el *New Deal*, los progresistas del 68, las universidades de élite y los socialistas y comunistas han alimentado hoy la lucha contra los progresistas, los socialistas y la DEI. Las posiciones trumpistas no constituyen una mera exhibición de fuerza, sino que incluyen una legitimación, «lo que nos quitaron», que suena bien a una parte importante de sus ciudadanos; no es solo un realismo descarnado que defiende sus intereses incluso mediante la crueldad, está estableciendo una nueva legitimidad.

No es fácil que lo consiga. Tiene obstáculos en el camino. La promesa de mejorar el nivel de vida de los estadounidenses está siendo incumplida. Sin embargo, en cuanto a los migrantes, los conservadores aseguraron que los iban a expulsar y tienen el respaldo de los suyos en este asunto, también en el uso de la fuerza por parte de ICE. Otra cuestión, y es pertinente incidir en ella, es la crueldad en la forma de llevar a cabo esa promesa, y los actos intolerables que se cometen, caso de los disparos a bocajarro a Renee Good y Alex Pretti. Pero la indignación moral que generan las acciones del ICE no basta; puede prender mechas y animar a la resistencia, pero tiene que haber fuera combustible para que arda. Sin una canalización política que construya fuerzas sociales, no dejarán de ser gente quejándose.

Nos guste poco o mucho, el momento en que una posición ética movilizaba a las masas en una misma dirección se ha agotado. Los consensos se han roto. En Estados Unidos hay dos tipos de sociedad y dos tipos de moral enfrentándose, y lo que una parte dice lo niega la otra. Incluso hay quienes han justificado que se disparase a Good, y ese es un signo definitivo. Resaltar que este es el escenario y que no basta con subrayar la ruptura de aspectos básicos de la legalidad resulta desagradable para buena parte del *establishment* liberal. Estaban acostumbrados a que la mera invocación a los derechos humanos funcionase políticamente. Ya no es así. El realismo que ha traído esta época no opera solo a nivel internacional, también en lo

interno. El realismo es constatar que lo que para una parte de la sociedad es intolerable para la otra es aceptable, y viceversa. Es un concepto, el realismo, que resulta molesto porque se interpreta en su peor vertiente, como si afirmase que en la política solo sirve lo descarnado y que la moral hay que arrojarla al pozo. Es bastante más que eso. De hecho, permanecer en esa creencia es negarse a constatar que estamos en un mundo nuevo. Un mundo nuevo es algo que hay que tomar en serio. La reacción conservadora y el regreso de las épocas imperiales ha trastocado todo, la geopolítica, la ideología, la política interna, las cuestiones sociales y las morales.

Eso significa que quien entienda que una determinada ética debe ser defendida tendrá que aplicarse en la construcción de una alternativa integral, con un proyecto que sea geopolítico, político, económico, social y moral. Y con un añadido importante: debe ser diferente, no solo respecto del que utiliza el oponente político, sino de la época anterior. No olvidemos que la reacción de Estados Unidos ha venido causada por la constatación de una crisis y la demanda de algo nuevo la percibió muy claramente Trump. Una vez que los conservadores estadounidenses han transformado el escenario, y que las sociedades exigen cambio, no queda más remedio que ponerse a la altura. El viejo *establishment* se lamenta del emperador loco, pero no es capaz de ofrecer un proyecto geopolítico, político, económico, social y moral en la era de los imperios.

Es un hecho del que particularmente Europa debería tomar nota, porque es la parte perdedora del Nuevo Mundo y porque es el ámbito donde la crítica moral y la institucional han sido dominantes. Muchas palabras, pocos hechos. Prefirió la indignación y las burlas a Trump a hacer política y geopolítica. Es cierto que está construida para una época de acuerdos y comercio, de modo que el cambio de paso estadounidense la ha sacudido de manera brutal, pero su articulación es un impedimento y no un destino. A Europa se le ha hecho saber que estamos en un mundo nuevo.

ENRIC: 2026 será un año duro para Europa. Quizá sea el año en el que veamos el primer gran desfallecimiento del proyecto europeo. No sería el primer tropiezo, pero sí podría ser el más profundo. Ya lo está

siendo. Tengo una gran curiosidad por el resultado de las elecciones en Hungría. Si Viktor Orbán pierde, ¿abandonará el poder? En otra época esta pregunta sería estúpida. Hoy es pertinente. ¿Cómo reaccionarán Trump y Putin si su hombre en Hungría, el verdadero jefe de la plataforma Patriotas por Europa, pierde las elecciones?

En el momento en que estamos manteniendo este diálogo, Ursula von der Leyen aún no ha dicho esta boca es mía sobre Venezuela y Groenlandia. Hay días en los que el presidente de la Comisión Europea parece ser el portugués António Costa, presidente del Consejo Europeo, que está demostrando tener más oficio, más instinto, más habilidad. Costa es un político competente.

Von der Leyen, cuyo jefe de gabinete, el alemán Bjoern Seibert, es temido en Bruselas por su afán de control, fue muy dinámica en su primer mandato (2019-2024). Quiso aparecer como la verdadera jefa del Gobierno de Europa, con la fuerza que le otorgaban los fondos de recuperación. Después de la pandemia había una clara demanda de institucionalidad europea. Las demandas de orden en cada momento adquieren una tonalidad distinta. El momento estelar de Pedro Sánchez se produjo entre 2020 y 2022, años en los que España podía haberse arruinado, literalmente, como consecuencia de la pandemia. Logró evitarlo. Negoció la instauración de los fondos de recuperación con Angela Merkel y pactó su despliegue con Von der Leyen. Dicen que se creó una buena química entre ambos, de manera que ella no dudó en darle apoyo político y escénico cada vez que el Partido Popular le ponía en algún aprieto. Alberto Núñez Feijóo llegó a estar muy indignado con Von der Leyen. Solo le faltó acusarla de «sanchista». Feijóo acabó buscando la protección de Manfred Weber, actual presidente del Partido Popular Europeo. Bávaro, afiliado a la CSU, más conservador que Merkel, Weber fue el primer candidato a la presidencia de la Comisión Europea en el turno de 2019, y fue vetado. Lo vetaron Emmanuel Macron y Pedro Sánchez en representación de liberales y socialistas, y Merkel lo dejó caer. Apenas luchó por él. De ahí su resquemor. Weber no soporta a Macron, no traga a Sánchez, y se lleva mal con Von der Leyen, que era el plan B de Merkel y había sido ministra de Defensa en Alemania. Dicen que la canciller se la quiso quitar de encima.

La verdad es que durante su primer mandato, la señora Von der Leyen tuvo brillo. Está muy desgastada. Salió muy quemada de la negociación de los aranceles de Estados Unidos —aquella horrorosa escena en la sede social del complejo de golf que Trump posee en Escocia—, si bien hizo básicamente lo que le pedía el Gobierno alemán: ceder, para no poner en una posición de mayor riesgo a la industria alemana del automóvil, seriamente afectada por la competencia china en el despliegue del coche eléctrico. Algunos hablan de recuperar a Mario Draghi para la presidencia de la Comisión. El centro de decisión, sin duda alguna, se halla en Alemania. ¿Qué prefiere el canciller Friedrich Merz, con tantos frentes abiertos en su país? ¿Un presidente de la Comisión de alto perfil, autónomo políticamente, con capacidad de interlocución con el *establish ment* norteamericano, o una Ursula von der Leyen, demediada, pálida, pero atenta siempre a las necesidades del Gobierno alemán?

Observo en estos momentos una gran desilusión con la Unión Europea. Una desilusión distinta de la que brotó hace seis años, al principio de la pandemia, cuando faltaban mascarillas y respiradores. Bruselas no pudo dar respuesta y se organizó una vergonzosa batalla campal entre países europeos para conseguir el material sanitario imprescindible para hacer frente a aquella calamitosa situación. Con la campaña de vacunación, las siglas UE volvieron a recuperar brillo, y los planes de recuperación relanzaron el europeísmo, sobre todo en el sur. A finales de 2024, más del 71 % de los españoles estaba dispuesto a votar a favor de la permanencia de España en la Unión Europea si la cuestión se sometía a referéndum. Era uno de los porcentajes más elevados de la Unión.

Ahora observo una desilusión más profunda que la de los primeros meses de 2020. Tiene que ver con lo que tú decías antes sobre la política sin eufemismos, con el regreso a la crudeza. Mucha gente constata que la Unión Europea no se puede comportar como una gran potencia y eso le entristece. Pero también creo que ese es un enfoque muy español. Muchos españoles, especialmente los de mi generación, la generación nacida poco antes o poco después del Plan de Estabilización de 1959, han visto Europa como un *deus ex machina* que podía resolver el destino trágico de España. «España es el

problema; Europa, la solución», dijo José Ortega y Gasset en Bilbao en 1910. Han pasado más de cien años y esa idea sigue inscrita en el alma de este país. Durante sesenta años, varias generaciones de españoles han visto Europa con verdadera ilusión. Y el balance no es malo; no lo es. Quizá por ello, de manera inconsciente, deseamos que la Unión Europea sea una gran potencia. No estoy seguro de que en otros países europeos la gente lo desee con tanta intensidad. La Unión Europea no es una gran potencia y creo que nunca lo será. La Unión Europea carece de un poder militar articulado. La Unión Europea carece de poderes cesaristas. La inestable unidad europea es una compleja construcción nacida de la posguerra para controlar la reconstrucción industrial de Alemania, puesto que los aliados pronto se dieron cuenta de que la Europa occidental no podía salir del hoyo sin la industria alemana. Los franceses lo aceptaron y pidieron crear una primera comunidad para regular la producción de acero y carbón. Ahí empezó todo. Europa es hoy una confederación democrática compleja que debe hacer frente a una aceleración violenta de la historia.

Te seré sincero, empieza a cargarme el tono de alguna gente, sobre todo gente de izquierdas, ante la dificultad objetiva de la Unión Europea para plantar cara a Estados Unidos. Algunos incluso parecen desear ahora el hundimiento de la Unión Europea, para que los Estados nacionales recuperen «soberanía» y así se recrudezcan las tensiones sociales y estallen verdaderos movimientos revolucionarios. ¿Movimientos revolucionarios en un continente con una edad media de 44,7 años, con más de la mitad de la población pensando en la jubilación? Almas benditas. El reparto de zonas de influencia ya está hecho. Si las cosas se ponen muy feas no estaremos lejos del reparto de Yalta. A todos los efectos, España será zona norteamericana. Si la Unión Europea desfallece, España se irá convirtiendo en un protectorado de Estados Unidos, posiblemente gestionado desde Miami. En Madrid ya existen bases materiales y psicológicas para una situación de este tipo. Sin aliento europeo, España se quedaría sola ante sus fantasmas y esto podría ser trágico en los próximos años.

ESTEBAN: Este es un momento paradójico. Estados Unidos está apoyándose para su expansión en un frente nacional antiglobalista, es decir, anticolonial. Es un movimiento que transforma las relaciones internacionales y la misma política de una manera profunda, ya que construye un nuevo eje, más ligado a lo territorial que a lo ideológico. Como en las épocas coloniales, es la posición del estado frente al imperio lo que constituye el primer factor político, más que el eje derecha/izquierda. Es muy apreciable en Europa, ya que el asunto esencial de la política ha pasado a ser el nivel de soberanía que se puede mantener frente a Estados Unidos. En muchos países ocurre igual, ya que aspiran a trazar un camino propio, o que esté menos condicionado por las grandes potencias. Otros deciden subordinarse a los imperios, entendiendo que permanecer bajo su paraguas les será beneficioso.

Lo curioso de este instante es que la soberanía siempre ha estado ligada a un proyecto nacional, y la zona geográfica donde se está enunciando ese deseo con más frecuencia, la Unión Europea, no es un Estado, por lo que carece de las estructuras que facilitan esa independencia. En segunda instancia, existen en Europa fuerzas políticas soberanistas cada vez más exitosas cuyo plan de futuro consiste en que sus países se liguen más intensamente a Estados Unidos. Las derechas trumpistas europeas no abogan por una separación del imperio, sino por un vínculo más estrecho con él. Países soberanos que se sienten más seguros bajo el manto del imperio. Milei como referente. Ahí entra esa disyuntiva Europa o Miami a la que te has referido.

Incluso en un Estado como el nuestro, tan atravesado por elementos que impiden una visión común de España, la política está adoptando ese enfoque territorial. Sánchez ha visto la oportunidad y ha apostado por defender la democracia y la soberanía europeas de las injerencias excesivas estadounidenses. La defensa de los valores europeos, de la democracia y de la autonomía de decisión constituye su oferta ideológica. Más Europa, más soberanía, más defensa de la democracia. La otra posición es la de Vox, que insiste en la soberanía en clave nacional y en el alejamiento de la Unión Europea, y que aboga por una conexión mucho más estrecha con Estados Unidos. El

PP está entre ambos, y oscila entre la simpatía y la distancia respecto de Trump. La conexión con la CDU está de fondo. Los populares se mueven en esa ambigüedad que refleja bien el momento de una Europa que no sabe bien cómo reaccionar a Trump.

Las apuestas del PSOE y de Vox son complicadas. Sánchez puede insistir en que deben darse pasos adelante hacia la construcción europea, pero es bastante complicado que esta se produzca. La decisión alemana de afianzar su país y de convertirse en la gran potencia militar continental hace poco probables los movimientos hacia una Europa más unida. El eje francoalemán se distancia. En España, el europeísmo es todavía atractivo, pero si la Unión Europea se fragmenta en intereses dispares, ya no será tan motivador. En esa quiebra opera Vox: ¿por qué va a España a vincularse con Berlín cuando puede hacerlo con Washington, que es mucho más poderoso? Es mucho mejor estar con quienes ofrecen fuerza que con quienes no la demuestran. Como afirman, ¿quién quiere apostar por el caballo perdedor?

Sin embargo, tampoco la cercanía con Estados Unidos que promueve Vox parece demasiado segura, en parte porque depende de la evolución interna de Estados Unidos y de si la opción Trump perdura, y en parte porque los estadounidenses están apostando por los intereses y por el pragmatismo mucho más que por las alianzas ideológicas. Lo hemos visto en Venezuela o en Siria, donde se llega a acuerdos con quien puede mantener el poder y ofrecer un orden interno que asegure los intereses de Washington, e importa poco que sean amigos o rivales políticos. Forma parte de una dinámica imperial: si Estados Unidos entiende que hay mayor beneficio profundizando en la alianza con Marruecos en detrimento de España, no dudará en favorecer a Rabat; o si entiende que el partido que mejor asegurará sus propósitos en España es el PP, tampoco dudará en relegar a Vox. No hay amistades, sino intereses.

En todo caso, la política nacional se verá atravesada por estas preguntas sobre los vínculos exteriores. España lo ha vivido en el último siglo, con las tensiones entre quienes apostaban por la relación con los alemanes o con los británicos, hasta que apareció Estados Unidos como gran potencia y la URSS como enemigo. Volvemos a esa

dinámica en la que las fracturas internas están relacionadas con la política exterior: ¿alejarnos de Europa y abrazar a Washington? ¿Vínculos más estrechos con la Unión Europea y una posición amistosa, pero distante, con Estados Unidos? ¿Qué hacer con China? Eso estará en juego en las siguientes elecciones generales.

ENRIC: La cuestión de Francia y Alemania me parece fundamental. Cuando algo se complica, siempre se produce un movimiento circular que vuelve al principio. El proyecto de unidad europea nació de la voluntad de entendimiento entre la República Federal Alemana (la antigua Alemania Occidental) y la República Francesa, una vez que los aliados dictaminaron que no se podía condenar a Alemania a ser un país agrario y pastoril, tal y como quería Henry Morgenthau, secretario del Tesoro del presidente Roosevelt. Un país agrario que no se pudiese rearmar nunca jamás. Pues bien, ochenta años después, Alemania se está rearmando. Se está rearmando para defenderse de Rusia, que la ha traicionado con la guerra de Ucrania. Los alemanes creían haber comprado la «paz perpetua» con los gigantescos gasoductos Nord Stream, y Putin dio la orden de invadir Ucrania en una operación relámpago que forzase un cambio de gobierno en Kiev. Tenía que ser rápido, veloz, calculaba que los alemanes tendrían un momento dubitativo, valorando todos los intereses en juego. Y falló. La guerra de Ucrania, no lo olvidemos, es fruto de un error de cálculo.

Los accidentes son a menudo determinantes en la historia. La operación no logró derrotar al Gobierno ucraniano, bien respaldado por británicos y polacos, y dio inicio a una guerra devastadora. Puesto que Estados Unidos amenaza con restarle seguridad a Europa y cobrársela más cara, Alemania quiere desempeñar ese papel. Están invirtiendo en la industria de defensa para intentar reactivar su economía. Rearme de Alemania. Este es un asunto muy serio. El mayor ejército de Europa en manos de una extrema derecha nacionalista si Alternativa por Alemania algún día llega al poder. Las derivadas de ese rearme ya están provocando tensiones con Francia. Fíjate cómo se ha roto el acuerdo para la construcción del caza europeo FCAS, proyecto en el que participaban Francia, Alemania y España. Franceses y alemanes se han peleado por el liderazgo

tecnológico del proyecto. Si la relación entre Francia y Alemania se enfría, la Unión Europea puede fosilizarse. España tiene un papel que ejercer en esta delicada coyuntura. Mejor dicho, toda la península ibérica tiene un papel que ejercer. Hay que contar con Portugal, país en el que creo que subsistirá el *bloco central* que forman el Partido Socialista y el Partido Social Demócrata. Nunca han gobernado juntos. Se combaten pero son capaces de colaborar en determinados momentos. En España no hay *bloco central* —lo hubo durante unos meses durante la abdicación del rey Juan Carlos— y vamos a ver qué bloque gobierna en los próximos años. En estos momentos todo apunta a un bloque PP-Vox, lo cual significaría colocar en el Consejo de Ministros a un partido perfectamente conectado con el movimiento MAGA estadounidense. Lo que Giorgia Meloni no pudo conseguir en julio de 2023, tener a sus amigos de Vox en el Gobierno de España, lo podría tener en 2026 o 2027. Y apunto 2027 porque creo que Sánchez, pase lo que pase, seguirá haciendo todo lo posible para concluir la legislatura.

La cuestión es si las elecciones generales españolas se harán antes o después de las elecciones presidenciales francesas previstas para marzo de 2027. Esas elecciones pueden tener la clave definitiva de la situación europea. Si Sánchez no ha caído abatido, intentará que sean después. Elecciones de época. El motor de la historia vibra de tal modo en estos momentos que la celebración de elecciones empieza a infundir un cierto temor. El temor de que pase algo. Veamos cómo discurren las cosas en Hungría. Veamos en qué condiciones se celebran las elecciones de medio mandato en Estados Unidos.

ESTEBAN: En estos tiempos veloces, en los que los días parecen semanas, resulta difícil anticipar movimientos. Las grandes líneas están ya dibujadas, pero sus expresiones concretas son complicadas de predecir. La fecha que señalas de las elecciones españolas tendría mucho sentido táctico: esperar a que el resto de las piezas internacionales se muevan y después plantear en esos términos el tablero nacional. Además, Sánchez carece de incentivos, personales y políticos, para adelantar las elecciones. Pero también es cierto que la impredecibilidad ha sido una característica del presidente. Los

escenarios cambiantes traen oportunidades u obligaciones que ahora no se perciben.

Las generales españolas, cuando se celebren, estarán condicionadas por los acontecimientos exteriores. Hay elecciones muy importantes este año en América Latina, en Colombia y Brasil: en Europa, con las parlamentarias en Hungría o Suecia; en noviembre llegarán las de mitad de mandato en Estados Unidos y en 2027 tendrán lugar las francesas. Tendremos entonces una foto bastante aproximada de cuál es el equilibrio de fuerzas. Sin embargo, para las derechas españolas, las elecciones serán muy importantes a nivel interno: si no logran el gobierno, sería anímicamente desastroso para ellas, y la competencia entre PP y Vox se recrudecería. Además, porque existe una creencia muy firme entre sus filas de que el orden institucional está siendo atacado por Sánchez y sus socios, y que ahora toca defenderlo.

Sin embargo, ese combate entre la conservación de dos clases de institucionalidad, la exterior y la interior, tiene lugar en un mundo cambiante. En España, los dos bloques votarán para defender la democracia: uno, para salvarla de la derecha autoritaria; el otro, para salvarla de Pedro Sánchez y de sus socios. Ocurrió igual en Estados Unidos. Kamala Harris planteó las presidenciales como una lucha a favor de la democracia y en contra del autoritarismo, pero los votantes republicanos han afirmado que una motivación importante para dar su voto a Trump fue defender la democracia estadounidense. Las dos partes utilizaban el mismo concepto, pero entendían cosas muy diferentes. Las grandes palabras ya no tienen un significado común y eso es una ruptura sustancial.

Hay fenómenos sociales que requieren una observación cuidadosa. La población de entre cuarenta y cincuenta años está cada vez más indignada, en los jóvenes penetran intensamente ideas de los partidos populistas de derechas, los elementos territoriales tienen una presencia más poderosa que el eje izquierda/derecha, las demandas de una vida más estable son muy frecuentes. Cada vez se mencionan más los impuestos depredadores, se desvanecen las menciones a la redistribución y desaparece por completo la palabra plusvalía. Las derechas populistas y extremas aparecen como opción al sistema, las

izquierdas están en retroceso. Son expresiones que nos subrayan que la mentalidad de nuestra sociedad se está transformando.

Se están construyendo nuevos valores y nuevas visiones políticas. Debemos estar especialmente atentos a esos movimientos que circulan por debajo de las batallas electorales, porque serán donde coagulen las tendencias sociales de este tiempo. Hay dos cuestiones que, desde mi punto de vista, resultarán decisivas a la hora de configurar las ideologías: la economía y los valores. Después de una época de consensos firmes, en lo nacional y en lo global, aparecen brechas significativas sobre cómo afrontar este tiempo de riesgos y sobre cómo crear cohesión social. ¿Cómo construir un sentido común compartido cuando los conceptos tienen significados dispares y, a menudo, opuestos? ¿Cuáles son las creencias que darán sentido a nuestras experiencias? ¿No son el descreimiento y el nihilismo los principales valores de este momento? Las ideas que sostuvieron las décadas anteriores ya no generan convicción, las nuevas están por construirse.

La economía es el otro factor clave, porque su funcionamiento defectuoso ha llevado a la pérdida de la hegemonía estadounidense y de la influencia europea en el mundo. Hay muchas causas que explican cómo hemos llegado hasta aquí, pero en última instancia, como diría Engels, aparece la economía. Se apostó por un sistema que ha terminado devaluando las fortalezas necesarias para tener influencia internacionalmente y que ha generado una notable desigualdad en Occidente. Los bienes necesarios para la subsistencia, como la vivienda, la energía o los alimentos, son cada vez más caros, los ingresos no aumentan en proporción y las posibilidades de futuro aparecen más estrechas. Las diferencias entre la retribución que proporciona el trabajo y la que generan las rentas se hacen mayores. La economía real se enfrenta a la financiera. Es un problema que exige solución, y la forma de solventarlo dirigirá la época hacia un lugar u otro.

Aparecerán novedades, tanto en las creencias como en las fórmulas económicas. Quizá sean cambios, quizá mezcla de propuestas, quizás aceleración de tendencias precedentes. Habrá que adentrarse en la espesura para encontrar los caminos de salida. El mundo occidental está reinventándose ante nuestros ojos.

1

SEÑALES DE ÉPOCA: DESEOS DE VENGANZA, DEMANDA DE ORDEN

ENRIC JULIANA: Esteban, he leído con mucha atención tu último libro, *El nuevo espíritu del mundo,* y me ha parecido muy interesante. No te lo digo para adularte. Comparto muchos de los criterios que expones, empezando por el título. La expresión «signo del tiempo» viene de la filosofía y también de la religión. Es un intento de captar el significado general de lo que está en curso. Espíritu del mundo. Espíritu del tiempo. Esta es la cuestión. En cada época, en un momento determinado, hay un signo, no una clave. Los periodistas diríamos la clave, pero no, no es lo mismo. Si no he interpretado mal tus ideas al respecto, para ti el signo de nuestro tiempo es una reacción en todos los frentes ante la saturación de la globalización. Y yo me pregunto si el signo de nuestro tiempo no es también el deseo de venganza.

ESTEBAN HERNÁNDEZ: La venganza no es, en mi opinión, la característica principal de nuestra época: es la pérdida estadounidense de la hegemonía la que ha provocado que todas las piezas se muevan. Washington entendió que las reglas que había promovido, y que habían dado forma al orden integrado de la globalización, habían mutado en una trampa, y ha querido modificar el tablero para establecer un nuevo reparto que le sea más favorable.

En ese giro asoman constantes típicas de los tiempos reaccionarios: las élites pierden poder, no aceptan que se redistribuya y, para recuperarlo, cambian las normas del juego. Sin embargo, hay una condición necesaria para que ese movimiento funcione, la sustitución de buena parte de las élites. Los cambios fuera suceden a los cambios internos. Ahí es donde resulta funcional la venganza: se responsabiliza

de los males presentes a quienes dirigieron el orden anterior y a quienes los secundan. Hay culpables que deben ser apartados y que merecen castigo.

Es un viraje que no deja de ser extraño si tenemos en cuenta que las mismas fuerzas que promovieron la globalización son las que se erigen hoy como revolucionarias. Desde los años ochenta, hay una línea ideológica marcada dentro de la derecha estadounidense, que se fue haciendo más profunda conforme transcurrían los años. Los programas de sus distintos presidentes (Reagan, Bush padre, Bush hijo, Trump I, Trump II) conforman pasos adelante sucesivos dentro de la misma dirección. La respuesta del Partido Demócrata, cuando ostentó el poder (Clinton, Obama, Biden), no fue distinta, simplemente aplicó ajustes a las transformaciones que los conservadores habían promovido. A pesar de ello, las derechas estadounidenses han culpado de las disfunciones actuales a quienes no habían sido más que parte subordinada. La venganza es útil como elemento discursivo: los progresistas proscribieron las ideas que conformaban el sentido común estadounidense, trajeron la inmigración masiva, utilizaron las redes sociales para cancelar a los disidentes y arruinaron la economía del país. Trump felicitó la última Navidad a todo el mundo, «incluida la escoria izquierdista radical que está haciendo lo posible para destruir nuestro país». Pero esa hostilidad hacia los progresistas es proporcional al deseo de borrar el rastro de lo que hicieron. A los demócratas se les puede culpar de muchas cosas, pero sobre todo de haberse subordinado al programa republicano. Ambos dibujaron el consenso de época a partir de los ochenta.

ENRIC: El deseo de venganza es una de las grandes pasiones de nuestra época; Donald Trump la encarna a la perfección. Trump se está vengando del menosprecio de los patricios demócratas de Nueva York, del escarnio al que le sometió Barack Obama en la memorable cena anual con la prensa de Washington en 2011. «Dicen que Donald no tiene experiencia en política internacional. No es verdad. Ha pasado años reuniéndose con personalidades internacionales: Miss Suecia, Miss Argentina, Miss Azerbaiyán…». Obama podía llegar a

ser muy hiriente con su sonrisa de muy buen tipo. Trump juró venganza. Y encontró a mucha más gente que quería vengarse de los *obamas* urbanos. El campo se venga de la ciudad. El precario se venga del que tiene empleo para toda la vida. El adolescente solitario se venga de las chicas que no le hacen caso… El hombre invisible se reivindica con una furia que no podía expresar en las «cartas al director», pero sí en una cuenta de Facebook o de Twitter. Eso está ocurriendo, aunque puede ser una definición insuficiente del «nuevo signo del mundo». A tenor de tu respuesta, permíteme que ponga sobre la mesa un viejo dilema, tan banal, como apropiado en estos momentos. ¿Qué fue primero, el huevo o la gallina? ¿Qué fue primero, la oxidación de la base material de Occidente o el impacto de las redes sociales en la mente de las personas? ¿Qué ocurrió primero, el deterioro de la base material de las llamadas clases medias, o la desestructuración de creencias y jerarquías como consecuencia de los nuevos dispositivos de comunicación interpersonal? Declive de las clases medias tradicionales, miedo al futuro, trabajadores manuales que se sienten amenazados por la tecnología y humillados por los «listos», después de un largo periodo de adulación ideológica de la clase obrera europea y norteamericana (desde la posguerra europea al hedonismo de los años ochenta), hombres que no soportan el empoderamiento de las mujeres, un mayor resentimiento del mundo rural ante la concentración de expectativas en las ciudades. Todo eso es cierto, pero se ha producido un verdadero terremoto en la psicología de masas. Internet ha transfigurado la individualidad. ¿Qué fue primero, el cambio material o el cambio espiritual?

ESTEBAN: Ambas coexisten, pero dada mi visión materialista, realista, tiendo a pensar que si no hay unas condiciones previas es muy complicado que la difusión del descontento pueda tener éxito. Es verdad que las redes sociales han sido muy importantes. En primer lugar, porque han creado la esfera comunicativa más poderosa de las sociedades occidentales, por encima incluso de los medios tradicionales. Son los instrumentos más relevantes de difusión de cultura y de hábitos, de valores y de imitación de estos, para las clases populares y las medias. En segunda instancia, difunden una ideología,

consumista y centrada en el yo, que encaja bien en una época hipermaterialista. Pero todo esto no viene de la nada: las redes sociales están dirigidas por unos algoritmos que son propiedad de empresas privadas que deciden difundir y dar visibilidad a una serie de valores en lugar de a otros. No son mecanismos naturales, sino construidos: lo que vemos en ellas no es producto de los usuarios, sino de una intención expresa de privilegiar unos contenidos y ocultar otros.

Es evidente que, sin las redes sociales, la esfera política sería diferente. Pero, al mismo tiempo, no podemos caer en una visión consoladora: la de que las cosas van bien y que un factor perturbador extraño ha convertido una sociedad razonable en otra irracional. Entiendo que, sin el deterioro material de la sociedad, la pérdida de nivel de vida, la desestructuración cultural y la percepción de que el futuro será peor que el presente, las chispas de las redes no lograrían prender un gran fuego. Hago un paréntesis: vi transformarse a Madrid políticamente con la llegada de las cadenas de la TDT en la primera década de siglo, con lo que soy consciente de los efectos que producen los cambios en la comunicación. Pero tiendo a valorar mucho la influencia de las estructuras sociales.

Señalar a las nuevas formas de comunicación como factor principal de los incendios políticos suele utilizarse como excusa para no actuar en el terreno estructural. Ocurre a menudo. Hay mucha gente, también en la política, que se siente reconfortada al acusar de los males presentes a poblaciones resentidas que se dejan engañar, en lugar de ponerse manos a la obra para cambiar las cosas. Esta versión actualizada de *La psicología de las masas*, de Gustave Le Bon, y de *La rebelión de las masas*, de Ortega y Gasset, es deudora de un aliento aristocrático, o de una superioridad moral, como prefieras, que resulta especialmente inconveniente en este instante.

ENRIC: Me gustaría proseguir por esta senda. Sabemos que la imprenta tuvo un papel fundamental en la eclosión de la Reforma protestante. En el momento en que la gente pudo empezar a leer la Biblia y los Evangelios por su cuenta, la relación con Dios se modifica. Primer percance de la intermediación. Ha salido recientemente un libro que explica el impacto que tuvieron las primeras publicaciones periódicas,

la lectura de noticias escritas (*nouvelles*), folletos, pasquines, en la gestación de la Revolución francesa durante la segunda mitad del siglo XVIII. El libro se titula *El temperamento revolucionario* y su autor, Robert Darnton, viene a explicar que tan importantes son los acontecimientos como la percepción psicológica de los mismos. Darnton dice: «Los acontecimientos no vienen desnudos al mundo. Vienen revestidos de actitudes, valores, recuerdos del pasado, pronósticos del futuro, esperanzas y temores». Pues bien, internet ha modificado todos y cada uno de esos factores que revisten los acontecimientos. El ascenso del fascismo fue inseparable del auge de la radio. Stalin galvanizó la resistencia soviética a los nazis con la ayuda de la radio. La radio, las grandes paradas militares y la policía política disciplinaban las sociedades organizadas alrededor de la fábrica. La televisión absorbió intensamente la atención de las personas y creó la figura del «consumidor». Creó la mitología del bienestar, ayudó a fabricar grandes consensos y restó apoyo a las guerras demasiado explícitas. La televisión acaba con la leva obligatoria. Estados Unidos perdió la guerra de Vietnam por culpa de la televisión, llegó un momento en el que la gente ya no soportaba las imágenes de Vietnam mientras cenaba. Ninguna televisión occidental retransmitió las matanzas de Indonesia en 1965. Las redes sociales están amplificando el ruido de fondo, los miedos, los temores ante un futuro del todo incierto. Están modificando la psique humana. Hay estudios al respecto. Por lo tanto, insisto en lo del huevo y la gallina. ¿Qué habría pasado si la globalización hubiese empezado a saturarse sin una fuerte amplificación del malestar de fondo? Fíjate en una paradoja. El primer gran líder político que gana unas elecciones con la ayuda de las redes sociales es el demócrata Obama. «Sí, se puede», dice Obama. Y gana. En España, los jóvenes de Podemos copiaron la idea. Nacieron con Obama. La fuerza de la voluntad. El subjetivismo, digámoslo todo. Entonces aparece un tipo que casi nadie conocía, llamado Steve Bannon, que piensa: «Toda esa energía la puedo utilizar en sentido contrario, para coagular otra mayoría». Obama, tú dices cosas bonitas que encandilan a la gente, te has convertido en el flautista de Hamelín, has leído los mejores discursos que se han escrito jamás en la Casa Blanca, y nosotros vamos a hacer otra cosa, nosotros vamos a

inundar el campo de mierda para que tus ideas queden atascadas. Y ahí estamos. Piensa en ese vídeo generado por IA, en el que Trump lanzaba mierda a los manifestantes contra la deriva autoritaria de Estados Unidos. El presidente de Estados Unidos lanzando mierda a quienes protestan. ¡A saco! La adhesión a un poder vengativo. Ahí está el signo del mundo.

ESTEBAN: Las épocas de cambio tecnológico siempre traen novedades. La actual es de gran calado porque la tecnología ha servido para reorganizar no solo la comunicación, sino gran parte de la actividad económica y financiera y para establecer mecanismos de control y vigilancia mucho más exhaustivos; las redadas del ICE serían mucho más complicadas sin ellos. Y no se trata únicamente de los instrumentos utilizados para el control social en China, sino de los empleados para el control comercial en Occidente: hay un conocimiento muy amplio de los hábitos de los ciudadanos de nuestras democracias.

Esa privacidad tan transparente tiene consecuencias políticas, como no podía ser de otra manera. Mencionas a Obama, pero también en el Brexit o en la campaña estadounidense de 2016 hubo instrumentos como el perfilado, que fueron muy relevantes y que surgían de ese conocimiento exhaustivo de los ciudadanos. Hillary Clinton habló de la propaganda rusa en aquella campaña, pero lo cierto es que fueron Facebook y otros operadores estadounidenses los que la difundieron. Y hay que constatar que esos medios han evolucionado. En las últimas elecciones estadounidenses, las que llevaron de nuevo a Trump a la Casa Blanca, el mecanismo más útil de transmisión de información fue YouTube. Hubo una serie de *podcasters* que operaban políticamente, y que incluso emitían entrevistas en profundidad, de un par de horas o más, con futuros miembros del Gobierno de Trump. Entraban en el debate y lo hacían de una manera que los medios tradicionales no eran capaces. Este hecho es una fotografía perfecta de hasta qué punto son relevantes los mensajes transmitidos a través de las empresas digitales.

Pero las cosas no funcionan en una sola dirección. Volviendo a la radio, es cierto que fue un mecanismo indispensable para que el

fascismo se asentara en Europa, pero también para que Roosevelt triunfara en Estados Unidos.

ENRIC: Y para que Radio Moscú arengara a las tropas soviéticas que avanzaban hacia Berlín, llamándoles a arrasarlo todo. Las proclamas radiofónicas de Ilya Ehrenburg.

ESTEBAN: Era un medio muy poderoso. Pero lo que encuentro significativo en el caso de Roosevelt es que actuó a contrapelo de las tendencias de la época. Los años veinte y treinta fueron en Europa un deslizamiento continuo hacia los regímenes autoritarios y fascistas, producto de unas condiciones sociales y de la lucha entre Estados. Esas condiciones también estaban presentes en Estados Unidos, solo que allí, tras la Gran Depresión, fueron canalizadas por un líder democrático que puso en marcha el *New Deal*. Situaciones e instrumentos similares produjeron efectos políticos muy diferentes.

No digo que la tecnología sea neutral, porque no lo es, y menos ahora. Tampoco niego los cambios que provoca en la capacidad de atención o su habilidad para generar indignación. Los algoritmos marcan mucho. Pero también es cierto que los malestares pueden canalizarse de distintas maneras y dirigirse hacia lugares distintos. Para mí, Roosevelt es el caso evidente de cómo la tecnología ayudó a un líder democrático a cambiar un país.

ENRIC: Un cambio que estuvo a punto de ser truncado, porque hubo una conspiración contra Roosevelt.

ESTEBAN: Sí, hubo varias. Hay un libro muy interesante, *Winter War*, de Eric Rauchway, que detalla las tensiones vividas en el tiempo que transcurre desde que gana las elecciones en 1932 hasta su entrada en la Casa Blanca en marzo de 1933. Había círculos de la élite estadounidense que simpatizaban con los fascistas, el ámbito financiero era enormemente hostil al nuevo presidente, con posturas muy cercanas a las de los libertarios actuales, el expresidente Hoover trataba de dinamitar el programa que Roosevelt quería implantar… Roosevelt logró salvar todos esos obstáculos y, con el New Deal,

cambió Estados Unidos, pero también adoptó nuevos enfoques internacionales: la mejor prueba fue que la salida europea de la Segunda Guerra Mundial se produjo en términos muy diferentes y mucho más cohesivos que en la Primera.

Hoy la tecnología tiene un papel muy relevante. Está en manos de empresas que utilizan algoritmos opacos, que no sabemos cómo operan y de los que desconocemos sus intenciones últimas. Esto es un riesgo democrático, sin duda. Hasta ahora, han avivado el malestar, y esto es difícilmente discutible. Pero la historia tiene sus propios caminos y nos dirige hacia lugares muy distintos dependiendo de las fuerzas sociales, de los líderes y de las circunstancias de la época. Si no lo vemos así, podemos caer en el determinismo tecnológico. No creo en él; creo que la historia se hace y que el futuro no está definido todavía.

ENRIC: La fase uno de las redes sociales fue favorable a las izquierdas. El foro digital se inclinaba a la izquierda. Recordemos los acontecimientos de marzo de 2004 en España, cuando surgió el «pásalo». Las redes sociales aún no daban forma al debate público, pero los teléfonos móviles ya podían enviar mensajes escritos. Los mensajes SMS llamando a protestar ante la sospecha de que el Gobierno Aznar estaba mintiendo sobre la autoría de los atentados. Se escribió algún libro sobre ese fenómeno. José María Aznar afrontó aquella grave situación con el apoyo de todos los aparatos del Estado, menos el director del CNI, el diplomático Javier Dezcallar, un brillante profesional que dimitió al sentirse marginado. Aznar cree que puede controlar una determinada narración de los hechos con todo el aparato del Estado detrás, un control férreo de la radio y la televisión pública y llamadas telefónicas a los directores de los grandes diarios. Y no tiene en cuenta que la gente empieza a disponer de mecanismos rápidos de comunicación horizontal. Siempre he pensado que el PP podía haber ganado aquellas dramáticas elecciones, si Aznar se hubiese comportado de otra manera, si hubiese tenido un momento de lucidez y hubiese entendido que aquel era el momento de llamar a la conciliación del país. Convoca a los presidentes autonómicos en Madrid, convoca a la oposición, llama a la calma, genera un clima de

solidaridad nacional y deja que la información fluya… y el Partido Popular gana. Estoy convencido.

Más adelante, llega Podemos cabalgando por las redes sociales. Durante más de dos años son los reyes de Twitter, indiscutibles entre 2014 y 2015: ellos marcan el ritmo del debate público. Hasta que el lado derecho reacciona y empieza a tejer una malla digital muy eficiente, hoy claramente hegemónica con la ayuda de los algoritmos de Estados Unidos. Se ha invertido mucho dinero en las batallas digitales. Se está invirtiendo mucho dinero en ellas. Ahora el campo está saturado y la propiedad de las redes está en manos de grandes empresarios tecnológicos en su mayoría alineados con la extrema derecha. De la órbita Obama a la órbita Trump. Un cambio de bando espectacular que está contribuyendo a triturar la política europea.

ESTEBAN: El primer momento en el que se demuestra que internet ya está operando como actor político es el movimiento antiglobalización que se manifiesta en Seattle. Se puede encontrar información, se contacta de manera rápida con personas afines políticamente de lugares lejanos, el correo electrónico está operativo. Se forjan redes de conexión. El ascenso de Lula está ligado al movimiento alterglobalización y el mismo Foro de Porto Alegre no se podría explicar sin la presencia de internet. En España, como en tantos otros lugares, internet se acoge desde la esperanza de horizontalidad. Se había creado un instrumento que podía subvertir positivamente las reglas de la comunicación y poner estas en manos de los ciudadanos. En el ámbito activista esa visión tuvo recorrido: el mismo SMS con el que se impulsa la manifestación de 2004 ante la sede del PP proviene de esos entornos que creían en la digitalización como un medio fundamental para la democracia participativa. Entre ese instante inicial y el triunfo de Trump con YouTube de su lado, pasan muchas cosas, entre otras la que mencionabas de Podemos.

La esperanza de horizontalidad desaparece relativamente pronto. Pero los aspectos más significativos que trajeron las redes fueron, desde mi punto de vista, dos. El primero alude al papel subordinado que adoptamos los medios de comunicación. Se vio muy bien con lo que señalabas de Podemos y Twitter. X ha sido una plataforma que

no brindaba mucho recorrido a los medios, era más un espacio de influencia entre personas más o menos interesadas en la política que uno que ofreciese grandes audiencias. Pero los medios asumimos que la construcción del sentido común se producía a partir de lo que se contaba en Twitter y comenzamos a seguir lo que allí se debatía como muy noticiable. Al margen de que no sabíamos bien lo que hacer con internet, si se tenía que cobrar la información o no, cómo situarnos ante la presencia de las redes, etc. Nuestra conversión en espacios secundarios proviene de la aceptación de ese seguidismo: los medios tradicionales nos sumamos a ese juego. Al final, las empresas del sector tecnológico han terminado por canalizar la difusión masiva de información, y nosotros hemos quedado muy por detrás a la hora de recoger recursos económicos. Hemos tenido y tenemos un papel a la hora de movilizar conciencias, pero es más limitado.

Como segundo elemento, hay que hacerse una pregunta: cuando hablamos de que la transmisión a través de las redes tiene una orientación política determinada, es conveniente cuestionarse por qué el descontento está siendo canalizado por las derechas y no por las izquierdas, cuando el declive material abría teóricamente posibilidades para que los progresistas ampliaran sus filas. Lo cierto es que, en estos cuarenta años largos que han transcurrido desde la llegada de Reagan, la derecha ha sido la fuerza dominante en la política occidental, la que ha traído los cambios, globalización incluida, y la que ha actuado también como fuerza revolucionaria, como vemos con Trump. Son décadas que en su plano estructural han sido definidas por la derecha. No es raro, por tanto, que exista una correspondencia ideológica entre las fuerzas dominantes y los nuevos medios de comunicación.

Sin embargo, estamos ante una partida abierta. En este momento de transición entre el viejo orden y el nuevo, lo que las elecciones de los últimos años nos dicen es que la constante es el cambio. Sale Lula, entra Bolsonaro, vuelve Lula; gana Trump I, después Biden, y el siguiente paso es Trump II; Farage sacude a los *tories* y los convierte en un partido pro-*brexit*, los conservadores llegan al gobierno y fracasan, arrolla el Partido Laborista y, a los pocos meses de su mandato, Farage encabeza las encuestas. Lo que estamos viendo, con sus excepciones, es una ondulación, un momento de transformación

todavía no asentada, en la que el descontento permanente de las poblaciones genera cambios frecuentes. Los votantes se mueven hacia un lado y hacia el otro buscando una solución. Aunque las redes empujen más en un sentido, la pendulación sigue presente. La inestabilidad es un síntoma evidente de que no se ha estabilizado la sociedad y, por lo tanto, tampoco se ha consolidado una posición política concreta. Hasta ahora hemos tenido dos modelos. Tras la Segunda Guerra Mundial, hubo socialdemocracia, con independencia de que gobernasen en Europa los socialdemócratas o los demócratas cristianos, ya que ambos compartían un marco común. A partir de los años ochenta, el modelo adoptado por todos los gobiernos fue el neoliberalismo, ya fuera desde los partidos de derechas o los de izquierdas, los socioliberales. Nosotros no hemos encontrado un modelo todavía. Intentamos intuir qué ocurrirá tras el fin de la era global y no lo sabemos aún. En ese escenario, las redes son un factor, un instrumento que tiene una gran influencia, porque son las principales emisoras de información. Pero las ondas de la historia continúan moviéndose por debajo, la partida no está decidida. Inundar el campo puede favorecer en un momento determinado y volverse en contra en el siguiente.

ENRIC: Sí, pero permíteme que añada otro factor que está teniendo una creciente importancia. Vivimos en la gran época de la soledad. La soledad también es hoy signo del mundo. Recuerdo una conversación con Manuel Valls, poco después de la protesta de los chalecos amarillos. Era concejal en Barcelona, pero seguía conectado con el ministerio del Interior francés y me comentó que buena parte de los activistas más encendidos del movimiento de los *gilets jaunes* eran personas que vivían solas. Y añadió: «Las voces más agresivas en las redes sociales son mujeres de más de cincuenta años que viven solas, muchas de ellas divorciadas». Durante el *procés*, la brigada de infantería independentista más movilizada en los momentos tensos estaba formada por mujeres de más de cincuenta años, con toda su pasión depositada en aquella movilización política. Recuerda aquella foto publicada en casi todos los periódicos de España. 7 de octubre de 2017: una masa de personas concentrada en el paseo Lluís Companys

de Barcelona estalla de alegría al escuchar que Carles Puigdemont anuncia la declaración de independencia de Catalunya. La imagen que ofrece una mujer situada en primer plano no puede ser más expresiva. Al cabo de unos segundos, siete segundos, Puigdemont anunció que esa declaración quedaba congelada. La decepción en aquel rostro es inenarrable. Hubo mucha sátira a propósito de esas dos fotos. Se quiso entender que ahí estaba resumida la «irracionalidad» del independentismo catalán. Creo que esas dos fotos son imprescindibles para entender el surgimiento de Aliança Catalana. Y creo que la soledad es hoy también un motor de actitudes políticas. No solo operan los recuerdos y los valores heredados o adquiridos a lo largo de la vida. La soledad cuenta. La soledad radicaliza.

ESTEBAN: Sí. Pero hablar de la soledad implica referirse a ese proceso de desorganización social que ha operado no solo en las redes familiares, sino en los modos de socialización. Tras una época en la que la vida colectiva fue la dominante, la gente del mismo edificio decidió que era preferible tener un contacto mínimo con los vecinos. Tampoco se bajaba al bar de la esquina a tomarse algo con personas del barrio. En el ámbito laboral, quien estaba al lado ya no era un compañero, sino un competidor. En ese contexto apareció internet, y después las redes sociales y los grupos de mensajería, con lo que ya se podía estar acompañado incluso en la soledad de tu casa. Con un móvil no solo podías sumergirte en vidas ajenas y comunicarte con tus conocidos, sino buscar nuevas amistades, trabajo, pareja o una relación sexual. Era algo, además, que se entendía deseable, porque permitía construir un modo de vida elegido: ya no se estaba atado a las posibilidades restringidas del entorno cercano. Sin embargo, esa promesa también trajo desilusiones, porque generó más individualismo, más instrumentalización de los otros y de uno mismo y, a la larga, más soledad.

La reacción a ese nuevo escenario, en el que se creía poder participar de la vida colectiva sin juntarse físicamente con los demás, ha sido el crecimiento de un anhelo, el de pertenencia, el de estar con los otros, el de formar parte de algo común, que resalta un creciente hartazgo del individualismo.

ENRIC: Hay un filósofo alemán por el que tengo devoción, Peter Sloterdijk, que escribió una trilogía titulada *Esferas,* en la que realiza un ejercicio en mi opinión maravilloso: explicar la evolución de las sociedades humanas a partir de la esfera, la esfera psicológica, la esfera espiritual, la esfera simbólica. El ser humano necesita oír siempre una voz; otra voz, primero, la voz de la madre, sus canciones, sus cariños, sus advertencias, hasta que va surgiendo la voz interior que te acompañará toda la vida. Durante siglos esa esfera se hallaba en el interior de otra esfera, inmensa, poderosa, que lo regulaba todo: la religión. No existía la nación. Existían los reinos cristianos, con el Papa de Roma arbitrando. Esa potente esfera religiosa comienza a resquebrajarse con la invención de la imprenta, el diálogo directo con Dios (protestantismo) y la conformación de los Estados nacionales. Los tratados de Westfalia. Dios te vigila, pero la patria te llama. Sloterdijk concluye con la siguiente imagen: estamos ahora en el tiempo de las microesferas. Millones de individuos conectados directamente con la infinitud en la soledad de su apartamento. Puedes estar participando en una simulación de la guerra de las galaxias, en las intrigas de un movimiento revolucionario, o en una extraña secta religiosa desde la más radical soledad. Somos microesferas. Millones de microesferas con la textura de la espuma de afeitar: ora se concentra, ora se dispersa, ora forma grumos desiguales. Según cuál sea la dirección de los algoritmos, según cuál sea la intensidad de los escándalos. El escándalo de Gaza finalmente movilizó a millones de microesferas en todo el mundo. Digo escándalo con toda la intención. El intento de exterminio del pueblo judío durante el nazismo fue un escándalo. La matanza de Gaza, también. Escándalo en el sentido más antiguo: caer en el mal. Fue un proceso lento, pero finalmente tomó forma y el Gobierno de Israel empezó a preocuparse por su creciente mala reputación en el mundo. La espuma de afeitar la moldean a diario los medios de comunicación y las redes sociales. Puede cambiar de forma con bastante celeridad. Basta observar los estados de ánimo en España ante la situación política.

ESTEBAN: Esa perspectiva tiene también un lado oscuro, porque implicaría que la sociedad puede reconstruirse plenamente desde lo

virtual, como si las esferas de influencia comunicativa pudieran traernos y llevarnos mediante la orientación de nuestros impulsos. Y Gaza señala, desde mi perspectiva, el fenómeno contrario: el de una reacción que fue en sentido opuesto a los mensajes que, desde el ámbito internacional, respaldaban la acción israelí. Esas microesferas aisladas no siempre se dejan dirigir.

En cuanto a la voz interior de Sloterdijk, alude a esa necesidad que el ser humano tiene de seguridad ontológica. Han existido diferentes mecanismos para proporcionárnosla a lo largo de la historia. La cercanía del grupo familiar, la religión, la nación o la pertenencia a grupos tejidos por la identidad o la ideología, como señalas, son algunos de ellos. En las últimas décadas, en las que los grandes relatos aparecían desgastados y perdíamos vínculos con el entorno cercano, la seguridad la aportaban los expertos. Anthony Giddens lo explicaba muy bien en el plano cotidiano. Estamos rodeados de artefactos cuyo funcionamiento desconocemos y, sin embargo, confiamos permanentemente en ellos: pulsamos un interruptor y esperamos que la luz se encienda; entramos en un edificio y no pensamos que se vaya a derrumbar, porque creemos que los arquitectos han hecho bien su trabajo; viajamos en tren y nos sentimos seguros, porque confiamos en quienes lo conducen y en las medidas de prevención de accidentes. Todo eso es fruto de los avances del conocimiento experto. En un nivel mayor, depositamos confianza en las instituciones sociales de protección: esperamos que, cuando haya problemas, existan mecanismos colectivos basados en un conocimiento concreto que vengan en nuestra ayuda, desde los bomberos hasta los médicos, pasando por la policía o las unidades militares de emergencia. En el plano de la gobernanza, las últimas décadas elevaron esa apuesta: el funcionamiento de la economía y de la sociedad sería el adecuado siempre que otorgásemos un lugar preeminente al conocimiento experto, que estaba representado por los técnicos de los gobiernos y de las instituciones internacionales. De hecho, los lamentos del tiempo precedente provenían de la dificultad para que las poblaciones y los políticos hicieran caso a los expertos, que nos recomendaban lo mejor, pero no siempre les hacíamos caso. Quien mejor vio que esa seguridad se había quebrado, que la sensación de que las cosas no funcionaban

estaba cada vez más extendida y de que ahí había una oportunidad política, fue Trump, que dirigió todas sus fuerzas contra los expertos. En España somos cada vez más conscientes de la ruptura de esa confianza ontológica. Dolorosos ejemplos recientes, como el de los trenes, nos lo subrayan.

ENRIC: Están intentando dinamitar la confianza en todo lo que significa acumulación de experiencia. Están dinamitando la confianza en la ciencia. Quieren moldear directamente la espuma de afeitar.

ESTEBAN: Así es. Pero en algunos campos tienen razón al impugnarla. Ocurre con la economía ortodoxa, que convirtió una visión particular de la ciencia en la ciencia en sí, lo que ha creado disfunciones evidentes cuyos costes se manifiestan ahora. En lo general, sin embargo, esta impugnación provoca problemas evidentes. Si no se tiene confianza en las instituciones, pero tampoco en el profesor o en el médico o en los expertos en general, y menos aún en la política, la sociedad se desorganiza, porque no hay una instancia de la que pueda esperar una continuidad confiable. Sin embargo, cuando esas situaciones se producen, no llega el vacío social, sino el poder de la fuerza. Por ejemplo, cuando cayó la Unión Soviética, la desaparición *de facto* de las estructuras estatales fue suplida por el orden creado por los oligarcas. No hubo ausencia de poder, sino poder desnudo.

ENRIC: Hasta que la policía política recuperó el control…

ESTEBAN: Esa es una parte, y ya hablaremos de cómo la experiencia de Putin a la hora de reorganizar la sociedad fue una fuente de influencia en diversos países. Pero, en otro sentido, esas sociedades desorganizadas, en las que se ha perdido la referencia de la iglesia y los partidos, y tampoco creen en los expertos y en las instituciones, ¿cómo se manejan? Porque no se puede vivir en la desconfianza absoluta… Ahí aparece la recomposición política que emerge en esta época, y que da respuesta a una pregunta: ¿en quién se puede confiar? Como ya no se cree en lo colectivo, la esperanza se pone en un individuo aparentemente excepcional o, al menos, en alguien que tiene

ideas firmes y una voluntad decidida. El hombre fuerte. Ese es el mapa en el que nos movemos: Erdogan, Trump, Netanyahu, Modi, Putin, Xi Jinping. El mapa del poder.

LOS CAMINOS DEL ESPÍRITU SON ESCRUTABLES. NACIÓN Y ORACIÓN

ENRIC: Permíteme que introduzca otro elemento: la religión. Creo que estamos en un momento fuerte de la religión. Dicho desde España y desde Europa, puede parecer algo extraño. No lo es. El mundo es mayoritariamente religioso, excepto la pequeña Europa democrática, en la que después de la Segunda Guerra Mundial avanza de una manera extraordinaria la secularización y el laicismo, gracias al desarrollo del estado del bienestar, el giro tolerante del Concilio Vaticano II y la gran eclosión individualista de Mayo del 68. Ahora estamos en un momento de regreso de la religión, mejor dicho, del lenguaje religioso, de una cierta sed de trascendencia, también en Europa. Estados Unidos siempre ha sido una nación religiosa, rasgo que ahora se está acentuando con el populismo republicano. El crítico literario Harold Bloom sostenía que Estados Unidos había generado una «religión norteamericana», una religión nacional, en forma de mosaico, formada por las innumerables iglesias protestantes y evangélicas que pueblan el país, muchas de las cuales llegaron a América con las migraciones europeas: los derrotados de las guerras de religión, los expulsados, los judíos que deciden huir antes de que los persigan… Una religión nacional que busca una relación íntima con Dios, por encima de los dogmas, radicalizando la palabra libertad: la libertad reside en la relación personal con Dios. Bloom hablaba de una gnosis americana: la búsqueda de una chispa divina para establecer una relación personal con Dios. En Rusia, los oficiales del FSB en el poder han rescatado a la Iglesia ortodoxa rusa, que ya gozó de cierta permisividad del KGB después de la Segunda Guerra Mundial a cambio de disciplina e información. La intensa liturgia ortodoxa ha sustituido a la desgastada liturgia comunista como si no hubiera pasado nada. La Iglesia ortodoxa vuelve a poseer grandes

propiedades y manda en los pueblos. Recuerdo una visita, hace unos tres años, a un monasterio ortodoxo de Estonia, muy cercano a la frontera con Rusia. Pühtitsa, se llamaba, un lugar majestuoso, extenso, ordenado, perfectamente jerarquizado, un orden antiguo e implacable, la disciplina de los creyentes, su recogimiento. Recuerdo la docilidad de las mujeres escuchando los consejos de un pope de luengas barbas. Cada año, Vladímir Putin y los altos oficiales del FSB acuden a la catedral de San Basilio, al lado del Kremlin, para celebrar la Pascua ortodoxa: una mano sostiene el cirio pascual y la otra golpea el corazón con los dedos en punta. Putin es el nuevo zar y el patriarca Kirill es uno de sus principales aliados. Kirill fue informante del KGB cuando vivía en Suiza en los años setenta, según informes desclasificados en ese país. La religión impregna el mundo, queridos europeos ateos y agnósticos. El islam atrae a una cuarta parte de la humanidad y sus puntas radicalizadas vienen sembrando el terror desde hace más de cuarenta años allí donde quieren tomar el poder o golpear a los «infieles». En Turquía, Erdogan ha enterrado el programa laico de Kemal Atatürk para volver a proponer un nuevo imperio otomano religioso. La basílica de Santa Sofía en Estambul, joya de la arquitectura bizantina, vuelve a ser una gran mezquita. El pujante nacionalismo hindú se basa en la religión, el complejo panteísmo hindú, enfrentado al islam. China y otros países orientales no tienen una religión revelada, no la han tenido nunca, pero están fortaleciendo sus culturas espirituales tradicionales, que han regulado durante siglos el temperamento social. El Partido Comunista Chino ha recuperado a Confucio. Podríamos decir que el PCCh es hoy un partido marxista-confucionista. Si Marx levantara la cabeza no entendería nada… O quizá lo entendería todo y muy rápidamente.

El marxismo ha industrializado China y el paso de la industria masiva a la industria con IA requiere ahora mecanismos de cohesión que vayan más allá del deseo de bienes materiales y el cumplimiento de las normas básicas del Partido. El materialismo histórico ya no basta para encuadrar una sociedad que está entrando en un futuro quizá distópico. Han decidido revitalizar la tradición. El principal ideólogo del Partido Comunista Chino, Wang Huning, advirtió hace años del riesgo de un exceso de hedonismo como consecuencia de la

fuerte propulsión económica del país. Desenterraron a Confucio y lo están inyectando a la sociedad: más disciplina civil, meritocracia, exámenes durísimos para acceder a las mejores universidades, controles más severos de la corrupción, culto al líder. Ante este panorama, la Iglesia católica romana ha optado por intentar mantener en pie su universalismo apelando a los desheredados a partir de la experiencia latinoamericana, principalmente. Hay oposición interna. El tradicionalismo también llama a la puerta del Vaticano. Está dentro. Hay jóvenes católicos que sienten más interés por las misas en latín que por las apelaciones de los obispos sobre la pobreza. El papa Francisco estableció que los pobres deben estar en el centro de la Iglesia católica, y su sucesor, León XIV, acaba de subrayar esa idea (exhortación apostólica *Dilexi Te*), mientras prepara una revisión de la doctrina social católica acorde a los nuevos tiempos. Una nueva *Rerum Novarum*, la encíclica de León XIII que llamó a la Iglesia católica a entender la sociedad industrial. León XIV quiere escribir la *Rerum Novarum* de la era digital.

ESTEBAN: El regreso de la religión que señalas es muy significativo. Imagino que hablaremos más extensamente de este asunto, pero querría dejar apuntado un hecho, que para mí es relevante, el de cómo ha evolucionado nuestro sistema. Las sociedades cuentan siempre con un conjunto articulado de valores a través del cual afirman su legitimidad. Cuando se desgastan o se deterioran, algo se rompe y es difícil recomponerlo. Tras la Segunda Guerra Mundial, los Estados occidentales contaron con una fuerte presencia de la religión y de sus ritos, ya que conformaban el sustrato moral en el que se apoyaba un capitalismo. Era la época del enemigo del otro lado del Telón de Acero. En Estados Unidos y en buena parte de Occidente, los valores religiosos informaron las prácticas y costumbres sociales.

Esa vinculación comenzó a romperse, a partir de un choque inevitable que Daniel Bell definió como «las contradicciones culturales del capitalismo». Por una parte, estaban los valores que necesitaba el sistema económico para expandirse y que conformaron una ideología individualista, centrada en la libertad personal, la eficiencia y el beneficio; por la otra, las visiones colectivistas y trascendentes de la

religión, que representaban un bien que excedía al ser humano concreto. No fue un asunto únicamente religioso, ni tampoco exclusivamente estadounidense.

En Europa había países como Italia o Francia donde la vida en comunidad contaba con una fuerte presencia de los partidos políticos. Las reuniones sociales, las excursiones de los chavales, los espacios de ocio y los lugares de socialización eran articulados por la Iglesia católica o por los comunistas. Cuando, con el paso del tiempo, los lazos colectivos se debilitaron, apareció una sociedad en la que lo importante era vivir el presente, disfrutar de la existencia y disponer de bienes materiales: esos pasaron a ser sus valores más publicitados. Son ideas que funcionan en el plano individual, pero en las que no aparece ninguna visión de futuro compartido. Avanzó la secularización y fijó un terreno de juego en el que la política sufría, porque lo colectivo comenzó a ser percibido como algo opresivo, más un problema que una solución. Durante la época global, tales valores se afianzaron. Había llegado el fin de la historia, no había horizonte común hacia el que dirigirse ni elemento trascendental con el que arroparse. Se trataba de aprovechar las posibilidades individuales que permitía un mundo abierto y era la hora de la autorrealización y el disfrute de las experiencias.

El regreso de la religión, desde mi perspectiva, tiende a producirse en ese vacío que dejaron los valores colectivos. Y lo hace vinculado a la derecha porque va de la mano del regreso de las opciones nacionales tras el fin de la globalización. Todos los países en los que la religión está de vuelta tienen detrás proyectos nacionales, cuando no imperiales. Los valores religiosos permiten, en ese contexto, un doble lazo, el de ofrecer sentido de la colectividad a las pequeñas comunidades, pero también unirlas en una entidad mayor, definida por una bandera.

Ese tránsito se ha producido, fuera de Europa, desde una serie de ideas comunes. Lo que defiende el patriarca Kirill, el máximo mandatario de la Iglesia ortodoxa rusa, y lo que promueven Orbán, Erdogan, Netanyahu o la derecha estadounidense tienen muchísimos puntos de conexión: la defensa de una familia fuerte con muchos hijos, la protección y el bienestar de la unidad familiar clásica, la

preservación de los valores morales tradicionales, el vínculo con la nación. Lo que afirma León XIV es otra cosa, no porque difiera en exceso de otras visiones religiosas en cuanto a la familia y los valores, sino porque introduce un elemento que no está presente en el regreso de otras confesiones, la doctrina social de la Iglesia. Está presente la pulsión universalista, la consideración del inmigrante como ser humano, pero también la crítica a un sistema económico desigual y a menudo despiadado.

ENRIC: Solo añadiría una cosa a lo que acabas de decir. La religión también está sirviendo en estos momentos para reforzar los ámbitos nacionales, como ya ocurriera en el pasado. El catolicismo conservador ha entrado en tensión con Roma y hay amenazas de cisma. Steve Bannon, el primer consejero de Donald Trump, el más célebre consejero de Donald Trump, ha amenazado directamente al Vaticano con un cisma católico en Estados Unidos. Puede leerse como una bravuconada, pero esta gente ha demostrado que van en serio. Poco después de la elección de Trump, Bannon parecía derrotado, desplazado por Elon Musk, la estrella emergente en Washington, la sombra de Trump durante los primeros meses de su segundo mandato. Recuerdo una entrevista de Bannon en la prensa italiana en la que decía lo siguiente: «Voy a hacer todo lo posible para que Musk pierda la tarjeta azul que le permite un pleno acceso a la Casa Blanca. Musk es un oportunista sin principios, que solo busca dinero». Parecía la bravuconada de un *loser*, la vieja guardia MAGA desplazada por los nuevos ricos. Musk está hoy fuera de la Casa Blanca. Si Bannon dice que puede haber un cisma católico en Estados Unidos es que algo están tramando. Una facción del movimiento MAGA se ha enamorado del catolicismo. Les gusta la organicidad católica, su estructuración, su jerarquía, su solidez histórica, creo que ven el catolicismo como un buen aglutinante nacional, un aglutinante más sólido que la vaporización de las iglesias protestantes, muy locales, muy domésticas. El catolicismo tiene escenografías más potentes, recuerda los funerales de Charlie Kirk. Este nuevo nacionalcatolicismo estadounidense toparía con el Papa de Roma… Toparon con Francisco e intentaron ridiculizarlo. Al nuevo Papa aún lo están

estudiando. Pero hablemos también de la IA. La inteligencia artificial es la nueva divinidad de nuestra época. Una divinidad temible que puede enviarnos al infierno…

ESTEBAN: Quién sabe cuál será la efectividad real de la IA. Pero antes de entrar en ella, habría que constatar algunos de los cambios que ya ha traído. En primer lugar, el ámbito de desarrollo en el que el capitalismo occidental había puesto el foco, las energías renovables y la lucha contra el cambio climático, está siendo sustituido por otro, el de la inteligencia artificial. La necesidad de crecimiento y expansión del sistema ha encontrado un campo prioritario de inversión.

En segunda instancia, conviene poner el acento en lo que contiene este énfasis en la IA. Hasta ahora, la tecnología ha supuesto una reconfiguración de la economía tradicional. Grandes empresas, como Amazon con la venta a distancia, Airbnb con el mercado del alojamiento, Uber con el transporte de personas o Google con los cambios en la difusión de información, habían reorganizado los mercados existentes en otros mucho más concentrados en los que un puñado de empresas dictan las normas. El siguiente paso, en el que hemos entrado de lleno, es el de la aplicación de la tecnología al ámbito de la seguridad y la defensa. Firmas como Palantir están generando notables beneficios y apuntan a ser las más exitosas del sector. Los tecnólogos que apoyaron a Trump en la campaña y que permanecen a su lado, como Peter Thiel, provienen de ese ámbito. Una de las prioridades del actual Gobierno estadounidense es no perder el dominio en el sector tecnológico frente a China, y especialmente en el ámbito de seguridad y defensa, que se entiende fundamental para combatir el ascenso de Pekín.

Además de las criptomonedas, en especial las estables, y de las monedas digitales, que es otro ámbito importante, aparece el intento de reorganizar la gestión pública a través de los instrumentos que aporta la IA, que es otro de los espacios de desarrollo que se espera que aporte grandes beneficios a las firmas tecnológicas. Figuras como Blair están muy activas en este sentido y el Reino Unido está anticipando alguno de los movimientos que veremos en el futuro

europeo en cuanto a la vinculación de IA, gobierno y gestión de los recursos públicos.

En todos estos terrenos se espera que la IA tenga un papel central. La pregunta es si funcionará. Desde mi punto de vista, se está exagerando mucho su potencialidad. Hay una serie de cosas que se pueden hacer muy bien y muy rápido gracias a la IA, aquellas que se desenvuelven en ámbitos cerrados y con reglas dadas, y otras en las que solo puede funcionar si se excluyen el ruido, la incertidumbre, lo aleatorio y, sobre todo, lo no medible. En muchos aspectos de la vida, si esta segunda parte queda excluida, el conocimiento que se puede extraer es muy pobre.

Además, en muchas ocasiones, la IA funciona porque reduce todo al mínimo común denominador, que es la única manera de articular una cantidad ingente de datos. Esa reducción implica mediocridad, no brillantez.

Por último, están las consecuencias laborales: primero se deslocalizaron los trabajos industriales de Occidente, ahora toca adelgazar las plantillas de trabajadores intelectuales. Lo que se vivió en la industria hace décadas tendrá lugar ahora en el ámbito de las profesiones liberales. Tengo muchas dudas de que la IA pueda realizar de forma eficiente más que tareas secundarias o de apoyo en esos ámbitos. Sin embargo, una vez que el instrumento existe, se aplica. Incluso preventivamente. Vemos que muchas grandes compañías están comenzando a despedir trabajadores, a pesar de gozar de elevados beneficios, como anticipación de los cambios que vendrán.

La IA ha introducido de una manera clara el problema de «los que sobran»: los países necesitaban población, requerían mano de obra, mercados amplios, soldados, consumidores. Pero si la guerra se hace con drones y algoritmos, la fabricación con robots y el trabajo experto necesita cada vez menos personas, de repente el ser humano comienza a no ser necesario. En Estados Unidos se piensa que se puede reindustrializar el país porque hará falta mucha menos mano de obra, lo que evita tener que volver al equilibrio capital-trabajo que caracterizó a la era industrial tras la Segunda Guerra Mundial. Y si se necesita menos gente, tampoco hacen falta inmigrantes. Todo esto forma parte de los dilemas de la IA.

ENRIC: En el libro *Atlas de la inteligencia artificial*, su autora, Kate Crawford, buena conocedora de la materia, afirma lo siguiente: «La inteligencia artificial no es artificial ni inteligente. La IA es un certificado de poder. La IA es una serie de prácticas técnicas y sociales, es instituciones e infraestructuras, política y cultura». La IA es varias cosas a la vez: es una idea, es una industria extractiva, es la manifestación de un capital muy organizado respaldado por vastos sistemas de extracción y logística. La IA es una mina de litio en Bolivia o en Extremadura. Es una prospección de tierras raras en Mongolia o en Groenlandia. Es un bosque de caucho en Malasia para producir el látex necesario para los cables submarinos. Es un centro de datos en Aragón. La IA es una discusión endiablada en los centros de decisión sobre la expansión de las redes eléctricas: ¿quién debe tener prioridad? Es el proyecto de Rolls Royce para la construcción de centrales nucleares de bolsillo, inspiradas en los reactores de los submarinos nucleares de la Royal Navy, centrales que servirían para alimentar los centros de datos, así en Estados Unidos como en Europa. Otras empresas trabajan en la misma dirección, también en China, también en Rusia. La IA es un almacén de Amazon, regido por algoritmos que obligan a ritmos de trabajo extenuantes. La IA es ese mismo almacén de Amazon con menos de la mitad de sus trabajadores. La IA son los indígenas de Nueva Papúa que fueron atentamente estudiados para perfeccionar la teoría sobre la expresión facial de las emociones. La IA son los miles de trabajadores anónimos repartidos por todo el mundo que controlan con un clic determinados procesos digitales. La IA son los trabajadores del centro de control de Meta en Barcelona que cayeron en la depresión después de varios años de trabajo como controladores de contenidos en Facebook. La dureza de algunos vídeos les rompió por dentro. El trastorno de uno de ellos ha sido aceptado como accidente laboral por un juzgado de Barcelona. La IA es el delirio ideológico de Curtis Yarvin advirtiendo a Donald Trump que puede quedar atascado si no acelera: hay que dar un golpe para cambiar de régimen con la ayuda de la tecnología, hay que crear un nuevo sistema político más totalizador, regido por un centro de decisión muy fuerte y centralizado, asistido por la IA. Un partido dispuesto a todo, organizado con *app*, con códigos cifrados para

transmitir consignas a sus militantes, un partido duro, un partido mussoliniano, un partido bolchevique en sentido ideológico inverso, ha de ser el motor de ese cambio, añade Yarvin. La IA es una gran esperanza para la investigación sobre el cáncer y otras muchas enfermedades. La IA son miles de despidos en los próximos años, ya se habla de doscientos mil despidos en la banca europea en 2026. La IA son nuevos empleos, posiblemente menos de los que destruirá. La IA será el tema de la encíclica que el papa León XIV ya ha empezado a preparar. La IA es hoy el principal campo de batalla entre Estados Unidos y China. La reglamentación de la IA en Europa es la batalla que puede perder la Unión Europea y si la pierde esa derrota puede ser su final. La IA es el adolescente que se suicida después de haber hablado con ChatGPT. La IA es un instrumento que puede aliviar la soledad. La IA es una industria que pretende englobar a todas las industrias. La IA será el principal eje rotor de la historia en los próximos años. Ya lo está siendo. La IA es una fenomenal mutación del capitalismo. Un marxista clásico nos diría que estamos ante un nuevo modo de producción y nos recordaría que toda transformación en los modos de producción altera la relación entre las fuerzas productivas, lo cual significa más conflicto, más tensión, quizá guerra, quizá revolución. La IA es un nombre que no gusta a los informáticos que la han desarrollado, que prefieren hablar de «aprendizaje automático». Pero los brujos la han bautizado como inteligencia artificial porque «cualquier tecnología suficientemente avanzada es indistinguible de la magia», como advirtió en 1962 Arthur C. Clarke, autor de *2001, una odisea en el espacio*.

Comparto contigo la idea de que determinados ámbitos profesionales y de la creatividad humana será difícil que la IA pueda sustituir a las personas. Quizá solo estoy expresando un deseo. Un mundo en el que lo humano se convirtiese en prescindible significaría el final de la humanidad y podría ser el principio de algo terrible. La transición a ese mundo sería infernal. Y me llama la atención lo que dices de la ecuación norteamericana, reindustrializar con menos mano de obra, ir echando a gente para coagular, cohesionar a la que tenemos, la que nos interesa. Lo cual nos conduciría a una reflexión sobre la situación española, que en estos momentos va en dirección

contraria: incrementa la población para acelerar la economía, recurre a la inmigración para atender la actual demanda de mano de obra —no sabemos si será la misma dentro de unos años—, para tener un país de más de cincuenta millones de habitantes.

Pero creo también que la denominada inteligencia artificial es un desafío al espíritu. Vuelve a colocar al ser humano ante el límite. ¿Qué límites no se pueden sobrepasar? ¿Quién establece esos límites? El combate del año 2026, entre Estados Unidos y la Unión Europea, versará sobre la reglamentación europea a las grandes empresas tecnológicas. Trump y sus aliados en Silicon Valley están dispuestos a machacar a la Unión Europea para que no haya ningún tipo de reglamentación. Y no sabemos si la Unión Europea cuenta con suficientes fuerzas para imponer sus reglas. Si la Unión pierde esta batalla, la política europea puede entrar en una fase de irreversible disgregación. La batalla versa sobre los límites. Sobre la defensa de la democracia tal y como la hemos entendido desde 1945. Los límites. ¿Si se sobrepasan determinados límites, lo humano puede dejar de ser humano? ¿Estamos engendrando a los entes que nos sustituirán o nos pueden conducir a una nueva esclavitud? Estas preguntas están inscritas en la actual desconfianza ante el futuro. No amamos el futuro, no anhelamos el futuro, desconfiamos del porvenir. Esto es radicalmente nuevo. Es imposible hablar de progresismo sin fe en el mañana. La Unión Europea surgió de ese anhelo de un futuro perfeccionador.

La IA es percibida en estos momentos por mucha gente como el heraldo de un mundo siniestro. No sé si esto había ocurrido antes, con tanta intensidad, ante otras innovaciones. La energía eléctrica tuvo detractores, aunque eso hoy nos parezca imposible, pero dudo que las primeras bombillas creasen más inquietud que la IA. Al contrario, la luz eléctrica iluminó un Nuevo Mundo. Aceleró el capitalismo y entusiasmó al comunismo. «El comunismo es el poder de los soviets más la electricidad», dijo Lenin. La actual oleada de inquietud ante la llegada de algo nuevo que pueda superar a la humanidad, marginarla, convertirla en sobrante o transformar parte de ella en una nueva especie híbrida hombre-máquina, dando lugar a una aristocracia

invencible, es algo absolutamente nuevo. No existe ningún patrón histórico para afrontar esa perspectiva.

ESTEBAN: El desafío al espíritu que supone la IA tendrá, en mi opinión, una fuerte carga política en los próximos años en la forma de defensa de lo humano. La evolución de nuestra relación con la tecnología es llamativa en este sentido. En España, como en el resto de Occidente, hubo una equiparación entre avances técnicos, democracia y progreso. Incluso un nuevo y mejor modelo de lavadora funcionaba como señal de que íbamos hacia adelante en todos los sentidos. No en vano, Nixon quiso mostrar a Kruschev la superioridad estadounidense, durante una visita a Moscú, hablándole de los electrodomésticos de los que los norteamericanos disfrutaban. Fue el llamado «debate de la cocina». Esa identificación de adelanto técnico y progreso personal y colectivo operó durante mucho tiempo. La tecnología actual rompe con esa idea.

En un sentido, porque trae la idea de «los que sobran». La idea de progreso era común: en cada casa habría lavadoras y lavavajillas, todo el mundo se incorporaría a un nivel de vida superior, etc. Ahora, la IA es excluyente, ya no beneficiará a todo el mundo, al contrario. Conviene no ser ingenuos: los mensajes que trasladan los expertos sobre los cambios que traerá la IA parten de la misma división que se produjo hace décadas entre los empleos que aportaban valor y los que no. Había trabajadores que, por su formación y su especialización, serían indispensables, mientras el resto se convertían en *commodity* y eran fácilmente sustituibles. La depreciación del trabajo proviene de esa brecha. Hoy la cosa se complica porque no solo está en el horizonte esa misma devaluación, sino que se apunta a que habrá muchos trabajadores que no serán necesarios porque los sustituirán las máquinas. Los únicos que permanecerán son los altamente cualificados y los de servicios que no puedan ser sustituidos. Es una visión que cambia sustancialmente la configuración social y que adquiere ribetes muy preocupantes. Asusta.

Por otro lado, se afianza no ya una visión entusiasta de la tecnología, sino una casi mesiánica. Se ve claramente en Peter Thiel o Alex Karp, en la gente del *venture capital* estadounidense, como Marc

Andreessen, y en directivos como Sam Altman. Dan un salto adelante mayor de lo que parece, porque están derivando mucha carga religiosa hacia la tecnología: viviremos mucho más tiempo, viajaremos a otros planetas, incluso llegaremos a ser inmortales. Todas aquellas promesas de trascendencia personal que provenían de lo religioso, e incluso las esperanzas de orden político que apuntaban hacia una sociedad mucho más justa, cambian misteriosamente de lugar: aparece la tecnología como elemento de salvación de la humanidad. La tecnología conseguirá cualquier cosa, desde curar el cáncer hasta solucionar los problemas del cambio climático, desde librarnos de las tareas más incómodas hasta hacernos físicamente más atractivos.

ENRIC: Fíjate que, en estos momentos, en Estados Unidos se produce un movimiento simultáneo, muy contradictorio. Los oligarcas de la tecnología están efectuando una gran mitificación de sus avances, con discursos filosóficos sobre una «nueva frontera», y, al mismo tiempo, sus nuevos aliados en el poder político minan las bases de confianza en la ciencia, poniendo en duda la eficacia de las vacunas o refutando los estudios sobre la modificación del clima. Hay severas contradicciones entre el movimiento MAGA y los tecnooligarcas. He citado antes a Steve Bannon. Transcribo a continuación lo que decía Bannon sobre los tecnooligarcas en una entrevista cuando se sentía desplazado por Musk en la corte de Trump:

> Marc Andreessen y los oligarcas no son más que un grupo de izquierdistas progresistas que tuvieron una conversión repentina entre las diez y las once de la noche del 5 de noviembre, cuando el movimiento Trump ganó Pensilvania. Los oligarcas no son conservadores. Ciertamente, no son de derechas. Todo lo que están haciendo —arrastrándose sobre vidrios rotos para intentar entrar y contaminar este movimiento— es porque ven el poder político en bruto que representa el movimiento MAGA. Y lo encuentro repugnante. En el tecnofeudalismo, eres solo un siervo digital. Tu valor como ser humano, como alguien construido y hecho a imagen y semejanza de Dios y dotado del espíritu de vida del Espíritu Santo, eso no lo consideran. Para ellos todo es digital. Son, al fin y al cabo, transhumanistas. ¿Y qué es ser transhumanista? Transhumanista es alguien que ve al Homo sapiens aquí y al Homo sapiens plus al otro lado de lo que llaman la singularidad.

> Y es por eso por lo que todos se apresuran (ya sea inteligencia artificial, robótica regenerativa, computación cuántica, diseño avanzado de chips, biotecnología, todo eso) para llegar a este punto en el que los oligarcas van a liderar esa revolución. ¿Y por qué lo van a hacer? Número uno, cuando los conoces y ves en qué gastan el dinero, es porque quieren la vida eterna. ¿Sabes por qué? Porque son niños completamente ateos de once años. Y hemos entregado la nación a eso. Esto nos hace retroceder un milenio al feudalismo. Su modelo de negocio se basa en eso. Y hay que detenerlos. Si no lo detenemos, y no lo detenemos ahora, no solo destruirán este país, sino que destruirán el mundo.

Musk saltó, Bannon consiguió echar a Musk, pero la alianza MAGA-oligarquía tecnológica perdura. Alguien en Estados Unidos quiere llegar a Marte sin vacunas.

ESTEBAN: Para mí no es incompatible, son producto de la misma visión. En la era global, nuestras élites eran fundamentalmente expertas. Eran las que manejaban la economía, la salud, la gestión. Lo que Trump les dice, ya durante la campaña electoral, es que no sirven, que sus fórmulas han fracasado. La economía no funciona, la política internacional no funciona, las sociedades están mal gestionadas, es todo un desastre. ¿Cuál es el camino de salida? La tecnología. Los tecnólogos vienen a sustituir las antiguas élites gracias a una nueva ciencia, que inaugura la IA. Estados Unidos se ha estancado por la forma de pensar atrasada de sus élites y por la ineficacia del conocimiento que se enseña en sus universidades, y es hora de cambiar eso y de dar un gran salto. Este es el mensaje trumpista.

ENRIC: Vamos a Marte sin vacunas, o vacunamos en secreto a nuestros hijos y los otros que se mueran.

ESTEBAN: Sí, sí. Pero la visión que el trumpismo ha defendido es la ruptura con la época precedente, lo que encaja perfectamente con las propuestas de la tecnología. Las firmas del sector les dicen a las grandes consultoras que ya no sirven, porque quienes tienen mejores soluciones para las empresas son ellas, gracias a la IA; el médico tradicional perderá su valor porque serán las bases de datos y los

algoritmos los que aportarán diagnósticos más precisos; y así sucesivamente. Pero, para creer en esto, hace falta que la gente haya dejado de creer en la validez de lo actual. Y, en buena medida, que deje de creer en la validez de lo humano, siempre superado por la máquina.

ENRIC: Sigamos trazando líneas. Cambio climático. Constato que las referencias a la transición ecológica han desaparecido del lenguaje de la Unión Europea en los últimos meses. Esa expresión ha desaparecido. No está. Es algo mágico. Uno de los conceptos clave del discurso europeísta en los últimos diez años desaparece del léxico oficial por ensalmo. Visto y no visto. La presión para revisar los estándares ambientales de la Unión Europea es tan fuerte que modifica el lenguaje oficial bruselense. Sin embargo, el problema sigue ahí. El clima sigue dando señales de alteración. No hay semestre en el que no ocurra algo que confirme esa apreciación. Los veranos de 2024 y 2025 han sido los más calurosos de la historia, desde que hay registros. El deshielo del Ártico sigue avanzando, en el Mediterráneo se producen fenómenos extremos como la dana de Valencia, los incendios del verano de 2025 en el noroeste de España. Un reciente estudio demuestra que los precios inmobiliarios (compra y alquiler) están empezando a bajar en el sur de España como consecuencia de las expectativas climáticas. Y un día el lenguaje oficial empieza a cambiar y determinadas expresiones desaparecen o quedan reducidas a la mínima expresión. Algo parecido ocurría en la Unión Soviética. Espero que Teresa Ribera, vicepresidenta de la Comisión Europea, gran defensora de la transición ecológica, no desaparezca un día de las fotos junto a Ursula von der Leyen.

ESTEBAN: Una de las grandes batallas de este tiempo está en la energía. Es un momento especialmente complicado para la Unión Europea, ya que es un continente con escasas fuentes de abastecimiento propias. La apuesta por las renovables debería ser muy grande, y España es un buen ejemplo, porque es la manera de ser menos dependientes. Sin embargo, parece que esa idea se está olvidando. Influye mucho que las empresas de los combustibles fósiles sean las que apoyan a Trump y

que China sea una potencia en renovables. En segunda instancia, si se piensa hacer una inversión importante en centros de datos, se tiene que conseguir energía abundante, lo que implica aprovechar cualquier fuente de la que se pueda disponer y no solo las energías limpias. Y, en tercer lugar, el cambio climático no funciona en compartimentos. Es decir, si España logra emisiones cero, pero muchos otros países siguen contaminando, el cambio climático no se frenará. Esta posición lleva a que se piense que, bueno, si los otros utilizan todas las armas energéticas posibles, hay que hacer lo mismo para no quedarse atrás. La unión de estos tres factores explica de alguna manera el declive de la posición verde europea.

SER GRANDE DE NUEVO: MAPAS, MAPAS, MAPAS

ENRIC: Más líneas. La geografía, de la cual soy devoto. Aquella advertencia de Robert Kaplan en *La venganza de la geografía* se ha cumplido. ¡Cómo se ha movido el péndulo! Ahora todo el mundo habla de geopolítica, todo es geopolítico. Empieza a ser obsesivo y abrumador. Todo es geopolítico, los factores territoriales se sitúan en el centro de muchas preocupaciones políticas y sociales. En Cataluña se ha puesto de moda llamar *territori* a las comarcas del interior. Lo que no es región metropolitana es *territori*, y este se va a vengar votando a Aliança Catalana. Es abrumadora la presencia del factor territorial en todas las discusiones. Los resultados electorales en muchos países, en la mayoría de los países, empiezan a explicarse por los distintos comportamientos políticos del campo y la ciudad. Los pueblos votan con un patrón, las ciudades votan con otro. Estados Unidos, Francia, Alemania, Polonia… La política se lee en clave geográfica. Hace diez años no era así. Hubo un momento en que parecía que la geografía estaba superada, es decir, que la propia digitalización y las redes la superaban… pero quizás ambas cosas están entrelazadas, es decir, la aceleración y la inmediatez digital, la posibilidad de comunicarse muy rápidamente, de mover cosas a distancia, ha provocado la reacción del factor físico.

ESTEBAN: Un tema crucial. ¿Por dónde empezar? Para mí, el punto central es la rearticulación territorial durante la globalización, cuando se creó una poderosa red que conectaba a las ciudades más importantes de los distintos Estados: París, Londres, Madrid, Milán, Shanghái, Nueva York, Silicon Valley, Tel Aviv… Esa red se separó del resto de territorios de su Estado porque contaban con condiciones de vida, valores y perspectivas de futuro completamente distintos de las regiones que se quedaron fuera de esa nueva conexión. Las grandes ciudades absorbieron los recursos, los empleos, las inversiones, las posibilidades de mejora, la prosperidad. Sin esa ruptura, en la que las urbes encontraron un camino propio y diferenciado, no se puede explicar la política contemporánea. Está por ver cuál será el futuro de estas ciudades en un entorno en el que vuelve a tener peso lo estatal y lo nacional. Pero creo que el punto de partida para entender la desarticulación a nivel interno que trae la geografía es este: la creación de una red de puntos fuertes conectados globalmente y el deterioro de las zonas no conectadas.

ENRIC: Creo que esta «venganza de la geografía» se expresa de varias maneras. En primer lugar, el carácter agónico que ha adquirido la obtención de recursos naturales. Ese concepto casi místico de la transición ecológica: vamos hacia algo nuevo sin acabar de prescindir de lo que ya tenemos, y mientras tanto va a haber lucha por los nuevos recursos necesarios para la generación de energía sin hidrocarburos. Oriente Medio es un terrible avispero porque ahí están los recursos que hicieron posible la sociedad industrial. Sin esa realidad seríamos incapaces de visualizar Oriente Medio. Pero debajo de esa región, en la zona comprendida entre el sur de Egipto, Etiopía, Somalia y Sudán, ocurren cosas terribles. Mucha gente no sabría ubicar Sudán del Sur en el mapa. ¿Somalilandia? ¿Dónde está Somalilandia? Mapas, mapas, mapas. En los inicios de la cartografía, los mapas eran secreto de Estado. Los mapas podían tener la llave de grandes fortunas comerciales. Se mataba por obtener mapas. Hoy se sigue luchando por los mapas. Los satélites, los aviones espía, los drones, rastrean continuamente la superficie terrestre. La localización

es ahora el concepto fundamental. Localizar en un mapa lo que se mueve.

Se produce un fenómeno que creo que Kaplan explica muy bien en su último libro, titulado *La tierra baldía*. Él se pregunta por el efecto de la tecnología sobre la geografía, y dice que la tecnología digital achata la geografía, la comprime, la presiona. Las viejas distancias se mantienen y a la vez todo está más cerca, cualquier incidencia grave en cualquier parte del mundo se puede convertir en la causa de una crisis global. «Vivimos en un Weimar global», dice Kaplan, un autor que creo que tú y yo reverenciamos, aunque no siempre estemos de acuerdo con él. Concluye: lo primordial ahora es el orden, preservar el orden. Llevo meses dándole vueltas… El orden como cuestión fundamental de nuestro tiempo. De nuevo, el orden.

ESTEBAN: Totalmente de acuerdo, el orden como cuestión fundamental del momento. Pero querría poner el acento en lo que podría llamarse la venganza política de la geografía. Te pondré el ejemplo español, que refleja a pequeña escala cambios que han tenido lugar en una dimensión mucho mayor. En la Transición, se apuesta por un sistema electoral que responda a dos prioridades, reducir el peso del voto del Partido Comunista y de Fuerza Nueva, y reducir también la posibilidad de que Fraga tenga un buen recorrido en las elecciones. Se trató de limitar el peso de las opciones ideológicas y se primaron las opciones territoriales porque se confió en que ese movimiento aportaría una gobernabilidad más sencilla. Estábamos en plena Guerra Fría, y parecía mucho más factible integrar las demandas de autonomía territorial que las ideológicas, que eran algo que se intentaba dejar atrás. Fue una solución que tuvo sentido en su momento, pero que, treinta o cuarenta años después, se volvió en contra. El elemento territorial se convirtió en el centro de las disputas ideológicas en el Estado español y en el factor perturbador que impidió e impide alcanzar mayorías de consenso. El punto álgido fue el *procés*.

A nivel internacional ocurrió algo muy semejante. El sistema construido a partir de la indiscutida hegemonía estadounidense puso en las relaciones comerciales las esperanzas de aplanar la geografía.

Gracias a la integración económica global, los recursos podían estar lejos, pero se accedía a ellos más rápidamente que nunca, merced a los adelantos técnicos y a los avances en el transporte. La distancia apenas era relevante. Había perturbaciones puntuales que encontraban solución. Si era necesario, mediante la aplicación localizada de la fuerza; ha habido guerras en este tiempo, pero no alteraron el orden global.

Sin embargo, en nuestra época, ese aplanamiento se hincha como efecto del regreso del nacionalismo y por el peso de las aspiraciones políticas de países importantes. De pronto, hay que asegurar las cadenas de abastecimiento porque las tensiones entre Estados ya no permiten la disponibilidad de los recursos en el tiempo y la cantidad necesarios. El orden vigente se descompone y emerge otro por definir. Estados Unidos quiere recuperar poder, China afianzar el suyo, India tener un papel propio en un mundo multilateral, Arabia Saudí traza planes de desarrollo muy ambiciosos, Turquía tiene cada vez mayor influencia en Oriente Medio, Israel cobra un peso mayor aún, Rusia gira hacia Asia… Son movimientos que están basados en proyectos nacionales en los que los Estados vuelven a ser cruciales. Supongo que este es un momento de indefinición que terminará estabilizándose de alguna manera, por las buenas o por las malas, en el futuro próximo. En todo caso, supone el regreso de la geografía, del territorio, de la demografía y de los recursos seguros como aspectos fundamentales de este tiempo.

El fin de la historia prometió que las tensiones ideológicas desaparecerían: el liberalismo de mercado sería el sistema dominante y se iría extendiendo por el mundo. Ya no veríamos más tensiones capital-trabajo, el comunismo había desaparecido, el fascismo se había perdido en el pozo de la historia. Pero las tensiones ideológicas, y de ahí lo de la venganza política de la geografía, han reaparecido de una forma nueva. En Pekín se intuyó esto desde el principio. El Partido Comunista Chino afirmó que la guerra de clases era el resorte fundamental de la historia y que seguía vigente, pero que, en el momento de incorporación china al orden global, lo prioritario era desarrollar su territorio y hacer próspero al país. Había que convertir la lucha de clases en lucha de naciones. Se creyó que con la integración

que supuso la globalización se eliminarían las tensiones ideológicas, pero estas han regresado por la vía territorial, y con un fuerte componente retórico de liberación anticolonial. Hoy, antiguos países subordinados reclaman una posición de primera línea en el orden internacional.

Lo curioso es que Trump adoptó también la perspectiva anticolonial en la campaña electoral de las presidenciales: Estados Unidos estaba siendo doblegado por un orden internacional injusto que privaba al país de sus capacidades. Los socios europeos eran gorrones que se aprovechaban de su gasto militar para hacerle la competencia, China explotaba el mercado americano y se quedaba con sus trabajos, y así sucesivamente. Estados Unidos estaba siendo colonizado por un orden internacional perjudicial y por las élites nacionales que defendían dicho orden. En lugar de llamarlo anticolonialismo, lo llamó antiglobalismo, pero el segundo término recogía muchos puntos del primero. Hacer América grande de nuevo era una tarea de liberación, con una promesa de justicia social territorial: si el país volvía a crecer, los americanos conseguirían tener buenos empleos y salarios decentes de nuevo.

ENRIC: En su caso, hacer América grande de nuevo se ha expresado incluso en términos literales, es decir, vamos a hacerla más grande geográficamente, la vamos a ensanchar, le vamos a añadir kilómetros cuadrados. He leído en 2025 un libro sobre el Ártico, que me ha parecido fascinante. *Guerra blanca*, se titula, del periodista italiano Marzio G. Maian, antiguo subdirector del *Corriere della Sera*. El Ártico estaba congelado y esa congelación lo mantenía fuera de la historia. Allí arriba no pasaba nada. Hielo y viento. Alguna exploración. Algún desastre. Exploradores perdidos que jamás regresaron. Hay una mística rusa de la exploración del Ártico. Y en un momento dado, empieza el deshielo y el Ártico entra abruptamente en la historia. La lucha de posiciones ha empezado. Rusia lleva la delantera y Estados Unidos no quiere quedar atrás, por eso quieren comprar Groenlandia y anexionar Canadá. El deshielo acelera la posibilidad de explotar ingentes recursos naturales y abre nuevas vías de navegación hasta ahora casi imposibles. En el Ártico se decide la

posesión de ingentes recursos naturales, el control de rutas marítimas alternativas a los grandes estrechos, la ubicación de armas nucleares. Allí arriba Rusia y Estados Unidos están muy cerca, grandes pleitos jurídicos sobre aguas territoriales y zonas de influencia económica…

ESTEBAN: Cuántos estrechos se evitan…

ENRIC: En verano de 2025 se produjo el primer viaje de una línea regular de transporte entre China y Europa a través del Ártico, Shanghái-Rotterdam, con un ahorro de 14 días sobre la ruta de Suez. Es una ruta que por el momento solo puede funcionar a pleno rendimiento durante cuatro o cinco meses al año, pero ya existe esa primera línea regular, gracias a la alianza estratégica entre Rusia y China. Es la ruta del Norte que sigue la costa septentrional rusa hasta llegar a Noruega y desde allí baja hacia Gran Bretaña para desviarse luego hacia el mar del Norte y el Báltico. Esa ruta es más operativa que la de la costa canadiense (Ruta del Noroeste), porque los caudalosos ríos de Siberia que desembocan en el Ártico facilitan un deshielo más rápido. Rusia posee el 52 % de las costas árticas, Canadá tiene el 23 %, Dinamarca, titular de Groenlandia, administra el 13 %. El accionista minoritario del Ártico es Estados Unidos con Alaska, que viene a representar un 10 % de la superficie costera de ese nuevo espacio geopolítico. Estados Unidos ahora no se conforma con ese 10 % y quiere tener más. Esto explica claramente la presión para comprar o anexionar Groenlandia y también la propuesta estadounidense de incorporar Canadá a la Unión. Creo que en el tema de Canadá hay más elementos. Estados Unidos también quiere el agua de Canadá. Concluimos 2025 con una fuerte presión norteamericana para obtener Groenlandia. Trump ha nombrado al gobernador de Luisiana como enviado especial de Estados Unidos para Groenlandia. El gobernador de un estado con clima subtropical debe conseguir el título de propiedad de una isla helada que tiene la misma superficie que Argelia (cuatro veces España). ¿Por qué Luisiana? Porque Luisiana simboliza la primera gran expansión territorial de Estados Unidos en 1803, cuando compraron a Napoleón 2,14 millones de kilómetros cuadrados al oeste del río Mississippi que eran propiedad

de Francia. Ahora, el gobernador de Luisiana debe facilitar la compra o anexión de los 2,16 millones de kilómetros cuadrados de Groenlandia.

El Ártico es el nuevo *Far West* de Estados Unidos y ha sido el Lejano Norte de Rusia; el centro de gravedad de Rusia se halla en el círculo polar ártico. El 20 % del PIB de Rusia se produce en el Ártico. Sus principales yacimientos de materias primas se hallan en esa región. Miles de ojivas nucleares rusas se hallan emplazadas en el Ártico porque allá arriba Estados Unidos y Rusia están más cerca. La Flota del Ártico, con treinta submarinos nucleares, es la espina dorsal de la defensa rusa. Rusia posee el 52 % de la costa ártica. Rusia observa y, si te fijas bien, no se ha lanzado a criticar el afán ártico de Trump. ¿Por qué? Porque los norteamericanos les están ofreciendo un acuerdo. Una paz victoriosa en Ucrania a cambio de una entente en el Ártico. Estados Unidos estaría dispuesto a facilitar tecnología a Rusia para una mejor detección de las tierras raras del Ártico a cambio de tener acceso a ese mercado, un mercado en el que China tiene hoy la posición dominante. Hay un plan para que empresas rusas y estadounidenses colaboren en la explotación del Ártico.

ESTEBAN: Esto que dices del Oeste estadounidense trasladado a Rusia es muy relevante. Siberia y el Ártico suponen el descubrimiento de territorios que explorar, y cada vez que esto ocurre los equilibrios geopolíticos se transforman. Rusia puede dar un giro hacia Asia y China porque posee Siberia, una zona de enormes recursos, y por el Ártico. Recuerdo un libro de Laszlo Földenyi con un título muy expresivo: *Dostoievski lee a Hegel en Siberia y se echa a llorar*. Dostoievski está preso en Siberia por haber sostenido ideas cercanas a las europeas de la época. Allí lee las *Lecciones sobre filosofía de la historia universal*, en las que Hegel afirmaba que Siberia era un lugar ignoto al que la historia nunca llegaría. De pronto, descubre que aquello que había defendido, esa Europa a la que se acercaba, no le atribuía ningún lugar; ese es el motivo de su llanto. Bueno, ahora Siberia y el Ártico están en la historia y quién se está quedando fuera de ellas es Europa. Steve Witkoff y Jared Kushner, el yerno de Trump, quienes negocian la paz en Ucrania con Zelenski, se reunieron en

octubre del pasado año con Kiril Dmitriev, director del fondo soberano ruso. Dibujaron un plan para los 300.000 millones de dólares en activos del banco central ruso congelados en Europa, que se destinarían a proyectos de inversión ruso-estadounidenses y para que empresas estadounidenses y rusas se unieran en la explotación del Ártico. Europa queda fuera, expulsada a la vez por su principal aliado y por su enemigo bélico.

ENRIC: Al empezar esta primera sesión he puesto la biografía de Gorbachov (*Gorbachov*, de William Taubman) sobre la mesa y te he dicho, mira, conviene tenerlo presente porque este hombre tiene que ver con muchas de las cosas de las que vamos a hablar. Gorbachov, un eficiente funcionario comunista del sur de Rusia, representa el componente europeo de ese inmenso país. Gorbachov era un genuino exponente de la ilustración marxista. El marxismo fue una inyección de cultura europea en Rusia. En su historia de la Revolución rusa, Orlando Figes sostiene que los bolcheviques utilizaron el marxismo alemán como una herramienta de transformación radical. El marxismo no nace en Rusia, nace en Alemania e Inglaterra. En Tréveris (Renania) y en Londres. El marxismo se suma a la pulsión proeuropea rusa y le ofrece una idea sistemática para cambiar el país y dotarlo de un orden nuevo, hasta que aparece la figura caucásica de Stalin que trae consigo el billete de regreso al despotismo asiático. Ante el declive del sistema socialista, Gorbachov cree que se puede regenerar inyectando mayores dosis de libertad. Esa es una idea europea. Los comunistas chinos lo ven al revés, nada de libertades políticas, las libertades políticas lo pueden desbaratar todo, hay que reintroducir el capitalismo con el Partido Comunista Chino controlando los resortes básicos del mercado. Deng Xiaoping exclama: «Gorbachov es un imbécil, fracasará». Y Gorbachov fracasa, porque después de haber entregado Europa del Este y la valiosa República Democrática de Alemania, Occidente no le presta la ayuda que necesitaba para estabilizar el país más grande de la tierra. Ronald Reagan y Margaret Thatcher no quieren que Rusia inicie un experimento socialdemócrata: ¡Para eso no hemos hecho la Guerra Fría! Gorbachov fracasa, se produce una etapa de caos y de

privatizaciones salvajes en la que capitales occidentales, especialmente estadounidenses, intentan penetrar en el corazón de los grandes yacimientos de materias primas, los oficiales del KGB reaccionan, retoman el poder, obligan a los oligarcas a alejarse de la esfera política, y Rusia vuelve a girar hacia el este. Hacia el este y hacia el norte. Vladímir Putin no depuró a Gorbachov porque su peso en la historia había sido demasiado grande. Nunca un imperio había retrocedido sin pegar un tiro. Vladímir Putin, antiguo teniente coronel del KGB en Dresde (Alemania Oriental), no se lo perdona.

ESTEBAN: Incluso el final de la Unión Soviética, la época de Gorbachov, nos dice mucho de la importancia de la geografía. Uno de los problemas principales de la URSS fue que el Partido Comunista ya no era el Partido Comunista de la URSS, sino un conjunto de alianzas de conveniencia entre mandatarios regionales, que son los que tenían el poder real. Eso favoreció que las demandas nacionalistas pudieran llevarse a efecto con sencillez y que varias repúblicas lograran rápidamente la independencia. Las redes de poder locales eran mucho más firmes que las federales. Sin embargo, lo llamativo es que la URSS se rompió de verdad desde el centro: fue la Rusia de Yeltsin la que creyó que, sin el resto de las repúblicas soviéticas, tendría un mejor destino en el Nuevo Mundo. Algo similar ha ocurrido con el orden global, ya que su núcleo, Estados Unidos, decidió ir por su cuenta y trazar un nuevo dibujo internacional. La mayor amenaza para la Unión Europea es la tentación alemana de diseñar un camino de salida únicamente en beneficio propio. El fin de la URSS tiene alguna experiencia que enseñarnos para nuestro presente. Fue la caída de un imperio, siempre hay lecciones que deben repasarse.

2

VALORES DE ÉPOCA. EL SIGLO DEL ESPÍRITU Y LAS SEÑALES DE ORDEN

ENRIC: Creo que fue André Malraux quien dijo que el siglo XXI será espiritual o no será. Este es el siglo de lo inmaterial, el del espíritu y las fantasías del espíritu. ¿Estás de acuerdo?

ESTEBAN: Estoy de acuerdo… Lo que pasa es que es una inmaterialidad peculiar, atravesada a la vez por las pulsiones del regreso de la vieja espiritualidad, la de una religión vinculada con el nacionalismo, y por las pulsiones futuristas, las de las fantasías tecnológicas. Se mueve en una contradicción que está presente desde hace décadas y que ahora cobra una nueva expresión.

Vuelvo al hecho de que hubo una alianza evidente en Occidente entre el capitalismo y la religión después de la Segunda Guerra Mundial. Esto se apreciaba tanto en los países protestantes como en los católicos. Tampoco era raro, ¿no? El enemigo común era el comunismo… El capitalismo ofrecía la base material, mientras que las prácticas sociales quedaban informadas por valores religiosos y por el anclaje de la tradición. Fue así en Estados Unidos y en Europa a mediados del siglo pasado. Esa vinculación comenzó a romperse a finales de los años sesenta y primeros setenta porque las sociedades se secularizaron, pero sobre todo porque los valores religiosos resultaban ya mucho menos funcionales para el sistema. Por una parte, las sociedades se volvieron más individualistas y, por otra, una economía en expansión demandaba un mayor gasto en consumo, en la posesión y exhibición de bienes, en el disfrute y en el brillo personal, y eso era lo contrario de lo que los valores religiosos promovían. Era preciso diluir la vieja moral colectiva, que se manifestaba tanto en la religión

como en algunas formaciones políticas, y dar aire a nuevos valores más centrados en la individualidad y en el yo.

En ese instante, Reagan y Thatcher impulsaron el neoliberalismo al mismo tiempo que crearon una ideología que promovió el nacionalismo, la reivindicación de la bandera y el anclaje en la religión. Se produjeron entonces alianzas insospechadas, contra natura, entre los conservadores y los neoliberales, que se hicieron más extrañas aún en los países católicos. Los preceptos de la derecha religiosa eran tradicionalmente opuestos a un liberalismo de mercado que ponía el dinero, el beneficio y los dividendos en el centro de la vida. Sin embargo, se aceptó ese Nuevo Mundo con entusiasmo y los ámbitos religiosos se convirtieron en adalides del neoliberalismo, algo que solo podía llevarse a cabo pagando el precio de la degradación de los valores colectivos y tradicionales por los que decían abogar.

A partir de entonces, la situación evolucionó en dos direcciones. En lo económico, y no entraré en ello ahora, el mercado adquirió características religiosas, una suerte de continuación del espíritu protestante del capitalismo del que habló Weber. La lectura que se hace hoy de la tecnología, y las esperanzas que se ponen en ella, no son más que la acentuación de ese movimiento.

El segundo cambio que se ha producido es el político. El retrato más nítido de la evolución ideológica se produjo en Israel, un país que combinaba dos sensibilidades. Por un lado, estaba Tel Aviv, que representaba la potencia tecnológica, la apertura, la interconexión, las libertades, la capital gay; por el otro lado, estaba Jerusalén, que apostaba por las tradiciones, el territorio, la demografía, las raíces, los vínculos nacionales y los preceptos religiosos. Estas dos visiones se enfrentaron en el inicio de los años diez de este siglo y Jerusalén acabó triunfando sobre Tel Aviv. Es una confrontación política relevante en la medida en que no tuvo lugar únicamente en Israel: esas dos visiones también se enfrentaron con un resultado similar en Europa del Este (con el Grupo de Visegrado conformado por Hungría, Polonia, Eslovaquia y República Checa), en Rusia, en Turquía, en India, y han llegado a Europa Occidental. Las derechas extremas y populistas continentales son las valedoras de esa posición, como lo son Trump o Farage. Estas son las dos opciones ideológicas que definen hoy la

política. Pero es interesante entender cómo surgieron a partir de las contradicciones no resueltas del capitalismo y cómo se desarrollaron aún más como intento de solución de la crisis de hegemonía estadounidense.

ENRIC: Me has recordado una anécdota de mi padre. Mi padre era un reaccionario en el sentido más literal del término: sospechaba siempre de los cambios. Tengo un entrañable recuerdo de mi padre. Con el paso de los años le he entendido mejor y, cuando lo entendía, él ya no estaba. Mi padre tenía tres obsesiones: las mesas redondas, la fobia a la televisión y un desinterés olímpico por los automóviles. Consideraba que, en las casas, las mesas del comedor debían ser redondas, para que la familia se sintiese más unida. Odiaba la televisión porque consideraba —creo que con razón— que era un elemento destructor de la familia. No le gustaba la automoción masiva porque destruía la Semana Santa. Exageraba sus opiniones porque le gustaba llevar la contraria al viento dominante. Veía venir un mundo nuevo y no le gustaba. En los años setenta, los años de mi primera formación política, se produjo una singular alianza entre el progresismo y el obrerismo, las nuevas corrientes de liberación personal derivadas de Mayo del 68 y los nuevos impulsos de emancipación social, cuya principal expresión en aquellos años era Comisiones Obreras. Las Comisiones Obreras eran una cosa muy seria. Conocí a gente de Comisiones en aquellos años setenta, cuando ya tenía dieciséis o diecisiete años y empezaba a politizarme, y me causaron una gran impresión. Eran gente de la misma edad que mi padre, obreros de la construcción, metalúrgicos, trabajadores del textil… Si la policía los detenía y acababan en la cárcel, su familia podía pasarlo muy mal. Podían acabar en la miseria. En la periferia de Barcelona, la Iglesia católica apoyó al obrerismo. Comisiones Obreras se reunía en las parroquias. La primera vez que oí una emisión de «La Pirenaica» (Radio España Independiente, la legendaria emisora del PCE) fue en el centro parroquial del barrio de Pomar en Badalona. En paralelo, el progresismo florecía en la universidad y en los jóvenes círculos profesionales. La alianza progresismo-obrerismo aceleró la transición y acabó imponiendo un proceso constituyente, puesto que

UCD no alcanzó la mayoría absoluta en las primeras elecciones democráticas, las elecciones del 15 de junio de 1977. A Adolfo Suárez le faltaron diez diputados para la mayoría absoluta, básicamente le falló la provincia de Barcelona. Esa alianza empieza a disgregarse en los años ochenta, con la profesionalización de la política, la primacía de los cuadros políticos con formación universitaria, y la progresiva disgregación de la clase obrera por el cierre de fábricas y reconversiones industriales. Aquella película italiana, *La classe operaia va in paradiso* (1971), venía a decir que una época se había acabado. La clase obrera dejaba de ser un sujeto político central. La Democracia Cristiana y el Partido Comunista, el obrerismo blanco y el obrerismo rojo, entran en decadencia. Es la hora de Bettino Craxi y de Silvio Berlusconi. Craxi protegía a Berlusconi, le ayudó a despegar como empresario de la televisión privada. Estamos ya en los hedonistas años ochenta. Hay interesantes películas al respecto. En España, la primacía electoral del PSOE de alguna manera lo disimuló.

En los años ochenta se inicia una nueva fase, el trabajo autónomo empieza a tomar fuerza y, efectivamente, como tú dices, las corrientes neoliberales empiezan a consolidar su propio credo. Ahí Juan Pablo II tuvo un disgusto. Juan Pablo II es un actor muy importante de ese momento, porque es el hombre que contribuye de una manera decisiva a la crisis del mundo soviético, abriendo brecha en Polonia. La caída del régimen socialista polaco anticipa la crisis en todo el Este de Europa y la posterior implosión de la Unión Soviética. Juan Pablo II creía que la caída del comunismo soviético daría paso a una Europa cristiana, muy espiritual, muy tradicional, y pronto se da cuenta de que el río no fluye por el valle que él había imaginado. Cae el estatalismo socialista y la gente no sale en estampida a rezar a las iglesias, sino que se va al supermercado. Juan Pablo II derrotó al materialismo histórico, pero no al materialismo a secas.

ESTEBAN: La derrota del materialismo histórico y la derrota de la religión fueron parte de lo mismo. Mencionabas antes el año 68. Si uno examina cuáles eran los preceptos de los neoliberales que asomaban la cabeza en los años setenta, todo circulaba alrededor de la liberación de las energías privadas respecto de una estructura

económica que las asfixiaba. En el aspecto cultural ocurría algo similar con las costumbres y con los deseos individuales, ya que se demandaba mayor libertad frente a entornos sociales y privados muy restrictivos. Ambas visiones triunfaron: la derecha puso el acento en la economía y la izquierda en los elementos culturales. Y con esa victoria, no solo salió de escena un comunismo que terminó derrumbándose, o esa religión que trataba de mantener las tradiciones, sino que también se debilitó sustancialmente la vida en comunidad. En Italia y en Francia, la vida se organizaba a través del Partido o de la Iglesia, dos estructuras que tenían sus redes, sus territorios y sus fieles; ambas se copiaban y ambas promovían una idea de bien común por caminos distintos. Los años setenta y la llegada del neoliberalismo significaron la derrota de las dos y, con ellas, se perdió también un corpus de valores capaces de generar legitimidad social más allá del triunfo personal o de la liberación individual.

Esta ha sido la dinámica de las últimas décadas, acompañada por los excesos de «la avaricia es buena». Como señalas, lo que vino después de la caída de la URSS no fue la peregrinación a las iglesias, sino la peregrinación a las bolsas de valores y a los centros comerciales. Se produjo una variación relevante en muchos ámbitos, porque lo que se perdió con ese desvanecimiento de los valores colectivos fue también la presencia y la influencia de las clases trabajadoras y de las medias bajas en la vida política y social. En España se nota de manera muy nítida en la evolución religiosa. Los ámbitos donde los católicos tienen mayor presencia son las clases medias altas y las altas, mientras que ha menguado significativamente su presencia en los barrios populares. El vacío que han dejado las iglesias católicas lo están llenando las evangélicas o, en el caso de zonas con emigración magrebí, las mezquitas. En Latinoamérica han crecido enormemente los evangélicos, que son las iglesias populares por excelencia hoy, y cuya ideología es neoliberal y *neocon*. La falta de vinculación del catolicismo con las clases con menos recursos fue de la mano de la desaparición de los partidos políticos de esas zonas, ya que optaron por modos de articulación mucho más laxos y por tener mucha menos presencia física. Como efecto, la participación de

esos barrios en los procesos electorales fue decreciente: ya no había instrumentos colectivos que vehicularan las aspiraciones o las esperanzas de esas clases, y esta es una de las claves que explican por qué la política se convirtió en un asunto de élites. Al mismo tiempo, el papel económico que se atribuyó a las clases populares fue el de adaptarse a su nuevo papel como clase de servicios, con lo que perdieron una red de seguridad construida durante décadas.

Ahora, la religión está regresando, aunque sea de un modo ambiguo y contradictorio en Occidente, fruto de esa derrota que Jerusalén ha infligido a Tel Aviv, por continuar con la metáfora. Esa Europa cristiana y tradicional que apuntaba Juan Pablo II puede tener cierto empuje hoy gracias a las brechas creadas por la globalización. Esa división entre las grandes urbes y los territorios desconectados, que trajo consigo nuevos perdedores, ha creado un clima en el que lo geográfico vuelve a importar, en el que los vínculos nacionales y las identidades vuelven a tener peso, y ahí ha encajado la religión. Sin embargo, lo que no hemos visto aún es el regreso de los valores colectivos en la política progresista. Es todavía reacia a abandonar las pautas socioliberales y sigue careciendo de un aliento unificador. Sus propuestas identitarias son fragmentarias: el feminismo, las minorías raciales, los jóvenes. Sin embargo, hay señales incipientes de una nueva visión en el Partido Demócrata estadounidense. Dada su capacidad de influencia en Occidente, la batalla que se libra en él tendrá consecuencias más amplias.

ENRIC: Creo que hay otro factor que debe tenerse en cuenta, y es la apoteosis del entretenimiento. El entretenimiento gana mucho peso en la sociedad humana, como nunca lo había tenido, y pone también de relieve algo que creo que es muy sustantivo hoy, algo simple y a la vez complejo: mucha gente no sabe qué hacer consigo misma cuando gana tiempo a las horas de trabajo. Cuando empieza el declive de las células comunistas y de los centros parroquiales, aparecen los videoclubs. Mis padres se conocieron en un centro parroquial. Mi padre jugaba al ajedrez los domingos por la mañana, mi madre hacía catequesis y bailaba sardanas. 1956. En España, en aquellos momentos, la célula comunista era el camino más directo para acabar en la cárcel, pero en

la Europa democrática se había convertido en un mecanismo de socialización importante. El Partido Comunista Italiano llegó a tener más de dos millones de afiliados y creó una red de actividades para el tiempo libre: viajes, excursiones, visitas a museos…, el Partido enmarcaba la vida de sus afiliados y simpatizantes: la sección sindical en la fábrica, la sección del Partido, las excursiones de la ARCI (Asociación Recreativa y Cultural Italiana). Ese conglomerado llegó a obtener el 34 % de los votos en una sociedad industrial desarrollada antes del eclipse de la fábrica como gran organizador social.

Con el eclipse de la fábrica, nacen el trabajo autónomo y el vídeo autónomo. Después de los videoclubs viene la proliferación de canales privados de televisión, los ordenadores, los teléfonos móviles, las plataformas *streaming* y ahora el pavoroso despliegue de los dispositivos de la denominada inteligencia artificial. Vivimos en otra civilización. Es un cambio de civilización. No creo que mi padre y su obsesión por la familia reunida alrededor de una mesa redonda lo resistiesen. Y ahora no poca gente siente nostalgia de esas mesas familiares, nostalgia de un mundo más ordenado, con jerarquías claras. Los muchachos jóvenes sienten nostalgia de un mundo con un rol masculino preponderante. ¿Son machistas? No quieren sentirse tan cuestionados. Hay una demanda de orden en todas direcciones y en todos los estamentos. Y un cierto regreso a la espiritualidad para embellecer esa demanda de orden. Rosalía y su último álbum. La película *Los domingos*. ¿Una moda? Algo más que una moda.

ESTEBAN: Ese momento en el que el entretenimiento privado comienza a ser el centro de la vida cotidiana, que tú señalas con la aparición del videoclub, en España tiene un matiz claramente liberador. Después de una época de conceptos duros, el ocio y el disfrute del momento no son solo algo divertido, sino que se entienden positivos: forman parte de una cierta normalización de la vida. En los años ochenta en España se ve de una manera muy clara con lo que se denominó «la movida». La política perdió mucho peso respecto a la década anterior y se entró en una época de celebración de los placeres, pequeños y grandes.

Con el paso del tiempo, esa priorización del disfrute derivó en sentimientos más oscuros. El entretenimiento ya no es divertido, sino

una forma de evasión. Estás saturado, trabajas muchas horas (o te falta el trabajo) y necesitas liberar la mente, de modo que pones la televisión o te conectas a una red para no tener que pensar. Ya no es diversión, sino desconexión. El alejamiento de la vida en común generó también más egoísmo, más cinismo y más descreimiento. Fue llamativo, porque cuanto más se creía en la posibilidad de triunfo personal y más se abogaba por la diversión, menos se confiaba en los demás y menos se creía en los instrumentos colectivos. Se nota mucho en la política, la gente no participa en ella porque la percibe como algo torcido y porque cree que no va a cambiar nada. Es una forma de medrar o, en el mejor de los casos, una pérdida de tiempo.

Mientras las instituciones del pasado apostaban fundamentalmente por modificar la realidad, esta sociedad entretenida tendió a separarse de la realidad. Cada cual se ocupaba de lo suyo y de los suyos, que era lo máximo a lo que se podía aspirar. En el contacto con los demás se buscaba reconocimiento y visibilidad, y en este sentido las redes sociales son muy expresivas.

En cada época se gana y se pierde algo. En la nuestra, el giro hacia el entretenimiento y la diversión ha tenido aspectos positivos, pero también ha producido desvitalización e impotencia. Es como las aplicaciones de citas: son muy útiles para pasar el rato, pero saturan a medio plazo. El resultado final es que nos alejamos de la sociedad y de lo común, porque sentimos que no hay muchas cosas en las que merezca la pena participar, lo que explica ese nihilismo pragmático que atraviesa buena parte de la población occidental. Entiendo, desde este punto de vista, que la demanda de una vida con más orden parte de la necesidad de sentirse activos, de vincularse a imágenes de potencia, pero también de percibirse como agentes de la vida propia. Esa necesidad puede llevar por caminos torcidos, pero es lo que late en el fondo.

DÓNDE ESTAMOS CUANDO ESTAMOS EN LO INMENSO

ENRIC: En nuestra sesión anterior te citaba al filósofo alemán Sloterdijk. No soy un lector habitual de libros de filosofía, pero ese

autor me ha cautivado. Sloterdijk me sorprendió por su escritura musical y por su voluntad, muy alemana, de construir un pensamiento que lo abarque todo en un momento en que ello es imposible. He hablado de ello antes. Sloterdijk sostiene que la sociedad actual es como la espuma de afeitar. Cada persona es una microcápsula conectada a través de internet con un mundo de posibilidades infinitas. De vez en cuando esas microcápsulas se agrupan, hay algo que las agrupa: un líder político, un deportista, un predicador religioso, una causa, una moda, una cantante —Rosalía, pongamos por caso—, un rechazo, un odio, sobre todo un odio… La espuma de afeitar forma grumos que pueden adquirir gran volumen, para después volverse a dispersar.

¿Cómo se lleva a cabo la agregación social en tiempos de espuma de afeitar? Este es el tema. En Occidente, pero también en Rusia y China. En todas partes. Estados Unidos está experimentando al respecto. La alianza de las grandes empresas tecnológicas con el movimiento trumpista permite enlazar la fascinación por los avances tecnológicos con una ola reaccionaria que se aferra al supremacismo blanco, a la tradición, a un conservadurismo áspero, al patriotismo y en última instancia al localismo. El sueño de crear una colonia en Marte convive con la capucha del Ku Klux Klan. Todos contra la «casta» de Washington. La fascinación ante la IA y la aceptación del «gulag» en América: las megaprisiones de El Salvador que podemos ver reproducidas en otros países latinoamericanos. Esos nuevos mecanismos de agregación requieren de la vieja figura del «chivo expiatorio». Alguien debe pagar. Alguien debe ser señalado como el causante de todos los males.

Ello nos conduce a la religión. La religión está regresando por diversas vías. En Estados Unidos nunca se fue. En Rusia estaba latente y el teniente coronel del KGB Vladímir Putin la ha reactivado como factor de cohesión nacional. La inflamación del islam ya no es una novedad. El Israel laico, tan influido en sus inicios por corrientes socialistas, ha dado pie a un fundamentalismo religioso, favorecido por la llegada masiva de judíos de Rusia, ajenos al cosmopolitismo hebreo —el cosmopolitismo es la mejor aportación del pueblo judío a la historia de la humanidad, por eso los nazis los quisieron liquidar—.

China no tiene trasfondo religioso, pero tiene a Confucio, el código milenario de la tradición, del respeto a la autoridad y a la familia y el culto a los muertos, y el Partido Comunista Chino ha decidido inyectar dosis de confucionismo para neutralizar el hedonismo que brota del nuevo bienestar en las clases medias que surgen del espectacular desarrollo de ese inmenso país. Todos necesitan un punto de fuga, un chivo expiatorio: los inmigrantes, los antipatriotas, los gays y las lesbianas, los infieles, los palestinos desarrapados, los indisciplinados, el bastión nacionalista de Taiwán.

Vuelve la religión en Europa, de manera menos explícita, más oblicua, puesto que laicidad y bienestar social han ido de la mano durante varios decenios. La religión de los europeos en los últimos ochenta años ha sido el bienestar. Y ello nos lleva a hablar del catolicismo. Me llama la atención el impulso que está tomando el conservadurismo católico en Estados Unidos, su creciente enfrentamiento con el catolicismo romano, que ya lleva dos papas con fuerte vocación social, uno nacido en Argentina, impresionado por la inmensa pobreza en la periferia de Buenos Aires, y el otro formado como misionero en Perú, país en el que las desigualdades sociales son salvajes.

En Estados Unidos el catolicismo parecía condenado a convertirse en una confesión marginal, y ahora reaparece con la ambición de convertirse en la nueva iglesia nacional, quizá separada de Roma. El catolicismo tiene mayor fuerza orgánica que las iglesias protestantes norteamericanas, dispersas y locales. El catolicismo es la confesión religiosa que presenta un mayor grado de organicidad en el mundo, claramente por delante del islam, que carece de una jerarquía central. El catolicismo es una fusión del judaísmo, del pensamiento griego y del Imperio romano. Una rama del movimiento MAGA ve el catolicismo como el marco más adecuado para dotar a Estados Unidos de una iglesia nacional que contribuya a la cohesión. El problema que se les plantea es la relación con Roma, que está eligiendo papas universalistas que hablan de dar prioridad a los pobres y condenan el trato inhumano a los inmigrantes. Papas influidos por el marxismo, se escribe en publicaciones conservadoras norteamericanas. Steve Bannon, el principal animador cultural del movimiento MAGA —de

nuevo cito a Bannon— ya ha amenazado con un cisma. Resumiendo: nación, tradición, religión y chivos expiatorios.

ESTEBAN: Antes de llegar al chivo expiatorio… Comentabas que se estaban tejiendo nuevas formas de agregación social, pero cuando eso ocurre es porque hay una desagregación previa. Parte de ella tiene que ver, desde mi punto de vista, con la fractura social que se percibe entre distintos segmentos de la sociedad, ligada a los recursos que se poseen, al lugar de residencia, a los valores que se observan y el tipo de futuro que se espera. En esa división, hay mucha gente que carece de los recursos precisos para tener una vida decente o que cree que el porvenir será mucho peor que el presente, y que, al mismo tiempo, no percibe que existan resortes activos que permitan cambiar las cosas.

Es en ese contexto donde han aparecido las nuevas ideas de fortaleza en las que se apoya la derecha. La derecha ha aportado una visión de reforzamiento nacional que contiene un sentimiento de potencia personal: al formar parte de una comunidad que se reivindica y que aspira a recuperar el poder perdido, el ciudadano vuelve a sentirse agente. Y, si está en el país adecuado, incluso agente de la historia. Su palabra cuenta de nuevo. Hay que tener en cuenta que estas ideas de recuperación nacional se sustentan en un sentimiento de humillación. Los extranjeros, las élites globalistas o las de Bruselas nos han despreciado y nos han perjudicado profundamente: este es el momento de cambiar las cosas. La agregación social que impulsan radica en una oferta de agencia que permite salir de la impotencia. La derecha hace valer esta combinación de bandera, religión, costumbres y chivo expiatorio. Las izquierdas occidentales optaron por defender el *statu quo*, pero como este resulta muy decepcionante para buena parte de la población, el vigor político se sitúa en el lado conservador.

ENRIC: La aleación entre poder político y religión es hoy una constante en el mundo, con la única excepción de Europa, no sé por cuánto tiempo. Vuelvo a Sloterdijk, hay una frase suya que me impresionó mucho cuando la leí hace más de quince años, cuando algunas cosas que hoy empiezan a ser evidentes no lo eran tanto. Dice en el primer libro de la trilogía *Esferas*: «¿Qué nos es lícito esperar?». Tras los

desfondamientos del siglo xx sabemos que la pregunta reza: «¿Dónde estamos cuando estamos en lo inmenso?». ¿Qué pueden esperar los jóvenes cuando saben que están en lo inmenso y que para acceder a una vivienda hay que pagar una inmensa cantidad? Si no está claro lo que se puede esperar, regresa la demanda de orden. El orden es lo que cabe esperar, cuando todo parece estar en crisis.

ESTEBAN: Lo que has descrito subraya una pregunta importante, la de qué nuevos valores le damos a esta época. Hace falta un nuevo corpus de creencias con las que afrontar el declive de Occidente y el auge de China y Asia y con los que articular una imprescindible cohesión interna.

Para mí, la evolución de Israel en las últimas décadas es significativa, en la medida en que ha ofrecido un giro ideológico con el que han coincidido buena parte de las derechas mundiales. Israel es un país que necesita mirar al interior y generar cohesión nacional, pero también apertura al exterior. Es un país pequeño en tamaño, con industrias exitosas, como las tecnológicas y las de seguridad, que precisa de los beneficios de la exportación, y que también requiere de la importación de insumos. Para favorecer esos intercambios reorientó su economía de manera radical. Hay que recordar que el sionismo era socialdemócrata, pero que dejó de serlo hace tiempo. Especialmente desde la llegada de Netanyahu al poder, el Estado israelí promulgó leyes que abarataron la mano de obra, invirtió en tecnología y estableció ventajas fiscales, y giró desde la socialdemocracia hacia el neoliberalismo de manera decidida. Al mismo tiempo es un país sometido a amenazas existenciales, por lo que prestó especial atención a cuestiones a las que en otros Estados no se daba tanta importancia. La demografía es una de ellas. Con una población de diez millones de personas, y con dos millones de árabes israelíes, temían que una escasa natalidad fuera variando esa proporción en beneficio de la población no judía. Y estaba también el auge político de los ultraortodoxos.

Las transformaciones políticas y culturales que han tenido lugar en Israel han tenido correspondencia con las vividas en otros países, como Rusia, Hungría o Polonia. Vemos cómo Turquía giró hacia un nacionalismo islamista, India acoge también esos cambios. Todos

comparten una serie de valores, adaptados a sus circunstancias históricas, religiosas y sociales, que tienen que ver con la natalidad, las familias tradicionales, el acogimiento de valores locales en lugar de los globales y con el desarrollo del territorio. Este es el giro que estamos viendo en esta era, que contiene el intento de dotar de cohesión cultural a un Estado, que a veces es más nación que Estado, a través de la creación de un nuevo nosotros contrapuesto al cosmopolitismo.

Cada país relevante en la escena internacional ha intentado dar este giro a su manera. El caso más significativo es el de Estados Unidos, ya que es el país más importante en la escena internacional, y en el que el regreso de Trump ha alentado esa lucha que habíamos simbolizado en Jerusalén y Tel Aviv. Son dos mundos diferentes que se oponen y luchan por la hegemonía cultural dentro de su propio territorio y, por extensión, en Occidente. Las nuevas derechas internacionales beben de estas fuentes.

China es distinta porque sus ventajas y sus problemas son otros. China aprendió mucho de la caída de la URSS. La estudió muy bien y estuvo muy atenta a los detalles para que no le sucediera lo mismo. Inició su proceso de adaptación al capitalismo mediante la prueba y el error. En lugar de abrazar todos los cambios de golpe, fueron introduciendo algunos de ellos, observaron los resultados, y profundizaron en unas transformaciones y desecharon otras. Pero el Partido Comunista controló el proceso desde el inicio, lo que significó que el poder político estuvo siempre por encima del económico en la transición y después de ella. Fueron cambios sujetos a un control permanente.

Su propósito último era, como ya quedó apuntado, el de crear un territorio próspero: la continuación de la lucha de clases mediante el fortalecimiento de la nación. Esa visión produjo legitimidad interna: cuando las sociedades se dirigen hacia la prosperidad, y lo vimos en España con el desarrollismo franquista, la gente se mete poco en política. Mientras todo funcione, no hay grandes fricciones. Ahora China entra en otra etapa. Ha alcanzado una posición privilegiada en el ámbito internacional, es la primera potencia en muchos terrenos, sus poblaciones han salido mayoritariamente de la pobreza, hay clase media y ricos. Los valores que necesita para afrontar la nueva etapa ya

no pueden ser los del anterior desarrollismo. Ahí aparece un nuevo diseño político-económico para el próximo quinquenio y, como señalas, el confucianismo.

Pero no solo es el momento chino, sino uno general. Por más que en Europa nos neguemos a aceptarlo, el orden global ya no está vigente, y el giro desde los valores que promovía un sistema que consistía básicamente en la alianza de una serie de ciudades globales (Nueva York, Londres, París, Shanghái, Frankfurt, etc.) hacia otros mucho más anclados en el territorio está ahí. Las fronteras regresan y la necesidad de valores nacionales cohesivos frente a los más abiertos y desterritorializados del pasado reciente también está ahí. Es en ese terreno donde las religiones desempeñan un papel. Se están buscando nuevos valores para una época distinta. Ya no se quiere «estar en lo inmenso», sino buscar asideros a los que agarrarse. El tiempo de lo fluido está desvaneciéndose y lo sólido regresa. Este es un periodo de adaptación política a esas demandas, que debería producir cambios en la ideología a derecha y a izquierda.

ENRIC: Las religiones, o las tradiciones milenarias en el caso chino, regresan o se reafirman como factor de cohesión, de orden, se alían de nuevo con la nación, marcan, dibujan líneas de separación, aquí nosotros, allí ellos… Frente a esa dinámica, el catolicismo romano, el vértice del catolicismo romano, hace una propuesta distinta: universalismo, que prevalezca el universalismo. La humanidad entendida como un todo. El hombre. El hombre que sufre. Ese fue uno de los ejes principales del pontificado de Francisco y creo que lo será en el pontificado de León XIV. Hace cuatro días los universalistas eran los norteamericanos y su potente industria cinematográfica. El hombre y la libertad. China lo está siendo, a su manera. El suyo es un universalismo comercial: libertad de comercio. No deja de ser impresionante ver cómo el Partido Comunista Chino se ha convertido en el último gran defensor de la globalización, tal y como la hemos conocido en los últimos años. La Unión Soviética era universalista, quería el socialismo en todo el planeta. Se consideraba el indiscutible centro de la irradiación socialista. La línea la dictaba Moscú, primero a través de la Internacional Comunista y después mediante su

protección a los partidos comunistas de todo el mundo, hasta que los chinos dijeron que no querían obedecer y crearon su propia irradiación, los bulliciosos partidos maoístas. Ahora Rusia es un país neozarista, capitalista cien por cien, que no apoya a nadie por motivos explícitamente ideológicos, pero que se considera centro de la cristiandad no contaminada por la decadencia occidental. Moscú es la Tercera Roma, según los nacionalistas rusos, un término que ya utilizaba Iván el Terrible. Frente a la Tercera Roma, la Primera Roma: la Iglesia católica. Nos guste o no nos guste, en pleno declive de la ONU, la principal instancia que hoy defiende el universalismo es la Iglesia católica. Veremos con el nuevo Papa. Por el momento parece claro que está en esa línea. No es Francisco, no habla como Francisco, no tiene la impronta gestual de Francisco, pero conceptualmente en ocasiones León me parece más claro que Francisco. Más claro, más ordenado. Hay un «momento católico». En España esto es difícil de explicar…

LIBERADNOS DE TODOS LOS LÍMITES

ESTEBAN: Voy a poner el acento en un aspecto ligado al regreso de la religión, como es la vuelta del mal ontológico. En la época global, en la del fin de la historia, el mal estaba localizado. Quedaba acotado al terror, a una bolsa sin dueño que aparecía en un tren o en el metro, a la posibilidad de atentados; también a guerras en zonas geográficas concretas. Eran acontecimientos con una gran capacidad traumática, pero no constituían una amenaza total. Hoy, el mal ha regresado en grandes términos, lo que presupone la existencia de un enemigo al que no se puede ni se debe comprender, que es irracional, con el que no cabe diálogo, con el que simplemente hay que acabar. Es una visión que funciona en planos muy diferentes. Lo hemos visto explícitamente en Gaza y en buena medida con la guerra de Ucrania, pero también funciona en el mero nivel político interno: el rival es un enemigo al que se debe abatir para que las cosas funcionen razonablemente bien. En la medida en que se trata de un factor perturbador, un mal irreductible, no hay entendimiento posible, solo confrontar con él en

términos existenciales. Esta idea, que es muy protestante, encaja mal con la que promueve la Iglesia católica, para la que cabe la redención.

Ligado a este hecho, aparece un aspecto muy interesante liderado por la derecha tecnológica estadounidense, la que ha apoyado a Trump, y que hace que los inversores en tecnología y los votantes religiosos de Trump encuentren intereses comunes. Peter Thiel es quien mejor ha explicado esa mentalidad. Lo interesante de Thiel no es su posición cercana al Gobierno estadounidense, ni siquiera sus teorías tal y como él las expone, sino que refleja una serie de ideas que operan de verdad en la realidad occidental. Lo que dice Thiel es que estamos construyendo un *katechon*, un muro, un dique, porque nuestro mundo está lleno de riesgos. Hay temores apocalípticos ligados a la energía nuclear, al cambio climático, a los virus o a la IA y, para contenerlos, se ha promovido la gobernanza internacional: no tiene sentido que las políticas climáticas funcionen en Europa y no en China, para ordenar la IA hay que poner de acuerdo a las grandes potencias, etc. Pero este movimiento de protección deriva necesariamente en una suerte de gobierno mundial poco democrático. De modo que, asegura Thiel, están jugando con nuestros miedos a la tecnología e incitándonos a la decadencia con la utilización de un lema típico del Anticristo, la paz y la seguridad. Quieren salvarnos de los peligros del progreso eliminando el progreso y esta es justamente la causa de la decadencia estadounidense y de la occidental. Para Thiel, no se trata únicamente de ir perdiendo la partida con China, sino de estar entregándonos a un Anticristo unificador que acabará con los valores occidentales, con la vitalidad individual y la nacional y con la misma posibilidad de innovar. Esa integración en un gobierno mundial es el mal en sí mismo. Claro, enfrente no solo están los liberales que defienden la globalización, sino la Iglesia católica, para la que la universalidad es incuestionable.

En un momento en que la ideología gira alrededor de distintos tipos de capitalismo, de distintas maneras de gestionarlo, el eje político se ha constituido en torno a una integración internacional mayor o un regreso al Estado. Ahí Thiel dice, bueno, tenemos que regresar al Estado-nación porque debemos evitar que el progreso al que aspiramos sea limitado por las fuerzas del mal, por esos límites

que un gobierno global quiere imponernos. Esta idea es central en todas las derechas: la concepción de que las reglas que se dictaron en la época de la globalización han terminado perjudicando a los países occidentales, empezando por Estados Unidos, y que hay que librarse de ellas para dejar las manos libres a los Estados; es la que hoy marca el eje político, nacional e internacional.

ENRIC: Lo que acabas de plantear me sugiere muchas cosas. En primer lugar te diría que a la universalidad de la Iglesia católica le falta China. Tuvieron una oportunidad en el siglo XVII, pero la desaprovecharon. Un grupo de jesuitas italianos encabezados por Matteo Ricci consiguieron ser influyentes en la corte del emperador Wanli, de la dinastía Ming. Estuvieron a punto de obtener autorización para evangelizar China sin ser perseguidos. Ese grupo de jesuitas llega a la conclusión de que hay que adaptar el mensaje evangélico a la cultura china, hay que aceptar el culto a los muertos, hay que integrar a Confucio como una figura cuasi divina, hay que referirse a Dios como el Señor del Cielo. En Roma se lo piensan y la respuesta es: no. Parece que dominicos y franciscanos, no muy amigos de los jesuitas, influyeron en esa decisión. Años más tarde, en 1701, Clemente XI emitió un decreto prohibiendo oficialmente los ritos chinos por considerarlos supersticiosos e incompatibles con la fe cristiana. En 1715 reforzó esta prohibición exigiendo a los misioneros rechazar estas prácticas bajo pena de excomunión. Entonces se cerraron las puertas de China. Roma aún lo está lamentando.

Has citado a Peter Thiel, ese oligarca norteamericano que está conquistando las contratas de la Administración y que, a la vez, quiere ejercer de gurú ideológico del nuevo poder norteamericano. Teme un gobierno mundial, según he leído. Esa sería la máxima emanación del universalismo. El «gobierno mundial» ha fracasado en la cumbre del clima celebrada en Belém (Brasil) a finales de año. Él sostiene que el gobierno mundial nos llevaría al Apocalipsis.

ESTEBAN: Sí, el gobierno mundial aparece como la esencia del mal.

ENRIC: Fíjate, Thiel apela muchas veces, y ahí vamos a lo del chivo expiatorio, a René Girard. René Girard fue un antropólogo católico francés. He leído alguna cosa de Girard y me ha parecido muy interesante. Me da la impresión de que Thiel lo manipula a su favor. Girard parte del principio de la rivalidad mimética, es decir, parte del principio de que la base del aprendizaje humano es la imitación y el deseo de lo que posee el otro. Ahí reside el impulso violento en las sociedades humanas, sostiene Girard. A lo largo de la historia, la acumulación de tensión se ha resuelto mediante sacrificios liberadores. Alguien tiene que pagar para calmar a los dioses o tranquilizar a las comunidades desordenadas. Los sacrificios humanos, los sacrificios rituales, la lapidación de los pecadores y pecadoras, el *pharmakós* griego (un mendigo, un desequilibrado mental o un marginado eran expulsados a pedradas para liberar a la ciudad del infortunio), el rito judío del chivo expiatorio, menos cruento, más simbólico, más civilizado: el sumo sacerdote susurraba a un carnero las culpas acumuladas por la comunidad y el animal era conducido al desierto, del que no volvería. Esos mecanismos están perfectamente presentes en las sociedades modernas. Puesto que Girard era católico concluía que la originalidad del cristianismo consistía en la exaltación de la víctima, el hijo de Dios que es sacrificado para liberar a la humanidad.

Thiel y su círculo le dan la vuelta a Girard y vienen a decir que el chivo expiatorio es necesario para mantener ordenada la sociedad estadounidense en una fase de vertiginosos cambios tecnológicos. El nuevo chivo expiatorio es el inmigrante sin papeles, al que podemos tratar a patadas para canalizar la tensión acumulada. Lo hemos visto en Badalona a finales de 2025. Los agentes del ICE aparecen en televisión armados hasta los dientes arrancando a los inmigrantes de sus casas o de sus puestos de trabajo ante la desesperación de sus familias. Algunos desaparecen y reaparecen semanas más tarde en el «gulag» de El Salvador. Esa práctica ha incentivado la marcha de miles de personas temerosas de ser detenidas y libera la tensión del hombre blanco del Medio Oeste, eternamente cabreado porque el mundo se ha desviado. Edipo abandonó Tebas para expiar su pecado y la mala leche del ICE, la exhibición de la crueldad en horario de máxima audiencia, parece que calma a los granjeros de Idaho que

quisieran pegarle fuego a Nueva York, la decadente Babilonia, ahora con un alcalde socialista y musulmán que ha jurado el cargo sobre un ejemplar del Corán, en el vestíbulo de una vieja estación de metro, hoy ya cerrada. Ha jurado el cargo en el subsuelo. Quedémonos con esa imagen. El chivo expiatorio es necesario para atravesar la fase de turbulencias del cambio tecnológico. No sé si René Girard estaría de acuerdo con esta interpretación…

ESTEBAN: Bueno, comentabas que a la Iglesia católica le faltó China. Yo creo que lo que le falta es un proyecto político en Occidente. Existió la democracia cristiana, que tuvo un peso sustancial, pero ahora no hay nada similar que represente esa opción y que posea su influencia ideológica. Sin esa capacidad de acción en las realidades nacionales y regionales es muy complicado que la idea de universalidad de los valores esté presente. Entre otras cosas, porque la universalidad ahora representa para mucha gente, con razón o sin ella, un momento de impotencia, de verse empujado por la fuerza de la historia, de falta de agencia. Es decir, representa justo la época anterior a la nuestra, la global, esa que ha dejado unas brechas sociales muy grandes. Es un momento en el que las ideas necesitan readaptarse a los nuevos tiempos. A la democracia cristiana le ocurre lo mismo que a la socialdemocracia, que debe reinventarse. En otro caso, será absorbida por las derechas trumpistas, como está ocurriendo. Su recomposición, que es una oportunidad y una necesidad, debe apoyarse, más que en las ideas que ha defendido en las últimas décadas, en algo que olvidó: una concepción del bien común.

En cuanto a los tecnólogos, los Thiel, Alex Karp, Marc Andreessen, Palmer Luckey o Sam Altman, creo hay que leerlos y hay que entender lo que dicen, pero no tanto desde la literalidad, sino desde sus acciones. Al final, importa lo que promueven. Sobre el chivo expiatorio, convendremos en que uno frecuente es el monarca que cae en desgracia: se le corta la cabeza y la sociedad se calma. Algo similar está pasando en Estados Unidos, como en el resto de Occidente. Las élites anteriores, ese conjunto de tecnócratas, economistas, consultores y expertos, han sido señalados por las derechas como los causantes de

los males presentes. Según los tecnólogos, el arreglo de la sociedad occidental pasa por deshacerse de unas élites que ya no son funcionales y que están en el origen de los problemas. Sin este punto, el inmigrante como chivo expiatorio no funcionaría políticamente. Los inmigrantes han entrado porque esas élites los han traído y los defienden, por lo que hay que terminar con el efecto, pero primero con la causa.

En esa lucha aparece el desprecio hacia el conocimiento y hacia la ciencia del que hemos hablado. Pero lo significativo es que los tecnólogos no plantean una refutación anticientífica, sino que achacan a sus predecesores justo lo contrario. Afirman que el conocimiento que producen las élites de la Ivy League es irrelevante, que en los últimos tiempos apenas han avanzado nada y que es necesario dar un salto adelante del que los expertos son incapaces. Estos son la gente de las constricciones y de la regulación mucho más que de la innovación. Los tecnólogos desprecian a esas personas pacatas que no son capaces de aprovechar la potencialidad de las novedades científicas y técnicas. Hay que desplegar los centros de datos y desarrollar la IA: hay que dirigirse rápido hacia la nueva época; los viejos expertos deben desaparecer y dejar paso a lo nuevo. Ese es su chivo expiatorio. Girard, desde luego, hablaba de otra cosa.

La hostilidad hacia las élites es también una idea esencial para las bases trumpistas, porque entienden que los expertos liberales de las costas abogaron por el libre comercio, por la fuga de fábricas a China, por la pérdida de trabajos bien remunerados y por el declive en el nivel de vida del ciudadano común. Los tecnólogos y las bases MAGA coinciden en el objetivo, pero difieren mucho en el programa de futuro: un desarrollo amplio de la IA implicaría que el trabajo intelectual sería menos necesario, que el empleo industrial lo realizarían fundamentalmente robots y que algunas profesiones manuales necesitarían menos mano de obra. Y eso sin tener en cuenta todas las promesas sobre los coches y los camiones autónomos y demás. El cambio que los tecnólogos quieren, y por el que abogan, va en dirección contraria a lo que desean quienes votan a Trump, que aspiran a que haya más trabajos y mejor pagados. Hay una contradicción de fondo entre ambos difícilmente salvable.

Esa liberación de las constricciones y de los límites por la que abogan los tecnólogos abre la puerta a un entorno futurista que promoverá grandes transformaciones técnicas y científicas: un mundo muy distinto. Pero, en realidad, no es más que la continuación radical de la época neoliberal. En aquel momento, la idea central era liberar al mercado de las regulaciones y de las normas para conseguir que las energías privadas pudieran desarrollarse en toda su potencialidad. Si se sustituye energías privadas por tecnología y capital financiero, nos encontramos con el mismo argumento. En la época de Thatcher y Reagan, los líderes políticos neoliberales también se apoyaron en valores nacionales y religiosos. Y, al igual que entonces, la acción económica estatal y sus interferencias en lo privado son descritas como el gran problema, pero el Estado continúa siendo una fuente de financiación imprescindible para las más relevantes empresas privadas estadounidenses, productivas y financieras. Esa es una paradoja significativa para la derecha: las nuevas opciones que quieren romper con el neoliberalismo no han traído más que una prolongación acelerada de este.

La diferencia está en el ámbito internacional, donde esa liberación de las constricciones ha aparecido de forma muy expresa. Para ser grande de nuevo, Estados Unidos se ha separado de las normas vigentes e intenta imponer sus pretensiones sin trabas. Ahí se asientan las pretensiones de Washington sobre Groenlandia, por ejemplo, o la recomposición de Oriente Medio llevada a cabo por Israel. La salida de la globalización ha aterrizado en un imperialismo indisimulado que se define como necesario para la supervivencia.

Ante esa recomposición de la política, la economía y las relaciones internacionales, las fuerzas universalistas como la Iglesia católica carecen de un proyecto político como fueron los partidos de la democracia cristiana. Se pone mucho el acento en la izquierda y en la devaluación que viene sufriendo en las elecciones recientes, pero hay que resaltar que las derechas, también las católicas, están perdiendo mucho peso social o reconvirtiéndose en trumpistas. En ese escenario, no sirven las meras invocaciones a los valores universales o al humanismo, porque esa es una respuesta en el plano ético-moral, pero

no en el político, en el de desempeñar un papel real en la arena del poder.

LOS FUSIBLES EUROPEOS. LA SOLEDAD ALEMANA

ENRIC: Esto de romper con las restricciones también me recuerda un poco la aparición del futurismo a principios del siglo XX. Iba por ahí, ¿no? No tengáis miedo de los motores, de los aeroplanos, de todo lo que va deprisa, no tengáis miedo del mundo que se está acelerando porque en esa aceleración viene una nueva belleza, un nuevo encanto. No tengáis miedo de la guerra porque es el estadio necesario para que fluya la energía de un Nuevo Mundo. El *Manifiesto futurista* iba por ahí si no recuerdo mal. Diez millones de muertos en la Primera Guerra Mundial. La mayor matanza en la historia de la humanidad. Estaríamos ahora ante un nuevo manifiesto futurista. Veremos cuánta destrucción trae consigo. Los bolcheviques también se sintieron atraídos por el futurismo, ellos también encarnaban un mundo nuevo, hasta que regresó Iván el Terrible, quiero decir Stalin, con la tradición nacional rusa.

Es verdad, la Iglesia católica renunció de una manera bastante explícita con Juan Pablo II a la democracia cristiana. La consideraban agotada. La democracia cristiana había entrado en crisis. La democracia cristiana era un movimiento internacional cuya expresión más genuina estaba en Italia por una razón, porque en realidad quien dirigía la democracia cristiana era el Papa de Roma. Me acuerdo de un coloquio con Andreotti, en el que en un momento dado dijo: «Miren, yo básicamente he sido un soldado del Papa». Lo confieso, estuve una vez a solas con Giulio Andreotti durante tres horas en Roma. Impresionante. Bueno, no exactamente a solas. Era un coloquio entre Andreotti y Jordi Pujol, sin público, para una revista. Andreotti nunca contestaba directamente, siempre remitía a acontecimientos del pasado para responder las cuestiones que le planteaba. Evidentemente, la democracia cristiana alemana de Konrad Adenauer no era exactamente lo mismo. Era el partido conservador alemán bajo el paraguas de la doctrina social de la Iglesia católica.

Poco antes de la muerte de Francisco, el presidente de la Conferencia episcopal italiana, el cardenal Matteo Zuppi, arzobispo de Bolonia, muy vinculado a la Comunidad de San Egidio, el centroizquierda católico, para entendernos, hizo una apelación a revivir el momento fundacional de la Democracia Cristiana, en 1943, el seminario que tuvo lugar en el monasterio toscano de Camaldoli. En ese apacible lugar, lejos de las miradas de la policía fascista, cincuenta jóvenes intelectuales católicos elaboraron las bases de un nuevo programa social católico para la Italia posterior a Mussolini, puesto que el régimen ya había entrado en crisis. El Código Camaldoli. El cardenal Zuppi sugería un nuevo Código Camaldoli a escala europea. En situaciones de crisis los italianos siempre se mueven. El ex primer ministro Enrico Letta elaboró hace dos años un informe que alertaba sobre la competitividad europea. Mario Draghi, ex presidente del Banco Central Europeo y ex primer ministro, elaboró otro informe para defender una inversión masiva en innovación. El presidente del episcopado italiano pide una nueva democracia cristiana europea, bendecida por el Papa. Giorgia Meloni experimenta la fusión fría del posfascismo con el conservadurismo, un pie en Bruselas, un pie en Washington, de momento. Son gente lista. España tiene otros impulsos: la singularidad ibérica, los Pirineos, buenos datos económicos mientras Europa va mal, una retaguardia que va a lo suyo, y esa pasión por el choque frontal.

ESTEBAN: Los dos hemos visto *La gran ambición*, la película sobre Enrico Berlinguer.

ENRIC: Por cierto, en esa película Berlinguer se pronuncia a favor del gobierno mundial…

ESTEBAN: Creo que Berlinguer formuló dos preguntas adecuadas, que son válidas también para nuestro tiempo. Enfocó su momento desde la perspectiva correcta, más allá de que los resultados fueran los que fueron. La primera cuestión giraba sobre cómo trazar un camino político que hiciera posible su gobierno. No se podía fiar de los soviéticos, que acababan de atentar contra él, y tampoco de los

estadounidenses, que apoyarían un golpe de Estado, como en Chile, si llegaba al poder. La segunda cuestión tenía que ver con la política interna. Más allá de no depender totalmente de Moscú ni de Washington, necesitaba respaldo a las posibles medidas que tomase su gobierno, es decir, que hubiera otras fuerzas dentro de Italia que apoyasen las medidas que tomase su gobierno. Berlinguer intentó solventar ambas necesidades mediante una alianza con esa parte de la democracia cristiana que entendía la situación. Aldo Moro hizo posible la alianza; su conveniente asesinato la frustró.

Hoy afrontamos un dilema semejante en Europa, en la medida en que existen dos potencias internacionales que están presionando para supeditarnos a su ámbito, una por el camino de la energía, las finanzas y la IA, y otra por la vía de los intercambios comerciales y la adquisición de infraestructuras. En la actual relación de fuerzas, los países europeos no somos socios, sino la parte perdedora de la negociación. La autonomía a la que aspiraba Berlinguer es ahora una necesidad mayor para los Estados europeos, y las constricciones a las que se enfrentan son más complicadas de soslayar que en aquella época, porque la amplia integración con la esfera estadounidense y con China nos sitúa en un lugar muy difícil.

En cuanto a la segunda cuestión que Berlinguer ponía sobre la mesa, la deriva ha sido mucho peor. La evolución ideológica de las últimas décadas ha tenido el efecto de sacar de la política a las clases populares. No solamente en el sentido de que haya muchos menos dirigentes y cuadros de los partidos que provengan de esas clases, sino porque las opciones ideológicas apenas cuentan con proyectos para ellas. Tampoco la Iglesia católica ha tenido una evolución positiva en este aspecto. Como ya señalamos, son las clases medias altas urbanas donde el catolicismo tiene mayor aceptación, mientras que pierde presencia entre las clases populares y las medias. La antigua democracia cristiana, que provenía de la era fordista, tenía una idea del bien común. Los partidos comunistas se apoyaban en las clases obreras. La socialdemocracia trataba de elevar el nivel de vida. Ahora hay muy poco de eso.

De modo que volvemos a Berlinguer: es necesario contar con un apoyo social que se asiente en las clases mayoritarias en número, las

trabajadoras y las medias ahora en descenso, que favorezca la adopción de medidas que tengan en cuenta el bien común, y no solo el PIB o la productividad. Y hace falta ese apoyo social mayoritario para poner en marcha una vía que no dependa del todo de Estados Unidos o de China. Sin embargo, las clases populares europeas —con toda la dificultad a la hora de definir qué es una clase popular hoy, cómo se configura, quiénes la forman, etc.— están dando un voto mayor en buena parte de Europa a las opciones nacionalistas y no a las opciones universalistas. Este hecho es para mí muy relevante.

ENRIC: Es cierto. Uno de los dilemas de Europa en estos momentos es decidir entre dos ideas: «Europa primero», o «Francia primero», «Alemania primero», «Italia primero», «España primero», «Catalunya primero»… Este es el dilema, y los dos caminos conducen a sitios muy distintos. Si decimos Europa primero, hay que redefinir el programa. ¿Por qué? Porque la nueva configuración de las tensiones internacionales afecta a Europa de manera desigual. Es decir, el programa «Europa primero» para los bálticos, para los polacos y creo que para los alemanes es primero la defensa. Para los españoles y los portugueses posiblemente no sea así, no al menos con tanta intensidad. ¿Cuál es el nuevo programa común? Draghi hizo un intento. Redactó un ambicioso programa, que creo que ha acabado en la papelera. No veo mucha conciliación posible entre el acuerdo sobre aranceles con Estados Unidos y la realización del ambicioso programa de Draghi. Si hay que pagar más a Estados Unidos en compra de armas e inversiones directas en su mercado, para que estén tranquilos y no contribuyan al hundimiento de la industria alemana, no habrá dinero para la innovación. A su vez, el repliegue en los respectivos ámbitos nacionales significaría volver a las andadas y facilitar la definitiva colonización estadounidense de Europa, de la Europa occidental. En estos momentos la adhesión de la Europa del Este al europeísmo está prácticamente rota. Al europeísmo de anteayer. Al nuevo, como aún no está definido, no lo sabemos. La adhesión de la Europa del Este al europeísmo de anteayer está rota, como acabamos de ver en las elecciones de Chequia. Se salvó por los pelos en Rumanía, por los pelos y con intervención del árbitro. En Bulgaria ya

veremos qué pasa. Está rota en Hungría, se está rompiendo en Polonia, se está rompiendo en Chequia, se está rompiendo en Rumanía. Vamos a ver qué pasa en las elecciones húngaras de la primavera de 2026. Y la onda ha entrado en Europa occidental. La extrema derecha nacionalista le disputa el primer puesto a la CDU en Alemania. Está cabalgando por encima del veinte por ciento en casi todos los países. También en España. El gran interrogante es Francia. Y Meloni está a la espera. Puede girar hacia cualquier lado, según cómo evolucionen las cosas.

ESTEBAN: Te hago una precisión, el Partido Popular Europeo está contento con Meloni y las extremas derechas también, porque están esperando que llegue el momento de su giro…

ENRIC: … Sí, claro, es el momento de esperar. Ella encarna en estos momentos una aleación del ala más conservadora de la antigua Democracia Cristiana con el postfascismo del Movimiento Social Italiano (MSI). Esa alianza nunca llegó a formalizarse durante la Guerra Fría. Ante el empuje del PCI, la DC se decantó a partir de los años sesenta por la política de «centroizquierda», alianzas variables con el Partido Socialista italiano y con los pequeños partidos de la pequeña burguesía: socialdemócratas, liberales, socialdemócratas (escisión del PSI por la derecha). La DC nunca pactó con el MSI, excepto en algunos municipios. Hubo juego subterráneo entre la facción más derechista de la DC y los neofascistas, pero en el plano institucional se mantuvieron separados. El papa Pablo VI no era favorable a esa alianza. Pablo VI tenía una fuerte pulsión antifascista. Su padre, abogado católico, fue hostigado por los fascistas en los años treinta. Ese pacto ha llegado ahora, cuando la DC ya no existe, pero sí su horma en la sociedad italiana. Tres días a la semana, Meloni dice cosas propias de una democristiana conservadora, los otros tres días dice cosas para agradar a su base, y el séptimo día llama a Donald Trump. Parece que le llama a menudo.

Tenemos el drama de Francia, hoy capítulo crucial de Europa. Y Alemania se lo juega todo a la carta de la industria militar. Si todo esto acaba mal, y puede acabar mal, vamos a la definitiva

colonización de Europa. Es decir, una parte de Europa quedará bajo el influjo de Rusia y la otra bajo el control directo de Estados Unidos. Eso no quiere decir que regrese el pacto de Varsovia. La Europa del Este evolucionaría hacia una situación híbrida en la que podrían seguir formando parte de la OTAN y a la vez estarían bajo el influjo estratégico de Rusia. Zona gris a tope. En Europa occidental se reafirmaría el control de Estados Unidos. Regreso a 1946. En esta nueva Yalta, España pertenece a Estados Unidos, no tengamos ninguna duda al respecto. Cuando leo a algunos activistas de la izquierda española entusiasmados por los bríos de Rusia en la escena internacional alucino bastante. Si la Unión Europea se deshilacha, cosa que puede tardar unos años en ser visible, pues el andamiaje europeo se halla en dificultades, pero no es de cristal, España se convertirá en un virreinato de Estados Unidos, con sede en Miami. No hay vuelta de hoja. Las bases materiales para que ello ocurra ya están puestas. Basta ver la evolución política, económica y sociológica de la ciudad de Madrid.

ESTEBAN: Ningún país europeo, ni el Reino Unido, ni Alemania, ni Francia, ni España, ni Italia, tiene la capacidad para ser determinante en el contexto actual: carecen de los elementos de poder imprescindibles para influir de verdad. Además, el mundo ha cambiado mucho en muy poco tiempo, pero nosotros, los europeos, somos los únicos que estamos en la fase anterior al cambio. Y además con esperanzas fantasiosas: si Putin es derrotado o Trump sale de la Casa Blanca, todo volverá a la normalidad; o esa visión de que los acuerdos comerciales entre potencias intermedias conseguirán mantener el orden basado en reglas en un «mundo menos uno». Pero no hay normalidad a la que regresar, el orden internacional ha mutado.

Por si fuera poco, Europa sufre una mala comprensión estadounidense del momento. Tras la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos abogó por una asociación con las democracias occidentales en términos mutuamente beneficiosos. Es obvio que la presencia de la Unión Soviética condicionó la respuesta, ya que se necesitaba construir un ámbito de bienestar que ejerciera de dique a la

expansión del comunismo, pero lo cierto es que Estados Unidos ayudó a la reconstrucción europea tras la guerra y creyó útil la creación del estado del bienestar. Hacían falta nuevas perspectivas para un nuevo tiempo: la experiencia de la mala salida en términos económicos y sociales de la Primera Guerra Mundial llevó a utilizar otras fórmulas. Ahora afrontamos un momento similar, porque la época de la globalización ha finalizado con la derrota de Europa, que es la principal perdedora dentro del contexto internacional. La época exige una serie de fortalezas, como las energéticas, las armamentísticas, industriales, tecnológicas y financieras en las que Europa está muy lejos de Estados Unidos y de China. Pero si tras 1945 Estados Unidos optó por integrar al derrotado, como hizo con Japón y con Alemania, a los que ayudó a ser potencias comerciales e industriales con la condición de que no tuvieran un ejército potente, ahora transita por el camino contrario. Estados Unidos ha decidido exprimir a Europa en este momento de debilidad. Washington no puede combatir directamente a China, porque en un enfrentamiento económico se harían muchísimo daño, de modo que está recuperando poder mediante la exigencia de una aportación mucho mayor de sus socios tradicionales, con los aranceles, la compra de energía estadounidense, con el armamento, el desarrollo de los centros de datos y con la expansión de las empresas financieras y tecnológicas estadounidenses por el continente. Sin embargo, si Estados Unidos pretende hacer frente a China, necesitará una Europa muy distinta. Subordinándola, convirtiéndola en un espacio colonizado en lugar de asociado, crea un problema para Europa, pero también para el futuro de Estados Unidos.

Es evidente que, en ese escenario, la tendencia a la fragmentación en Europa aumentará. En primera instancia, porque Estados Unidos está presionando fuertemente sobre el liderazgo alemán de la Unión Europea. Berlín piensa en salir de la crisis mediante la inversión en defensa y el gasto público en infraestructuras, y cuenta con un margen fiscal del que carecen otros grandes países europeos. Esa inversión es muy difícil que se pueda reproducir en otros países, ya que la deuda francesa, italiana o española lo complican sobremanera y los alemanes no son favorables a la emisión de bonos comunes. Las tentaciones

germanas de trabajar en términos nacionales son cada vez mayores. Además, y es una opción apoyada por las derechas soberanistas, algunos países de la Unión se plantean por qué pasar por Alemania para relacionarse con Washington o Pekín. Es decir, si Alemania domina la Unión y los acuerdos a los que se llegue están marcados por los intereses germanos, ¿por qué no establecer desde nuestras capitales la relación directa con Trump sin necesidad de la mediación alemana? ¿No nos iría mejor trazando nuestras propias alianzas internacionales sin el peso que supone la Unión Europea?

Es evidente que hay países de Europa del Este que prefieren tener una relación más cercana con Rusia. Necesitan la energía rusa para su economía, y además les interesa tener buenas relaciones con China. Los países del sur de Europa necesitaremos apoyo con las inversiones que son necesarias para este momento, ya que nuestra deuda es elevada. Los países bálticos y los nórdicos asumen el programa alemán de desarrollo armamentístico. Son caminos y necesidades muy diferentes.

En definitiva, la Unión Europea afronta un momento existencial. Un camino de salida sería promover una mayor integración, movilizar los recursos que posee y diseñar planes para el crecimiento futuro, y el plan Draghi apuntaba en esa dirección. La otra vía apunta hacia la disgregación, hacia un poder cada vez mayor para las capitales y unas instituciones comunes existentes en la teoría, pero mucho menos en la práctica. La globalización fue la época del gobierno de las grandes urbes, cuya red era más importante que las fronteras que fijaban los Estados. Este tiempo, sin embargo, recuerda a aquel que vivió Maquiavelo, el del tránsito de las ciudades comerciales italianas como centros de poder hacia el poder de los Estados, como el francés o el español. En aquel instante, Maquiavelo afirmaba que o eran capaces de integrarse o su influencia sería mucho menor. Esa integración no ocurrió entonces, tardó siglos en llevarse a cabo. Tampoco tiene pinta de que ocurra hoy.

ENRIC: Hasta el momento de la reunificación alemana en 1990, la Comunidad Económica Europea reposaba sobre cuatro patas: Francia, la República Federal Alemana, Italia y el Reino Unido. Esos cuatro

países tenían un tamaño similar: rondaban los sesenta millones de habitantes. Italia quizás era la pata más débil, pero la fuerza de la industria del norte de alguna manera compensaba las debilidades del sur. En 1989 cae el muro de Berlín y la RFA pisa el acelerador de la reunificación. Ahí se rompe un equilibrio. Con la reunificación, Alemania pasa a ser un país de ochenta millones de habitantes y de nuevo se pone en marcha otro mecanismo unificador: el euro, todos dentro del euro. Pero ahora Alemania se ve atrapada en un bucle imprevisto, ha perdido el gas ruso, ha perdido capacidad de competición con China, el movimiento político dominante en Estados Unidos conspira en su contra, y en esa coyuntura decide apostar por el rearme, para reanimar su economía y para reafirmase en potencia protectora de su *hinterland* más inmediato: Escandinavia, los países bálticos, el Este de Europa. Alemania está entrando en otra lógica. Alemania se está rearmando y los huesos de Morgenthau se revuelven en la tumba. ¡Alemania llegó a prescindir de las centrales nucleares confiando en su pacto histórico con Rusia como gran proveedora de gas barato! Alemania se halla ante un dilema existencial muy serio. Quieren afianzarse como potencia regional del centro-norte de Europa con influencia en el Este y luego Dios dirá…, a la espera de ver qué ocurre en Francia.

ESTEBAN: Es el camino que están escogiendo.

ENRIC: Y si los españoles se inclinan por Miami, allá ellos. Alemania está cambiando de registro. Esa es la dinámica en curso. Paradójicamente, nada de eso aparece en el debate público español.

ESTEBAN: Nada de eso aparece en el debate público, cierto. La potencia intelectual de España ha quedado muy apagada en un momento en el que es necesario repensar muchas cosas. Parece que el *shock* que ha supuesto la aceleración estadounidense ha paralizado en general las energías del pensamiento europeo. Les ocurre a los alemanes: el plan de Berlín que expones es malo para ellos. Recordemos que estamos regresando al imperialismo: los grandes países intentan expandir sus áreas de influencia, reforzar su poder y

atar a sus socios y a sus mercados. Ese movimiento tiene la ventaja añadida, habitual en los imperios, de exportar sus dificultades internas. Si tienen problemas económicos o de cohesión social, intentan resolverlo mediante la expansión. Estados Unidos puede hacer eso y China también, pero Alemania no.

Alemania puede convertirse en una suerte de delegación militar estadounidense en Europa para hacer frente a Rusia, pero con eso no le basta. El problema fundamental, el esencial, es que la gran partida se va a jugar en el terreno de la economía. Estamos en una guerra económica en la que cada potencia trata de reforzarse lo máximo posible. Alemania conserva un margen de acción, porque su deuda es comparativamente baja, pero no puede jugarse todas sus cartas a la defensa. En este instante, en el que son necesarias muchas cosas más que armamento, y en el que el declive en el nivel de vida de las poblaciones es apreciable, la opción lógica sería desarrollar decididamente Europa, lo que le permitiría a Alemania afianzarse. Es cierto que, para ese objetivo, tendría que poner límites a Estados Unidos, y de momento solo se los quiere poner a Putin. De manera que el problema parece reproducirse a una escala más pequeña: a Estados Unidos le convendría que sus socios europeos fueran pujantes económicamente y no territorios en recesión; a Alemania le convendría una Europa en crecimiento en lugar de una empequeñecida. Pero esa visión integradora dista mucho de ser hoy la dominante. Para el sur europeo va a suponer un problema serio.

ENRIC: El fusible ahora es Francia, de manera clara, rotunda e inapelable. Teniendo en cuenta que hemos empezado hablando de las creencias y de la religión, no deja de ser paradójico que el fusible más crítico de la Unión Europea acabe siendo el país en el cual la laicidad ha alcanzado una mayor preeminencia. ¿Qué pasará en Francia? De lo que pase en Francia dependen muchísimas cosas. Si Francia se debilita más, todo el marco europeo se verá aún más debilitado, el binomio Francia-Alemania se convertirá en un binomio ficticio; los alemanes estarán más solos, y si en Francia se hunde definitivamente el europeísmo, entonces el proyecto Unión Europea entrará definitivamente en crisis. España y Polonia son hoy los dos países más

dinámicos de la Unión si atendemos a la evolución de sus economías, pero ambos países también se hallan ante una encrucijada política. En Polonia, el bloque europeísta encabezado por el primer ministro Donald Tusk perdió las elecciones presidenciales. La mayoría europeísta no está garantizada en Polonia. Y en España, el PSOE se ha quedado sin mayoría parlamentaria y Vox, partido miembro de la plataforma Patriotas por Europa, con sede central en Budapest, va en camino de capturar al Partido Popular.

ESTEBAN: Sí, Francia es el fusible crítico. Las propuestas de Jordan Bardella, el candidato a la presidencia de Rassemblement National (RN), el partido de Marine Le Pen, chocan con las bases con las que se ha construido la Unión Europea en los últimos años. Al margen de acoger, como es esperable, la visión política que le corresponde, la de «Francia primero», plantea varios asuntos muy espinosos para el futuro de la Unión. Insiste en que la configuración actual defiende los intereses alemanes, quiere reducir la contribución gala al presupuesto europeo, quiere sacar a su país del mecanismo de fijación de precios de la electricidad y aspira a que el Banco Central Europeo (BCE) ponga en marcha un programa de flexibilización cuantitativa que le ayude con la deuda de su país y permita lanzar un programa de crecimiento. Además, subraya que Francia es demasiado grande para caer, por lo que, en caso de dificultades serias, las instituciones europeas se verían obligadas a prestar apoyo. La visión de Bardella es significativa, porque implica una confrontación clara con las pautas alemanas, pero en unos términos con los que otros países, principalmente los del sur, podrían identificarse. Por ejemplo, en la flexibilización cuantitativa o con los precios de la electricidad.

En todo caso, la historia no es estática, se mueve continuamente. Lo vimos en 2001: se invadió Afganistán con pleno acuerdo entre Europa y Estados Unidos, pero dos años después la invasión de Irak rompió esa alianza. Y la historia se mueve todavía más cuando existen situaciones de inestabilidad. Hay que constatar que, últimamente, la política ha consistido en el fracaso sistemático de la gran mayoría de los ejecutivos occidentales: gobierna un partido y en las elecciones siguientes pierde el poder porque la población no está contenta. En

Estados Unidos ha ocurrido: Obama dejó paso a Trump I, después ganó Biden y ahora Trump II. Desconocemos quién ganará en 2028 y si alguno de los contendientes logrará un triunfo lo suficientemente amplio y continuado como para dar una salida ideológica definitiva a la inestabilidad que define a Estados Unidos y al conjunto de Occidente.

Este es un momento de ajuste internacional. Hemos entrado en crisis, y siempre transcurre un periodo hasta que la situación se estabiliza, en la dirección que sea. Cuando se entra en esos periodos, se suele poner el foco en el exterior, en los enemigos, en los riesgos. Es más cómodo e implica menos traumas. Creo que la prioridad en tales momentos es la interior: asentar, estabilizar, crear cohesión, impulsar la prosperidad económica. Sería importante que los Gobiernos europeos tomasen conciencia de esta necesidad, y que los países occidentales lucharan por impulsar instrumentos económicos propios y por disolver las tensiones políticas a través del aumento del bienestar.

3

EL SIGNIFICADO DE LA GEOPOLÍTICA. EUROPA Y EL HILO DE PENÉLOPE

ENRIC: Hablemos de geopolítica. La palabra de moda. El concepto de moda. Es fascinante observar el regreso «político» de la dimensión física del mundo, mientras la tecnología crea una dimensión aparentemente inmaterial. Es interesante ver cómo dos potencias que durante décadas representaron el gran antagonismo mundial, como son Estados Unidos y Rusia, comparten en estos momentos una misma mística de la expansión territorial, al norte, al norte, hacia el norte. El segundo mandato de Donald Trump empezó con ese grito de guerra: ¡al norte! Planteó de inmediato la integración de Canadá en Estados Unidos y la compra de Groenlandia. Si ambas cosas algún día se llevaran a cabo, Estados Unidos se convertiría en el país más grande del planeta, con jurisdicción en la mitad de las costas del Ártico. Se repartiría el Ártico con Rusia casi a partes iguales. A su vez los rusos, el poder ruso, han reafirmado su mística del Norte. Buena parte de su arsenal nuclear se halla en el Ártico, sus submarinos nucleares tienen base en el Ártico, sus mejores reservas de recursos naturales se hallan en el Círculo Polar Ártico, la mejor ruta de navegación por el Ártico, en la actual fase de deshielo, es la que discurre frente a sus costas septentrionales. El 20 % del PIB ruso se genera en el Círculo Polar Ártico. Rusia tiene jurisdicción sobre el 52 % de las costas árticas. Es el accionista mayoritario de Ártico, S. A., el mar helado que en las próximas décadas se convertirá en un mar navegable, con recursos naturales valorados en miles de millones de dólares, cuya extracción será más accesible. El 30 % de los recursos naturales aún no descubiertos en el mundo están ahí. Hay que estudiar el Ártico.

ESTEBAN: Sí, hay cosas que no se han visto en cien años. Sin embargo, esa expansión hacia el norte tiene significados diferentes para un país y para otro. Acabamos de ver el primer viaje de un carguero a través del Ártico, con un ahorro de diecinueve días respecto de la ruta del canal de Suez. Eso implica una nueva ruta de la que Estados Unidos queda prácticamente fuera. Y Estados Unidos es una potencia global que domina los mares y que quiere mantener el control a través de su presencia en esa nueva ruta también por razones militares y de seguridad nuclear. Para Rusia, el Ártico tiene que ver con los recursos naturales y además con la conexión con China y Asia. Estados Unidos aspira a estar presente en la explotación de los recursos del Ártico, y por eso presiona a Canadá y a Groenlandia, pero también quiere firmar acuerdos con Rusia. Los pactos entre potencias imperiales regresan, hay un nuevo reparto del mundo.

ENRIC: Sí, también hay algo del mito del Far West. Nuevas fronteras que conquistar, fronteras físicas, perfectamente tangibles, y nuevas fronteras aparentemente inmateriales definidas por el desarrollo de la tecnología y la inteligencia digitales. Pero la dimensión física es muy importante. En una de las últimas cumbres árticas que cada año convoca el Gobierno ruso, en Murmansk, Vladímir Putin planteó el problema de la población. Quieren que haya más habitantes en el norte. Van a dar incentivos para que la población suba hacia arriba.

ESTEBAN: Este nuevo Far West tiene características especiales que lo alejan de aquel del siglo XIX. En primer lugar, constituye una necesidad, en especial para Estados Unidos, mucho más que una exploración voluntaria. Hay una carrera por el futuro que todas las potencias quieren ganar. Aparece en el enfoque sobre la tecnología: puesto que la IA significará un gran salto, el Estado que sea capaz de avanzar más que el resto se convertirá en el dominante o en el hegemónico. Esa mentalidad es la que está de fondo en los más diversos terrenos: es la maldición de las grandes potencias, siempre obligadas a incrementar su poder.

Esa expansión tiene algo de marcha atrás para Washington, ya que se separó de lo físico hace mucho tiempo. Estados Unidos y sus

empresas conservaron la propiedad industrial e intelectual de sus bienes, los mecanismos de transmisión publicitaria, los instrumentos de financiación, los centros de decisión y la cultura dominante, pero lo material estaba en otra parte. Se canalizó la producción hacia lugares muy lejanos. El alejamiento de lo físico generó beneficios para mucha gente: ya no existían las fricciones típicas de la relación capital-trabajo porque se habían externalizado; había cadenas de suministro bien establecidas que aseguraban que cualquier bien estaría disponible cuando fuera necesario, *just in time*; la arquitectura global permitía establecer un control bastante preciso sobre la producción, pero también sobre las inversiones y la rentabilidad esperada. Sin embargo, ese diseño llevó a que Estados Unidos se viera abocado a una pérdida de capacidades estratégicas en bienes, suministros y minerales, así como en su fuerza industrial: ni siquiera podía producir el armamento preciso al ritmo que necesitaba.

Cuando esa estructura global comenzó a desvanecerse a causa de la potencia china, Washington constató todo lo que había perdido y está peleando por traerlo de vuelta. En octubre del pasado año, el CEO de J. P. Morgan, Jamie Dimon, aseguró que su firma iba a invertir 10.000 millones de dólares en empresas que apostasen por «América primero»: había que subsanar las debilidades estratégicas y el capital financiero apoyaría en ese propósito. No se trata tanto de fabricar en territorio propio como de acercar las cadenas de suministro a países con los que se tengan vínculos sólidos. Es una forma de mantener los beneficios, ya que las firmas no se ven obligadas a reintroducir el equilibrio capital/trabajo. En segunda instancia, Estados Unidos necesita asegurarse una serie de bienes esenciales que están ahora en manos de otras potencias, e incluso de países aliados. Para competir con éxito, Washington necesita el Ártico, las tierras raras, el petróleo venezolano. Es decir, ha iniciado una expansión que tiene menos de conquista y de crecimiento, como fue el Far West en su momento, que de aseguramiento de su estatus como potencia dominante a través de la recuperación de sectores que se le escabullen. El espacio vital, el *Lebensraum*, regresa.

ENRIC: Durante el primer año de la segunda presidencia de Donald Trump tuve la sensación de que había una oferta norteamericana a Rusia para un nuevo reparto de zonas de influencia, empezando por el Ártico. Nosotros vamos a intentar tener más cuota en el Ártico (Canadá, Groenlandia), vosotros ya tenéis el 52 %. Podemos aceptar una mayor influencia vuestra en el este de Europa, a cambio de otras cosas, sobre todo si disminuís vuestra dependencia de China. ¿Tú crees que las cosas van por ahí?

ESTEBAN: Sí, las grandes potencias llegando a acuerdos para repartirse zonas de influencia. Ahora, el espacio vital incluye territorios lejanos, como Groenlandia, pero también Oriente Medio, por el petróleo, al tiempo que se pretende asegurar los mercados foráneos, como ocurre con Europa. Pero no hay que perder de vista que esos pactos están construyendo un orden internacional articulado a partir del equilibrio entre los intereses de las grandes potencias. Se está pasando de la vieja arquitectura imperfecta de la ONU a otra en la que un pequeño puñado de grandes países decide los nuevos rumbos y los destinos de muchos territorios. El acuerdo de Anchorage entre Trump y Putin iba más allá de Ucrania, aunque le quedase el escollo ucraniano por solucionar. Estados Unidos se sienta con Rusia para conseguir ventajas, mientras que la tarea de presión y contención a Moscú es delegada a Europa. En Oriente Medio será Israel el que desempeñe ese papel de guardián de los intereses estadounidenses…

ENRIC: Israel más Arabia Saudí…

ESTEBAN: Sí, y con Turquía adquiriendo un nuevo papel.

ENRIC: Ahora, eso dibuja para Europa un panorama extraordinariamente complicado. Me acuerdo de una conversación que tuve hace más de un año con un diplomático alemán, coincidiendo con la campaña electoral en ese país, septiembre de 2024. Me dijo: «Nos están desestabilizando desde Moscú y desde Washington al mismo tiempo. Estamos muy preocupados…». Los servicios rusos animaban campañas de apoyo a Alternativa para

Alemania y Elon Musk, todavía no defenestrado de la Casa Blanca, llamaba a votar a AfD en su red social X y en un mitin de ese partido, vía *streaming*. «Nos están desestabilizando desde Washington y Moscú simultáneamente». Aquel día se me fundieron los plomos. El mundo es otro. No tiene nada que ver con todo lo que hemos estudiado. Es ya otra historia.

ESTEBAN: Es otra historia. En el instante en que Estados Unidos y Rusia hacen un reparto de esferas de influencia, obviamente quien tiene problemas es Europa, y especialmente Alemania, porque es la que cuenta con una mayor presencia en el este. La misma evolución en los mensajes que trasladaba la embajadora alemana en España es muy significativa, porque era una mujer siempre muy positiva y optimista, incluso cuando era evidente que la crisis estaba ahí, y ahora está expresándose de una manera catastrofista. Bueno, es muy alemán, la insistencia en la abstracción hasta que lo concreto golpea tan directamente que ya no puede obviarse.

Pero sí, Europa tiene una posición complicada porque está siendo golpeada a la vez por Rusia y por Estados Unidos y presionada por China. Y porque está fiando todo a contener a Rusia. Para ese objetivo no solo hacen falta un ejército poderoso y armas nucleares, que es lo más disuasorio. Hace falta construir ese contexto que te brinde fuerza y poder internacionales, que te convierta en un actor de primer orden: energía, recursos propios, tecnología, producción de bienes esenciales. Y, por supuesto, son precisos dos elementos importantísimos: un mercado interior sólido que construya una economía con músculo y la capacidad para construir cohesión interna.

ENRIC: Si tuviese que resumirlo diría que la historia está acelerando a mayor velocidad que las estructuras europeas, que por su naturaleza confederal no pueden responder a la misma velocidad. Las estructuras europeas son hijas de tiempos más lentos, engranajes más complejos, sin un centro indiscutible… Es una confederación democrática con normas que se han ido construyendo casi artesanalmente, que han sido aceptadas gracias a que los balances eran más positivos que negativos por las opiniones públicas nacionales, hasta que llegan los

europeos del este y dicen «nosotros tanta soberanía no la queremos ceder, ya la cedimos a Moscú durante más de cuarenta años, no la queremos ceder ahora a Bruselas». Los nuevos grupos dominantes en el Este, surgidos de una lucha de intereses tremenda al privatizarse de manera muy acelerada los bienes públicos de esos países, no quieren compartir el poder acumulado por las privatizaciones. ¿Qué ha hecho Orbán en Hungría? Crear una nueva oligarquía. No quiere que se la controle desde Bruselas.

Y ahora se produce una nueva aceleración de la competición internacional, espoleada por el desarrollo de la IA, el control de los materiales necesarios para llevar a cabo esa nueva revolución tecnológica y económica y la necesidad de multiplicar la producción de energía para sostenerla. Europa no puede acelerar tan rápidamente, porque no es un Estado nacional coronado por un poder cesarista. En la hora de los césares, de los hombres fuertes con cara de pocos amigos. Europa era hasta ayer una confederación pacífica y ecológica, que apostaba por el concepto «transición ecológica» en la medida que se veía capaz de despuntar en ese campo. Las energías renovables en España, la ingeniería alemana para los reciclajes, los molinos de viento en el mar del Norte… En este contexto, Alemania gira y decide dotarse del mayor ejército en el continente.

ESTEBAN: Es probable que el camino de salida europeo pase por tres o cuatro países que se sumen a Alemania y tiren del carro, con los que realmente dibuje una relación coordinada y más o menos rápida, sin necesidad de pasar por las estructuras de la Unión Europea. Pero, en esta aceleración de la historia, hay una pregunta a la que se debe dar respuesta: ¿Hacia dónde quieres ir? ¿Cuál es la idea de futuro? Hasta ahora, la contestación a ese dilema ha sido reactiva: defenderse de Putin y resistir a Trump.

Hay que constatar que Europa sigue pensando en términos del pasado y actuando como si conservase los elementos que le permitieron desempeñar un papel relevante durante la era de la globalización. Un ejemplo son los tratados comerciales. La idea es ampliar los mercados mediante la firma de nuevos tratados, Mercosur, India, los que sean posibles. Pero la diferencia es que Europa tenía un

poder regulador que le permitía incluir estándares de calidad y de seguridad en los bienes que introducía en su mercado. Dado que su poder negociador ha quedado limitado, si quiere firmar esos tratados, tiene que renunciar a muchos de esos estándares, que son rechazados por los países con los que quiere firmar el acuerdo. Y, al mismo tiempo, esa ausencia de protección hace muy difícil que algunos países europeos quieran llevarlos a la práctica como ocurre con Francia y Mercosur. Es decir, el contexto que hacía fuerte a Europa ha desaparecido, por lo que la Unión se ve obligada a renunciar a parte de sus exigencias. Está destejiendo lo que llevó mucho tiempo tejer. En las negociaciones con Estados Unidos esto ha quedado reflejado de manera muy expresa, pero también ocurre en las negociaciones con otros Estados. Tu momento de necesidad es aprovechado por terceros países y eso es una constante de estos tiempos europeos.

ENRIC: Es la historia de Penélope. Tejer y destejer. Hay que destejer, ¿no?

ESTEBAN: Hay que destejer. Y eso lleva a una posición ambigua, porque nos tenemos que dirigir hacia un futuro que no sabemos cuál es, y al mismo tiempo renunciar a muchas de las cosas que se tejieron laboriosamente. Europa está corriendo hacia un lugar que desconoce al mismo tiempo que, para ir más ligera, se deshace de los resortes y de las seguridades que le había otorgado un lugar y un espacio propios.

ENRIC: Fíjate que la expresión transición ecológica ha desaparecido del lenguaje oficial europeo.

ESTEBAN: Sí, sí, por completo.

ENRIC: Hay anuncios en los periódicos pidiendo pistas sobre su paradero. Ha desaparecido. También la vicepresidenta de la Comisión Europea, Teresa Ribera, anda un poco desaparecida. Hace un año, el concepto transición ecológica estaba en el frontispicio de todas las

políticas europeas. ¿Qué ha pasado? Ahora se habla de defensa, de tierras raras y de inteligencia artificial.

ESTEBAN: Sí, ya comentamos que la tecnología y la IA habían sustituido como proyecto de revitalización del capitalismo a la transición ecológica, pero también que Estados Unidos ha apostado decididamente por el petróleo y la energía nuclear. Europa era el espacio de la transición ecológica por excelencia. Las prioridades han cambiado. España puede conservar su apuesta por la transición ecológica porque le es funcional: necesita energía y no tiene más fuentes de abastecimiento propias que las renovables. Nos viene bien, a otros países no.

ENRIC: Hay fenómenos de «poltergeist» en la política europea. Cosas que desaparecen sin irse del todo, apariciones súbitas, personajes demacrados. Ursula von der Leyen, por ejemplo. Durante su primer mandato intentó encarnar una presidencia europea fuerte, muy ejecutiva, muy presente. «Existe un Gobierno europeo y yo soy su presidenta», nos venía a decir. Momento dulce, momento de los fondos de recuperación. Y toda esa proyección de poder se derrumba en veinticuatro horas, se derrumba en aquella vergonzosa reunión con Donald Trump en Escocia, en unas instalaciones de golf que Trump posee en Escocia, para pactar una tregua comercial con Estados Unidos, en la que se aceptan aranceles del 15 % y se comprometen pagos millonarios a Estados Unidos, para que no aprieten más las tuercas durante un tiempo. En aquella reunión triste, mal escenificada, Ursula von der Leyen encarna la figura que hoy más temen los europeístas: la rendición. Y entonces la pregunta es exactamente: ¿es una presidencia zombi?

ESTEBAN: Pues no lo sabemos, pero parece que sí. Y no solo por las dificultades que le ponen a von der Leyen los suyos, esa facción del Partido Popular Europeo (PPE) que no la quiere allí, o por el cada vez mayor acercamiento entre el PPE y las derechas populistas y extremas, sino porque es el canciller alemán, Merz, el que está dibujando un nuevo camino de salida. Parece que la debilidad de Von der Leyen

excede a su figura. Es la posibilidad del Gobierno europeo la que está decayendo.

ENRIC: Está ahí Antonio Costa. Multiusos, hábil donde los haya. Ha visto que se abría un espacio y lo está ocupando. En ocasiones parece un presidente bis de la Comisión Europea. ¿Alguien se acuerda de Charles Michel, el anterior presidente del Consejo Europeo? El último gran presidente de la Comisión Europea fue Jacques Delors, sin duda alguna. Después vinieron los eficientes «coordinadores» luxemburgueses, aficionados a la buena vida, Jacques Santer y Jean-Claude Juncker; las buenas intenciones de Romano Prodi, que tuvo un buen colegio de comisarios, y la sutil simpatía de Durão Barroso. Von der Leyen quería encarnar una presidencia fuerte y eso se ha venido abajo. Su última iniciativa ha chocado con Alemania. Llegó a sugerir la creación de un servicio de inteligencia europeo para hacer frente a las injerencias rusas y el Gobierno de Alemania le ha dicho que no. Alemania no quiere entregar más poderes a Bruselas. Creo que esta es la noticia. Alemania tiene ahora un serio problema existencial: al potentísimo país surgido de la reunificación de 1991 se le han estropeado varias columnas: el gas barato de Rusia, que debía garantizar una transición energética segura sin centrales nucleares, la perspectiva de una paz eterna con Rusia, la competitividad de su industria del automóvil, la relación comercial con China, la digestión de la inmigración valientemente aceptada por Angela Merkel (un millón de inmigrantes de la diáspora siria), y el malestar y la herida en el este de Alemania. Alemania necesariamente intentará conservar su zona de influencia en Europa, ofreciéndose como garante de la seguridad de los escandinavos y de los países del este que así lo deseen. La modernización y ampliación del ejército alemán persiguen ese objetivo. Quieren que la tecnología militar sea una palanca de reactivación económica y ser garantes de la seguridad de su hinterland económico. ¿Lo conseguirán? Puede ocurrir que el europeísmo alemán se enfríe, ya hay señales de ello.

ESTEBAN: Las décadas de las que venimos han tenido un final que ha dejado en mal lugar a Europa. Imagina que hubiera existido una

guerra y que, tras ella, las potencias vencedoras redibujaran las fronteras. Lo que está ocurriendo ahora es similar. En esa redefinición del orden internacional, las grandes potencias, Estados Unidos y China, están apretando las clavijas al territorio en declive, que es Europa. Un marco comparativo podría ser el final de la Primera Guerra Mundial, cuando el peso de la recuperación se hizo recaer sobre Alemania y se trazó un deficiente plan de salida que avivó los problemas. Ahora ese peso se hace recaer sobre Europa. Podríamos decir que en este fin de la época global resuena más de lo conveniente el final de la Primera Guerra Mundial.

Como suele ocurrir en esas situaciones, las fracturas internas se hacen más profundas, y no solo en el interior de los países, sino en la misma Unión Europea. Estados Unidos quiere un continente de naciones, una nueva paz de Westfalia, de modo que las relaciones con Washington se establezcan país por país. Se alienta el antieuropeísmo, también en Alemania. Berlín, por sus necesidades de seguridad y sus vínculos financieros, está muy cerca de Estados Unidos, y más ahora tras su renuncia al gas ruso. Lidera un espacio en el que están los países nórdicos, los protestantes, que cuentan con unas condiciones económicas relativamente buenas y que están cerca de Rusia, por lo que el rearme es su principal objetivo. Sus interereses son diferentes de los de la Europa mediterránea, otro espacio tradicionalmente ligado a los estadounidenses, pero del que estos desconfían mucho más. Italia, España, Grecia fueron percibidos por el *establishment* de política exterior de Washington como más necesitados de mano dura, y apoyaron dictaduras en ellos durante la Guerra Fría, o tejieron redes de seguridad, como Gladio, para tener más firmemente atados a países potencialmente rebeldes. Los Estados del norte, al igual que los anglosajones, nos definieron como los *PIGS* y argumentaron que nos gastamos el dinero en bebida y mujeres, y no sería extraño que esas visiones regresaran, aunque mitigadas, ante la elevada deuda pública de los países del sur. Francia, aliada de los germanos, cuando no subordinada a ellos desde la creación de la Unión Europea, está todavía dibujando su camino de futuro. La tentación de centrarse en el norte por parte de Alemania es cada vez mayor.

Mientras tanto, España está intentando hacer equilibrios y mantener las puertas abiertas en las relaciones con China, en su posición sobre Oriente Medio, en sus conexiones con Hispanoamérica. Trata de jugar con varias cartas, pero es dudoso que un proyecto español de relaciones exteriores de estas características sea posible si no está bien tejido y muy asentado internamente.

ENRIC: Toda política exterior necesita una política interior bien definida. Hay una relación dialéctica entre ambos ámbitos. Si hay claridad de objetivos en el interior, hay claridad de objetivos en el exterior. Eso hoy no existe en España y no sé si existirá en los próximos años. En un futuro próximo la política española puede seguir siendo tan compleja, o más, que la actual. Imagínate un gobierno del Partido Popular sin otra alternativa que el pacto con Vox. Hay algo que no podemos perder de vista: toda la política democrática española, desde la Transición, está indisociablemente unida al proyecto europeo. La Transición y el tan mitificado consenso tenían como principal factor aglutinante el ingreso de España en la Comunidad Económica Europea (CEE). España era el problema, Europa era la solución. Había un amplísimo consenso sobre esta idea, que aún pervive. ¿Por qué fracasa el intento de golpe de Estado del 23 de febrero de 1981? Porque aquella escena bárbara de los guardias civiles pegando tiros en el Congreso era radicalmente incompatible con el ingreso de España en la CEE. Milagrosamente, las imágenes de aquellos cafres disparando ráfagas de metralleta en el interior del Parlamento fueron captadas por una cámara de televisión en funcionamiento y conectada a Prado del Rey, fueron grabadas y reemitidas en el circuito internacional. Aquellas imágenes sellaron el destino de España. Europa era la solución. Evidentemente, al rey no le quedaba otra opción que parar todo aquel desmán. El general Alfonso Armada no tenía ninguna posibilidad de aprovechar aquella escena para convertirse en presidente del Gobierno.

Toda la política española de los últimos cuarenta años ha girado en torno al eje europeo. José María Aznar intentó alejarse de ese eje y cometió dos errores fatales: implicarse en la invasión de Irak con el 80 % de la opinión pública en contra y no acertar en la gestión política y

emocional de los terribles atentados del 11 de marzo de 2004 en Madrid. Si en los próximos años se produce una crisis orgánica del proyecto europeo —y no podemos descartar que eso ocurra— España va a tener un problema muy serio. España, de nuevo, ante sus fantasmas. Algunos de estos fantasmas ya han aparecido en el escenario. Las elecciones presidenciales francesas van a ser absolutamente decisivas. España no está mal ubicada, puede ser influyente en el norte de África, puede establecer puentes más sólidos con Latinoamérica, puede seguir siendo el socio más leal de Alemania, puede marcar algunas distancias con Estados Unidos sin romper nada importante (las bases de Rota y Morón pesan mucho), pero gestionar todo eso exige una mayoría parlamentaria y talento político al frente. Todos estos equilibrios también se pueden desbaratar: Marruecos puede envalentonarse después de haber consolidado su soberanía sobre el Sáhara Occidental. Latinoamérica va a ser reconquistada por Estados Unidos. Alemania puede enfriar su europeísmo y su relación con el sur de Europa. Las relaciones con Estados Unidos pueden entrar en una fase de mayor hostilidad, porque en Washington no se van a quedar con los brazos cruzados cuando en este país tengan lugar las próximas elecciones generales.

ESTEBAN: España está metida de lleno en este dilema. Sánchez estaba ligado a Von der Leyen, a Alemania y al proyecto europeo de una manera muy clara. Merz está imponiendo otro paso económico, que le viene peor al presidente español. Manfred Weber y el PPE europeo se acercan a las derechas soberanistas, lo que genera una mayor ambigüedad en el PP nacional sobre la posición política que ha de ocupar en Europa. Y Vox encarna el otro proyecto, el de vincularse directamente con Estados Unidos sin pasar por Berlín ni Bruselas. Veremos cómo termina eso.

Este momento de incertidumbre es general y todo el mundo es consciente de que esta es una época de transición. En ella, hay un factor que resulta determinante, la economía, el espacio en el que se está librando la batalla por el futuro. El capital ha sido el instrumento dominante en las décadas precedentes, y también hoy. El mantenimiento de los ejércitos, el desarrollo de la tecnología, el

abastecimiento energético o la fortaleza industrial dependen de contar con los recursos precisos.

En este plano, se enfrentan dos modelos definidos, los de los países más importantes del mundo. En China existe un capitalismo de Estado, con una economía dirigida e impulsada por el poder político, y que se apoya en el dinero público, la planificación y en la atracción de capital privado a través de medidas que favorezcan su rentabilidad. Estados Unidos ha apostado por el capital privado durante muchos años, y Trump ha intensificado esa ligazón a la hora de impulsar la revitalización del país. El propósito de generar una economía poderosa a través de la tecnología y la IA, que es su principal hoja de ruta, implica la alianza de Wall Street y Silicon Valley. *Hedge funds*, el *private equity* y los fondos de gestión pasiva se han sumado decididamente a esa iniciativa, y están captando capital de todas partes, no solo el estadounidense, lo que lleva a la elevada cotización en las bolsas de las grandes empresas tecnológicas y al propósito de convertir en cotizadas a las emergentes.

Europa no está en un lugar ni en otro, porque los países de la Unión carecen de los instrumentos estatales chinos para dibujar un futuro, pero tampoco está atrayendo capital, ni siquiera el europeo, que pueda trabajar a favor del desarrollo del continente. Estamos en tierra de nadie, por lo que el horizonte más probable es que el dinero europeo y sus empresas con mayor capacidad se vinculen a la reconstrucción de la potencia estadounidense, al mismo tiempo que se vean obligadas a contener la expansión de los bienes chinos y su músculo para adquirir firmas e infraestructuras europeas. Además, en la eurozona hay países con una deuda muy elevada, lo que introduce una capacidad de presión de firmas financieras, en especial de Estados Unidos, sobre el destino económico de la Unión Europea.

Esto significa no solo que hay una influencia cada vez más elevada de los imperios de la época sobre territorio europeo, sino algo peor, que la dirección y el ritmo del desarrollo interno aparecen supeditados a las relaciones exteriores. O, dicho de otro modo, que Europa no está decidiendo su futuro económico mediante planes propios, sino que son las necesidades de otras potencias las que condicionan y limitan su

camino de salida. Europa puede convertirse en un cúmulo de países subimperiales que caminan en dirección a la colonización.

En cuanto a Alemania, el centro de Europa, sus dificultades provienen de que ha perdido su posición de privilegio. El orden existente le favorecía porque el euro impulsaba su economía exportadora, lo que le permitió generar superávits recurrentes. Ese capital no fue a parar a nuevas inversiones en la economía productiva o en infraestructuras en Europa, sino que se destinó a la esfera financiera estadounidense. Había una relación que producía beneficios para las dos partes. Sin embargo, el cambio geopolítico ha variado las necesidades de las grandes potencias. Los nuevos intereses estadounidenses tienen que ver con el abastecimiento de recursos naturales estratégicos, de los que Alemania y Europa carecen, y con expandir la presencia de sus empresas tecnológicas, energéticas, financieras y de servicios. China no quiere exportaciones europeas, sino que importemos lo que fabrican, cada vez más ligado a bienes de alto valor añadido. El mercado europeo es idóneo para ambas potencias, dado el elevado nivel adquisitivo del continente, y ambos lo pretenden. Eso deja a Alemania sin un lugar definido, más allá de dedicarse al armamento y al desarrollo de la IA. Pero ese no es un proyecto propio, sino que emana de exigencias exteriores.

ENRIC: Hay algo que me preocupa mucho, quizá porque mis conocimientos sobre Alemania son limitados. Me preocupa la reacción psicológica de la población alemana ante el cuadro de ansiedad que se le presenta. Son ricos, es verdad. Son ahorradores. Son disciplinados. Disponen de un buen colchón, que están utilizando. Pero se les han complicado demasiadas cosas de golpe: la energía, la industria del automóvil, la relación con Rusia y con Estados Unidos, y se han avivado los resentimientos de la población del este, que nunca se han sentido reconocidos como alemanes completos. Como te decía antes, el primer plan del Gobierno de Estados Unidos era convertir Alemania en un país agrícola y pastoril si los aliados conseguían ganar la Segunda Guerra Mundial. El plan Morgenthau. La desoladora quiebra de las economías europeas al concluir los combates hizo ver a los norteamericanos que la industria alemana, las cuencas del Ruhr y del

Rin, eran imprescindibles para que la Europa occidental pudiera levantar cabeza. No lo querían pagar todo ellos y el Imperio británico estaba literalmente en la ruina, estaba acabado, como se vio en 1956 después de la crisis de Suez. De ahí surge el embrión de unidad europea, la célebre Comunidad del Carbón y el Acero. La sociedad alemana hace una cura psicológica: trabajo, trabajo, reconstrucción, ponderación, contención, amistad con los franceses, mercado común europeo y nunca más inflación. Elaboran la idea de que la causa última del nazismo fue el descontrol de la inflación. Si en un momento dado toda esa cadena se rompe, ¿qué surge?, ¿qué resurge? Uno de los lemas de Alternativa para Alemania es «no hemos de seguir sintiéndonos culpables de lo que pasó en tiempo de nuestros abuelos». Alemania va al rearme, los huesos de Morgenthau se revuelven en la tumba, y no sabemos cuál será el espíritu de ese gran país dentro de diez años.

ESTEBAN: Alemania está en crisis en cuanto a sus principios desde hace relativamente poco tiempo, pero ya es consciente de que está en crisis. Alemania fue el único país que creyó firmemente en el fin de la historia, en la eficacia de los intercambios comerciales como forma estructuradora del mundo y en la economía como mecanismo de eficiencia política. Esto ni siquiera se lo creyó Estados Unidos, que llevó a cabo muchas acciones, guerras incluidas, que desdecían su teórica confianza en la implantación general de la democracia liberal. Desde luego, China no lo creyó en absoluto y trabajó de manera insistente en términos históricos. Alemania, junto con la Unión Europea, ha sido especialmente lenta a la hora de reconocer que ese orden a lo Fukuyama se estaba desintegrando. Esa conciencia, que implicaba un *shock* intelectual profundo, se ha producido por la fuerza de los hechos, con la guerra lanzada por Putin, la voladura del Nord Stream y tantas otras cosas que han ocurrido en muy pocos años.

Hay que ser claros en este punto. Las élites europeas, comenzando por las alemanas, tenían un sitio en la mesa con los Estados Unidos de Biden. Los ministros y los presidentes se sentaban, conversaban con los estadounidenses, exponían sus puntos de vista y se acababa

haciendo lo que Estados Unidos decía. Pero toda la ceremonia daba a entender que se escuchaban sus ideas, que formaban parte de un orden dominante y que estaban entre quienes tomaban las decisiones. Esa posición era más simbólica que real, pero anímicamente funcionaba. Ahora, cuando Estados Unidos ya no los invita a la mesa, han perdido tanto la posición que ostentaban como la orientación.

Esa es una parte importante de su desorientación. En ese contexto, en lugar de poner los medios para solucionar los problemas, optan por buscar responsables a los que culpar, ya sea Trump, Rusia, las extremas derechas, Merkel… Este inmovilismo, a su vez, agudiza las tensiones internas. Leí una encuesta reciente en la que preguntaban a los alemanes qué formación política y qué líder creían que podría dirigir a Alemania hacia un futuro mejor. Un 17 % ponía su confianza en Merz y la CDU y un 14 % en la AfD, mientras que el resto de los partidos contaban con porcentajes bajísimos. Lo significativo es que un 50 % de los encuestados no confiaba en nadie. Ese es un retrato del momento que debemos tomar en consideración. Hemos hablado de las debilidades estructurales de Alemania en este instante, pero la falta de cohesión interna, que desde luego no es un fenómeno puramente germano, resulta muy preocupante. Es un país que cuenta con recursos, que tiene industria, que cuenta con esa red importante de pequeñas y medianas empresas que conforman el *Mittelstand*, y que tiene margen de maniobra. Pero debe hacer frente a retos profundos, con consecuencias importantes para nosotros: dependiendo de cómo salga Alemania de esta situación, España puede verse perjudicada, al igual que otros países europeos.

Ahora bien, te diría que la crisis alemana es en primer lugar espiritual: era el país virtuoso, el que defendía unos valores bien asentados, el que encabezaba el liderazgo económico-moral, y cuando la historia ha regresado de manera expresa y violenta, ha perdido al mismo tiempo su lugar privilegiado y las ideas en las que creía.

ENRIC: Quisiera hablar un poco más de Alemania. Creo que en los últimos veinte años en Europa ha habido dos políticas simultáneas y contradictorias: un intento de acercarse a Rusia y el intento de cercar a Rusia. Alemania, como comentábamos antes, quiso sellar una

alianza histórica con Rusia: los dos gigantescos gasoductos Nord Stream. El pacto energético con Rusia va más allá de la economía, es el intento de dibujar una paz perpetua. Nadie en Europa se lo reprocha a Merkel, nadie, al menos públicamente. Es verdad que los norteamericanos advertían que la dependencia del gas ruso podía acarrear serios problemas a los europeos. Pero nadie en Europa crítica a Merkel por mantener y ampliar la alianza energética con Rusia. Tanto es así que los italianos copian a los alemanes. ¿Qué había detrás de la simpática amistad entre Silvio Berlusconi y Vladímir Putin? El gas. Italia llegó a depender en un 60 % de las importaciones de gas ruso. Rusia propuso un South Stream, que conduciría el gas ruso a la industria del norte de Italia a través de Rumania, los Balcanes y el Adriático. La presidencia de la sociedad fue ofrecida a Romano Prodi, que no aceptó con inteligente prudencia. Los rusos querían que Prodi fuese el Gerhard Schröder del sur de Europa. Los norteamericanos frenaron el South Stream bloqueando su paso por Rumania, previa presión al Gobierno de aquel país.

Durante años ha habido en Europa dos políticas simultáneas en relación con Rusia, incluso Alemania formaba parte de esas dos políticas. Por un lado, se tejía una fuerte alianza económica con el poder ruso mediante las importaciones masivas de gas y el diseño de grandes gasoductos, y por el otro se ofrecía a Ucrania formar parte de la OTAN. Por un lado, se construía un puente económico descomunal y, por el otro, se trabajaba para avanzar las líneas de la OTAN hacia el Cáucaso (Georgia) y en dirección a las tierras del Don. Alemania y Francia fomentando los lazos comerciales, sobre todo Alemania; el Reino Unido, Polonia y las repúblicas bálticas trabajando en dirección contraria, bajo la guía de Estados Unidos.

Putin estudia esa contradicción y comete un error, después de haber recuperado Crimea sin dificultades, invade Ucrania creyendo que provocará la huida del Gobierno y podrá instalar un régimen prorruso en Kiev. Cree que Alemania no puede prescindir del gas ruso después de haber cerrado las centrales nucleares y posiblemente piensa que la Unión Europea tendrá una reacción contenida. Se equivoca: el ejército ucraniano, entrenado por los británicos, resiste. Los británicos han tenido un importante papel en la crisis ucraniana. Británicos y

polacos, una vieja alianza que nos remite a la Segunda Guerra Mundial. Los británicos nunca han aceptado un nuevo «imperio alemán» en Europa, ni que sea bajo las siglas amables de la Unión Europea. Putin cometió un error y ese error ya se ha cobrado más de un millón de bajas. Los rusos seguían creyendo que la acumulación de carros de combate es decisiva. Entraron con los tanques en Budapest en 1956, entraron con los tanques en Praga en 1968, y querían entrar con los tanques en Kiev en 2022. Y no les funcionó. Aún nos falta saber muchas cosas sobre los desencadenantes de la guerra de Ucrania. Tendremos sorpresas. Es necesario saber a ciencia cierta quién hizo estallar los gasoductos Nord Stream. La pista principal apunta a los servicios especiales del ejército ucraniano con apoyo polaco y británico. ¿Sin que Estados Unidos lo supiese? Es difícil de creer. Los alemanes lo están investigando con una gran prudencia mediática. En España ya tendríamos en marcha seis teorías de la conspiración. Es interesante ver cómo los alemanes acotan los delirios cuando se trata de su seguridad nacional. Alemania no podía hacer otra cosa que apoyar a Ucrania. Una buena parte de su población así lo pedía, especialmente en la Alemania Occidental, y se lo exigían los polacos y los bálticos. El país más importante de la Unión no podía mirar hacia otro lado. Alemania no podía ausentarse y lo está pagando caro. Después de la invasión, vino la crisis del gas, la inflación, la victoria de Giorgia Meloni en Italia, el movimiento al alza de las derechas nacional-populistas en Suecia, en Finlandia, en Austria, el intento de rebelión de la brigada Wagner en Rusia, el revolcón de la izquierda española en las elecciones locales de mayo de 2023, la reacción agónica de Pedro Sánchez y la torpeza de Alberto Núñez Feijóo en las elecciones legislativas de julio de 2023, la coagulación de las extremas derechas en las elecciones europeas de 2024, el error de Emmanuel Macron con la convocatoria relámpago de elecciones legislativas en Francia, para descolocar al Frente Nacional, la renuncia de Joe Biden a la reelección, las elecciones federales alemanas con la extrema derecha por encima del 20 %, la victoria de Donald Trump en Estados Unidos… y así hasta nuestros días.

Aquellos tanques rusos que cruzaron la frontera de Ucrania de madrugada cambiaron por error el rumbo de la historia. Esos tres

años han creado un mundo absolutamente descarnado, agresivo, defensivo, autoritario, obscenamente inmoral, sobrevolado por drones y con mil millones de abonados a las plataformas de inteligencia artificial. 2023-2025.

ESTEBAN: Alemania creyó que podía jugar una partida con dos barajas, pero vinieron a decirle, con el fin del Nord Stream, que no iba a ser exactamente así. No es la primera vez que ocurre. En mayo del 68, las manifestaciones obligaron a De Gaulle a regresar a Francia desde Rumanía. Estaba intentando tejer nuevos lazos en la era de la Guerra Fría. Quería extenderse hacia el este, estableciendo canales de cooperación y alianza con países comunistas que aspiraban a que su vínculo con Moscú fuera menos estrecho. Tenía en mente la Europa de los Estados, desde el Atlántico hacia los Urales, y para ese mapa, necesitaba que la influencia de Estados Unidos en un bloque y de la Unión Soviética en el otro fuera menor. Ese era un objetivo prioritario. De hecho, De Gaulle tardó varios días en volver, a pesar del cariz que estaba tomando el mayo del 68, porque entendía más relevante para el futuro de su país el fortalecimiento de esas alianzas. De Gaulle dimitió poco después y allí se acabó la aventura de la autonomía francesa.

Alemania también quiso trazar esas relaciones con el este por motivos diferentes. Las relaciones comerciales contribuirían a que los países dictatoriales giraran hacia la democracia y el liberalismo económico, por lo que su vínculo con Rusia cumplía con dos objetivos importantes, favorecer a la industria alemana y tener a Moscú vinculado con Occidente. Pero la partida no iba de eso, y se lo han hecho ver de manera cruel.

ENRIC: Creo que esta pugna empezó hace mucho tiempo. Estaba ahí y la veíamos poco.

Recuerdo una conversación con Javier Solana, ex secretario general de la OTAN, poco después de comenzar la guerra de Ucrania. Estaba muy preocupado por las armas nucleares. En un coloquio en Barcelona explicó algunos entresijos de la cumbre de la OTAN en Bucarest en 2008, en la que se planteó la posibilidad de una invitación

formal a Ucrania para un futuro ingreso en la OTAN. Fue una iniciativa de Estados Unidos, de la administración Bush Jr., que en aquel momento agotaba su segundo mandato. Los europeos no lograron frenar esa línea, pese a que Alemania, Francia, España e Italia discrepaban. Esos días recordé una conversación con un antiguo embajador de Francia en Madrid, en los albores de la crisis económica. Diría que fue en 2009, un año después de la cumbre de Bucarest. «Viene una crisis muy fuerte que provocará graves tensiones sociales y territoriales en Europa, solo tenemos una vía de salida a medio y largo plazo, construir una Europa más grande y establecer una sólida alianza económica con Rusia…», dijo el embajador. Hizo una pausa y añadió: «Y para ello quizá deberemos aceptar que Ucrania quede bajo la influencia rusa». No he olvidado aquella conversación.

ESTEBAN: Hay que recordar que, desde la Segunda Guerra Mundial, el papel de Estados Unidos en Europa ha sido doble, ya que mantenía a los aliados bajo su paraguas bélico frente a la URSS, pero también es la potencia que derriba lo que queda de los Imperios francés y británico. No solo era el aliado más fuerte, sino el que contenía la tentación de conseguir mayor poder por parte de los principales países del bloque occidental.

Esto lo cuenta muy bien Kissinger cuando, después del viaje de Nixon a Europa, toma conciencia de que los europeos se están alejando demasiado, de que ya no son socios tan fieles a la hora de seguir las aventuras estadounidenses en otras zonas del mundo, y de que el desarrollo económico e industrial europeo amenaza la economía americana. La constatación de ese hecho, junto con el crecimiento japonés, llevan a que Estados Unidos ponga fin a Bretton Woods y elimine la tasa fija de convertibilidad dólar-oro. El dólar se convirtió en la moneda fiduciaria global con el respaldo de la hegemonía económica y militar norteamericana. A partir de entonces, y más con la llegada de Reagan al poder y la creación del neoliberalismo, Estados Unidos inicia una nueva época de desarrollo económico que ya no está ligada a lo productivo, sino a lo financiero,

y que le permite mantener a los aliados mucho más cerca, porque los vuelve más dependientes.

En nuestro tiempo se ha dado una vuelta de tuerca más. A pesar de las críticas que J. D. Vance ha hecho a Europa y de la animadversión de la administración Trump hacia nuestro continente, lo cierto es que Estados Unidos no se marcha de aquí, sino que quiere estar presente de otro modo. Lo que ha exigido es una vinculación mayor de Europa con los proyectos de Washington, ya sea mediante un mayor gasto en la industria militar, lo que repercute favorablemente en las empresas norteamericanas, una apertura mayor de los mercados europeos a sus productos, menores límites regulatorios a sus empresas tecnológicas y financieras y la aportación de una cuota para la recuperación de Estados Unidos a través de los aranceles. Se trata de fortalecer el poder de Washington.

ENRIC: Hay datos para pensar que el nuevo horizonte de Estados Unidos es un pacto con Rusia: paz victoriosa para Rusia en Ucrania. Paz victoriosa en Ucrania y reparto del Ártico entre Rusia y Estados Unidos. Intentar separar a Rusia de China, cuando menos, evitar una posible implosión del poder ruso, que pudiese ser aprovechado por China para acceder con fuerza al Ártico. El Ártico es hoy clave. El deshielo está creando un nuevo océano navegable, con un subsuelo riquísimo en materias primas. Como te comentaba antes, se calcula que las riquezas escondidas en el Ártico podrían valorarse en miles de millones de dólares. Pacto Estados Unidos-Rusia, avance de la influencia rusa en el Este de Europa, contención de China… ¿Y Alemania cómo supera esta nueva dinámica? Alemania necesita el comercio con China, necesitaría volver a comprar gas de Rusia, y necesita mantener un hinterland en el este de Europa. Y la extrema derecha puede ganar las elecciones presidenciales francesas. No debe extrañarnos que Alemania siga pendiente de la península ibérica. El viaje a España del presidente federal Frank-Walter Steinmeier en noviembre de 2025 para pedir perdón por el bombardeo de Gernika, dos semanas después del 50.º aniversario de la muerte del general Franco, te aseguro que no fue casual…

ESTEBAN: Alemania necesita una solución de urgencia a corto plazo, pero también un proyecto a medio plazo. Y no lo tiene. Por volver al inevitable punto de partida, esta es una época geopolítica, lo que implica que, quien quiera contar con buenas bazas, deberá disponer de fortalezas propias. Alemania carece de ellas, o de buena parte de ellas. Pero, además, tiene que optar entre ser el motor de una mayor integración europea o la punta de lanza de su disgregación. La decisión alemana será crucial para la Unión Europea.

En cierto sentido, esta época me recuerda algunos de los dilemas que tenían los Estados en la época poscolonial, ya que eran conscientes de que su fortaleza real radicaba en la unidad. Nasser y Egipto quisieron impulsar el panarabismo y surgió el panafricanismo y su pretensión de una federación africana; incluso en Latinoamérica se han buscado alianzas regionales con el objetivo de conseguir mayor autonomía para la región. Lo cierto es que nada de aquello funcionó, sobre todo por la falta de acuerdo de los diferentes Estados, pero también por la presión y la intervención de las potencias internacionales. La situación europea es peculiar, puesto que ya está unida, pero solo parcialmente. No posee unidad política, tampoco de mercados y de capitales, tampoco en la defensa y política exterior. Es una construcción tejida alrededor de una moneda, de un banco central y de una idea liberal de la economía. Esa posición a medio camino de cualquier parte es ahora un problema. Como razonaban los teóricos de la época postcolonial, es evidente que la capacidad de influencia es mucho más efectiva cuando se cuenta con el poder que otorga la unión de Estados. Pero eso conlleva que Europa dé pasos significativos hacia su integración. Supondría también una inversión económica significativa que apostase por fortalecer el mercado interno europeo, por recuperar industria y por desarrollarse en áreas clave. Pero, como en la época postcolonial, la falta de acuerdo entre los Estados sugiere que vamos a dirigirnos, más bien, hacia una paulatina deconstrucción de las instituciones europeas, de modo que las capitales tengan mayor poder de decisión.

Aquí es donde está el problema de fondo. Por supuesto, podemos ver distintas variaciones de estas dos posibilidades, y puede aparecer la Europa de dos velocidades o la fragmentación en distintos bloques.

Pero la pregunta importante, que debe resolverse ahora, es si hay voluntad de mantener Europa unida, lo que no puede hacerse más que profundizando en ella y dotándola de una estructura y una dirección más firme, o si se prefiere que cada Estado recupere soberanía. Alemania está en el centro de esa decisión.

LA AUTORIDAD DE ESTADOS UNIDOS. EL AUTORITARISMO Y LA TECNOLOGÍA

ENRIC: Quisiera preguntarte una cosa, Esteban: ¿Crees que Estados Unidos se encamina al fascismo?

ESTEBAN: Para responder a esta pregunta hay que valorar antes los condicionantes de la época. La respuesta inmediata sería afirmativa, en la medida en que Estados Unidos ha entrado en un momento imperial, y en esa coyuntura lo que suele hacer falta es un emperador. En una situación de competencia insistente entre grandes potencias, los líderes funcionales son los fuertes, y los fuertes suelen ser autoritarios. Hay que tomar decisiones, a veces rupturistas y con carácter de urgencia, por lo que los contrapesos institucionales y las dificultades y demoras que producen las democracias a la hora de tomar decisiones lleva a percibirlas como poco eficientes. Esta tendencia es evidente en muchos de los países del mundo que tienen influencia internacional, como China, Rusia, India, etc. Dentro de la esfera europea y occidental, también existe un deslizamiento hacia gobiernos más ejecutivos, ya sea porque el reparto de fuerzas parlamentario deja poco margen de acción, ya porque los presidentes optan por utilizar mecanismos legales que les permiten evitar las dilaciones y los inconvenientes de la vía parlamentaria. En un país con poderes presidenciales fuertes, como es Estados Unidos, esa tendencia se ha incrementado en los últimos años, y más con el segundo Trump. Con una particularidad significativa: en otros tiempos, caso del siglo XIX, cuando el sistema se debilitaba y hacía falta una mano rígida al frente del gobierno, se recurría a los militares. Hoy, en Occidente, las

figuras de referencia son los hombres de negocios. Estados Unidos tiene a Trump, pero Alemania a Merz, que trabajó para BlackRock.

Tampoco puede obviarse que el humor social es cada vez más antisistema, en el sentido de que el descrédito de los políticos y de la política es grande. Hay una parte de ciudadanos que ya no vota, y otra vota en negativo, contra una opción, mucho más que a favor de un proyecto. En el instante en que se percibe la política como un problema mucho más que como una solución, es fácil que aparezcan líderes que prometan salir del mal momento por la vía rápida, aunque eso suponga debilitar los contrapesos institucionales. Lo curioso, ahondando en el vínculo entre economía y política, es que esos líderes, en Occidente, son los que prometen gestionar el Estado desde parámetros empresariales. Son los modos más eficientes, los que dan de verdad resultados, y no los que se ven limitados por toda la burocracia y el ruido que la política trae consigo: es hora de acabar con las cortapisas que impiden avanzar. Eso es Trump, pero hay un conjunto de mandatarios que sigue ese camino, desde Díaz Ayuso hasta Milei, pasando por la mayoría de los líderes de la derecha actuales. Esta absorción de los modos de gestión empresariales por parte de la política y de los Estados ha estado muy presente en la gestión pública de los últimos años, pero se está acelerando. Es lo que hace más probable que existan en el futuro cercano regímenes iliberales de mercado.

Es conveniente, por tanto, poner más el foco en la interrelación entre política, autoritarismo y economía. Las últimas décadas han sido expresas a este respecto. Las opciones ideológicas dominantes abogaron por restringir el poder de los Estados, tanto a través de la desconcentración y descentralización de sus competencias como por el reforzamiento de las instituciones internacionales. Pero, al mismo tiempo, se produjo una concentración estructural del poder privado. Es una gran contradicción ideológica, porque el liberalismo tiene como objetivo impedir que el poder sea demasiado grande, ya que el tamaño le lleva de por sí a convertirse en opresivo y, sin embargo, ha sido el liberalismo el que ha apoyado de manera insistente el aumento del poder privado.

Las empresas de la economía productiva, por efecto de las fusiones y adquisiciones y por la dimensión global de la economía, tendieron a concentrarse. Las firmas grandes se hicieron más grandes. Menos personas tomaban más decisiones. En segunda instancia, y dado que el propósito esencial de las compañías era aumentar la retribución a los accionistas, se generó un gran caudal de capital que no fue a parar al consumo o a la inversión productiva, sino que se destinó al ámbito financiero, lo que multiplicó la importancia de las bolsas y del *shadow banking*. Y, por si fuera poco, los capitales mundiales optaron por Wall Street o por la City como lugar de refugio y de obtención de beneficios. Este conjunto de factores ha provocado que empresas y actores privados hayan concentrado cada vez más recursos y, en consecuencia, más influencia política y económica. El desarrollo tecnológico, las dimensiones de las *big tech* y el creciente peso de las firmas dedicadas a la IA van en la dirección de hacer ese poder aún más grande y más presente.

Esto es relevante porque, históricamente, una vez que pocas personas acumulan un gran poder de decisión, los regímenes políticos suelen girar hacia la oligarquía o hacia el autoritarismo. Un ejemplo es el de los años treinta del siglo pasado en Alemania. Como subrayó Franz Neumann, la concentración de poder privado derivó, casi necesariamente, en la concentración del poder público. Una vez que las bases están puestas, ese deslizamiento de las estructuras económicas hacia el ámbito político es muy difícil de evitar. Concentración de poder significa concentración de poder: la tentación de supeditar por completo las instituciones está muy presente. El capitalismo y la democracia no siempre han estado unidos y tampoco tiene por qué ser así ahora.

Cuando Giuliano da Empoli publicó *El mago del Kremlin*, un recorrido por las distintas etapas de la Rusia de Putin ahora adaptado al cine, se insistió en ese aliento dictatorial de época que se encarnaba en los hombres fuertes. Pero da Empoli decía algo más perturbador. El libro se iniciaba y terminaba con una referencia a *Nosotros*, de Yevgueni Zamiatin, una obra distópica firmada en los años veinte soviéticos. Lanzaba una alerta para el mundo occidental, ya que los instrumentos tecnológicos precisos para un control masivo de las

sociedades ya existen. China los utiliza. Estados Unidos también. La mezcla de concentración de poder y de control de la población a través de la tecnología no es un riesgo futuro, está presente. Es una tentación que suele ser difícil de resistir para el poder.

Sin embargo, esta corriente no es inevitable, y bien podría decirse, si regresamos a la historia, que tampoco es funcional. Al inicio de la conversación he insistido en Franklin D. Roosevelt porque aportó una lección importante. Se suele poner el acento en las políticas keynesianas, pero lo relevante de su acción, su centro, fue que consiguió doblegar al poder privado que había dominado su país durante la década de 1920. Puso al capital financiero a trabajar a favor de la economía productiva, lo que implicó supeditarlo a las necesidades nacionales y redirigirlo hacia el equilibrio entre capital y trabajo. Esa es una tarea que, con nuevas formas, está por realizar en nuestras sociedades. Esa es la mejor manera de que la democracia perdure. Sin ella, la pendiente hacia el autoritarismo se irá haciendo cada vez más pronunciada porque las condiciones estructurales están dadas.

ENRIC: He estado leyendo el último libro de Giuliano da Empoli, *La hora de los depredadores*. Ambos conocemos al autor, hemos estado hablando con él durante los últimos meses en Madrid. Es un politólogo italiano que conoce muy bien el mundo de los *spin-doctors*, porque ejerció ese papel durante los Gobiernos de Romano Prodi y Matteo Renzi. En ese libro explica bien las dos campañas electorales de Barack Obama. La segunda campaña de Obama la salvan los grandes empresarios de la tecnología. La interacción política-alta tecnología la inician los demócratas. La segunda campaña de Obama la salvan los tecnólogos, que le mapean el electorado, saben quiénes son todos los electores del Partido Demócrata y segmentan los mensajes. Ya no es la magia retórica, la gran oratoria, del primer Obama, que acaba perdiendo dos o tres millones de electores, pero que centra muy bien los mensajes y consigue aprovechar bien los datos; en cada estado sabe qué es lo que hay que defender y cómo salvar la elección. O sea que los tecnólogos le ayudan a hacer una segunda reelección muy estratégica. Pero en las presidenciales de

2024, los tecnólogos se pasan al otro lado y ahora son los grandes aliados de Donald Trump, que les promete un mundo sin reglas…

ESTEBAN: El problema de la tecnología, desde mi punto de vista, va mucho más allá de la posibilidad de interferencia electoral o de la influencia sobre el humor político de una sociedad. La tecnología implica capacidad de control, llevada a cabo desde una perspectiva notablemente reduccionista y, por tanto, autoritaria. Los tecnólogos, los que están al frente de este nuevo instrumento, son personas que imaginan procesos cristalinos. Construyen desde un sistema en el que todo es lógico, en el que un paso lleva necesariamente a otro: si A, entonces B, y si B, entonces C. Pero esa no es la vida cotidiana, que está construida con las imperfecciones, las ambigüedades y las inconsistencias del ser humano, pero también con su genialidad, sus intuiciones poderosas y su capacidad de empatía y sacrificio.

Para los tecnólogos, esa segunda parte es prescindible. Lo suyo es un mundo transparente cuyas constantes entienden como plenamente accesibles a partir del tratamiento de un gran número de datos, y en el que lo humano es mucho más una interferencia que una ventaja. Edifican un entorno en el que el papel de las personas es adaptarse al plan. De hecho, buena parte de la propaganda tecnológica se construye poniendo de relieve las imperfecciones humanas: un sistema algorítmico diagnosticará mejor que un médico, dictará sentencias más justas que un juez o conducirá un automóvil con mucho menos riesgo. La IA aparece como un horizonte en el que al fin nos podremos librar de las imperfecciones de lo humano.

Su forma de ver el mundo recuerda a esa organización científica del trabajo que promovió Frederick W. Taylor. El taylorismo tenía una visión muy mecanicista que no dejaba nada al azar, y menos aún a la iniciativa individual. Era una forma de maquinización del ser humano. Esa visión está en la mente de los tecnólogos. Con la aparición de los sistemas telemáticos y con la automatización que se ha desarrollado en las dos últimas décadas, la tecnología ha servido fundamentalmente para diseñar procesos a los que las personas se han tenido que adaptar, bajo la promesa de que se conseguiría más eficiencia, productividad y rentabilidad. Cuando las cosas no

funcionaban, la explicación afirmaba que la solución pasaba por emplear más tecnología. La IA ahonda en ese camino, ahora con la promesa de aprovechar las inmensas posibilidades del futuro, que ya no estarán limitadas por las perturbaciones de lo humano. Obviamente, la política es muy humana, por lo que no deja de ser un problema para los tecnólogos: incluso insinúan que un gobierno dirigido por sistemas algorítmicos sería mucho más útil para todos. Lo que quiero subrayar con esto es que no solamente estamos viendo cómo la tecnología altera el debate público, sino que su mirada sobre el mundo conduce a la pérdida de iniciativa y de autonomía de las personas y, con ella, a la desaparición de cualquier forma de humanismo. Está en juego algo existencial.

ENRIC: Lo que estás planteando es muy angustiante.

ESTEBAN: Es en lo que estamos. Por ejemplo, los ciudadanos chinos pueden restar importancia, o ignorar, entornos muy vigilados a través de la tecnología, porque su vida económica ha mejorado mucho…

ENRIC: Están secularmente acostumbrados a la disciplina…

ESTEBAN: Sí, pero nosotros venimos de un lugar muy distinto, en el que hay más bienestar, más derechos sociales, más libertad, y ese tipo de control social nos incomoda sobremanera.

ENRIC: Volvamos a la religión. Nosotros venimos de una religión que nos dice que el hombre está hecho a imagen y semejanza de Dios. No somos súbditos del Señor del Cielo. Debemos seguir los mandamientos de la ley de Dios, pero disponemos de libre albedrío…, para el bien y para el mal. El programa de la libertad. La ilusión de la libertad, quizás.

ESTEBAN: Y hay algo muy relevante, puedes llegar a la redención. Es decir, son tus actos los que deciden si te salvarás o no. Incluso después de haber pecado, puedes redimirte. No es el entorno protestante donde todo está decidido de antemano. Desde el punto de vista

católico, son los actos del ser humano los que deciden su salvación. Eso es muy distinto del seguimiento mecánico de un plan divino, que es lo que, en el fondo, están promoviendo los dirigentes tecnológicos.

ENRIC: Estamos ante una gran contradicción. El desarrollo tecnológico, en los términos que ahora está planteado, conlleva necesariamente una disciplina del cuerpo social extraordinaria. Ya lo estamos captando. Ya se ve venir. Los programas disciplinarios se están poniendo en marcha. Y eso entrará en contradicción con el programa cristiano-humanista. O se impone el programa humanista o se impone la disciplina de la máquina.

ESTEBAN: La IA puede ser un instrumento al servicio de lo humano, o puede consistir en la supeditación de lo humano a la máquina. La mentalidad de los tecnólogos, de las personas que están al frente de esta transformación productiva, es la segunda.

ENRIC: Estamos ante algo muy distinto a las anteriores fases de innovación del capitalismo, en las que el talento individual tenía un importante papel y era objeto de exaltación. Ahora esto está cambiando. El talento individual debe someterse ahora a una nueva disciplina, a una organicidad intensa: debe fundirse con la máquina. La máquina toma el poder con una voracidad extraordinaria…

ESTEBAN: Cuando hablamos de autoritarismo y de fascismo, también lo hacemos de ese sacrificio de la personalidad en favor de estructuras jerarquizadas y muy rígidas que no dejan caminos a la iniciativa individual. Por eso creo que es importante pensar no solo en cómo los líderes políticos pueden tomar sendas autoritarias, sino en cómo las mismas estructuras de mercado contemporáneas, y las estructuras que está dibujando la tecnología, se dirigen hacia espacios donde las personas dependeremos de marcos muy estrechos. Es curioso que en Estados Unidos haya una serie de pensadores ligados a la nueva derecha que han percibido de manera diáfana este asunto, y ven con muy malos ojos la concentración de poder económico y con muy poca simpatía a los tecnólogos. Apoyan a Trump, pero no a los amigos que

Trump tiene en Silicon Valley. Forman parte de esa derecha que demanda mejores trabajos y valores más ligados a la tradición, y los tecnólogos no pueden darles ni lo uno ni lo otro. Son conservadores en el viejo sentido de la palabra y han abierto una brecha en el trumpismo que es lógico que exista. Al otro lado del espectro político, en la izquierda, se sigue considerando la tecnología como algo inevitable e imprescindible y como una señal de progreso, y se pone mucho menos el acento en sus aspectos oscuros, salvo en lo que se refiere a la manipulación de los debates en la esfera pública y en la influencia perniciosa en las redes por parte de los tecnólogos.

La tecnología tiene un lado negativo y la IA puede acentuarlo. Tendemos a pensar en ella como un instrumento útil que facilita muchos trabajos, que ahorra tiempo y que puede llevarnos a lugares mucho más avanzados. Sería absurdo no utilizar un nuevo instrumento cuando es útil, no hay rechazo tecnológico por mi parte. Pero conviene resaltar que no todo va en una buena dirección.

Los sistemas de automatización y de control de procesos que se han puesto en marcha hasta ahora, y a los que la IA pretende dotar de mucha más potencia, han tenido contrapartidas negativas. Por ejemplo, han convertido las profesiones en algo muy burocrático. Hay una carga adicional de trabajo, a veces muy significativa, que consiste en justificar la tarea que se ha hecho o en adaptar la parte administrativa a sistemas informáticos absurdamente exigentes. También ha provocado un empobrecimiento de las tareas. Piensa en nuestra profesión: cada vez hay más empleados dedicados a los sistemas de medición y a adivinar cómo alguna de nuestras noticias puede entrar en ese canal de difusión masiva que Google tiene a través de los teléfonos móviles. Tenemos gente en los periódicos escribiendo, no para los lectores, sino para que el algoritmo de Google escoja sus noticias y las introduzca en su sistema de distribución. Parece estúpido, pero esto es lo que ha pasado en los últimos años.

Además, los algoritmos tienden a apagar la innovación, no a promoverla. Durante la época fordista, en las grandes cadenas de montaje, con los tiempos medidos y la producción en serie, había mucha innovación que provenía de los obreros: descubrían que si hacían A en lugar de C ahorraban tiempo que podían emplear en

descansar o en fumar un cigarro. Es decir, incluso en entornos tan medidos como la cadena de montaje, la inventiva humana encontraba vías para la innovación. Ahora esa innovación queda sofocada, porque el sistema informático es lo suficientemente rígido como para apartar todo lo que no encaja en él. Y esto plantea dilemas muy serios respecto del futuro. Un ejemplo es la aplicación de la IA a la medicina. Se espera que esos sistemas organizados a través de enormes bases de datos y algoritmos afinados sean los que diagnostiquen, ya que su margen de error será, afirman, menor que el de los médicos. Pero esto produce incentivos perversos. Imagina que, ante un paciente concreto, el médico de un hospital duda de que el diagnóstico de la IA sea el correcto. Al fin y al cabo, cada cuerpo es un mundo y reacciona de maneras distintas a la misma enfermedad y a los mismos tratamientos. El médico puede creer que la enfermedad que aqueja al paciente es diferente de la que la IA le sugiere, o que el tratamiento que prescribe no es el más conveniente. Entonces se enfrentará a un dilema. Si decide hacer caso omiso de la IA, se arriesga a que, si el tratamiento no hace efecto, el paciente lo denuncie por error médico. Si ratifica lo que la IA dice, aunque el tratamiento no funcione, no habrá demanda, porque hizo lo que el protocolo le sugería. Tendrá cubiertas las espaldas. Es muy probable que los médicos se sometan a la IA, en lugar de utilizarla como un instrumento más. No es una anticipación imaginaria: está ocurriendo ya en los hospitales con los protocolos, de modo que la IA no hará más que acelerar eso que ya sucede.

Hoy, toda la retórica sobre la innovación en la esfera empresarial es una nota de color con la que se tapa un entorno gris. La concentración de poder y de recursos en la tecnología lleva a que la gran mayoría de startups tengan como propósito ser adquiridas por las grandes empresas del sector y no buscar mejores soluciones y productos. Es un proceso mucho más especulativo, poner en marcha una iniciativa para venderla tiempo después, que productivo. La escasa innovación en la esfera tecnológica occidental de los últimos años proviene de esta causa. Solo en contextos donde la urgencia ha obligado a innovar de verdad, como ha ocurrido en el frente bélico en la guerra de Ucrania, hemos visto novedades.

Por si fuera poco, la tecnología plantea dificultades imposibles de soslayar en cuanto al número de empleos disponibles y a la reducción de estos, pero también ha penetrado en muchas áreas de nuestra existencia y construye muchas de nuestras elecciones (desde la música que escuchamos y las películas que vemos, con las recomendaciones de los algoritmos, hasta las compras que hacemos y la información que recibimos). Y, además, si en algo es buena la tecnología es en la vigilancia. No le damos mucha importancia, pero la cantidad de datos sobre cualquiera de nosotros que acumulan las empresas de tecnología, y por tanto, todo lo que saben de nuestra intimidad, nos parecería intolerable si estuviera en manos del Estado.

En realidad, mientras debatimos sobre el alcance que tendrá la IA, pensamos cómo adaptarnos a los grandes aumentos de productividad que provocará y discutimos acerca de qué tipo de instituciones serán las más adecuadas para manejar los cambios, nos olvidamos de las disfunciones que ya está causando. El futuro está tapando el presente. Insisto, la tecnología es útil y debemos contar con ella, pero eso no debe evitar una reflexión profunda sobre sus consecuencias negativas y sobre cuál debe ser su utilización adecuada. Hoy, la tecnología en Occidente está en manos de pocas empresas, cuyos algoritmos no son transparentes; nos conduce hacia un entorno en el que muchas personas sobrarán, y en el que se primará, como ya ocurre, la aceptación y la obediencia respecto de los protocolos establecidos. Se está despidiendo gente a causa de la IA antes de que la IA se haya implantado. Y, además, se está construyendo el futuro desde una visión para la que el ser humano es el problema y el algoritmo la solución. Podría ser de otra manera, pero está siendo de esta. De modo que haríamos bien en reflexionar antes de venerar a la IA.

LAS NUEVAS ROMAS. LOS MISTERIOS DE LA ÉPOCA

ENRIC: Creo que las protestas de otoño respecto a Gaza expresan algo de esto. Es curioso ver cómo las movilizaciones sociales en España, por ejemplo, y en Europa, tienen como desencadenante acontecimientos en Oriente Medio. El centro telúrico del mundo sigue

estando en Oriente Medio. Cuando se produce la invasión de Rusia, no hubo una manifestación masiva ante la embajada de Rusia en Madrid. Hubo una. Yo asistí. No siento ninguna simpatía por el autoritarismo ruso. Éramos doscientos, a todo sumar. Oye, acababan de invadir un país. Budapest, Praga, Kiev, ¿no? Doscientos. Ante la invasión de Irak por parte de Estados Unidos se manifestaron centenares de miles de personas. También estuve en una de esas manifestaciones, en Barcelona, que no eran manifestaciones de apoyo a Saddam Hussein.

Creo que mucha gente que acudió a aquellas manifestaciones contra la guerra de Irak no sabría ubicar muy bien ese país en el mapa. No importa, porque el motivo real de su protesta era otro. ¿Qué movilizaba a la gente? Fue una movilización de clases medias que veían en peligro los años de tranquilidad posteriores a la caída del muro de Berlín y los equilibrios sociales bañados en España por quince años de crecimiento económico ininterrumpido. El célebre «España va bien», de José María Aznar. El mundo feliz de Barcelona 92, por decirlo de una manera muy escueta, corría el peligro de evaporarse. Y se evaporó. «Las manifestaciones de Barcelona no decidirán nuestra política», dijo Bush padre, y muchísimos barceloneses sacaron pecho… Aquello era también una reverberación de los Juegos Olímpicos. Tenían la sensación de estar sorprendiendo al mundo… En las elecciones municipales de 2004 a Joan Clos no se le ocurrió otra cosa que poner el siguiente eslogan en los carteles socialistas: «*Barcelona, la millor ciutat del món*». Y retrocedió. El *procés* fue hijo de ese estado anímico. Hubo olimpismo en el *procés*: las grandes manifestaciones con camisetas de colores reproducían la liturgia olímpica. En Madrid algunos escribieron que eran manifestaciones norcoreanas. Ganas de insultar y de no entender nada. Esas manifestaciones eran reflejo de una movilización social sin precedentes en España y contenían ecos del 92, el deseo de ser grandes otra vez, ¿te suena? Una ilusión y una ensoñación. Los principales dirigentes del *procés* lo sabían, una parte de los manifestantes, no. Del interior de su desilusión nace Aliança Catalana.

Hay miedo al futuro. Y Gaza ha sido un catalizador de ese miedo. Lo acabas de describir muy bien: alguien nos está diciendo que sobra

gente. Se están poniendo en marcha mecanismos de selección de personal de nuevo tipo. Las matanzas de Gaza nos han dicho: el que sobra puede desaparecer, en el sentido más radical del término; si es necesario se bombardeará a domicilio con la ayuda de la inteligencia artificial. Sobrar. Desaparecer. Morir o reaparecer en un gulag en El Salvador. Y, en Europa, ser expulsados del segmento confortable de la realidad. Muchos jóvenes lo han pillado.

ESTEBAN: Gaza dice muchas cosas respecto de Occidente. La idea de «los que sobran» es difícilmente separable del regreso del mal ontológico. En Gaza es muy evidente. El gran problema para la paz en la región, afirma el Gobierno de Netanyahu, es la existencia de fuerzas que quieren acabar con Israel. No son colectivos que aspiren a tener un Estado propio, ni quieren la paz, ni buscan un futuro para su pueblo: su objetivo real es destruir Israel. Una vez que esta posición está instalada, es decir, una vez que está enfrente el mal radical, no queda otra opción que eliminar a quienes lo encarnan, porque solo combatiéndolos ferozmente se puede construir un porvenir pacífico. Esa es la esencia de la destrucción de Gaza, la que justificaba bombardear un hospital porque en ellos se refugiaba Hamás o la que permitía tantas otras cosas que hemos visto. Con el mal no se dialoga ni se discute, simplemente se le combate hasta destruirlo. No hay más remedio que ampliar el espacio vital como protección.

Hay un factor, no obstante, que diferencia las movilizaciones a favor de Palestina respecto de las motivadas por la invasión rusa. Ucrania fue invadida, existía un agresor, Rusia, y la mayoría de la población tenía clara cuál era su posición al respecto. Ahora quizás eso esté cambiando, pero no en el inicio de la guerra ni en los meses posteriores. Gaza ha sido diferente, no solo por la crudeza de lo que estaba ocurriendo allí, sino porque apelaba a sentimientos muy arraigados en el ser humano. Uno de ellos es, obviamente, ese sentido moral que se despierta ante los abusos, pero el otro apela a nuestra profunda incomodidad ante la falsedad. Cuando Estados Unidos presionó para invadir Irak, los españoles y los europeos reaccionaron poniéndose en contra para evitar una guerra que no entendían justificada, pero también como una rebelión ante el fraude. Las armas

de destrucción masiva eran una suerte de timo con el que pretendían engañarnos. La guerra en Irak era un sinsentido y no se podía hacer en nuestro nombre. Lo ocurrido en Gaza tiene puntos de conexión. La mayor parte de la población entendió razonable que Israel respondiera a la matanza del 7 de octubre, pero cuando fue avanzando la guerra, comenzó a percibir de manera clara que la respuesta era desproporcionada. Pero, además, las palabras y los argumentos que Israel, Estados Unidos y Alemania utilizaban para justificar esas acciones contradecían de manera radical las imágenes que veíamos todos los días. La reacción popular nació del rechazo moral a algo que se entendía intolerable, pero también desde la sensación de que algo fraudulento estaba pasando: ¿cómo era posible que las instituciones internacionales no hicieran nada y que los países más importantes no solo no reaccionaran, sino que justificaran esa inacción?

En España, es significativo lo que apuntas, que la reactivación de las energías progresistas que generaron las manifestaciones tuvo lugar desde un elemento moral apartado de la realidad nacional. Solo encontraron un punto en el que podían ponerse de acuerdo, Gaza.

ENRIC: Tardó en ocurrir. La inflación informativa de nuestra época produce capas de insensibilidad. Los humanos podemos hacernos cargo de las desgracias ajenas hasta un cierto punto. Hay un umbral. Por encima de ese umbral, los sensores empiezan a apagarse. En un mundo en el que muchísima gente se siente víctima de algo y se exhibe como víctima de algo, cuesta identificar a las grandes víctimas. La acumulación de las imágenes de destrucción en Gaza finalmente acabó perforando ese umbral.

ESTEBAN: Esa insensibilización es importante políticamente. Parecería que hoy solo se puede movilizar desde lo grave o desde la sensación de urgencia, no desde lo positivo, como si nos hubiéramos inmunizado a las cosas cotidianas y únicamente reaccionásemos cuando aparecen acontecimientos que nos sacuden. Esta, además, es la dinámica habitual española: los incendios, la Dana, Ábalos y Cerdán, etc. En este sentido, conviene resaltar algunos elementos relevantes de la victoria de Trump. La penetración del trumpismo entre los votantes

estadounidenses no se produjo solo por la oposición a las políticas *woke* o por los efectos de la inflación, sino por una campaña de los republicanos que reconocía problemas reales de su país y ofrecía un camino de salida. Era cierto que Washington estaba perdiendo hegemonía y también que muchos elementos estratégicos no estaban en manos de Estados Unidos, o solo lo estaban nominalmente, y que sus capacidades productivas eran más escasas de lo necesario. Su población estaba atrapada en trabajos de baja cualificación y bajo salario, y no se adivinaba cómo podrían acceder a un nivel de vida mejor. De manera que el trumpismo no solo atacó a las élites progresistas y prometió romper con una época, sino que articuló una visión con la que aseguraba que iban a solucionar los problemas cotidianos de los estadounidenses. Se puede argumentar que sus propuestas eran erróneas o que no arreglarán nada cuando se apliquen, pero eso es posterior a la campaña electoral. En ese instante, Estados Unidos quería un cambio y encontró a alguien que lo abanderaba.

Hay cierta debilidad progresista en este sentido. Las izquierdas aúnan voluntades cuando luchan desde elementos morales, como ocurrió con Gaza, y cuando se defienden, también en ese plano, de la teórica llegada de los autoritarismos, pero les cuesta articular un proyecto positivo de futuro. En buena medida, se han convertido en una fuerza que defiende lo existente. Sus propuestas consisten en ampliar derechos subjetivos, defender la sanidad y la educación públicas y apoyar la inmigración y las interconexiones globales. Pero ese es el mundo del que venimos, no en el que estamos, que precisa de algo más. En lugar de constatar este hecho y de poner en la mesa una propuesta para la nueva época, se ha enredado en una suerte de minusvaloración de los cambios, cuando no en la negación directa de lo que estaba ocurriendo: la globalización no estaba rota, sino que se estaba readaptando; si se arreglaba el problema de la vivienda, el nivel de vida volvería a ser bueno para todos, las distorsiones en el voto las causaban las mentiras de las redes. Dado que no han reconocido hasta qué punto han cambiado las cosas, no son capaces de proponer un programa pragmático de futuro. Pero ya no podemos quedarnos parados: lo señalamos antes con la Unión Europea y su dilema entre la

integración o la disolución. Del mismo modo, si el objetivo es conservar la democracia, hace falta mucho más que un lamento por la erosión de las instituciones que atribuyen a las fuerzas populistas: es necesario un programa positivo que afiance la cohesión social. Sin él, es fácil que la democracia sea percibida como un instrumento poco útil.

Pero Gaza también nos ha mostrado que estamos en un momento en que las cosas no permanecen estáticas. La reacción tardó en llegar, pero lo hizo. También en lugares centrales: Mamdani ganó en Nueva York con un tercio del voto de los judíos de la ciudad, que estaban en contra de Netanyahu. En Nueva York, Tel Aviv reaccionó contra Jerusalén. Los demócratas estadounidenses están pensando ya en nuevas posiciones contra Trump, pero en términos más propositivos. La derecha MAGA está oponiéndose a un *America First* que no les soluciona los problemas cotidianos. No menospreciemos el efecto profundamente deslegitimador que tiene entre sus filas el caso Epstein. Hay muchas piezas moviéndose todavía.

ENRIC: Estamos en una encrucijada en la que Estados Unidos ha abandonado sus viejas y eficaces estrategias de hegemonía cultural. Las ha archivado. La hegemonía cultural de Estados Unidos se construye con el cine. Un horizonte próspero, en el que el hogar es confortable, las cosas están en su sitio, la justicia acaba imponiéndose y los malos no triunfan. Siempre he creído que el punto álgido de la hegemonía cultural norteamericana se produce con el caso Watergate. Es el gran momento estelar. ¿Por qué? Pues porque te están diciendo que la democracia liberal norteamericana es capaz de expulsar a un presidente que ha mentido. Nixon ha espiado a sus rivales y ha mentido. Debe irse. ¿Qué había al otro lado del llamado Telón de Acero? Leonid Brézhnev y toda la gerontocracia soviética. Un mundo gélido y oscuro que seis años atrás había enviado los tanques a Praga contra los jóvenes checos. Victoria por goleada. Todos los periodistas jóvenes de la época querían descubrir un Watergate en su ciudad. El abismo que nos separa de aquella época es brutal. Un periódico de propiedad familiar logra demostrar que el presidente ha mentido y el presidente se va río abajo. Hoy ese periódico es propiedad de Jeff

Bezos, el magnate de Amazon, y el presidente de Estados Unidos miente casi a diario, mejor dicho, está construyendo una nueva cultura política en la que verdad y mentira dejan de ser conceptos válidos. Nixon anticipó ese momento: «La culpa es de los periodistas y de los profesores», dijo antes de dimitir. De alguna manera, desde el más allá, Nixon se está vengando a través de Trump.

¿Te acuerdas de la película *Vacaciones en Roma*? Aquel momento norteamericano en Europa, promesa de felicidad a unos pobres desgraciados que aún no se habrían sobrepuesto de la miseria de la posguerra.

ESTEBAN: Sus *Vacaciones en Roma* son el desarrollo tecnológico a una escala…

ENRIC: … la inteligencia artificial.

ESTEBAN: Sí, a gran escala.

ENRIC: Sí. Un programa que hoy genera más inquietud que esperanza…

ESTEBAN: Al margen de que probablemente no sea pragmático y fracase, por aspectos que ya hemos comentado. Pero es fácil sentirse atraído por una visión que promete un futuro brillante a Estados Unidos gracias a la IA y a una posición en el mundo que le beneficie mucho más. Ambos elementos permiten que sus ciudadanos piensen que pueden abandonar las aventuras exteriores y dedicarse a arreglar su país.

ENRIC: Vayamos a lo nuestro.

ESTEBAN: Sí, pero no es tan fácil. Cada demostración de fuerza estadounidense en los últimos setenta años ha resultado fallida. Incluso sus victorias se convirtieron en décadas posteriores de inestabilidad, como en Afganistán, Irak, etc. Ahora estamos en uno de esos instantes en que Estados Unidos recupera poder y solidifica su

influencia en áreas como Oriente Medio o Latinoamérica. Pero, como suele decirse, las rentabilidades presentes no aseguran las futuras. Desde mi punto de vista, el gran asunto occidental se juega dentro de Estados Unidos. La capacidad que tenga Washington de resolver sus problemas internos y la manera en que lo haga será muy relevante para el país, pero también para los socios. Si un imperio no trata bien a sus ciudadanos, poco pueden esperar los ciudadanos de otros Estados. El fin de la Segunda Guerra Mundial mostró esa correspondencia: el New Deal en Estados Unidos llevó al estado del bienestar europeo, con la inestimable colaboración de la Unión Soviética. La caída de esta llevó a la globalización y al aumento de la desigualdad social y territorial. Está por ver cuál será el efecto que provoque finalmente el fin de la era global y la entrada en la era imperial, tanto en términos interiores en Estados Unidos como en la relación con los socios occidentales.

ENRIC: La pregunta es si todo esto se puede resolver sin guerra. Sin guerra ya no se está resolviendo, porque hay guerra. Hay guerras. Me estoy refiriendo a guerras de mayor escala.

ESTEBAN: Bueno, la guerra fría con China está ahí ya, en el horizonte. ¿Hasta qué punto puede derivar en un conflicto abierto entre uno y otro en el futuro? Ya veremos, pero será complicado que no existan más confrontaciones bélicas o intervenciones dentro de países en los próximos años. Hay demasiadas contradicciones en muchos países y lo suficientemente explícitas como para que no acaben derivando en choques, entre Estados o en el interior de ellos. La conversión en colonias de países como los europeos, con historia y cierta potencia siempre genera reacciones políticas. Los países del sur global no querrán vincularse muy decididamente a una de las dos esferas y buscarán cierta autonomía. Todo eso anticipa choques.

ENRIC: La guerra en Sudán, la guerra medio apagada en Congo, las guerras invisibles del Sahel, el conato de guerra entre Pakistán y Afganistán hace unos meses, gobiernos que se derrumban súbitamente como en Mozambique y Nepal, la captura de Nicolás Maduro en

Venezuela, la persistente amenaza de tomar Groenlandia a la brava y todo lo que habrá ocurrido cuando este libro esté ya en manos de los lectores.

ESTEBAN: Claro, examina Oriente Medio. ¿Qué tenemos? Desde el Mediterráneo y el canal de Suez hasta China, hay una sucesión de países aliados y enfrentados entre sí, Turquía, Pakistán, India, Arabia Saudí, Irán, Israel, y cuyas piezas se van moviendo conforme los tiempos cambian. De fondo, el poderío estadounidense y la capacidad de atracción de los BRICS, con China a la cabeza. Eso abre muchas opciones a nuevas alianzas y, por tanto, a que la reacción a esos desplazamientos sea violenta. Pero, por volver al inicio, la clave está en la respuesta que dé Estados Unidos a esta época. Estados Unidos es como la vieja Roma, lo que pasa allí repercute en todo.

ENRIC: Ya que hablas de Roma, fijémonos en el primer documento doctrinal del papa León XIV. Claro, colocar esto en medio de una descripción sobre el momento maquiavélico tienen sus problemas, porque inmediatamente surgiría la pregunta de Stalin: ¿con cuántas divisiones cuenta el Papa? ¿Cuántos drones tiene almacenados en la basílica de San Pedro? No, no tienen ninguno. Pero la pregunta sobre las divisiones del Papa quedó respondida en los años noventa del siglo pasado en Polonia, me parece. Quiero decir, los movimientos espirituales, las ideas, los códigos morales, tienen fuerza y pueden ganar fuerza en un mundo desordenado. Y ese primer documento de León XIV a mí me ha llamado mucho la atención, es un documento muy conceptual.

ESTEBAN: Leí a un católico estadounidense afirmar, con la llegada de León XIV, que teníamos a Juan Pablo II de nuevo aquí, pero ahora combatiendo a otra dictadura.

ENRIC: No me parece mal visto. ¿Cuál podría ser la derivada pragmática de una nueva doctrina social de la Iglesia? ¿Una cierta reaparición de la democracia cristiana?

ESTEBAN: Con pretensiones universalistas, como no puede ser de otra manera.

ENRIC: Sí, el último universalismo que queda en pie.

ESTEBAN: Sí, pero lo de la democracia cristiana es interesante porque, como señalábamos antes, para defender ideas universales se debe contar con poder local y, para conseguirlo, hay que construir una nueva opción política.

A gran escala, este es el instante del enfrentamiento entre dos tipos de sistemas: el capitalismo de Estado chino, que se orienta hacia el crecimiento nacional a través de la acción del Estado, y el capitalismo estadounidense, que pretende debilitar las estructuras estatales en el interior y afianzar su poder en el exterior. Mientras en el primero el poder político está por encima del económico, en Washington se apuesta por liberar el poder económico de las restricciones de lo político. Para Pekín, la redistribución y la justicia social dependen de la capacidad de crecimiento y desarrollo del país, que se logrará mediante la planificación estatal; para Washington, lo importante es el crecimiento liderado por el mercado. Ambas son formas de nacionalismo económico, y este no puede funcionar correctamente sin incluir elementos de justicia social que promuevan un cierto bienestar para la gran mayoría de su población. La doctrina social de la Iglesia encaja bastante bien, en tanto fundamento de la democracia cristiana, en este instante de nacionalismo económico. Esta es una opción que la Iglesia católica puede jugar.

ENRIC: Fíjate que hoy en Estados Unidos se están dibujando dos catolicismos. Esta es una de las razones por las que el cardenal Robert Francis Prevost fue elegido papa de la Iglesia de Roma en el cónclave de mayo de 2025. Hay un catolicismo que dice «aquí no sobra nadie», que es lo que expresa su primera exhortación apostólica. No podemos aceptar un modelo económico basado en la idea del descarte. Esto es lo que dice. Y hay otro catolicismo que busca garantizar la unidad nacional de Estados Unidos mediante la religión. Creo que el vicepresidente J. D. Vance ve el catolicismo como un factor de

coagulación nacional en tiempos de disgregación. Las iglesias protestantes se les han quedado pequeñas, están muy atomizadas, son demasiado locales. El catolicismo es más jerárquico y orgánico. ¿Sueñan con una Iglesia anglicana norteamericana, una iglesia muy vinculada al poder, que pueda romper con Roma en los próximos años? Creo que esta es la cuestión. Después de la elección de León XIV, Steve Bannon, el primer consejero de Trump, amenazó con un cisma. Bannon, que esencialmente es un publicista, un publicista agresivo, convertía las misas en latín en estandarte del movimiento MAGA. Las misas en latín. ¿Por qué les gustan las misas en latín? Porque son misteriosas, un rito en una lengua hoy incomprensible. Rito, misterio, jerarquía, orden. En los años sesenta del siglo pasado, con el Concilio Vaticano II, la Iglesia católica decidió ser menos misteriosa. Abrió las puertas, el sacerdote oficiaba de cara a los fieles, no de espaldas; las misas empezaron a ser celebradas en idioma vernáculo —gran momento de revitalización de la lengua catalana y del euskera—, los jóvenes tocaban la guitarra, y lo sagrado salió por debajo de la puerta de las iglesias para difuminarse en la sociedad en formato aerosol. El cristianismo de base, los Cristianos por el Socialismo, la política de compromiso histórico en Italia, la alianza de católicos y eurocomunistas en el tramo final del franquismo, la homilía del cardenal Vicente Enrique y Tarancón…

Y ahora Vance y sus amigos de las empresas tecnológicas dicen: «hemos de volver a ser misteriosos». Una tecnología misteriosa, regulada por algoritmos secretos para la gran mayoría de la población, y una religión de nuevo misteriosa. Sobre el misterio se edifica una nueva jerarquía.

ESTEBAN: Ahí confluyen las necesidades de las derechas trumpistas, que necesitan apoyarse, al menos parcialmente, en sectores religiosos y, por supuesto, en una suerte de religión de Estado, y el hecho de que la intelectualidad católica que ha surgido en Estados Unidos está muy vinculada al propósito de dar una vida digna al ser humano, y por lo tanto mucho más ligada a la doctrina de la justicia social de la Iglesia. J. D. Vance es el punto clave de todo este asunto, en la medida en que representa la nueva pujanza católica. Su idea del bien común, a la que

se adhieren los católicos que creen en el nacionalismo económico, apuesta por la teoría de los círculos concéntricos, que es rechazada por el Papa. La cuestión del otro, del que sobra en el territorio, aparece ahí de una manera muy clara. Insoslayable, desde el punto de vista nacionalista.

ENRIC: Fíjate en una de las primeras reacciones de Prevost: autorizar la celebración de una misa en latín en la basílica de San Pedro para neutralizar ese rito como bandera de oposición interna. Francisco tenía arranques fuertes, León XIV parece más contenido: escuchad misas en latín si os place, pero oponeros también a la política que quiere tratar a los inmigrantes como escoria humana. Me parece inteligente.

ESTEBAN: Pero no son solo los inmigrantes, la brecha que abre el catolicismo estadounidense es mayor, porque entronca con la que vive Trump con los MAGA. El presidente apostó por el «América primero» y por recuperar el nivel de vida de los estadounidenses comunes, y se le reclamará que cumpla con lo prometido. Es una situación complicada para las derechas. J. D. Vance entiende que una elevada población inmigrante desanima la innovación, ya que conforma un grupo de reserva de mano de obra barata que desincentiva el cambio tecnológico, y los empresarios no invertirán en industria robotizada hasta que esa mano de obra barata no desaparezca del país. Cuando eso ocurra, la relocalización de las fábricas permitirá crear buenos empleos y bien pagados para los estadounidenses, puesto que las tareas que antes hacían los inmigrantes las harán los robots. Vance quiere unir cambio tecnológico y expulsión de los inmigrantes. Pero lo curioso aquí es que la robotización hará prescindibles en primer lugar a los inmigrantes y después a una parte significativa de los nacionales. «Los que sobran» no se agota en las gentes nacidas en otro lugar. De modo que los círculos concéntricos de Vance y el «América primero» pueden llegar a convertirse en el círculo cerrado de «los ricos primero». Traigo este ejemplo a colación porque la derecha nacionalista del bien común contiene una visión opuesta a la derecha revolucionaria de los

tecnólogos, pero también a quienes convierten la religión en un instrumento al servicio de estos. Estos dilemas dentro del Partido Republicano y de la esfera conservadora occidental serán un elemento político importante.

ENRIC: Acabas de apuntar una cosa que me parece muy interesante. Las contradicciones en el seno del nuevo grupo dominante. Cuando les empiezan a hablar del tecno-futurismo, los MAGA, el partido de la gente corriente excitada, se ponen nerviosos…

ESTEBAN: Porque los primeros que desaparecen son ellos, claro.

ENRIC: Steve Bannon dice: «Nosotros lo que hemos hecho es reagrupar fuerzas, para que el puteado medio vuelva a sentirse dueño de su destino». Y ahora vienen los de Silicon Valley y les dicen que van a crear superhombres con chips en el cerebro: una nueva estirpe dominante. Lo dicen unos tipos que suelen presentar problemas de comunicación con sus semejantes. Los MAGA piden una nación basada en el hombre blanco que toma cervezas al atardecer con el pecho henchido de patriotismo, y los nuevos tecnólogos susurran que sobra gente, les están diciendo que va a sobrar personal y que piensan fabricar un nuevo linaje humano. Esta es la gran batalla que viene…

ESTEBAN: La capacidad del líder para alcanzar el poder a través de mecanismos democráticos presupone la habilidad para unir distintos intereses y a clases sociales diversas. Trump consiguió esa alianza. Pero es claro que, una vez en el gobierno, es difícil que no defraude a algunos de esos sectores, ya que les ha prometido cosas incompatibles. Su apuesta por la IA, por los recortes de impuestos y por políticas económicamente neoliberales en el interior del país no ha dejado aún ningún rastro de la reindustrialización y los precios siguen subiendo. Si la vida vuelve a encarecerse para el ciudadano común y no consigue ninguna compensación material que mejore sus condiciones de vida, es muy complicado que no se vuelvan en contra de Trump. Si se difunde una ideología que promueve la moralidad, la vida estable, la defensa de la familia y las condiciones dignas de vida, hay que tomar medidas

en consecuencia. Y es indudable que, con medidas económicamente neoliberales y con la IA ganando terreno, los valores que tomarán el centro de la escena estarán mucho menos anclados en el bien común.

ENRIC: Dinámicas de individualización extrema, destrucción de la vida en comunidad. Fábrica y familia iban unidas. Fábrica y familia iban unidas porque la familia era una pequeña sociedad de ayuda mutua que permitía resistir el trabajo en la fábrica.

ESTEBAN: Así es, la implantación de la IA lleva a acentuar la individualización en un contexto de escasez. Y ese es el camino contrario al de la fábrica, la familia y la comunidad. En cierta medida, es lo mismo que la época Bush. El neoliberalismo abogaba por unos valores económicos que minaban profundamente las bases de la vida en comunidad, familiar y patriótica, que decían defender. El individualismo y el consumismo eran algo muy diferente de los valores religiosos y comunitarios. En la época de Bush, esa contradicción se solventó con un incremento del control y de la mano dura, envuelta en la defensa de la patria estadounidense. Hoy puede ocurrir algo que vaya en la misma dirección, y quizá más acentuado.

ENRIC: Llegados a este punto para mí hay como dos o tres misterios. Uno, Rusia. La ecuación territorio-demografía es la garantía de pervivencia del autoritarismo en Rusia por los siglos de los siglos. Es decir, o territorio o democracia. Vamos a ver cómo decanta ese dilema. Si ellos pueden argumentar que la guerra de Ucrania ha servido para algo, el régimen podrá buscar su perpetuación, es decir, Putin tendrá manos libres para designar a sus sucesores sin traumas porque podrá exhibir una cierta victoria histórica. Esto aún está por acabar de verse. Creo que Estados Unidos quiere ofrecer a Rusia una paz victoriosa, para atraer a Putin y sobre todo evitar una futura implosión del poder ruso, que podría beneficiar a China. No olvidemos que, en la frontera de Rusia con China, la desproporción demográfica es de 100 a 7 a favor de los chinos. China es la gran novedad del siglo XXI. Un despliegue económico y tecnológico a una velocidad sin precedentes en la historia de la humanidad. Dilatación y

contracción. ¿Qué pasaría si se produjese una contracción súbita de la economía en un país que está empezando a saborear cierto bienestar? ¿Y África? Media de edad, diecinueve años. Los jóvenes africanos tienen la palabra. Y empieza a notarse. Eso tiene importancia.

ESTEBAN: Muchísima. En países como Marruecos, las protestas han estado compuestas por jóvenes formados que no encuentran una salida laboral. Hay nuevas generaciones en las que ha prendido el descontento.

Pero déjame apuntar una cosa que me parece curiosa. Los dos países que más rápido se han desarrollado en los últimos cien años han sido países comunistas. La Unión Soviética dio un salto de un siglo en solo dos décadas, por así decir. Y China igual, pero en tres. Y, en cierta forma, un régimen es el sucesor del otro. En el momento en que la Unión Soviética se disuelve, China se fija especialmente en los errores cometidos por los soviéticos. Los anota insistentemente para evitar reproducirlos. Lo que la Unión Soviética no logró solventar, China sí.

ENRIC: Sí, sí, podríamos decir que el comunismo ha sido la premisa de industrialización de Rusia y de China. Y ahora en China está siendo la premisa de lo que viene después de la industrialización. En ambos casos, el comunismo ha sido una superestructura, la forma autoritaria que ha acelerado la industrialización de ambos países. En Rusia, el comunismo fracasó al llegar a la fase de los ordenadores. El desarrollo telemático no admite la compartimentación de la información. Hay una serie rusa muy dura, muy dura, que se titula *Proyecto DAU*, de Ilya Khrzhanovskiy, en la que científicos de diversas disciplinas son reunidos en un centro experimental soviético, un centro secreto, para otear el futuro. Su conclusión es que la Unión Soviética colapsará porque la información solo circula en vertical, con compartimentos muy segmentados, y Occidente está generando una nueva economía basada en la información en todas direcciones. La historia acaba mal. En China han tenido la sagacidad de interpretar lo que significaba la irrupción de la informática.

Los comunistas chinos han sabido, hasta el momento, conjugar la planificación socialista con la propiedad privada, fortaleciendo la vieja tradición del mandarinato imperial, recuperando el confucionismo como moral consuetudinaria. Tienen un exigente mecanismo de selección de los funcionarios, que los soviéticos nunca tuvieron. Han desarrollado mecanismos de control social que una sociedad occidental no aceptaría. Hoy, mañana no lo sé. Y beben menos alcohol. Si Marx resucita y lo ve, vuelve a morir de la impresión. Quizá no, quizá lo entendería de inmediato.

ESTEBAN: Para mí es muy significativo también el viraje en valores producido en China. Como decías, el regreso del confucionismo es un intento de estructurar moralmente una sociedad que necesita no solo desarrollo, sino que además precisa de unas bases morales en las que asentarse.

ENRIC: Hay un cierto paralelismo con la reacción católica incipiente. Los ideólogos chinos dicen: cuidado porque el éxito material nos puede llevar a la dispersión… Si bañamos la sociedad china en el hedonismo, esto puede estallar. Por lo tanto, hay que reconstruir un código moral. Y ese código moral solo puede surgir de nuestra historia milenaria.

ESTEBAN: Es que ese es el momento europeo también. Es decir, nuestra moralidad se ha expresado desde el rechazo de las nubes negras que asoman por el horizonte, pero no como base de legitimación de una vida en común.

ENRIC: Estos son los movimientos que nos sobrevuelan. España está aparentemente en otras cosas, de alguna manera han regresado los Pirineos, se habla poco de política exterior, con la gran excepción de Venezuela. Hemos vuelto un poco a la excepción ibérica. Desconcierto ante la intervención trumpiana en Venezuela, sin promover a Corina Machado…

ESTEBAN: Esa reorganización de las relaciones internacionales, que ha sorprendido a muchas personas, va de la mano de la reorganización de las relaciones políticas internas, y esta se subraya menos. En España se ha ignorado, ya que estábamos en la lucha contra Sánchez o en la batalla antifascista.

Las sociedades tienen una vida en común, esta debe asentarse en una legitimidad y la legitimidad se gana con los valores. Y los que teníamos empiezan a agotarse no porque sean buenos o malos, sino porque no son creídos, en cierta manera con razón. Nos estamos deshaciendo de todo lo que venía de la época del estado del bienestar, hemos atravesado por las fases del individualismo, la acentuación del deseo privado, la construcción del yo, y ahora por la soledad y la desorientación, pero no contamos con valores compartidos de cohesión social, incluso de sentido de la existencia. Las preguntas de quiénes somos, en qué creemos y qué nos une no terminan de ser contestadas. Se puede responder de manera muy sencilla en términos abstractos, somos europeos, creemos en las libertades, compartimos una visión de la sociedad que nos permita tener capacidad de elección y llevar a la práctica nuestras decisiones personales, pero la realidad es justo la contraria: la competición, el egoísmo y el deseo de ganar la carrera, que es algo muy capitalista, estructuran la vida profesional por encima de otros valores; las elecciones personales son muy reducidas, ya que, por más que puedan ser dibujadas en nuestra mente, las condiciones de posibilidad para llevarlas a la práctica son estrechas. Tampoco aquello que nos quedaba de la era fordista, los servicios públicos, funciona especialmente bien, y cada vez están más en manos privadas, por la vía de la privatización o de la subcontratación. De manera que el desaliento cunde, y no logra recomponerse ni por la vía de una economía cohesiva ni de unos valores compartidos. De ahí ha surgido el nacionalismo como vía de salida. Ese es el dibujo político de nuestro momento. El nacionalismo, con todas sus contradicciones, porque la soberanía de unos países choca con la de otros, toma el centro de la escena.

ENRIC: Habrá respuestas de distintos signos. Revalorizar la tradición, alimentar la nostalgia, volver al «mundo de antes». Seguirá en pie el

programa moral que dice que aquí no sobra nadie ni se elimina a nadie. Y un tercer programa: dejadme tranquilo, que ya veré cómo puedo montarme la vida. La alianza o confluencia del primero y el tercero conforman una mayoría.

ESTEBAN: Es curioso porque el regreso a los valores ancestrales que apuntas suele aparecer en épocas en las que la economía transforma lo político y en las que las estructuras sociales se debilitan, de modo que el ser humano está más solo frente a las corrientes revolucionarias del poder. Es ahí cuando aparece la necesidad de un elemento compensador, que ejercen el pasado, las raíces y la conexión con la tierra. De ese entorno surge la alianza entre campesinos y aristócratas del siglo XIX frente a las clases industriales y financieras, pero también el nazismo, que unía mediante la cultura y los rasgos raciales lo que se desunía desde lo económico.

Sin embargo, este elemento de la nostalgia también debe ser entendido como la reacción a la pérdida de un proyecto de futuro. Cuando no se encuentra un horizonte deseable en el porvenir, se rebusca en tiempos antiguos para encontrar modelos que imitar. En nuestro caso, lo curioso es que el pasado emerge como horizonte deseable a partir de la constatación de que no hace tanto hubo una vida mejor. Y, en esa visión, aparece una idea central: «lo que nos han quitado». De modo que la invocación al pasado no contiene tanto un deseo de regreso como una reconstrucción del futuro a partir de todo aquello que se perdió injustamente. Teníamos una sociedad donde el trabajo era estable, la casa en propiedad, había trabajadores que tenían su vivienda en la ciudad, un coche modesto y a veces una casa en el pueblo, los hijos iban a la universidad, etc. Todo eso ha desaparecido y hay que recuperarlo, porque era nuestro y nos pertenece. Este es un discurso típico de las nuevas derechas, que no nace de un deseo de regresar a un pasado mítico, sino de un mecanismo compensatorio de la humillación o de la desesperanza con la que se vive el presente.

Esto es posible porque la línea del tiempo que acompañaba a las ideologías se pervirtió. El conservador quería mantener un núcleo sólido, de forma que la novedad apareciera con cuentagotas y siempre

tras ser sometida a prueba y error, mientras que el progresista promovía cambios frecuentes que dirigieran la sociedad hacia un mundo más avanzado y mejor. La línea del tiempo estaba clara. La que se dirigía rápido hacia el futuro era progresista, la que quería frenar los cambios era conservadora.

Ahora, sin embargo, es el conservadurismo el que, como decía Marx del capitalismo en sí, revoluciona todo: Reagan trajo el neoliberalismo, Bush a los neoconservadores, Trump la ruptura del orden global y el *America First*; Estados Unidos dejó de tener su centro en el poder industrial y lo encontró en el financiero, este dio un salto cuantitativo y cualitativo con las nuevas tecnologías y ahora se dirige hacia la IA. Son cambios muy veloces que en nada responden al conservadurismo clásico.

Estas transformaciones modificaron la posición de los progresistas, que apostaron por convertirse en fuerzas de resistencia y de control. Ya no querían avanzar a grandes zancadas hacia un futuro mejor, sino frenar una carrera veloz cuyo horizonte era la catástrofe: el capitalismo fósil generó el cambio climático, y con él una serie de consecuencias desastrosas, la tecnología ha traído técnicas de vigilancia y manipulación de la opinión pública que deben frenarse, el futuro totalitario asoma por el horizonte y debemos evitar que llegue. Al mismo tiempo, insistían en la necesidad del progreso en cuanto a la defensa de las libertades individuales.

También los conservadores utilizaron un elemento cultural de compensación, ya que podían apostar por la transformación revolucionaria de la economía, la tecnología y las relaciones exteriores, pero defendían la patria, la familia y los viejos valores. Esto es esencial a la hora de entender las ideologías vigentes, y es lo que hace complicado manejarlas. Los conservadores aceleraban en un plano, el económico y el tecnológico, y no querían límites, mientras que pretendían ponérselos a las libertades, en especial a las culturales. Con los progresistas, ocurría justo al revés.

Desde esta perspectiva se percibe con toda nitidez la ideología que enuncia Peter Thiel: los progresistas quieren convertirse en el dique último, en el *katechon*, y por eso ponen permanentemente límites a los grandes avances que permitirían a Estados Unidos, y a la propia

humanidad, dar un gran salto. Por eso, para Thiel, quienes afirman que buscan prevenir posibles catástrofes son la catástrofe en sí misma. Ese es el gran peligro que percibe en los progresistas. Aleksandr Duguin lo dice de otra manera: nuestro problema no es el de las élites contra las masas, sino la lucha entre la élite espiritual y la élite satánica. Hay que observar con detenimiento esta recomposición de las ideologías en una época imperialista para encontrar los caminos políticos más provechosos.

4

ESPAÑA A LA LUZ DEL MUNDO

ENRIC: Creo que el momento español, de nuevo, como ha ocurrido otras veces en la historia y sobre todo en la historia del siglo XX, presenta una cierta singularidad. Es como si los Pirineos hubiesen elevado su altura. Los Pirineos vuelven a ser visibles, en términos psicológicos y materiales. Los españoles hoy no se sienten plenamente concernidos por las tensiones que se producen en el centro, norte y este de Europa y la dinámica económica española vuelve a presentar rasgos muy singulares, esta vez de signo positivo: España encabeza de manera destacada el crecimiento estadístico del PIB en Europa y en todo Occidente. La tasa de crecimiento española es del 3 % frente al 1 % que hoy promedia la Unión Europea. La llegada de capitales extranjeros a España es incesante —en el momento de cerrar esta conversación— con una especial incidencia en los precios del sector inmobiliario. Si esa dinámica se produjese bajo un gobierno de distinto signo, la gran mayoría de los medios de comunicación, ya no digamos los dispositivos de propaganda digital, estarían fijando el marco del «milagro económico español». Es más, no descarto que eso ocurra en los próximos tiempos. Si hay un cambio de gobierno después de las futuras elecciones generales y ese cambio tiene lugar en un contexto de bonanza, estoy absolutamente seguro de que los nuevos gobernantes no dejarán pasar muchos meses sin proclamarse titulares de un «milagro económico».

Hoy en Europa son muchos los primeros ministros y primeras ministras que matarían por un 3 % de crecimiento en sus economías nacionales. ¿Que el crecimiento del PIB no significa hoy la felicidad de los pueblos? Es verdad. Hace diez años el PIB aún era un símbolo sagrado. Pocos osaban señalar que el crecimiento estadístico de la

economía no era el único indicador para evaluar la salud socioeconómica de un país. Hoy esa consideración parece estar más extendida. Buena noticia. Pero el crecimiento del PIB sigue siendo una referencia importante.

España es hoy la retaguardia de Europa. Hay mucho ruido político, sí, un ruido incesante, terriblemente doméstico, pero no hay quiebra de la paz social. España sigue siendo uno de los países más seguros de Europa, un buen lugar donde invertir o comprar una casa por si las cosas se complican en un futuro en la gran llanura europea. Incluso los israelíes están invirtiendo en el mercado inmobiliario español. «*Pluja, sol i guerra a Sebastopol*» se deseaban en el siglo XIX los payeses catalanes dedicados al cultivo del trigo. Lluvia, sol y guerra en el puerto de Crimea del que salían hacia el Mediterráneo las exportaciones de trigo ucraniano. Hay algo del actual momento que nos remite a tiempos ya vividos. La neutralidad española durante la Primera Guerra Mundial generó beneficios increíbles. No es la misma situación, evidentemente, pero rima. Estamos en estos momentos ante una extraña singularidad española, que no sabemos si será un paréntesis o una tendencia más estable. Una extraña singularidad.

ESTEBAN: El momento económico español de estos últimos años en lo macro es muy bueno, pero se puede torcer precisamente por las mismas causas por las que ha ido bien hasta ahora. España depende mucho del exterior: el crecimiento está provocado por la inversión foránea, fondos europeos incluidos, por un turismo muy potente, buena parte del cual es extranjero, y por la llegada de un significativo número de inmigrantes. Seguimos siendo un espacio confiable para el exterior. Pero si las puertas empiezan a cerrarse, ya sea porque los europeos tienen menos dinero y viajan menos, por el agotamiento de los fondos, que tienen una fecha marcada de finalización, por recortes en el presupuesto o porque la contratación se frena, las dificultades serán notables. Resalto este aspecto no como anticipación de problemas futuros, sino porque sería necesario que, justo ahora que las cifras macro van bien, se pusieran las bases para dotar a España de más potencia interna, de un motor propio que permita afrontar las complicaciones si el exterior se frena.

En cuanto a la singularidad española, la constatación que haces del momento político no deja de ser paradójica. España es un país razonablemente estable en lo económico, porque las cifras macro van bastante bien (y no tanto las economías familiares), pero el mundo político está agitadísimo. Esa paradoja tiene que ver con dos o tres características que hacen a España singular en Europa. Aquí tardó mucho en llegar la extrema derecha a porcentajes de voto elevados, y ahora está presente, pero no es todavía la fuerza dominante en su espectro ideológico. Tuvimos populismo de izquierda con Podemos, pero se agotó rápido. El final del desafío de Tsipras y Syriza a la Unión Europea supuso también el principio del fin de Podemos como esperanza política de futuro. Después llegó Ciudadanos como esperanza de la derecha, pero se hundió rápido. Los votantes regresaron a los dos partidos de siempre, aunque con un desgaste acusado.

Entre esos dos partidos, el PSOE y el PP, que se han repartido el poder en las últimas décadas y lideran hoy las encuestas, ocurre algo que no sucede en casi ningún país europeo. No conforman un núcleo sistémico, sino que están insertos en una dinámica de confrontación constante, porque el bloque de la derecha acusa al PSOE y a sus socios de querer acabar con la Constitución y de someter a las instituciones a un deterioro constante. En el fondo, Sánchez sería un político que sigue la estela de Trump y otros presidentes autoritarios. El bloque de izquierdas acusa al PP de utilizar el poder judicial para combatir al Gobierno y de aliarse con Vox, lo que pone en peligro la democracia y anuncia el regreso a un pasado autoritario. En definitiva, los dos partidos principales del sistema están acusándose entre sí de haberse convertido en antisistema. La línea divisoria no se ha fijado entre la mayoría de los partidos y las derechas soberanistas como en Europa, sino entre ellos mismos.

Como segunda característica, cabe señalar que ambos partidos conservan su lugar central por una dinámica de vinculación y absorción respecto de otros partidos. El PSOE tuvo que apoyarse para gobernar en Podemos y después en el bloque plurinacional. La pérdida de tirón electoral forzó a asumir los postulados de formaciones periféricas. Ahora es el turno del PP, que cada vez depende más de

Vox para gobernar. El bipartidismo se mantiene gracias a esos cambios ideológicos.

El tercer elemento, para mí decisivo, es la especial configuración de la política española a partir de aspectos geográficos. La tendencia electoral dominante en gran parte de los países de Occidente es la separación entre la ciudad global y los territorios interiores. París, Milán, Londres, Nueva York, etc., comparten auge, captan la mayor parte de la inversión del empleo y están interconectadas: son ciudades globales más que francesas, italianas o estadounidenses. Las pequeñas y medianas ciudades de esos países, en especial las interiores, viven en declive. El resultado final es un enfrentamiento entre esos dos mundos que configura sus opciones políticas: las grandes ciudades votan a favor del sistema, los territorios interiores votan por cambiarlo. Las derechas populistas y las extremas son producto de esa división geográfica. En España esta situación no se ha producido, en buena medida porque no teníamos una ciudad global, sino dos, Madrid y Barcelona, y lo que se ha generado en los últimos años, causado también por la pérdida de vigor de Barcelona, ha sido el enfrentamiento entre ambas. Esto es determinante, ya que la confrontación electoral en países europeos circula alrededor de la señalización de un culpable claro: se vota contra París, pero también contra la integración de París en un sistema global, de modo que la animadversión contra París contiene la animadversión hacia la Unión Europea. En Estados Unidos la hostilidad hacia las grandes ciudades costeras deriva en hostilidad hacia la globalización. Hay enemigos claros. En España no ha existido eso: no tenemos fuerzas, aunque ahora Vox lo esté subrayando, que hayan apostado por ir contra la Unión Europea o contra la globalización.

A cambio, hemos tenido un enfrentamiento en el que se responsabilizaba a Madrid o a Barcelona: nos va mal como catalanes porque Madrid detrae en su beneficio los recursos que aportamos, o nos va mal como extremeños (o castellanos, andaluces, etc.) porque lo que necesitamos se lo llevan Cataluña y País Vasco, ya que el Gobierno les concede privilegios por motivos políticos. Esa es la dinámica geográfica dominante, que es una forma diferente de encarar las tensiones territoriales a las que conduce la bifurcación entre las

grandes ciudades y las pequeñas que produjo la globalización. Estas diferencias, además de factores personales y de intereses, explican por qué es muy difícil que los dos partidos principales unan fuerzas.

ENRIC: Creo que esta dialéctica interior-exterior es muy importante en España, tiene unas raíces históricas muy potentes, porque en definitiva España busca desde principios de los años sesenta del siglo pasado, si no antes, regresar al exterior. España queda fuera del Plan Marshall, España hace el Plan de Estabilización en 1959, pero no logra avanzar en tratos con la CEE, por las prevenciones económicas de Francia, sin duda alguna, pero también por un veto político explícito del que no solo son artífices la socialdemocracia europea, sino también los democristianos y en última instancia la Santa Sede, el papa Pablo VI. Es decir, los tecnócratas del Opus Dei no logran perforar el veto. No lo logran, lo buscan, pero no lo consiguen. Por lo tanto, llegamos a la transición con una sed absoluta de Europa. Ser europeos. El gran lema de la transición era este. Había un consenso amplísimo. El Partido Comunista se había declarado *eurocomunista*. Los socialistas estaban bajo la directa protección de la cancillería federal de Bonn. La UCD obtuvo el respaldo de poderes europeos y topó con la frialdad francesa. Suárez intentó de inmediato ir más allá del tratado de asociación con el mercado único europeo que había conseguido el ministro Castiella en 1970, pero España tuvo que esperar a los años ochenta. Europa ha dado sentido a la política española durante más de ochenta años. Cuando se firmó el Tratado de Roma en 1957, los monárquicos ya ofrecieron un manifiesto alertando sobre los riesgos de marginación de España. En todas las encuestas. España y Portugal aparecen como los países más apegados al ideal de la unidad europea. La pelea política española es terriblemente doméstica, con los Pirineos presidiendo la escena de los garrotazos. Nadie pone en duda la pertenencia de España a la Unión Europea, ni siquiera Vox. Pero ahora empieza a pasar algo…

ESTEBAN: En España hubo un discurso dominante que identificaba modernidad y avance social y económico con la pertenencia a Europa. Integrarse en la Unión Europea significaba caminar hacia el progreso,

y esa mentalidad todavía perdura, al contrario que en otros países del continente. Es curioso que España haya llegado tarde a todo en los últimos ochenta años. Nos incorporamos tarde al bloque occidental, llegamos tarde a la Unión Europea, llegamos tarde a la democracia y ahora también vamos con retraso en lo que se refiere al final de la globalización. En los últimos años, esa tardanza nos ha favorecido, porque España está todavía jugando la baza de las interconexiones que era típica de la era global. Las inversiones que vienen de fuera llegan desde diferentes zonas geográficas, como ocurre con el turismo, hay conexión con China, una posición declinante pero todavía buena con Latinoamérica, hay relaciones con Oriente Medio, el norte de África es una zona prioritaria… La política exterior española con el ministro Albares ha sido la de intentar que nuestro país no quede completamente fijado en un eje concreto, sino que pueda ampliar relaciones y posiciones allí donde sea posible. Está intentando ejercer de pivote. Somos de los pocos países que, por nuestra geografía y nuestra historia, podemos hacer eso. Veremos lo que ocurre cuando todas las piezas internacionales vayan encajando, y qué sucederá en política exterior si hay un cambio de gobierno. En el primer sentido, es probable que Estados Unidos no vea bien unas relaciones tan amplias; en el segundo, un gobierno PP-Vox tomaría una dirección exterior muy distinta.

ENRIC: Un gozne, España se comporta como un gozne. Un nexo importante con Latinoamérica, una relación posible con Estados Unidos, pese a la nueva Doctrina de Seguridad Nacional, lejos de Rusia, con Marruecos, el país más estable del Magreb en el sur, al otro lado del estrecho de Gibraltar, el más estable y el más ambicioso. Italia tiene a Libia debajo de Sicilia, no tiene pulmón latinoamericano, está más cerca geográfica y mentalmente de Rusia y de los estrechos turcos, y, eso sí, su actual Gobierno cuenta con la protección de Estados Unidos. Francia ha perdido casi todas sus posiciones en África, no tiene pulmón latinoamericano, exceptuando la Guayana francesa, ve con terror las pretensiones de Estados Unidos sobre Groenlandia, puesto que tiene diversas posesiones de ultramar que un día podrían ser capturadas, y se enfrenta a una crisis nacional muy

fuerte, muy orgánica. Portugal tiene pulmón africano y latinoamericano, se halla muy lejos de Rusia, y mantiene una buena relación con España, una buena relación vigilante… El problema de Portugal es la demografía, la masa crítica, pero es un país con maestría política. Maestría política es lo que necesitará España en los próximos años.

ESTEBAN: España tiene una ventaja respecto a países como el Reino Unido o Francia. Ellos pueden lamentarse de la pérdida de sus imperios y de su cada vez menor potencia internacional, porque los han perdido hace relativamente poco. España lloró sus últimas lágrimas con la Generación del 98, después de un siglo XIX en el que las colonias fueron cayendo. Europa, además, tiene un significado diferente para nosotros, porque vimos una esperanza en el acercamiento a Europa y en la pertenencia a la Unión, que suponía un certificado de nuestro ingreso en la modernidad. Ahora, cuando el proyecto europeo se detiene, es fácil que los anglosajones, los franceses o incluso los alemanes recuerden los viejos momentos de esplendor y los evoquen como sustituto del motor europeo: si fuéramos solos nos iría mejor. Eso no se da en nuestro caso, el duelo ya lo pasamos, perdimos nuestro imperio hace mucho, por lo que es más difícil que surjan tentaciones políticas de regreso al imperio. Además, Europa continúa siendo para muchos españoles un espacio de futuro, aunque eso esté cambiando. Habrá que ver cómo evoluciona ahora que la soberanía vuelve a estar en el centro de las relaciones internacionales.

ENRIC: Hay otra dimensión por considerar. La historia de las fronteras en Europa. La gran frontera de la península ibérica son los Pirineos, una frontera prácticamente inamovible. Hay más accidentes orográficos entre Irún y Algeciras que entre París y Moscú. Buena parte de Europa es una llanura que se puede recorrer en bicicleta sin tener que subir altas montañas. En los días más fríos de Berlín sopla el viento gélido que viene de Rusia, no hay ninguna cordillera que lo detenga. La gran llanura central europea. Ello significa que buena parte de las fronteras europeas las ha fijado la lucha y no la geografía.

La frontera entre Francia y Alemania se estabiliza en 1945. Las fronteras de la mayoría de los países del este de Europa tienen menos de cien años de antigüedad: han sido moldeadas por las guerras. Hungría perdió más de dos tercios de su territorio después de la Primera Guerra Mundial y no los va a recuperar. El último retoque de fronteras en la península ibérica se produjo en 1657 con la firma del tratado de los Pirineos, que fijó la frontera con Francia siguiendo el trazado de la cordillera pirenaica con la única excepción de los enclaves de Llívia y la Vall d'Aran. Creo que hay un litigio pendiente sobre Olivenza en la frontera con Portugal. España es un país de fronteras muy asentadas, con un gran debate interior sobre quién manda y desde dónde se manda. En gran parte de Europa, las fronteras han bailado durante siglos al son de la artillería. ¿Por qué mucha gente del este de Europa no ha abrazado el ideal europeísta con tanto entusiasmo como los ibéricos? Después de cuarenta años de vivir pendientes de Moscú, ahora no quieren vivir pendientes de Bruselas. Les interesaba el Mercado Común, los grandes supermercados bien surtidos, la libre circulación de mercancías y la posibilidad de emigrar a la Europa occidental, pero son reticentes a la entrega de soberanía. La tensión con Rusia tiene que ver con la definición de las fronteras. Los bálticos temen ser invadidos; los finlandeses, también, los polacos, también, Hungría quisiera recuperar territorios, Moldavia está en el aire, y por supuesto se van a redefinir las fronteras de Ucrania. La península ibérica y Gran Bretaña son los territorios de Europa psicológicamente más lejanos a ese vaivén. Ello ayuda a explicar el momento actual. Nos sentimos muy europeos, porque nos conviene, pero que no nos líen en una guerra con Rusia. Casi lo mismo piensan los italianos, con los Alpes como muro protector. Tendemos a creer que los demás europeos ven Europa como nosotros. No es verdad. Mi amigo portugués Gabriel Magalhães sostiene que españoles y portugueses sentimos un profundo deseo de seguir perteneciendo al Imperio romano, a una realidad superior, cosa que no les ocurre a los alemanes, a los escandinavos y a todos los pueblos del Este. Estarán en la Unión Europea si les conviene. Y ahora Estados Unidos acaba de poner en marcha un potente altavoz para decir a los europeos que la

Unión Europea no les conviene. Quieren una Europa perfectamente fragmentada y no es difícil adivinar por qué y para qué…

ESTEBAN: Es un momento muy extraño porque el resurgimiento indiscutible de la geografía convive con su teórica pérdida de relevancia. Del mismo modo que, tras la Segunda Guerra Mundial, los grandes imperios de la época se disolvieron y surgieron dos nuevos actores dominantes, Estados Unidos y la Unión Soviética, en la época posterior a la globalización ha quedado claro que los dos actores dominantes son Estados Unidos y China. A partir de 1945, cada país intentó amoldarse a ese nuevo orden, con la emergencia de un tercer foco, los países no alineados. Hoy volvemos a una dinámica parecida, y hay Estados que salen reforzados y que desean ganar relevancia internacional: India intenta jugar sus bazas, como Indonesia o Vietnam, como Turquía o Israel, como Brasil o México. El regreso de la geografía lleva a que las fronteras se reformulen no a través de nuevos límites territoriales, lo que puede ocurrir de manera ocasional, como en Ucrania, sino porque un puñado de Estados están expandiendo su área de influencia. Esta es una época de expansión y contracción simultáneas, lo que unos ganan lo pierden otros. Lo hemos visto en el caso de Europa y Estados Unidos y con lo que Washington ha obtenido a nuestra costa en los últimos meses.

Pero, junto con esta dinámica, ¿cómo hablar de fronteras hoy con la enorme expansión de las tecnológicas o con el debilitamiento del derecho internacional? El artículo de Francesca Bria que habéis publicado en *La Vanguardia* muestra la gran dificultad de los Estados a la hora de contener la influencia de empresas cada vez más poderosas. Hoy la expansión imperial se produce mediante instrumentos, como son los tecnológicos o los financieros, que provocan una subordinación acentuada de los Estados respecto de los países que dominan esos resortes. En ese plano, las fronteras se cruzan muy fácilmente, o simplemente no existen. También ocurre con lo militar, como quedó demostrado con Venezuela.

ENRIC: Pienso que estamos en una nueva fase de la cartografía. El atlas se está ampliando. Los mapas geográficos hace tiempo que están

dibujados, ahora se pone en marcha una nueva cartografía del poder, que no es fácil de dibujar y de comprender. De ahí el éxito de lectura de todos los artículos y ensayos que hablan de las grandes empresas tecnológicas, de los vínculos que tienen entre sí y de su nueva alianza con el presidente Donald Trump y el movimiento MAGA. Por eso llaman tanto la atención personajes como Peter Thiel, que además de ser muy poderosos en términos objetivos, juegan a ser los gurús de una nueva época. La cartografía del poder mundial es hoy un conocimiento reservado a un grupo no muy amplio de personas, como si regresáramos al siglo XVI, cuando los mapas geográficos de las tierras recién descubiertas se convirtieron en secreto de Estado. Se mataba para obtener ciertos planos. Citabas a Francesca Bria y a un artículo publicado en *La Vanguardia* a principios de noviembre de 2025, sobre el asalto de Palantir, la compañía de Thiel, a los programas de gestión de la Administración de Estados Unidos, comenzando por el Pentágono. Están superando a los tradicionales contratistas… están colonizando la Administración con sus programas de gestión, se están haciendo con el control de los datos. Es decir, están poniendo las bases de una nueva oligarquía privada mundial que puede llegar a tener un inmenso poder. Thiel adorna esa estrategia de asalto con teorías más o menos delirantes sobre la necesidad de una aristocracia autoritaria que gobierne el mundo para evitar el caos. Urge una cartografía de ese poder ascendente. El mundo vuelve a aparecer ante los ojos de mucha gente como un lugar extraño. «El mundo es muy extraño, ¿verdad?», dice al final de la película *Terciopelo azul* Laura Dern, una de las actrices predilectas de David Lynch. El mundo se está convirtiendo de nuevo en un lugar extraño y eso en España tiene una traducción específica.

ESTEBAN: Sí, España cuenta con características propias, pero también existe una conexión poderosa con las tendencias generales. Aquí ha pasado más o menos lo mismo que en el resto de Occidente: la gran ciudad ha colonizado los recursos del territorio, ha canalizado la inversión, la demanda de mano de obra y ha concentrado los trabajos más prestigiosos y con mejor retribución. Una buena parte de España vive una mezcla de envejecimiento, pérdida de población, falta de

inversión y ausencia de futuro. Las fronteras han sido poco efectivas a la hora de protegernos de esas tendencias, en buena medida porque el orden global estaba organizado para que los Estados perdieran peso. Y la reacción político-ideológica ha venido precisamente desde ese hecho. Las fuerzas nacionalistas han crecido asegurando que las fronteras importan, que ser francés, polaco, inglés o estadounidense importa: es lo que puede proteger de la inmigración y de la desindustrialización, y es también lo que puede hacer que su país tenga importancia en el mundo. Ponen la esperanza en algo tangible frente a ese mundo virtual.

Pero, una vez más, es muy complicado desligar lo nacional de lo internacional. Unas fronteras son más difíciles de saltar que otras. La capacidad de autonomía de los gobiernos nacionales de muchos países tiende a ser escasa, y eso marca una pauta de futuro: una vez que la competencia entre China y Estados Unidos está sobre la mesa, es difícil que el resto de los países puedan escapar de ella. En el ámbito tecnológico, como en el militar y en el financiero, lo más frecuente es que los Estados tengan que decantarse finalmente por pertenecer a una u otra esfera de influencia y por asumir sus sistemas: al final, será determinante si un territorio se vincula con la esfera tecnológica y económica china o con la de Estados Unidos. Mientras esa división se va desarrollando, queda cierto margen de acción, y España está tratando de utilizarlo. Ese es el papel de gozne de nuestro país. Pertenece a la esfera estadounidense y sería muy extraño que se saliera de ella, pero al mismo tiempo quiere tener buenas relaciones con China, desempeñar un papel diferente en Oriente Medio, defender el derecho internacional, etc.

Ambas cosas, el papel de las fronteras y el de las esferas de influencia, son importantes. Ambas tienen peso en la política interna española. Se está definiendo dónde nos vamos a ubicar y cómo, y cuál va a ser nuestro papel en esta nueva época.

ENRIC: Creo que en estos momentos en España hay dos batallas muy importantes sobre las que el público no tiene toda la información. Una se refiere a la energía y la otra, al armamento. En el ámbito energético, con el apagón del 28 de abril de 2025, se ha abierto una batalla

campal entre el Gobierno y las empresas eléctricas a propósito de la electricidad renovable. Es un cuadro muy complicado. Hay un intento de volver a situar la energía nuclear en el mapa del futuro, pero nadie dice quién lo va a pagar. Las grandes compañías están intentando ganar tiempo para discutir esta cuestión con otra mayoría parlamentaria. Por ello se quiere retrasar el cierre de Almaraz hasta 2030, para que el paquete de negociación sea más grande: Almaraz y las centrales nucleares ubicadas en Cataluña. La mitad de la energía que se consume en Cataluña la producen las centrales de Vandellós, Ascó I y Ascó II. Es un asunto muy conectado con las grandes corrientes de la economía internacional. Estados Unidos y China están apostando fuerte por la energía nuclear para respaldar el desarrollo de la IA, que necesita multiplicar por dos y por tres la actual producción eléctrica. China ha decidido electrificar su economía al máximo. No dispone de hidrocarburos y quiere reducir todo lo que pueda su dependencia del petróleo de Oriente Medio y del gas que le vende Rusia. Necesita grandes centros de datos para la IA. También los necesita Estados Unidos, que a su vez quiere romper el cuasi monopolio chino sobre las denominadas «tierras raras», imprescindibles para los nuevos desarrollos tecnológicos. Este es el tema.

La cuestión es si el modelo español que se ha dibujado en los últimos años, un país pacífico, verde, simpático, con muchos molinos de viento y plantas fotovoltaicas en sus territorios interiores, encaja con las nuevas corrientes del mundo. ¿Es un modelo ya cerrado, ya consolidado? Creo que están intentando abrirlo. Y hay una lucha muy fuerte en curso, que no se verbaliza. El apagón de abril de 2025 ha contribuido a abrir la discusión, puesto que desconcertó a la gente y sembró dudas. De inmediato se puso en marcha una campaña para señalar a las energías renovables. Hacen falta centrales nucleares para garantizar la estabilidad del sistema. Se podía haber dicho: hacen falta centrales de gas de ciclo combinado para estabilizar el sistema, pero se apeló a las nucleares, porque ese va a ser el combate de fondo. No tardaremos mucho en oír hablar de la conveniencia de instalar pequeños reactores nucleares para apoyar la red eléctrica y poder atraer a España la instalación de centros de datos… No sé qué piensan

los militares sobre la hipótesis de sembrar Europa de pequeños reactores nucleares si estamos ante un escenario de posible guerra. El pasado mes de diciembre un dron ruso perforó la cubierta de la central de Chernóbil en Ucrania…

Y ya que hablamos de drones, el otro tema es el armamento. Se está intentando crear una gran empresa española de defensa sobre la base de Indra, y las tensiones en el sector no se le escapan a nadie que siga un poco esa información. *La Vanguardia* publicaba en noviembre un informe muy bien elaborado por la periodista Laura Aragó, según el cual el Consejo de Ministros ha aprobado gastos en defensa por valor de 60.000 millones de euros mediante un mecanismo que no necesita pasar por el Congreso de los Diputados.

ESTEBAN: Dentro de esa tendencia general impulsada por el Gobierno de Trump, con el foco en el petróleo, el gas y las nucleares, echo de menos una estrategia energética española bien dibujada. No tenemos gas ni petróleo, pero sí renovables, por lo que la duda sobre la dirección que conviene tomar debería quedar despejada. La pelea política ayuda poco, ya que la derecha pone el acento en los combustibles fósiles y la izquierda en las renovables, pero de un modo que no nos beneficia en absoluto. España necesitará gas y petróleo, cuenta con pocas centrales nucleares, y tampoco disponemos de enormes reservas de uranio, por lo que es evidente que las renovables son la mayor baza con la que contamos para que esa dependencia del exterior sea menor.

En segunda instancia, no hemos aprovechado la potencia que encierran las renovables por un mal diseño, pero también por falta de voluntad. Sería lógico que, si se puede proporcionar energía a un precio más barato, se intente aprovechar como baza para acoger y desarrollar la economía industrial. Sin embargo, ni siquiera se ha instalado una red suficiente de puntos de recarga de los coches eléctricos. Faltan subestaciones, lo que dificulta que las empresas españolas que quieren crecer, y hay un número interesante de ellas, cuenten con la energía que necesitan. Son ejemplos de una mala planificación. La apuesta más habitual para el futuro son los centros de datos, que no son una idea especialmente buena. Consumirán agua

y energía, generarán muy poco empleo una vez construidos y recogerán datos que irán a parar a manos de empresas estadounidenses. Vamos a ser granjeros de datos, y aportaremos mucho más de lo que recibiremos.

La falta de estrategia es también una constante en la Unión Europea. El mismo hecho de que los dos principales problemas en los que ahora insiste Europa sean la energía y el armamento es una muestra inequívoca, porque eran dos necesidades que se creían solucionadas: Estados Unidos aportaba el paraguas armamentístico y Rusia el energético. Se pensó que el futuro estaba resuelto. De pronto, no están ni uno ni otro y Europa se hunde en las dudas. Estos asuntos ponen en el centro la importancia de la mirada a largo plazo en una época geopolítica. Y la necesita porque los Estados que no posean fuerza en el plano económico, tecnológico, industrial, armamentístico o energético son las piezas de caza de esta época. Son fortalezas que solo se pueden construir pensando más allá del corto plazo y que no se solucionan afirmando que la energía nuclear tiene que regresar o que el petróleo continuará siendo decisivo. La estrategia y la voluntad para depender menos del exterior son cruciales.

ENRIC: Sobre la energía me gustaría añadir una cosa. España presenta también en ese ámbito una singularidad si lo comparamos con otros países de nuestro entorno, y es que no existen empresas públicas de energía. Franco no quiso nacionalizar el sector, en agradecimiento a los apoyos recibidos durante la Guerra Civil. Solo se creó una pequeña empresa pública de electricidad llamada Endesa (Empresa Nacional de Electricidad) para dar salida al carbón de Ponferrada. Esa empresa fue creciendo poco a poco y en la década de los años noventa, cuando ya había adquirido una cierta entidad, fue privatizada y se convirtió en una de las grandes del sector. Hoy pertenece a la República italiana después de ser adquirida por Enel, empresa nacional de electricidad de aquel país, como colofón a la batalla campal originada en torno a la opa de Gas Natural. «Antes alemana que catalana», había exclamado Esperanza Aguirre. Al final fue italiana. Un pacto entre José Luis Rodríguez Zapatero y Romano Prodi que acabó siendo administrado por Silvio Berlusconi. En lugar de crear una fuerte alianza hispano-

italiana en el campo de la energía, los gestores italianos de Enel vendieron los activos de Endesa en Latinoamérica, para hacer caja. Endesa es hoy una filial de Enel a todos los efectos, todas las decisiones se toman en Roma. La mitad de la energía que produce Cataluña, como te decía antes, se halla bajo soberanía italiana. Si un día Giorgia Meloni enloquece, Dios no lo quiera, descuelga un teléfono y manda parar las tres centrales nucleares que operan en Cataluña. Estoy bromeando, pero añado lo siguiente: ni en sueños la República italiana habría aceptado que una empresa pública española se hiciese con el control de una gran empresa italiana de electricidad con tres reactores nucleares en la Lombardía. Ni en sueños habrían permitido que empresas españolas poseyeran dos canales de televisión en Italia y el principal diario de oposición. Italia tiene esos poderes en España. No es poco.

Son ecos del Plan de Estabilización de 1959: máxima apertura a los capitales extranjeros. No toda Europa funciona así, aunque la Unión Europea garantice la libre circulación de capitales. Hay proteccionismo. En Italia, *catenaccio*. Hay zonas de la economía tuteladas por el Estado. Y estas zonas están creciendo hoy en día. Pongo otro ejemplo: Red Eléctrica, empresa privatizada, con un tope de inversión para poder garantizar beneficios a sus accionistas privados. Red Eléctrica gestiona la red y es la responsable de su mantenimiento y expansión. Es muy difícil compatibilizar el interés privado y el interés público cuando la expansión de la red eléctrica se convierte en un elemento clave de la política industrial. Allí donde lleguen los postes de la luz, surgirán nuevas empresas. El apagón ha acentuado esas contradicciones.

Italia conserva una empresa pública de hidrocarburos, ENI, una empresa muy potente que desde hace años viene a ser un segundo ministerio de Asuntos Exteriores. Hay quien dice en Italia que ENI, con una notable presencia en yacimientos de gas y petróleo de varios puntos del planeta, es el verdadero ministerio de Exteriores. Francia volvió a nacionalizar EDF (Electricité de France) cuando tuvo que hacer frente a cuantiosas inversiones para reparar una serie de desperfectos que se habían detectado en las tuberías de sus centrales nucleares. En plena crisis, Portugal vendió una porción de EDP

(Energía de Portugal) y de REN (Redes Energéticas Nacionais) a capital chino, pero después hizo todo lo posible para que China no se quedase con la totalidad de esas empresas.

El apagón, momento crítico del que posiblemente nunca sabremos las causas últimas, ha abierto una lucha de la que solo vemos la punta del iceberg. En estos momentos está en juego el modelo energético y la capacidad de intervención del Estado en la política industrial en los próximos decenios, en un momento altamente delicado en toda Europa.

ESTEBAN: Hay dos modelos en pugna y Europa no cuenta con ninguno de ellos. Estados Unidos apuesta por un Estado que aparte los obstáculos para que el capital privado planifique el futuro. El otro es el modelo chino, en el que el Estado orienta de manera decidida. España es muy débil en este aspecto, que es crucial, porque, como dices, ni siquiera tenemos empresas públicas potentes y apenas contamos con bancos ligados a los intereses nacionales. A la Unión Europea le ocurre igual: carece de estructuras similares a las de un Estado que le permitirían un margen de maniobra. La doble transición que atraviesa esta época, tecnológica y geopolítica, fuerza a poner el acento en esa capacidad estratégica que permite dotarse de instrumentos propios. Y quienes carezcan de ella, serán simplemente arrastrados por la potencia del Estado chino o del capital estadounidense.

Pero, junto con eso, no debe olvidarse que los países a los que mejor les fue en la era global, desde China hasta Corea del Sur, fueron aquellos que no olvidaron la potencia del Estado y que resguardaron o potenciaron alguna de sus fortalezas. Otros, como fue el caso español, abrimos las puertas convencidos de que la conexión con el exterior era el único camino. Ahora constatamos que hay que regresar a elementos típicos del Estado, como la política industrial o la energética, pero nos resistimos a ello porque seguimos en un marco ideológico disfuncional.

ENRIC: Hace cinco años, el concepto «transición ecológica» era dominante en el lenguaje europeo, sobre todo en el lenguaje oficial

europeo. Fíjate cómo ese lenguaje ha ido declinando desde el inicio de la guerra de Ucrania. Ahora se habla de armamento, de reinstauración del servicio militar, de construir nuevas centrales nucleares o mantener en vida las que están funcionando, de tierras raras y de centros de datos para la IA. Hace un tiempo leí que la actual ministra de Transición Ecológica proponía crear un club de amigos de la transición ecológica… Es impresionante ver, mes a mes, cómo cambia una época.

Es un momento verdaderamente excepcional. Fijémonos bien. Alemania había decidido prescindir de la energía nuclear, lo apostaba todo al gas ruso como energía de transición, y un día estallaron en el fondo del mar los gaseoductos Nord Stream. Insisto en que este es uno de los episodios más relevantes de la política europea de los últimos años. Alemania no tenía ninguna planta de regasificación en sus costas porque lo había apostado todo a los dos grandes gaseoductos del Báltico. El principal vector que garantizaba capacidad de competición a la industria alemana estalla en el fondo del mar en septiembre de 2022. Es verdad, Alemania disponía de parachoques, pero el golpe ha sido muy duro, lo hemos visto tres años después. En Italia ha pasado algo parecido. También tenían una fuerte dependencia del gas ruso. Los pactos Berlusconi-Putin. *Shock*. El gobierno tecnocrático de Mario Draghi se rompe y gana el único partido que estaba en la oposición, fuertemente pronorteamericano. Con un discurso prorruso, Giorgia Meloni no hubiera ganado las elecciones. El discurso prorruso se lo quedó Matteo Salvini, en posición subalterna. Aún nos falta perspectiva para ver las consecuencias de la guerra de Ucrania en la política europea. En ese contexto, emerge la excepción ibérica. ¿Por qué se la llamó así? Porque también en el mercado energético europeo siguen existiendo los Pirineos. Francia no ha querido acelerar las conexiones eléctricas y se negó a reemprender las obras del gasoducto Midcat, proponiendo como alternativa una conducción subterránea entre Barcelona y Marsella para transportar hidrógeno, de futuro creo que incierto.

ESTEBAN: Sí, porque tienes un doble condicionante. Los intereses energéticos alineados con Trump están presionando poderosamente a

Europa y, por otro lado, cada país de la Unión tiene sus propios planes de energía, que muchas veces no coinciden. La relación energética entre Francia y España es un buen ejemplo, porque es justo el país que hace frontera con nosotros y el que nos está limitando en algunos sentidos.

Para mí, la energía y el armamento son una expresión nítida de la desestructuración de las capacidades territoriales que yace en el fondo. Es decir, la energía, las armas, la industria, la alimentación, los recursos naturales, eran elementos en los que típicamente un Estado ponía énfasis. Cuando la Unión Europea configuró una reunión por arriba de las naciones continentales, se pensó que ya no era necesario ese énfasis y que tampoco eran precisas unas estructuras estatales a escala europea, porque todo lo que necesitábamos se podía traer de otros lugares y llegaría *just in time*. Hemos constatado que no ha sido así, ni en la pandemia con el material sanitario, ni en las subidas de precios posteriores provocadas por los cuellos de botella, ni con el gas, ni con las armas. Estamos ahora pensando cómo encajar en la nueva época. Insisto en este punto porque todas las expresiones de ese mal que se aprecian en la superficie tienen causas que no quieren ser afrontadas.

ENRIC: Sí, pero el problema es el *impasse* europeo, o se avanza hacia un mayor grado de integración o empieza un proceso más o menos lento de disgregación. No hay término medio. Una lenta disgregación de la Unión Europea podría generar una tremenda cadena de enfrentamientos entre países vecinos, jurídicos, comerciales… una situación muy embrollada, una suma de debilidades que se repartirían Estados Unidos y Rusia.

ESTEBAN: Coincido contigo, pero querría añadir un elemento más. La economía va a ser crucial, y aunque suene raro para la ortodoxia de estos años, uno de los grandes problemas que hemos sufrido ha sido el excesivo retorno que ha logrado el capital en las grandes empresas, mientras que el factor trabajo se ha debilitado significativamente y la inversión en pequeñas empresas ha obtenido resultados muy regulares. Con el añadido de que se ha forzado la máquina y se han pretendido

rentabilidades elevadas, las que demandaba el ámbito financiero, en empresas y en sectores que no las admitían. Muchas firmas razonablemente rentables, y más si eran pequeñas o medianas, han sido adquiridas o expulsadas del mercado, y los campeones nacionales se han subsumido en firmas globales. Además, la exigencia de rentabilidad elevada se ha ampliado a áreas que deberían estar protegidas de esa tentación, en especial en los sectores que proveen bienes públicos.

El resultado ha sido un funcionamiento sistémico deficiente, que ha privilegiado los dividendos y el retorno del capital, pero que ha creado problemas significativos en lo social, eso que llamamos desigualdad, y que ha debilitado significativamente las estructuras que un Estado necesita. Estados Unidos es uno de los mejores ejemplos del lugar al que ha llevado esa pulsión: el país más importante del mundo está atravesado por una división social profunda y sus capacidades estratégicas se han visto notablemente menguadas. Ahora quieren recuperarlas por la fuerza.

Esta situación vuelve a poner sobre la mesa cuál debe ser la relación del Estado con el mercado, y hasta qué punto debe supeditarse este a las necesidades territoriales y sociales. Es una cuestión central. En las últimas décadas, esa relación se resolvió a favor de la rentabilidad financiera: era el capital el que planificaba. Hemos constatado que esa preferencia ha conducido a Occidente a un enredo difícil de resolver. El mismo Estado alemán se vio inmerso en ese error, ya que contó con significativos y constantes superávits, pero no los invirtió en su economía, ni en sus infraestructuras, ni en su mercado, ni en su población. Ahora se encuentra con que carece de casi todo (energía, armas, potencia comercial) salvo dinero, pero es lógico: no invirtió en lo real. El mal alemán es un mal europeo al que España también está sujeta: los problemas con el menguante nivel de vida, los precios elevados de la vivienda, de los alimentos o de la energía provienen de esa fuente. Y arreglar este agujero necesita de algo más que poner el acento en los impuestos. Incluso Estados Unidos quiere colocar límites a esa rentabilidad del capital en un sector como la defensa: si no se dedican recursos a la inversión, no

habrá dividendos. La economía productiva antes que la financiera en ámbitos que entienden esenciales.

En nuestra conversación han aparecido con frecuencia la socialdemocracia o la democracia cristiana porque tenían una fórmula para resolver la relación entre política, Estado y mercado. Eran partidos de ideología capitalista y que no discutían determinadas convenciones sobre la economía, pero también eran conscientes de que debían hacer compatible ese sistema con el interés general. En los últimos años, los políticos se convirtieron en gestores cuya principal función era manejar los fondos públicos y crear las condiciones para que las grandes empresas crecieran, pero se olvidaron de las capacidades territoriales. Hoy no es posible seguir por ese camino, porque hemos vuelto al terreno de la competición entre Estados. China tiene una perspectiva sobre cómo darse impulso, Estados Unidos otra, y los demás países importantes utilizan fórmulas que mezclan ambos sistemas para aumentar su poder. Todos salvo Europa, que ha perdido las estructuras que le permitían pensar, diseñar un plan y empujarlo con decisión por la vía correcta. Hay mucha más fragmentación que dirección. Son resortes que deben recuperarse, y eso solo se puede hacer desde la política.

En cuanto al *impasse* europeo, me gustaría saber, Enric, qué piensas sobre el papel de España en este escenario. Fuimos capaces de introducir novedades en la Unión, como la excepción energética, y peleamos con éxito por los fondos de recuperación. ¿Es viable que puedan existir consensos entre países europeos como España, Italia, Francia u otros, que puedan impulsar a la Unión Europea, y especialmente a los países del norte de Europa, en otra dirección?

ENRIC: Hay que ver hacia dónde va Francia, que quizás en estos momentos es el gran interrogante porque en definitiva en Alemania hay una gran coalición, con graves problemas por delante, es cierto, pero los alemanes están especializados en la construcción de consensos. Hace unos meses Die Linke apoyó en el Bundestag una reforma de las pensiones promovida por el SPD que no convencía a los jóvenes lobos de la CDU. El canciller Merz estaba a punto de perder una votación muy importante, y Die Linke se abstuvo. Esto

también nos explica cosas relevantes de Alemania. No es un país frágil, Alemania. En Italia ha triunfado una vez más el transformismo. El Gobierno Meloni viene a ser un gobierno de coalición entre el MSI y el ala derecha de la Democracia Cristiana, un gobierno que nunca existió en los años sesenta y setenta del siglo pasado, porque el papa Pablo VI no quería que los democristianos se aliasen con los neofascistas, entre otras razones porque ello habría regalado terreno al Partido Comunista italiano. Para contener al PCI, la DC se inventó la política de centroizquierda que buscaba el apoyo del Partido Socialista y de otras fuerzas menores (liberales, republicanos, socialdemócratas). Nunca hubo un pacto PCI-MSI a gran escala. Hoy, sí. Lunes, miércoles y viernes, Meloni opera como una democristiana conservadora, martes y jueves regresa al MSI, a Giorgio Almirante, a la militancia que rendía culto a la memoria de Mussolini, y el domingo llama a Donald Trump. El gran interrogante es Francia. Y el otro gran interrogante es la evolución de la península ibérica, España, pero también Portugal. Fíjate en un gesto de los alemanes. En noviembre de 2025, al cumplirse el 50.º aniversario de la muerte del general Franco, el presidente de la República Federal Alemana, Frank-Walter Steinmeier, viaja a España para rendir homenaje a las víctimas del bombardeo de Gernika y pedir perdón por esa acción criminal de la aviación hitleriana. Quince años atrás, Helmut Kohl había sido reticente a ese gesto, cuando se lo pidieron diversos diputados de la izquierda alemana. Finalmente redactaron una carta que leyó en Gernika el entonces embajador de Alemania en España. Está claro que Alemania ha querido enviar una señal a la sociedad española. El presidente federal alemán es socialdemócrata, de acuerdo, pero un gesto de Estado de ese calibre no se lleva a cabo sin la conformidad del canciller federal. La relación entre España y Alemania sigue siendo muy importante.

ESTEBAN: Sí, lo digo porque un elemento de tanto peso en la política nacional no se verbaliza apenas, y tampoco parece estar en el programa de ningún partido. Jugamos un poco a ciegas.

ENRIC: La cuestión es si Pedro Sánchez, con toda la mochila que lleva a cuestas, queda aislado en el contexto europeo, por ser el último socialdemócrata con cierto peso político en la Unión Europea, con permiso de António Costa, que lo está haciendo muy bien como presidente del Consejo Europeo. Sánchez sabe sacar petróleo de los acontecimientos internacionales. Después del verano de 2025, cuando ya parecía hundido, recuperó la iniciativa liderando la amplia condena social a la matanza de Gaza. Después volvió a perder la iniciativa y llegó a la Navidad de 2025 prácticamente desahuciado después de la humillación sufrida por el PSOE en Andalucía: 16 % de los votos en las ciudades de Cáceres y Badajoz. Cambia el año y el *blitz* de Estados Unidos en Venezuela y las amenazas norteamericanas de tomar Groenlandia por las buenas o por las malas, le volvieron a dar impulso… pero hay plomo en esas alas.

ESTEBAN: ¿No te parece que muchas veces, cuando hablamos, centramos demasiado el foco en los políticos? Al fin y al cabo, las élites españolas son mucho más amplias que las políticas. ¿No crees que han quedado intelectualmente debilitadas en el nuevo escenario? Eran élites perfectamente integradas en el entorno y en el pensamiento europeo, pero ahora el paso ha cambiado.

ENRIC: Creo que hay mucha perplejidad en estos momentos. Además, piensa otra cosa. Tú has escrito sobre ello. Creo que tienes un libro dedicado a eso. Hay un cambio de escala. Tú decías, los ricos también sufren por el cambio de escalas. Hay un segmento de las clases dominantes que también se siente devaluado. Ya no mandan como antes. Estados Unidos no está diciendo que debe regresar el colonialismo. La devaluación de las élites locales siempre suele tener efectos negativos.

ESTEBAN: Sí, esa devaluación suele anticipar problemas, en especial porque España ha vivido un doble cambio en cuanto a sus élites y ninguno de ellos se ha asentado del todo. La primera transformación significó el paso de unas clases dirigentes ligadas a lo nacional, a la alta magistratura, al ejército, a los cuerpos directivos de empresas

públicas y a la alta administración del Estado, a otras que buscaron integrarse en el sistema global y cuya función era principalmente dar servicios al capital, a menudo extranjero, en el ámbito de la inversión, en el asesoramiento fiscal, contable y jurídico, en la búsqueda de oportunidades de rentabilidad, en la reorganización de las estructuras de las empresas o en las fusiones y adquisiciones. Las élites antiguas decayeron en influencia, en posición social y en ingresos. Hubo un tiempo de adaptación en el que las élites nacionales quisieron convertirse en parte de las élites globales, y a menudo lo consiguieron a través de sus descendientes. Pero hubo gente que se quedó descolgada en ese cambio y que aceptó mal su pérdida de posición. Esa situación no quedó resuelta del todo, y a las viejas élites les gusta demostrar, cuando tienen ocasión, que aún poseen poder.

Ahora existe un nuevo desplazamiento que genera un desencaje y una desorientación relevantes. Las élites españolas giraron hacia el circuito global, pero este se está fragmentando y la bandera vuelve a ser importante, por lo que se ven relegadas. Estados Unidos se despega de Europa, lo que deja un espacio menor y más subordinado a las élites nacionales. Hay élites que necesitan el vigor del territorio, y por tanto quedan atadas a él, y otras que no lo necesitan porque sus fuentes de ingreso provienen de diversos países.

No hay que olvidar que esta distancia entre las clases con más recursos incluye una lucha por el mérito que es también una lucha moral. Ocurre en Estados Unidos, donde las figuras de la tecnología y de las finanzas miran por encima del hombro a las cognitivas, las procedentes de la Ivy League, que eran muy relevantes en la época precedente: estaban en las consultoras, en el asesoramiento al gobierno, en los *lobbies*, en los despachos de abogados, en las instituciones internacionales. Las nuevas élites señalan que es su arrojo, su inteligencia y su dedicación lo que las ha llevado al éxito, y que el declive de las élites cognitivas es la consecuencia lógica de su ineficiencia. Branko Milanović ha retratado bien la brecha moral que late en su argumento: los capitalistas actuales trabajan de diez a doce horas diarias, ya no son clases ociosas, sino personas especialmente preparadas para desenvolverse en entornos de riesgo. Quienes carecen de esas virtudes, caen legítimamente en la escala social porque no

están cualificados, no han entendido el momento o carecen de la inteligencia o el valor necesarios. El resultado final no es solo la división en las clases altas, sino un creciente sentido de la superioridad: «Las élites estadounidenses contemporáneas exhiben desprecio por sus semejantes y un orgullo casi calvinista por su éxito», afirma Milanović. Es fácil entender que ese desprecio se extiende hacia las europeas, y Vance se ha encargado de recalcarlo.

Lo más habitual en esos contextos es que las élites sobrepasadas tiendan a adaptarse a las maneras de pensar y de actuar de las nuevas con la esperanza de no quedar relegadas. Es lo que estamos viendo en España, y de ahí surgen algunas dinámicas internas. En un sentido, porque la deriva de las élites nacionales hacia el marco de pensamiento estadounidense, es decir, trumpista, es acentuada. Se percibe en el aprecio por Milei, muy notable en la almendra central madrileña, pero también en la insistencia en la IA como solución de futuro, en el foco en la productividad y en la cada vez mayor animadversión hacia lo público. El proteccionismo les cuesta más. Al fin y al cabo, el proteccionismo es un arma que está utilizando el país dominante para disciplinar a los países subordinados, y el nuestro lo es.

En un segundo aspecto, los desanclajes de las élites suelen producir agitación social. En España, ese malestar entre las clases afortunadas tiene una deriva muy evidente en su descontento con la política y en su desprecio por los representantes públicos. Puede decirse que Sánchez focaliza la animadversión, pero las élites no confían en absoluto en Feijóo y miran con mucha precaución a Abascal. Como de costumbre, la tarea esencial, porque es la que permite conservar la superioridad moral, es buscar el chivo expiatorio, y la política está en su diana.

Sin embargo, toda esa agitación sirve para encubrir un hecho evidente. Nuestro sistema, desde hace años, es elitista porque la mayoría de la gente que ocupa puestos de responsabilidad y bien retribuidos proviene de familias que ocupan una posición social privilegiada. Los hijos de las élites son los que se sitúan en los trabajos de élite porque el ascensor social se ha parado, con lo que no existe renovación. En estos sistemas, las élites se convierten en el único motor y, si se detienen, como es el caso, se entra en crisis. No hay

ideas, y tampoco la revitalización que aportarían nuevos actores. Todo se resuelve en malestar, luchas internas y falta de proyecto. Joaquín Costa reconocería bien este instante.

Por eso nuestra política está tan agitada y enfrentada. El agotamiento de las élites lleva a que la tarea principal sea buscar un responsable de los problemas, que a veces es Sánchez, a veces los catalanes…

ENRIC: Los catalanes o el último inmigrante que acaba de llegar.

MADRID DF Y SUS PERIFERIAS

ENRIC: Para no enfocarlo con la retórica habitual, empezaría diciendo lo siguiente: en España, desde la segunda mitad del siglo XX, se producen cuatro novedades básicas: primera, la restauración de la monarquía; segunda, la transformación de Madrid en una gran capital económica; tercera, la regionalización del país bajo la denominación comunidades autónomas; cuarta, la angustia vital de Barcelona, antigua capital industrial, con la consiguiente reafirmación nacional de Cataluña. El concepto Cataluña-nación es mayoritario en Cataluña porque Barcelona se ha sumado al mismo con más intensidad.

Por orden, restauración de la monarquía, regionalización del país, aceleración de Madrid como gran capital económica y financiera con ambición de alcanzar el 30 % del PIB español, y reacción catalana, que podía haber sido unitaria o de frente autonomista amplio, y no lo fue porque pesó más la pugna entre CDC y ERC por el voto nacionalista tras la retirada de Jordi Pujol de la política.

José María Aznar está viendo madurar una de sus grandes apuestas, un Gran Madrid con diez millones de habitantes capaz de sujetar la nación y dirigirla en todas sus líneas principales. Eso se está llevando a cabo en estos momentos con una gran aceleración. El general Franco autorizó en los años cincuenta que Madrid realizase una serie de anexiones municipales (Carabanchel, Vallecas, Fuencarral, Chamartín, Vicálvaro, Hortaleza, El Pardo, Barajas, Canillas, Canillejas, Villaverde, Carabanchel Alto y Carabanchel

Bajo), para convertirla en la ciudad con mayor número de habitantes. En Barcelona no se autorizaron nuevas anexiones, la última se remonta a 1921, el actual barrio de Sarrià. Los municipios de L'Hospitalet, Esplugues, Santa Coloma de Gramenet, Sant Adrià del Besòs e incluso Badalona podrían ser hoy distritos de Barcelona, pero ese no era el plan. Si Badalona fuese distrito de Barcelona no habrían ocurrido los sucesos de finales de diciembre de 2025, cuando una turba de doscientas personas estuvo a punto de asaltar una parroquia cuando corrió la voz que iba a dar alojamiento a parte de los inmigrantes que habían sido desalojados de un viejo instituto fuera de uso. El Madrid metropolitano tiene una autoridad unificada. El alcalde de Madrid gobierna una ciudad de más de 3,5 millones de habitantes y tiene por encima a una presidenta de comunidad autónoma con mayoría absoluta en la asamblea regional, que en realidad es asamblea provincial, asamblea metropolitana, con solo cuatro partidos políticos. En Madrid manda el PP sin ningún tipo de discusión. Una concentración de poder casi cesarista. La Barcelona metropolitana no es así. También supera los tres millones de habitantes, pero presenta otra estructura. El alcalde de Barcelona gobierna una ciudad de 1,7 millones de habitantes, el resto del área metropolitana está dispersa en alcaldías más o menos autárquicas y tienen por encima una presidencia de la Generalitat sin mayoría clara en el Parlament de Catalunya, donde se hallan representados siete partidos políticos.

Franco no promovió ni autorizó anexiones municipales en Barcelona, pero debido a la oleada de crecimiento urbano provocada por el Plan de Estabilización se autorizó en 1964 una Corporación Metropolitana de Barcelona que Jordi Pujol se cargó en 1985, cuando vio que Pasqual Maragall quería convertirla en un contrapoder de la Generalitat.

La maduración de Madrid como capital económica y financiera de España se ha desarrollado en tres fases: el desarrollismo, el ingreso de España en la CEE y la aceleración de la globalización. La metrópolis madrileña puede llegar a los diez millones de habitantes y alcanzar el 25 % del PIB español en la próxima década, lo cual la acercaría a París, que supone el 30 % del PIB francés.

Se ha escrito poco sobre ese fenómeno. Intentaré explicarlo mejor: se ha escrito mucho sobre el poderío de Madrid y se ha teorizado poco, al menos por escrito. Cuando un poder avanza, no le gusta definirse. Simplemente, avanza. El arquitecto Fernando Caballero ha publicado un libro titulado *Madrid DF,* verdaderamente valioso para discutir más a fondo sobre el fenómeno Madrid. Es un libro pro-Madrid escrito con verdadera honestidad. No es un libro de encargo. Arrastrada hacia abajo por el declive imperial y colonial, Madrid se ahorra la fase industrial, que crea una república y acaba en una dictadura. Madrid no fue capital industrial, pero sí capital financiera y eso fue muy importante después del Plan de Estabilización de 1959, cuando empezaron a entrar los capitales extranjeros. Bajo la protección de la dictadura, la ciudad sigue creciendo y salta directamente a la economía de servicios con una gran capacidad de agregación de actividades, no todas ellas vinculadas al Estado, como erróneamente se cree todavía en Cataluña. Agrega actividades y dispone de suelo para todo lo que haga falta. Dispone de suelo incluso para una ciudad de chabolas que casi todo el mundo ignora: la Cañada Real. El suelo es la clave del gran salto de Madrid. El suelo y una muy buena red radial de transportes fortalecida por las autovías subvencionadas por la Unión Europea y la red de alta velocidad ferroviaria, también construida con la ayuda de fondos europeos. Una red obsesivamente radial. Todo conduce al centro. No hay tren de alta velocidad entre Barcelona y Valencia. No hay tren de alta velocidad entre Bilbao y Barcelona. Para ir de Zaragoza a Valencia es mejor pasar por Madrid. Para ir de Murcia a Granada hay que pasar por Madrid… en fin. El dibujo está claro y en estos momentos es irreversible. La realización del corredor ferroviario mediterráneo —al que Aznar se oponía— logró desbloquearse en 2011 pero ha avanzado con lentitud: es más costoso y lento construir nuevas infraestructuras en el litoral, muy urbanizado, que en la despoblada meseta. Se han perforado grandes túneles en la sierra de Guadarrama y en Pajares, pero aún no se ha construido el túnel pasante de Valencia para agilizar el paso de tres (cercanías, media distancia, alta velocidad y mercancías) entre el sur y el norte. En estos momentos prácticamente

no hay una sola área metropolitana en un radio de 250 km de Madrid, si exceptuamos Valladolid.

Se ha puesto en marcha una extraordinaria capacidad de absorción de energías que ya incumbe a todo el país. Las familias de clase media que se lo pueden permitir mandan a sus hijos a estudiar un máster en Madrid para que tengan un título profesional y sobre todo empiecen a tejer contactos en la capital. Así están creciendo las universidades privadas. Hace veinte o treinta años, la aspiración era tener la universidad cerca de casa. Ahora esa tendencia está cambiando. Hay que ir a estudiar a Madrid, porque en Madrid se concentran cada vez más las oportunidades profesionales. Barcelona es el único subsistema que resiste a esa gran capacidad de absorción, con crecientes dificultades, digámoslo todo. Madrid absorbe capitales y estudiantes de Latinoamérica. Madrid absorbe energías de muchas direcciones y genera una noria aspiracional casi imbatible. Ese fenomenal aspirador es hoy gobernado por una fracción del PP que aspira a gobernar España muy pronto o tras un cierto periodo de espera, si Alberto Núñez Feijóo logra presidir el Gobierno. Creo que el periodo de Gobierno de Pedro Sánchez se puede definir a partir de una pregunta: ¿Cuánto tiempo se puede gobernar España teniendo al Madrid DF en contra? Esa es la novedad. Madrid manda mucho más en España.

ESTEBAN: Sí, es una novedad crucial porque crea un nuevo mapa en el que lo geográfico se superpone a lo administrativo. Todas esas transformaciones han derivado en una articulación en red de España con un núcleo alrededor del cual se inscriben círculos concéntricos. La preeminencia del centro y la creación de nuevas periferias tienen muchas consecuencias políticas.

Esa estructura se percibe nítidamente en la misma capital. Con la expresión Madrid DF se designa la ciudad de la almendra central, esa en la que están el Congreso, el Senado, la Moncloa, el Tribunal Supremo, la Audiencia Nacional y el Tribunal Constitucional, pero también las consultoras, los *lobbies*, los grandes despachos jurídicos, los medios de comunicación de masas, las empresas publicitarias, las oficinas de inversión, las sedes de las grandes empresas y una cada vez mayor concentración de los centros educativos de élite. Es el espacio

de las grandes decisiones, que cuenta con su propio circuito, sus clubes sociales y deportivos, sus locales de ocio y sus espacios de interactuación, donde unos y otros se encuentran y conviven sin necesidad de relacionarse con gente que no pertenezca a su círculo. Es el Madrid de los *insiders*, que se prolonga en esas urbanizaciones de alto poder adquisitivo de la periferia.

Hay otro centro de la ciudad, ese que una vez tuvo habitantes y vida propia, y ahora es un espacio vacío atravesado por turistas y convertido en un centro comercial y de ocio. Tiene mucho de metáfora de España: es un espacio para el exterior, llenado por turistas, compradores, inversores o gente de fiesta. Ni siquiera los barrios de más prestigio, como el de Salamanca, pueden resistirse a esa tendencia, y cada vez están más habitados por clases adineradas latinoamericanas, en especial de México o de Venezuela. Madrid quiere ricos, aunque sean de fuera. Esta reorientación hacia el exterior del centro de la ciudad, que antes nutría a la ciudad misma, contiene una metáfora muy poderosa.

Fuera de la almendra central aparece el Madrid de las piscinas, ese al que marcharon las clases medias y medias altas; el Madrid de los barrios populares, donde la vida de sus habitantes consiste en trasladarse diariamente desde su lugar de residencia hacia el lugar de trabajo; el Madrid de los barrios de clase media, usualmente habitado por personas mayores; y el Madrid gentrificado, donde viven los profesionales formados cuyo origen es la clase media y la media alta, pero que cada vez están más precarizados. Más allá está el Madrid periurbano, ese en el que predominan las furgonetas blancas que recorren la M30 y la M40 y donde vive la mano de obra de servicios. Y más allá aún están las poblaciones alejadas de la capital, e incluso las de provincias cercanas, a las que se han mudado las clases medias y medias bajas para contar con un nivel de vida un poco mejor.

Son lugares con muy poca conexión entre ellos, porque los problemas que afrontan son diferentes. Se han creado microclimas producto de esa ruptura de la unidad urbana. Electoralmente, Madrid es un territorio complicado de manejar, porque los mensajes que funcionan en un lugar no lo hacen en otro. En las últimas autonómicas y municipales, el PSOE de Lobato y Reyes Maroto

apostó por un marco dirigido al Madrid de las piscinas, mientras que Más Madrid emitió mensajes que solo podían arraigar del todo en el Madrid gentrificado. El PP se centró en una idea general, la de la ciudad pujante que nunca cierra, el rompeolas de todos los que quieren prosperar, el espacio vibrante de las oportunidades. Cabe apuntar que ninguna de esas propuestas dejaba espacio a las periferias.

Ese mapa en red ha articulado una España definida por la relación de cercanía y oposición entre el centro y sus periferias. Madrid ha absorbido recursos, mano de obra y capacidad de decisión; Barcelona y País Vasco compiten con poco éxito con la capital; Zaragoza y Valencia se conectan con ella; Sevilla o Málaga intentan reproducir el modelo madrileño, en especial mediante el turismo; las ciudades y provincias peor conectadas sufren la falta de vitalidad, la emigración de los jóvenes y la ausencia de inversión. Primero intentaron resolver los problemas que les generaba esa nueva configuración apostando por iniciativas turísticas, ahora creen que la solución consiste en convertirse en centros logísticos. De nuevo, las conexiones.

Las consecuencias políticas de este mapa de España son notables y en ellas arraigarán las novedades electorales. La mayoría de los partidos sigue dirigiéndose a la España del mapa administrativo, y ese tiene menos peso hoy. Es difícil gobernar con Madrid DF en contra, pero sobre todo cuando no se tiene un proyecto ni para el conjunto de España ni para ese conjunto de periferias urbanas que han sido sofocadas por la gran urbe, ni para las ciudades pequeñas e intermedias. Hay muchas periferias desatendidas en España; en ellas reside la mayor parte de la población y la política no las ha tenido en cuenta.

ENRIC: Pienso que la cuestión catalana ha influido en este proceso. Permíteme un cierto recorrido histórico. Cataluña contribuyó a traer la República en 1931 y el Estado de las autonomías en 1978. Quizá contribuyó, aparentemente sin quererlo, a la derrota de la República, y a punto ha estado de cargarse el Estado de las autonomías. «Cataluña se inventó la República y después contribuyó a destruirla», escribió con cierta acidez el periodista Agustí Calvet, *Gaziel*, director

de *La Vanguardia* en los años treinta. Sus *Meditaciones en el desierto*, memorial escrito a lo largo de la posguerra, es estremecedor. Creo que Gaziel se aproximaba bastante a la verdad. Barcelona es determinante en la victoria republicana de 1931 y en 1934 lleva a cabo el disparate del 6 de octubre que contribuye a potenciar las conspiraciones contra la República. Quizás el 18 de julio se habría producido sin el 6 de octubre y la revolución de Asturias, pero no es descabellado suponer que ambos episodios espolearon la conspiración contra la República. Al estallar la Guerra Civil, Barcelona derrota de manera contundente a los facciosos, pero las milicias antifascistas ponen en marcha un proceso revolucionario que llega a colectivizar panaderías y barberías. Una revolución en mayúsculas, liderada por los anarquistas, frente a la consigna comunista de preservar un bloque burgués y pequeño burgués afecto a la República, para poder pedir ayuda a franceses y británicos cuando Franco recurre a alemanes e italianos. Esa contradicción acaba a tiros en Barcelona en 1937. Ganar la guerra y dejar para después la revolución. Hacer la revolución para ganar la guerra. Ese es el dilema que surge de Cataluña mientras las tropas de Franco avanzan en casi todos los frentes. Franco gana la guerra y sus generales evitan que la Falange entre en Barcelona con octavillas y carteles redactados en lengua catalana, como quería Dionisio Ridruejo, jefe de propaganda de los falangistas. Mandan quemar ese material. Grave error. La primera gran huelga del franquismo se produce en Barcelona en 1952. La huelga de tranvías. Una nueva generación de eclesiásticos decide cambiar de bando en los años sesenta oficiando las misas en catalán. Las parroquias de Barcelona y su periferia se abren a Comisiones Obreras y a la Assemblea de Catalunya, creada en 1971, que fue en realidad el único órgano unitario de oposición democrática que funcionó en España durante la dictadura. A Adolfo Suárez le falla la provincia de Barcelona en 1977. Estaba seguro de obtener la mayoría absoluta en las elecciones del 15 de junio y pincha en Barcelona, fundamentalmente en Barcelona, circunscripción electoral donde se desequilibra la relación de fuerzas de UCD con la izquierda. Le faltan diez diputados para alcanzar la mayoría absoluta. O se alía con Alianza Popular, que lo devoraría, o se abre al consenso con la izquierda en un proceso constituyente

abierto que acabará alumbrando la Constitución de 1978. Entretanto, Suárez recurre audazmente a la carta Tarradellas, al regreso del exiliado Josep Tarradellas en calidad de presidente de la Generalitat para moderar las reclamaciones catalanistas y evitar que las capitalice la izquierda. El regreso de Tarradellas alienta el autonomismo en toda España y abre la vía para que los electores catalanes de UCD acaben votando a Jordi Pujol en 1980, cuando Suárez ya ha entrado en crisis y la izquierda se perfila como ganadora de las primeras elecciones al Parlament de Catalunya. En 1980 Andalucía se ha rebelado «constitucionalmente» contra las dos velocidades para la obtención de la autonomía, lo cual a su vez acelera la crisis de UCD y alimenta el complotismo militar que cristaliza en el 23-F, que a su vez acabará abriendo las puertas de par en par al PSOE como fuerza estabilizadora. Cataluña aporta miles de votos a las mayorías absolutas de Felipe González mientras Jordi Pujol se fortifica gracias al denominado «voto dual»: el área metropolitana barcelonesa vota socialista en masa y una parte de ella se abstiene en las elecciones catalanas. La «dulce derrota» de González en 1996 se sostiene en Barcelona. José Luis Rodríguez Zapatero gana en las dramáticas elecciones de 2004 gracias en buena medida a la movilización electoral en Cataluña, que en 2008 dará veinticinco diputados al PSC. Cataluña actuó de acelerador del Estado autonómico en 1977 y estuvo a punto de cargárselo con el *procés* en 2017, cuarenta años después. Veremos qué pasa en los próximos años.

La derecha profunda quiere cambiar la Constitución o construirle un arnés a base de leyes orgánicas. Pedro Sánchez ha tenido sus principales apoyos en Cataluña: el PSC, por supuesto, Esquerra desde 2018 con notable lealtad, y después Junts, con fórceps, mala cara y exigencias que otro líder socialista seguramente se hubiera negado a aceptar. El hombre que Sánchez envía a negociar con Carles Puigdemont en Bruselas, Santos Cerdán, ha acabado en prisión acusado de participar en una trama de cobro de sobornos que se deberá demostrar. Un precio alto para el PSOE que ahora no puede amortizar porque a Sánchez se le han complicado muchas cosas a la vez y el bloque judicial conservador no le perdona la ley de amnistía. El voto catalán impidió que Alberto Núñez Feijóo ganase las

elecciones generales del 23 de julio de 2023, cuando ya casi las tenía en el saco. Feijóo creía tenerlo todo ganado y este país nunca regala nada. Ahora tiene a Sánchez debilitado, pero Isabel Díaz Ayuso le disputa cada día el liderazgo social de la derecha. Y de nuevo, un factor catalán puede alterar los cálculos. La aparición de Aliança Catalana puede decantar ahora las cosas hacia el otro lado, porque este nuevo partido, que es más un anuncio, una advertencia, que una realidad tangible, está moviendo el eje político catalán hacia la derecha conforme al signo de los tiempos. Aunque Aliança Catalana no se presente a las próximas elecciones generales —eso dicen que van a hacer— su discurso alimenta a Vox y aleja a Junts de futuros pactos con la izquierda. La paradoja es la siguiente: la ley de amnistía ha desactivado al independentismo, liberando espacio para un movimiento de carácter reactivo que aúna el desengaño, la desorientación propia de la época, los sentimientos antipolíticos, el resentimiento contra el mundo urbano, la pérdida de empoderamiento de las antiguas clases medias que en su momento Jordi Pujol supo agrupar en clave nacionalista pero también antisocialista. En política el vacío no existe y Cataluña no ha sido nunca tan de izquierdas como pueda creerse. En las elecciones generales, Cataluña ha votado mayoritariamente al Partido Socialista como portador de un programa reformista, como mal menor o como muro de contención. Ese muro de contención puede ahora venirse abajo porque Sánchez está agotando su ciclo y ha surgido también un vector trumpista específicamente catalán. Era imposible que no surgiese en Cataluña un movimiento como ese. Estaba latente. La Lliga Nord ya estaba presente en el *procés* pero aún no se había desinhibido. Conclusión: Madrid va como una moto y Cataluña puede dejar de ser el baluarte progresista capaz de socorrer a la izquierda española en el último minuto. Si esto se confirmase, podríamos estar ante un verdadero cambio estructural en la política española. Pero no adelantemos acontecimientos… Vienen muchas curvas.

ESTEBAN: La dinámica catalana que retratas es muy interesante, Enric, porque describe una constante que conviene recordar. La historia es dinámica: lo que hoy acelera contiene la semilla de la detención, y lo

que hoy parece un regreso puede traer un avance. Conviene mirar más lejos y no solo a lo inmediato. Por citar algo que se suele mencionar en estos tiempos, los Gobiernos municipales de izquierdas en Italia tras la Primera Guerra Mundial impulsaron la pérdida de la pequeña burguesía y la empujaron hacia Mussolini; el fracaso de Weimar alimentó a Hitler. El *procés* ha llevado al poder al PSC, pero puede terminar derribando al Gobierno de Sánchez.

En cuanto a las dinámicas de fondo, el *procés* ha supuesto un cierre en falso del problema territorial, porque ha identificado a la capital con el país, al contrario de lo que ha ocurrido en otros Estados. París no es Francia para la mayor parte de los franceses; incluso, si se quiere, es la anti-Francia. Londres es el anti-Reino Unido…

ENRIC: … Londres produce el *brexit*…

ESTEBAN: Así fue. Sin embargo, aquí, lo que asentó el *procés* fue la consideración de Madrid como baluarte de España. Por eso digo que es un cierre en falso: Madrid no es el baluarte de España; al contrario, la capital tiene las mismas características negativas para el conjunto del territorio que París o Nueva York. La almendra central madrileña está captando los recursos del resto del país. ¿En qué momento León, Zamora, Salamanca, Cáceres, Badajoz, Valladolid o Jaén, por citar algunas provincias, pueden creer que su futuro depende de una España articulada en torno a la pujanza de Madrid? Es todo lo contrario: la configuración económica que ha llevado al crecimiento de la capital es también la causa de que esos territorios vayan hacia abajo. Sin embargo, con la confrontación entre la capital y Cataluña, el discurso que se ha instalado es que Extremadura tiene pocos recursos porque Cataluña se los quita. En concreto, el Gobierno está dando demasiados recursos a zonas ricas de España por razones políticas, en lugar de proporcionárselos a quienes de verdad les hacen falta. Y ese discurso es simétrico en Barcelona: Cataluña recibe menos de lo que necesita porque, aunque genere recursos, debe emplearlos en financiar a Extremadura. Al entrar en esa confrontación dialéctica entre Madrid y Barcelona, con las provincias en declive reunidas en torno a la

capital, se pasa por alto la realidad: Madrid es la gran beneficiada de un tipo de economía orientada hacia el exterior, más extractiva que productiva, que impide que las distintas periferias dispongan de opciones para una vida mejor. Las consecuencias negativas de esta configuración aparecen también en la gran urbe. Los precios de los bienes necesarios para la subsistencia se encarecen; las oportunidades que ofrece para las clases medias y medias-altas son cada vez más inestables; una parte significativa de sus habitantes se ve obligada a marcharse para encontrar vivienda que pueda pagar; las clases trabajadoras difícilmente encuentran un ascensor que les permita subir algún piso. En ese mapa político dibujado por el enfrentamiento entre Madrid y Barcelona, y en el que aparece ocasionalmente la España de la despoblación, las periferias de las grandes urbes se han convertido en lugares invisibles, incluso cuando pueden ser decisivos electoralmente.

ENRIC: Creo que en España hay palpitaciones de malestar territorial de nuevo tipo, un malestar más local que regional. En una misma comunidad autónoma empieza a haber realidades territoriales muy distintas y distantes, mucho más distintas y distantes que hace cuarenta años. La despoblación del interior y la acumulación de población en el litoral y en el Gran Madrid, la pérdida de fuerza de muchas capitales de provincia, la captación masiva de jóvenes cuadros profesionales desde la capital de España, lo cual acaba de explicar la proliferación de universidades privadas en Madrid; las familias de clase media y con posibles de casi todos los rincones de España quieren que sus hijos vayan a estudiar y trabajar a Madrid. Hace treinta años sus padres les enviaron a estudiar en la recién estrenada universidad de su comunidad autónoma… Hay un cambio de escala. Surgen exitosos grupos musicales como Las Sanguijuelas del Guadiana, extremeños, que expresan su rabia y desazón por no poder vivir en la ciudad en la que han nacido, mientras las escuelas de negocios de Madrid y Barcelona se llenan de estudiantes de toda España y del extranjero. Veremos cómo esos latidos locales se expresan en el ciclo de elecciones autonómicas que ha dispuesto el PP

para medir fuerzas con Vox y colocar al Partido Socialista contra las cuerdas antes de la gran prueba electoral en Andalucía.

ESTEBAN: Sí, porque hablamos de territorios llenos de contradicciones. Castilla y León o Extremadura, como tantas otras partes de España, tienen mucha población mayor que tiende a votar de manera fiel, mientras que sus jóvenes se marchan, lo que frena el potencial de cambio. La vida cotidiana es relativamente buena en sus ciudades principales, mejor que en las grandes urbes, pero las marcas de la decadencia están presentes. Las calles mayores de muchas ciudades han visto cómo sus tiendas tradicionales eran sustituidas por franquicias, que ahora tienden a cerrarse, lo que deja bastantes locales vacíos. Un simple paseo por ellas hace visible el declive.

Son territorios en los que conviven una pulsión conservadora y otra de cambio necesario porque sienten el dolor del abandono. Una vez pasada la fase de Podemos y Ciudadanos, el voto ha regresado a las dos grandes formaciones, pero el descontento sigue ahí. Ahora es el momento de Vox, que no solo se apoya en clases medias de las ciudades pequeñas e intermedias, sino que ha penetrado también en los autónomos y en el mundo del campo, y está activando a los jóvenes. El otro camino de salida, muy en línea con los tiempos, son los partidos provincialistas, como Unión por el Pueblo Leonés o Soria ¡Ya!, que nacen de la descreencia en las formaciones tradicionales y que muestran cómo el malestar no se articula desde la ideología sino desde la identidad territorial.

En regiones como Extremadura y Castilla y León, por sus condiciones de vida, deberían haber crecido significativamente las derechas populistas, hasta el punto de que, si hubieran seguido las pautas de la política occidental, se hubieran convertido en la primera fuerza. Pero son comunidades que se mueven entre la pulsión conservadora y la necesidad de cambio. En este sentido, reflejan bien la España actual.

Andalucía, aunque muchas de sus poblaciones viven dinámicas similares a Castilla y León, es un territorio diferente. Tiene zonas costeras con bastante turismo y ciudades en cuyas periferias los partidos de izquierda conservan recuerdo de voto. Hay zonas agrícolas

y focos de inmigración. Tiene ciudades con dinamismo, como Málaga y Sevilla. Es un contexto cuyo pasado pertenece a la izquierda, en el que Vox aparece en el horizonte como futuro, pero en el que el presente pertenece al PP. Valencia es un territorio que contiene más material inflamable…

ENRIC: Valencia. La Comunidad Valenciana es clave. Llevo años repitiéndolo. Riqueza y mucha actividad en la costa, comarcas potentes en el interior, puesto que nada en Valencia, Castellón y Alicante se halla muy lejos del mar y del turismo. Comunidad bilingüe con un notable porcentaje de población de otras comunidades, preferentemente personas ya maduras, que han decidido retirarse en el Mediterráneo, población extranjera. Histórica vecindad entre la ciudad y el campo, hace años muchísimas familias valencianas tenían una huerta o un campo de naranjos. Esa proximidad al campo es muy importante en la mentalidad valenciana. Y en el habla de los valencianos. Muchos vendieron durante las fiebres inmobiliarias de los años noventa y posteriores. Sentimientos comunitarios organizados alrededor de las fiestas. Más de quinientas agrupaciones musicales. Una sociedad viva, barroca en ocasiones, con momentos y actividades en los que a veces no está muy clara la frontera entre la legalidad y la economía subterránea. Una sociedad bastante italiana, con más orden. El renacimiento italiano, no lo olvidemos, entró en España por Valencia. Buenos estudios universitarios. Una fuerte tradición literaria compartida con Cataluña y una interesante nómina de autores en lengua castellana. Citaría a Ferran Torrent y a Manuel Chirbes. En Valencia gana la derecha cuando sopla bien el viento de las plusvalías y gana la izquierda cuando la derecha se pasa de rosca. Ocurrió en 2015 después de la oleada de casos de corrupción. El socialista Ximo Puig presidió la Generalitat Valenciana durante ocho años con un buen balance, sinceramente creo que con un buen balance, pero ocurrieron cuatro cosas: los votantes de derecha que se habían abstenido perdonaron al PP o se sintieron movilizados por Vox, la inflación posterior a la guerra de Ucrania pasó factura, el equipo de Sánchez no lo supo ver en las elecciones locales del 28 de mayo de 2023 y Yolanda Díaz cometió el disparate de Magariños, poniendo en

escena la escisión de Unidas Podemos dos meses antes de que la izquierda española se jugase el cuello en unas elecciones locales muy importantes. El PSOE mejoró relativamente sus resultados en casi todas las comunidades que acudieron a votar y UP se pegó un porrazo descomunal. Sus antiguos votantes se quedaron en casa o escogieron la papeleta del PSOE. Estaban avisados, pero no escucharon. La izquierda, como sabes, perdió la presidencia de seis comunidades en aquellas elecciones, varias alcaldías importantes y quedó a los pies de los caballos. En la madrugada del 29 de mayo de 2023, Sánchez pidió a sus colaboradores que le proyectasen los resultados de aquellas elecciones en la hipótesis de unas generales. Cuando vio los resultados decidió adelantar. Dos años después, la Comunidad Valenciana ha sido escenario del mayor descalabro de la política autonómica desde que esta se desplegó en los años ochenta. ¿Cuáles serán sus consecuencias? Creo que hoy Vox podría ganar las elecciones en la Comunidad Valenciana.

ESTEBAN: Sí, pero creo que, si reparamos solo en la diversidad y la diferencia de cada autonomía, hay algo que nos perdemos. Y el foco en Vox, o en el crecimiento de las extremas derechas, también perturba la lectura de la situación. Este es un momento no solo de malestar, sino de anhelo de futuro. A menudo, las discusiones sobre los mapas españoles insisten en la profundización en el traspaso de competencias y de recursos para llevarlas a cabo o en la necesidad de recentralizar, dependiendo del lado del espectro político que se pronuncie. Hay quienes insisten en que las autonomías han traído muchas aportaciones positivas y que conforman una estructura indispensable. Sin embargo, quedarnos en estas perspectivas nos lleva a la detención, a prolongar la incapacidad para afrontar lo que viene. Es necesario algo más. Máxime cuando las fracturas generales afectan también a cada región. Muchas autonomías están rompiéndose geográficamente. En Andalucía se aprecia, pero en Cataluña todavía más: la gran brecha aparece entre las costas y el interior.

ENRIC: Está a punto, está a un paso…

ESTEBAN: No es lo mismo la Andalucía del interior que la Andalucía costera, la Cataluña del interior que la Cataluña costera. Tampoco es lo mismo el este que el oeste. Son cambios que provocan alteraciones en la política que todavía no se sabe bien cómo afrontar.

Cuando se afrontan los problemas de los territorios, se sigue poniendo el foco en algo necesario, como es la sanidad, la educación y las conexiones. Reincorporar a las distintas periferias supone algo más. Para movilizarlas hace falta un impulso diferente, una energía que permita que la gente comience a creer de nuevo. Y no se logrará si no tomamos en serio esta nueva cartografía.

ENRIC: ¿Cómo establecer nuevos objetivos comunes? Este debería ser el tema de una próxima legislatura. Pero quiero señalar otra cosa: los nuevos discursos que vienen de América están cancelando la discusión sobre el cambio climático, una patraña según la nueva Estrategia de Seguridad Nacional de Estados Unidos. En Bruselas la expresión «Transición ecológica», eje discursivo hasta hace un año, ha caído en picado. El cambio de prioridades está claro. ¿Cómo será el clima en España dentro de veinte años, dentro de treinta? Observo un cierto desplazamiento de población hacia el norte. Hay muchísima más gente en verano en Asturias que hace unos años. ¿Habrá una gran migración hacia el norte? La Asturias de los veranos de 2020 no es la misma Asturias de 1980.

ESTEBAN: Desde luego, ni Cantabria tampoco…

ENRIC: Ni Cantabria, ni el País Vasco, etc. Esto va para arriba…

ESTEBAN: Sí, sí, pero existe también una divergencia entre clases, ligada a la posibilidad de futuro. Las clases medias y medias altas pueden permitirse huir de su territorio. En Madrid es evidente, porque acuden anualmente un buen número de personas de otras provincias a estudiar o a buscar esos empleos cualificados que en sus ciudades escasean. Esa migración queda limitada a quienes tienen recursos, porque la vida en la ciudad es muy cara. Si en tu provincia no hay trabajo, o está mal pagado, y no cuentas con cierto capital, es

complicado que puedas venir a Madrid o a Barcelona. El salario que ganarás sirviendo comidas no hará que te puedas pagar una vivienda ni te permitirá afrontar el coste de la vida. Se está creando así un subproletariado en muchas provincias, porque en su territorio de nacimiento no tienen muchas opciones, pero tampoco pueden salir de él. Si en los próximos años hay un parón económico, seremos totalmente conscientes de las consecuencias políticas y sociales que esto supone. Sin ir más lejos, los circuitos de la droga se están nutriendo ya de ese subproletariado.

Esa diferencia de recorrido también se da en ese elemento vacacional que señalabas, y que eleva los precios en Asturias o en Cantabria. Hay gente que puede comprarse una segunda residencia en el norte o alquilar una vivienda durante algunas semanas, pero también hay mucha gente que no se va de vacaciones porque carece de los recursos para irse de vacaciones.

ENRIC: Y además esto redunda en otra pulsión, que yo creo que en el sur español es cada vez más visible, y que es un grito de apelación al Estado: oye, no nos dejéis colgados, no nos abandonéis…

ESTEBAN: Es una apelación muy racional.

ENRIC: Hará pronto cincuenta años, en Andalucía se popularizaba la bandera blanca y verde, ideada por Blas Infante con los colores de los Omeya. Hice el servicio militar en Almería, campamento de Viator, entre 1979 y 1980. En la ciudad se habían puesto de moda las locales para tomar el té con decoración árabe, los jóvenes leían *El collar de la paloma*, un sutil tratado sobre el amor escrito en el siglo XI por Ibn Hazm, uno de los grandes intelectuales de Al-Ándalus, publicado por Alianza Editorial. Aquellos libros de Alianza… Granada se había arabizado. Estaba en boga la teoría histórica según la cual no hubo una invasión militar masiva del islam, sino una ocupación gradual, en ocasiones pactada, como consecuencia de la paulatina disgregación del reino visigodo. Diversos políticos españoles, especialmente Alejandro Rojas Marcos, del Partido Socialista de Andalucía, después Partido Andalucista, viajaban a Trípoli para obtener ayuda económica del

coronel Gadafi. No fue el único. En los años setenta, Gadafi era un personaje popular en el sur de Europa. Hoy el péndulo está en el otro extremo. La bandera española manda sobre la bandera blanca y verde. Toda evocación musulmana o arabizante es vista con gran suspicacia. Granada celebra por todo lo alto la toma de los Reyes Católicos, se salva la Alhambra, porque la Alhambra es una extraordinaria maravilla; Almería es un fuerte bastión militar en el que Vox está escalando hacia arriba. Nadie le envía a su novia poemas amorosos andalusíes a través de WhatsApp. No hace falta que siga. La ley del péndulo.

ESTEBAN: Hay un grito de auxilio respecto del Estado que se produce en muchos lugares y que tiene mucho sentido. Si en ciertos territorios prima la defensa respecto de las injerencias estatales y se demanda más libertad de acción local, hay otros en los que la ausencia del Estado es percibida como abandono. No es extraño que la apelación a lo nacional regrese por encima de lo local. Hay muchos factores, y la mayoría ideológicos, alrededor de ese cambio de una bandera por otra, pero la demanda de un motor es uno de ellos. Lo explicaba muy bien Tomás Guitarte, el que fuera diputado en el Congreso en representación de Teruel Existe. Cuando se aprobaron los fondos europeos, se animó a que esas provincias atascadas presentasen proyectos para optar a ellos. Guitarte sabía que eso no bastaba: el problema de Teruel era su escasa fortaleza, por lo que podrían presentar únicamente iniciativas muy pequeñas. El impulso que necesitaban, que requería de mayor escala, no podía salir de ellos. Carecían de los recursos y de las estructuras precisos para poner en marcha iniciativas de mayor calado. Si ese empuje no venía desde el Estado, en forma de proyectos de mayores dimensiones, los fondos no serían más que pequeños parches.

ENRIC: Los fondos se han de decidir en Madrid.

ESTEBAN: Bueno, en Madrid y con las grandes consultoras mediando.

ENRIC: Creo que fue el presidente del Gobierno vasco, Imanol Pradales, el que decía que parte de los fondos de recuperación se estaban decidiendo en la sala VIP del aeropuerto de Barajas. Madrid es hoy el paraíso de los consultores. Y me temo que el cruce entre política y consultoría va a provocar más de un descalabro político en España, alguno más de los que ya hemos visto.

ESTEBAN: Esa dinámica es enormemente peligrosa porque acentúa la desconexión que ya existe entre la ciudad global y sus periferias, entre las costas y el interior, entre el núcleo urbano y el rural. Los proyectos que ahí se aprueban, que pueden ser mejores o peores, no revitalizan las distintas periferias, sino que suelen nutrir los beneficios de la almendra central madrileña. Los fondos debían haber sido articulados con mucha mayor visión de Estado, generando iniciativas que repercutiesen de forma duradera en la economía productiva. Las consultoras no pueden aportar esa visión. Se repite así la experiencia de las renovables. Puedes instalar molinos de viento o lo que quieras, pero si esa energía no es aprovechada, por ejemplo, para crear industria, lo único que se consigue es generar rentas que van a parar a las empresas de la gran ciudad.

ENRIC: Hay algo que me ha impactado mucho en los últimos meses. La cadena de desplomes en la política española. La dana de Valencia. El brutal espectáculo que ha dado Carlos Mazón protegido durante meses por Alberto Núñez Feijóo. España encerrada en El Ventorro durante meses. El apagón eléctrico del 28 de abril de 2025 que ha reabierto la discusión sobre el modelo energético y ha puesto las pilas, de uranio, a la causa de las centrales nucleares. Los incendios de verano del 2025 en el cuadrante noroeste, las visibles negligencias ante esos incendios. La caída del Peugeot de Pedro Sánchez por el barranco del descrédito: primero Koldo, después José Luis Ábalos, después Santos Cerdán. El desplome de Francisco Salazar, llamado a ser el verdadero número dos de Pedro Sánchez. Cae por fuego amigo, atención al dato. Los cinco días de abril de Sánchez, aquellos días de abril de 2024 en los que parecía decidido a dimitir, empezaron a mover cosas en el PSOE. Tengo escrito que Sánchez empezó a irse

durante aquellos cinco días de abril. Hemos visto a Santiago Abascal superar a Núñez Feijóo como candidato preferido a la presidencia del Gobierno. Hemos visto cosas que no creeríamos. Y las que nos quedan por ver con ese signo. Hay algo estructural que está empezando a fallar en este país.

ESTEBAN: En muchos sentidos. Utilizaré la experiencia madrileña con Filomena, que tuvo consecuencias mucho menos graves que los incendios, la dana o los trenes. Fue una nevada inesperada que colapsó la ciudad y en la que los vecinos tuvieron que utilizar las palas para quitar la nieve porque, si se hubiera esperado a los servicios municipales, una semana después la gente seguiría encerrada en sus casas. Lo que los ciudadanos percibieron fue la falta de respuesta de las instituciones.

Hay que constatar que, en muchos sectores, se ha producido una subinversión sistemática. En los incendios fue evidente: los montes estaban llenos de maleza, ya que durante el año apenas se trabajó en la prevención. Como se gastaba menos, los presupuestos aparecían ajustados y bonitos, pero cuando prendió el fuego, aquello ardió como el demonio. Y entonces llegó la segunda parte: los medios con los que se contaba no eran suficientes para combatir con eficacia y rapidez incendios tan complicados. Este es un asunto sistémico: en muchos ámbitos se está trabajando con lo mínimo, de manera que cuando hay un problema que excede de lo común, los problemas se multiplican. Y es más habitual de lo que parece: las plantillas de los hospitales o de los colegios e institutos pueden dar fe. Es un asunto de un gran importancia, como hemos visto con los trenes.

Al no contar con las capacidades institucionales suficientes, sean estatales o autonómicas, para responder a las situaciones de disfunción, la confianza social se pierde. Esto es particularmente grave para la democracia. Y da igual que en última instancia la responsabilidad recaiga sobre Mazón, sobre Puente o sobre cualquier otro: la realidad es que no se invirtió lo suficiente en la prevención y en la seguridad, y cuando hubo que responder, las instituciones dieron una respuesta muy insatisfactoria. Esto lo vio claramente Vox y su «el pueblo salva al pueblo», que es un lema eficaz porque refuerza la idea

de que estamos solos. La pérdida de capacidades para responder a los problemas, que se nota especialmente en las emergencias, pero no solo, es un problema democrático de primera magnitud porque genera una desconfianza brutal.

ENRIC: Antes te hacía un elogio del Estado autonómico, quizá voluntarista. Veo una crisis de escala en el Estado autonómico, que poco o nada tiene que ver con Cataluña. La cuestión catalana no está olvidada, pero ha pasado a segundo plano. Vuelve de manera intermitente, pero en estos momentos se halla sujeta, gracias a los indultos y la ley de amnistía. España no se ha roto, los independentistas han frenado, se les ha indultado y se les ha amnistiado y ello ha tenido un efecto real en la sociedad catalana. En el resto de España la mayoría de la gente era contraria a la amnistía. Seguramente siguen siendo contrarios. Pero pocos irán a votar pensando en la amnistía. Irán a votar pensando en el futuro, un futuro en el que hoy hay niebla, mucha niebla. Ese futuro oscila hoy entre lo local y lo global. Entre tu lugar en el mundo y el mundo dislocando lugares. Las escalas intermedias sufren. Las autonomías ya no son el lugar desde el cual se pueden prometer cosas cada día, el lugar desde el cual PP y PSOE tejen sus redes clientelares. Ahora hay que tomar decisiones dramáticas desde las autonomías: la atención de los ancianos durante la pandemia, apagar incendios forestales pavorosos, hacer frente a una brutal riada, promover vivienda a toda prisa, vetar a la gente que pise el bosque en las cercanías de Barcelona y matar a la mitad de los jabalíes para evitar que se propague la peste porcina… Es la hora de la verdad y el cuerpo autonómico español quizá no estaba preparado para ello. Hay también una devaluación de la calidad del personal político. Mira lo que te digo, Mazón era alumno de Zaplana, pero no era Zaplana. Hay una pérdida de calidad de parte del personal político en este país. Los problemas crecen de talla, y los talentos disminuyen. ¿Qué joven talento querría hoy meterse en ese Cafarnaúm? La política profesional volverá a ser patrimonio de los altos funcionarios, los únicos que pueden resistir el paso por el horno, porque tienen las espaldas cubiertas. Se cierra el círculo iniciado en

1977. Vuelven los altos funcionarios. Y algunos de ellos volverán con una propuesta de reforma de la Constitución bajo el brazo.

ESTEBAN: Es cierto lo que subrayas, pero yo iría más allá, porque estamos ante un elemento crucial. Los incendios sociales acaban produciéndose por esta falta de respuesta. Hemos perdido muchas capacidades por subinversión y las consecuencias son graves. Pienso, por ejemplo, en la delincuencia ligada al narcotráfico y a las mafias que están desafiando al Estado de una forma evidente, y lo puedes ver en el Estrecho. La realidad es que no hay ni medios ni personal policial suficientes para combatirlas con eficacia. La sensación que se transmite es tremendamente negativa, la de un Estado decadente que no protege a sus ciudadanos. Por eso, más allá de atribuir responsabilidades a los ayuntamientos, a las autonomías o al Estado, pondría el acento en lo general. Puede haber mala gestión de los recursos, y sin duda ocurre, pero lo peor es que apenas hay recursos. Es una cuestión que excede a ayuntamientos y comunidades. La pregunta es por qué no se destinan recursos. Una nueva configuración territorial o una reforma constitucional aportarían poco. Y un regreso del alto funcionariado con el mero propósito de poner orden sería como intentar solucionar hoy los problemas del pasado en lugar de los del presente.

5

LA ESPAÑA DEL «NOSOTROS PRIMERO». EL REGRESO DE TORCUATO

ENRIC: En la actual situación política española se acumulan tres *shocks* que aún no hemos digerido. El primer *shock* son los atentados del 11 de marzo de 2004, un momento terrible que decantó las elecciones legislativas que se celebraron tres días después. Es evidente que los autores de los atentados buscaban la desestabilización política de España y José María Aznar cayó en la trampa. Aznar manejó mal aquella situación, que no necesariamente tenía que significar la derrota del Gobierno y del PP. No era una situación fácil de gestionar, en absoluto, pero si Aznar hubiese llamado de inmediato a su lado al jefe de la oposición y hubiese convocado a Madrid a todos los presidentes de las comunidades autónomas, la respuesta social habría sido otra.

El vuelco electoral abrió una herida profunda en el PP. Nunca un partido en España había pasado de la mayoría absoluta a la derrota. El ambiente en Madrid era irrespirable. Lo recuerdo bien. Llegué a Madrid en marzo de 2004 para ponerme al frente de la redacción de *La Vanguardia* en Madrid. La ciudad estaba en *shock* y un grupo de aventureros de la prensa capitalina seguían aferrados a la autoría de ETA. Cuando ETA decayó, porque no había ninguna prueba, se pasó a la teoría de la conspiración: una mano oscura de alguna manera conectada con el PSOE. Ese relato complotista tenía varios objetivos: vender periódicos —la prensa digital aún se hallaba en una fase muy embrionaria—, ampliar la audiencia de la emisora episcopal, entonces en manos de Federico Jiménez Losantos, evitar la desmovilización de la derecha sociológica y sobre todo evitar que el PSOE volviese a adquirir el tono de «mayoría natural», con otros catorce años de

hegemonía electoral, como había ocurrido con Felipe González. Había que zarandear la situación constantemente para que el Gobierno de Zapatero pareciese provisional y accidental. Ilegítimo, en definitiva. Esa campaña tenía un objetivo adicional, marcarle el camino a Mariano Rajoy. Ahí se rompen los puentes entre el PP y el PSOE. Alfredo Pérez Rubalcaba, ahora elogiado como estadista por quienes querían meterle en la cárcel durante la negociación para el final de ETA, tenía el buzón de su correo electrónico lleno de insultos y amenazas cada día. Las redes sociales aún se hallaban en fase incipiente. El Gobierno empieza a ser tachado de ilegítimo, y cuando llega a Madrid la propuesta de reforma del Estatut de Catalunya, estalla la mundial…

El segundo *shock* es el de la crisis económico-financiera que empieza en 2008, con efectos materiales muy duros para buena parte de la sociedad. José Luis Rodríguez Zapatero se ve forzado a cambiar de política económica y acepta hacerlo. El PP obtiene la mayoría absoluta y el nuevo secretario general, Alfredo Pérez Rubalcaba, ofrece una cierta distensión, que se acentuará con motivo de la abdicación del rey Juan Carlos. Los dos partidos principales acumulan desgaste, lo cual abre la puerta a la aparición de nuevas fuerzas políticas. Aparece Podemos y Ciudadanos se expande como alternativa al desgastado PP. De nuevo vuelve a ponerse en cuestión la legitimidad del sistema.

El tercer *shock* es la pandemia, de la cual creo que en estos momentos estamos todavía pagando las consecuencias. La pandemia pudo haber supuesto la ruina del país si no se hubiese producido la reacción europea. La pandemia ha dejado huella en todas las sociedades: desconfianza, inseguridad, sensación de fragilidad, acentuación del razonamiento conspirativo, mayor dependencia de las redes sociales, mayores deseos de una autoridad fuerte… Del interior de la pandemia, meses de pánico a escala mundial, surge la Ilustración oscura. No salimos mejores. Salimos tocados. Toda una generación de adolescentes encerrados en su habitación con internet como único contacto con el mundo empezó a desconfiar de la democracia, el mito de sus padres. La disminución de su apego a la democracia empieza entonces. Ahora quieren orden, un orden duro que les dé certezas.

Te acordarás seguramente de aquellos días que estábamos todos encerrados en casa; se hizo viral un vídeo de los aplausos a media tarde con la gente en los balcones. En ese vídeo se oía la voz de un chiquillo que decía: «Vamos a morir todos». ¿Te acuerdas? La voz ingenua de un niño que decía: «¡Vamos a morir!». No podías evitar la sonrisa, no podías no echarte a reír. Ese «¡vamos a morir!» lo llevamos impreso.

ESTEBAN: Esas tres crisis están recorridas por un par de variables ideológicas. La primera aparece en 2001, en el 11S, con el giro de Bush hijo hacia posiciones *neocon*, en la economía, comercio y política exterior. Aznar se suma a él con entusiasmo. Es un tipo de ideología que le permite combatir a ETA de una manera mucho más dura, ya que la lucha contra el terrorismo es el espíritu de esa época, pero también desarrollar un programa económico más liberal. Y aporta algo más: la posibilidad de alejarse de Francia y Alemania gracias a la alianza con Estados Unidos y la convicción de que, de esa manera, el PP consolidará su hegemonía. Aznar no solamente pensaba que el PP iba a ganar en 2004, sino que el gobierno popular iba a durar bastante más tiempo, ya que le respaldaban los vientos internacionales.

Las elecciones de 2004 rompen ese programa y el PP reacciona de una manera muy agria. A partir de entonces, la deslegitimación del Gobierno aparece de continuo como elemento discursivo, el Gobierno ilegítimo. Desde 2001, y de la mano de las tácticas neocon, Aznar ya había utilizado profusamente una táctica de desautorización continua de la oposición como arma política. En 2004, el PP aceleró por ese camino con argumentos claramente estrambóticos, como la acusación al PSOE de formar parte de una conspiración tejida para ganar las elecciones. La lucha contra Zapatero, tras su triunfo, fue feroz y apenas se diferenció de los marcos discursivos que Bush Jr. estaba utilizando en su país contra sus rivales y enemigos. Esa oposición dura, que reunió a todas las facciones de la derecha, la religiosa, la económica y la institucional, llevó a la activación callejera, al recrudecimiento de la lucha mediática y a la negación de cualquier virtud al Gobierno Zapatero. Esa crudeza se rebaja lógicamente

cuando Rajoy alcanza el poder, ya que llega a la Moncloa en una época de crisis que impone medidas tecnocráticas, pero nunca fue abandonada del todo. Del PP de la oposición feroz de la época de Zapatero han surgido Isabel Díaz Ayuso, heredera del PP madrileño de Esperanza Aguirre, y Vox, que nace de los desilusionados con el Gobierno de Rajoy.

La otra variable es la deslegitimación de la política. A partir de 2008 hemos vivido crisis sucesivas y hemos ido dando saltos sin recuperarnos del todo. Podemos aparece como un intento de canalización de ese descontento, Ciudadanos es su sucedáneo. Ambos fracasan tras un tiempo de auge. El COVID-19 y la ruptura del orden internacional han agravado esa sensación de que cada vez las cosas funcionan peor. Una mayoría de los ciudadanos tiende a enfadarse con la política, cuando no a alejarse de ella por completo y, en momentos complicados como el actual, esa actitud se deja sentir más expresamente. Cuando el presidente dice que España va como un cohete, hay buena parte de la población que se siente molesta, porque su realidad cotidiana es otra. Hay una lucha significativa del poder judicial contra el poder político, pero en la vida cotidiana se aprecia mucho más el mal funcionamiento de los juzgados, que han de resolver muchos procedimientos con poco personal, lo que lleva a retrasos significativos y a sentencias poco pensadas. La polarización por lo alto convive con un mecanismo institucional que no funciona por debajo. Sin esa distancia entre los discursos públicos y las prácticas cotidianas, a las que nos referíamos con los incendios, no puede explicarse la demanda de recomposición social, de orden y de eficacia que late de fondo. Ahí prenden los discursos antisistema, que de momento son más anti-*establishment* que antisistema.

ENRIC: El primer libro que publiqué, en 2006, con la inestimable colaboración de Joaquim Palau, titulado *La España de los pingüinos*, quería explicar la extrañeza que yo sentía en aquel momento en Madrid ante el clima político en el que estaba sumida la capital de España: áspero, triste, conspirativo. Estaba a punto de cumplir los cincuenta años, pensé que quizás era el momento de atreverme a dar un paso que me infundía mucho respeto. Pertenezco a una generación

que ha venerado los libros. En *La España de los pingüinos* venía a decir que había un segmento significativo de la sociedad española que también sentía la misma extrañeza, y por esto lo de los pingüinos. Llevábamos quince años de crecimiento económico consecutivo. «España va bien», decía Aznar. Zapatero lo decía con otras palabras. Toda una generación de gente adulta ya no sabía lo que era una crisis económica. El propio Zapatero no tenía un recuerdo consciente de lo que significaba una crisis económica. En aquel momento me hice la siguiente reflexión. La tensión se está fabricando desde arriba hacia abajo, penetra más o menos, la gente soporta el ruido y están los pingüinos; la gente soporta ese clima de agresividad política porque las cosas no van del todo mal. Pero puede ocurrir que un día la dirección se invierta, es decir, que el malestar surja de abajo y vaya hacia arriba, y entonces posiblemente veremos cómo los de arriba cierran filas. Y eso es lo que pasó, efectivamente. Cuando la tensión empezó a ir de abajo arriba, surgió Podemos y al cabo de unos meses no había suficientes informes policiales falsos para intentar frenarles. Los frenaron en buena medida, pero no pudieron evitar que Podemos estuviese en condiciones, en noviembre de 2019, de forzar la formación del primer Gobierno de coalición en España desde 1936.

Cuando la dirección del mal humor cambió de dirección, de abajo arriba, el rey Juan Carlos abdicó para evitar males mayores. Le aconsejaron quienes sabían lo que podía acabar ocurriendo. El PSOE le arropó. Recordemos el discurso de Pérez Rubalcaba en el Congreso cuando se aprobó la ley de sucesión, un gran discurso, el discurso de la gran concertación en la política española. El Partido Socialista se hubiese podido poner de perfil, dejándolo todo en manos de Mariano Rajoy, pero Rubalcaba quiso dejar claro que el Partido Socialista era un partido de Estado: coge la abdicación y se la pone a la espalda, sale y hace un discurso de Estado. Pero en aquel momento efectivamente el malestar va de abajo arriba y se plasma en la calle: aquella concentración que convoca Podemos en la Puerta del Sol a finales de enero de 2015, cuando ya estaban por encima del 20 % en las encuestas, es decir, el momento en que hoy se encuentra Vox.

Han transcurrido, fíjate, diez años, es una década, un periodo de tiempo casi perfecto para trazar una perspectiva. En aquel momento,

en realidad, Podemos era una respuesta esperanzada a la situación. Una respuesta protagonizada por hijos de la clase media progresista, que estaban profundamente irritados. Era un movimiento que agrupaba cosas diversas, pilotado por profesores de ciencias políticas, para bien y para mal. Era una radicalización de la cultura progresista hegemónica en España desde los años setenta. Era la cultura progresista llevada a la izquierda, movida de eje, con resonancias comunistas, con una reivindicación del PCE como principal fuerza antifranquista, pero sin siglas, sin símbolos comunistas, con un nombre inspirado en una frase del presidente de Estados Unidos, Barack Obama: «*Yes, We Can*». Podemos acabaría rompiéndose por arriba. Es significativo, no se rompió por la base, se rompió por arriba: los profesores de ciencias políticas se pelearon entre sí, tenían ideas distintas, es cierto, pero no supieron convivir en la discrepancia. ¿Qué disciplina a los partidos políticos? La perspectiva de victoria, en primer lugar. El reparto de cargos públicos, una fuerza externa, una potencia exterior, una tradición unitaria labrada con el tiempo. Podemos subió, generó expectativas y disparó todas las alarmas. Veinte investigaciones judiciales sin que ninguno de sus dirigentes haya sido condenado jamás por corrupción. No los pudieron meter en la cárcel, pero les amargaron el carácter. Les corroyó la competición interna. Y Sánchez fue astuto con ellos. El episodio Sumar, el error Magariños, lleva el timbre de Sánchez y de sus hombres de confianza en 2023.

ESTEBAN: La aparición de Podemos, que es efectivamente la canalización de un descontento que surge desde abajo, generó consecuencias. Supuso la finalización de una época política, pero la renovación que exigió solo removió la superficie. Los partidos y las instituciones constataron que las cosas estaban cambiando y, para subirse a la ola, se renovaron cambiando a sus líderes por otros más jóvenes. La gente que había salido a la calle el 15M necesitaba figuras más cercanas con las que identificarse. Llegan las primarias a los partidos, Casado se pone al frente del PP, Sánchez se convierte en el secretario general del PSOE, cobra auge Albert Rivera, el rey deja paso al príncipe.

Pero, salvo con esos reemplazos, hubo muchas resistencias a promover cambios. Había una necesidad por parte del *establishment* de no introducir demasiadas novedades, en lo social, en lo económico y en lo político. Una señal fue la negativa del PSOE a aliarse con Podemos: no podía dejar entrar a los de Iglesias a las instituciones. Hubo que repetir elecciones hasta que la fuerza de los votos dictaminó que no había otro camino.

Eso no es exactamente lo que está sucediendo ahora. En aquella época, la presión desde abajo, representada sobre todo por Syriza, cobró auge, pero acabó doblando el brazo porque la Unión Europea no admitía veleidades. Hoy ese movimiento de abajo arriba está representado por las derechas populistas y extremas y, hasta ahí, se podrían apreciar semejanzas. Sin embargo, existe un elemento diferencial: también hay un movimiento de arriba abajo. La reacción a la pérdida de hegemonía de Estados Unidos cuenta con una variable política: la promoción internacional desde Washington de las derechas trumpistas. Esa doble presión, desde arriba y desde abajo, cambia radicalmente la situación respecto a la de hace diez años. En especial, porque las derechas emergentes y las sistémicas tienen muchos puntos de conexión. Ambas están coincidiendo ya en muchas partes de Occidente en lo que se refiere a la energía, la inmigración y la economía.

En cuanto a la perspectiva de futuro, hay una necesidad en la población de comenzar a creer en algo: hemos sufrido crisis sucesivas y es hora de que esto comience a arreglarse. En la medida en que no termina de encontrarse la fórmula para una recomposición social relativamente razonable y beneficiosa, el espacio para el descontento crece. Sin embargo, las sociedades europeas carecen de aliento revolucionario. Aspiran, más bien, a recuperar una cierta normalidad que han perdido por transformaciones geopolíticas y económicas, y el malestar que las aqueja tiene que ver más con lo que han perdido y esperan recuperar que con un impulso de cambio radical. Estamos lejos, por así decir, de la época de la guillotina. La paradoja es que, para satisfacer esa demanda de una vida relativamente estable, son necesarios cambios muy profundos. No basta con un puñado de

reformas. Ese equilibrio complicado entre cambio y continuidad marca las energías disponibles para la política.

ENRIC: Estoy parcialmente de acuerdo con lo que dices, o parcialmente en desacuerdo. Es posible que la gente necesite creer en algo, pero también hay gente que ya se ha instalado en un descreimiento profundo. La agresividad es la tónica del momento. Una agresividad verbal sin violencia física, por el momento. La violencia sigue estando muy penalizada en la Europa democrática. No era así en los años setenta y ochenta del siglo pasado. La transición fue violenta, no lo olvidemos, más de setecientos muertos. Quinientas personas asesinadas por ETA, decenas de víctimas de los GRAPO, grupúsculo violento de extrema izquierda que nadie sabe quién trajo al mundo; 134 personas muertas por disparos de la Policía o la Guardia Civil, unas sesenta víctimas mortales de los grupos de extrema derecha. Podían haber sido más, es cierto, pero no fue un tiempo pacífico. La agresividad verbal a través de las redes parece haber absorbido parte de la violencia política de antaño. Tanto es así que hoy está de moda parecer malo, cruel. Gusta. Hay gente a la que eso le gusta. Ese es hoy el lenguaje dominante. Supongo que es un escudo defensivo. Fíjate en la evolución del diseño de los coches: morro fuerte, ángulos duros, volúmenes sólidos, fortalezas con cuatro ruedas. Ahí está todo. La necesidad de fortificarse, de intimidar. Cerca de los colegios aparecen mamás conduciendo coches que parecen vehículos blindados del ejército de Estados Unidos. ¿Siente la gente necesidad de creer en algo? Dicen que regresa la espiritualidad entre los jóvenes. Puede que así sea. Más bien impera la necesidad de saber quién es el enemigo. Regresa el chivo expiatorio. Los inmigrantes. Hasta ayer tolerados, con momentos conflictivos. Hoy, bajo sospecha, porque hay un salvaje bombardeo de mensajes en ese sentido. Evidentemente, si la primera potencia del mundo declara que los inmigrantes son su enemigo interior y arma a la policía hasta los dientes para detenerlos de la manera más cruel posible ante las cámaras de televisión, ese mensaje llega a todos los rincones del planeta, como una invitación a caminar por esa misma senda: leña al extranjero pobre…

Ese es el mensaje. Leña al extranjero pobre porque su sufrimiento canalizará nuestras tensiones. Estados Unidos sigue siendo el gran escaparate del mundo. Rusia sigue siendo un misterio, no sabemos exactamente qué pasa ahí dentro. China sigue siendo hermética, tan hermética como el rostro de Xi Jinping. Estados Unidos sigue siendo un escaparate. Sigue teniendo zonas oscuras, pero sus combates políticos se han convertido en grandes espectáculos. El intento de asesinato de Donald Trump. El nuevo alcalde de Nueva York, el socialista musulmán Zohran Mamdani, siempre sonriente, un personaje que puede marcar tendencia o convertirse en protagonista de una comedieta de Woody Allen ambientada en Nueva York. Mamdami es el nuevo icono de la izquierda europea, que no sabe si vivir sin alguien en el altar. Tengo mis dudas sobre su recorrido.

ESTEBAN: Creo que los sentimientos dominantes entre la población son la impotencia, el desdén y el cinismo. La relación con la política se mueve en ese cóctel, pero también la relación con el resto de la sociedad. Cuando se percibe que el sistema no funciona, la primera tentación es mirar por uno mismo y por los suyos, y eso lleva a fenómenos como los que citas, blindarse frente al exterior, ya sea con un tipo de automóvil que sugiera fortaleza o con una vivienda en una urbanización cerrada: me protejo. Además, aparecen actitudes lumpenproletarias, que se dan en clases con pocos recursos, pero también en las medias. Esa crueldad que vemos en fenómenos de la vida cotidiana o que se exhibe en programas televisivos o en las redes procede de ahí. Es una forma de superioridad que enlaza con la negación: los pringados son los otros.

En cuanto a la violencia, volvemos a la aparición de «los que sobran». La idea de que hay personas que provocan las disfunciones está muy presente en la política. En Estados Unidos las élites tecnológicas y financieras apuntan a las élites de la Ivy League, los conservadores al liberalismo *woke* y socialista, y en España se señala a Sánchez. La idea de que los problemas de España se solucionan únicamente con la salida del presidente de la Moncloa y sentándolo en el banquillo forma parte de ese marco: todo iría bien en nuestro país si no fuera porque hay en la presidencia un personaje profundamente

perturbador. Esa idea no puede funcionar sin violencia. No me refiero a que tenga que acompañarse de disturbios en la calle, sino a que esa visión es violenta de por sí. Habla de un enemigo, de alguien que está destrozando profundamente la vida española y al que hay que combatir sin descanso. Esto también funciona en el otro lado del espectro político, con la extrema derecha como bandera. Por eso digo que, de momento, domina el sentimiento anti-*establishment*, no el antisistema. Todavía se conserva la idea, a un lado ideológico y al otro, de que si se aparta a los que sobran, la sociedad podría funcionar razonablemente bien.

En ese entorno es fácil crear un clima de rechazo que conduzca hacia la violencia. Se puede comprobar día a día con el «Sánchez, hijo de puta» que se corea en muchos lugares, o en las conversaciones sobre política en los bares, cada vez más encendidas. Pero también debemos constatar que esa violencia no siempre produce el efecto de arrastrar a la gente. Muchas personas, en esos mismos bares en los que la voz se eleva contra Sánchez, tienden a callarse y a evitar líos, pero se van a casa convencidos de votar a Sánchez, aunque solo sea como rechazo de quienes exhiben su agresividad. Del mismo modo, en determinadas zonas, el rechazo continuo a Abascal beneficia a Vox. La violencia no siempre cala, también incomoda y perturba, lo que provoca su rechazo.

Sin embargo, yo regresaría al punto de partida. Lo que hay debajo de toda esta convulsión es la preocupación por la dificultad de las vidas cotidianas y el deseo de que la sociedad funcione. A esta lectura se le puede oponer una visión del ser humano actual que resalte lo mucho que disfruta con la agresividad, la crueldad y el desprecio por los demás, y seguro que se encuentran fáciles ejemplos que la ratifican. Pero esos esencialismos suelen ser irreales: los seres humanos se comportan de manera distinta dependiendo de los contextos en los que operan. Además, insistir en esa mirada es a menudo una excusa: el ser humano es malo, ignorante o rastrero, poco hay que hacer con él salvo meterle en cintura.

De modo que pondría el énfasis en cómo operar políticamente para cambiar el contexto. Y más cuando puede aparecer una opción no democrática que prometa llevarnos hacia una sociedad mejor y

que, precisamente por ello, acabe triunfando. Si ocurre, será producto de un déficit de las fuerzas democráticas y no un mérito de las autoritarias.

ENRIC: Siguiendo tu razonamiento, en estos momentos en España y creo que en ningún país europeo existe en términos reales una fuerza política o social que sea capaz de decir verazmente a los ciudadanos: «Seguidnos que os llevaremos a un lugar tranquilo». Me refiero a Europa. En China hay una voz imperial que promete prosperidad y estabilidad. Aquella imagen tremenda de Xi Jinping pasando revista a las tropas, erguido en un coche blindado con tres micrófonos en el techo del automóvil, para poder dirigirse al país en movimiento. Una imagen muy fuerte. Para mí, inquietante. China es hoy la única potencia con un alto grado de cohesión social, es posible que haya corrientes subterráneas de disensión, se habla de una joven generación desencantada, pero la suma de crecimiento económico, desarrollo tecnológico y vigilancia estatal, mantienen controlada la situación. A Estados Unidos no le será fácil perforar esa triple capa de protección del Imperio del Centro.

Estados Unidos está buscando una mayor estabilidad con una presidencia teatral y cesarista, con el chivo expiatorio de la inmigración y las acciones audaces, como el secuestro de Nicolás Maduro y su esposa Cilia Flores. En Europa todo es más complicado. ¿Hagamos grande Europa de nuevo, o hagamos grande Italia de nuevo, Francia de nuevo, España de nuevo, Portugal de nuevo, Cataluña de nuevo, Flandes de nuevo, Escocia de nuevo? Esta es la espinosa cuestión. El lenguaje oficial todavía hegemónico dice debemos engrandecer, cohesionar y trabajar para Europa. Vamos a hacer grande Europa para poder afrontar el nuevo siglo. Pero cada vez hay más voces que dicen «mi país, primero; mi región, primero; mi ciudad, primero». Si el proyecto europeo fracasa —y empieza a tener bastantes números para fracasar—, si hay una regresión, se va a producir una fragmentación, una atomización de intereses, luchas parciales, subparciales, luchas principales, luchas derivadas, luchas laterales, zonas bajo una fuerte influencia de Estados Unidos, zonas bajo la creciente influencia de Rusia.

España no es hoy el país más afectado por la crisis orgánica europea, hay algo del momento español, como te decía antes, que nos remite a la Primera Guerra Mundial. España, una retaguardia en la que los bancos y las grandes empresas baten récord de beneficios, la economía crece tres veces más que la media europea, el país que crece más en población gracias a una inmigración latinoamericana que por el momento no provoca un fuerte rechazo social, un país con una economía reconstruida y una política rota. Si la Unión Europea se rompe, se fragmenta, se disipa o se desmaya, volvemos a las zonas de influencia, y el destino de España no es ningún misterio desde 1953: protectorado de Estados Unidos, vigilado ahora desde Miami. Venezuela nos indica el camino.

ESTEBAN: Cuando hay pugna entre las élites, como ocurre hoy, una parte de ellas suele recurrir al pueblo para que dirima el enfrentamiento. Entonces se produce algo muy hegeliano, o si prefieres, dialéctico: aparecen las opciones de síntesis. Ya no son funcionales los proyectos que únicamente convienen a las clases más afortunadas, por lo que se hacen apelaciones expresas al resto de la sociedad, a la que se ofrecen ventajas respecto del régimen precedente. Las épocas de cambio se definen por la respuesta política que se da a las crisis de sistema y por la clase de integración por la que se apuesta. Como bien señaló Marx respecto del siglo XIX francés, las clases en pugna, la aristocracia y la burguesía, buscaron ayuda en los campesinos o en los pequeños burgueses. Durante el fascismo, se apeló expresamente a las clases trabajadoras y medias en declive a través de la oferta de la expansión y de la grandeza nacional. En los Estados Unidos de la Gran Depresión, Roosevelt puso en marcha un nuevo equilibrio entre capital y trabajo que recibió el apoyo masivo y democrático de los estadounidenses.

Entiendo que en este momento político también se recurrirá a la síntesis, ya sea desde la derecha o desde la izquierda. En Europa esas opciones no han aparecido aún, salvo el caso de alguna derecha populista. Llama la atención que las fuerzas progresistas se hayan limitado a defender el sistema actual añadiendo algunas

modificaciones cuando el momento se presta a avanzar hacia caminos políticos de mayor calado.

ENRIC: ¿Y cuáles son esas opciones de síntesis de las derechas?

ESTEBAN: La ideología lepenista o la de Viktor Orbán poseen esa doble apelación al desarrollo de la nación y al bienestar de las clases populares. En el caso de Orbán o de los polacos, han repartido frecuentes subsidios estatales, disfrazados de impulso a la natalidad, que contribuían a elevar un poco el nivel de vida de sectores sociales con bajo poder adquisitivo. En la derecha conservadora estadounidense hay una corriente significativa que reniega del neoliberalismo y que promueve cambios económicos que permitan a los trabajadores contar con un nivel de vida digno. El *establishment* europeo está más perdido en ese sentido, porque se maneja mucho más en términos tecnocráticos que políticos y porque se resiste a abandonar el *statu quo* económico que tanto tiempo ha defendido.

ENRIC: Mira, yo lo veo un poco distinto. Entiendo lo que quieres decir y es atinado lo que señalas de Polonia, de los países del Este. Claro, los países del Este desguarnecieron los mecanismos de protección social con la caída del comunismo. Ya no los podían pagar. Hay un libro muy interesante titulado *El triunfo de las promesas rotas*, ensayo de un académico estadounidense llamado Fritz Bartel, sobre el final de la Guerra Fría. La clave está en la crisis del petróleo de 1973. El precio del petróleo se multiplicó por cuatro para las economías occidentales y el valor del petróleo que la Unión Soviética transfería a los países del Este de Europa también se multiplicó por cuatro, de manera que los soviéticos pidieron revisar los planes quinquenales, puesto que todos los Estados socialistas del Este de Europa pagaban el petróleo ruso con manufacturas. Un televisor de la RDA por cada mil litros de petróleo, pongamos por caso. A la Unión Soviética ya no le salía a cuenta aquel trueque y los países europeos del Este se endeudaron en el mercado europeo de capitales para evitar una caída del nivel de vida. Los soviéticos advertían a los países del COMECON de que no podían entregarles tanto petróleo —lo necesitaban para su

exportación, estaban perdiendo dinero— y los países del Este aumentaron su endeudamiento en el euromercado financiero. A partir de los años ochenta, la Unión Soviética ya no puede ampliar la producción de petróleo, no tiene recursos para explorar nuevos yacimientos, y la situación deviene crítica. En buena medida, Gorbachov abandona la Europa del Este, porque Rusia ya no la puede sostener.

En España, los últimos Gobiernos de Franco subestimaron el alcance de la crisis del petróleo, no establecieron restricciones como en otros países del entorno, no subieron el precio de la gasolina, aparentaron que no era más que un resfriado, la inflación empezó a subir, muchas empresas empezaron a cerrar y en junio del 1977, una semana después de las primeras elecciones democráticas, el país estaba al borde de la suspensión de pagos. Aquel célebre discurso del ministro Fuentes Quintana en televisión pidiendo consenso para medidas urgentes. Así nacieron los Pactos de la Moncloa.

El este de Europa entró a pelo en la economía de mercado y aún está pagando las consecuencias. En Alemania en estos momentos está ocurriendo lo siguiente: hay una generación que empieza a heredar los beneficios acumulados por sus padres, protagonistas del gran despegue industrial en la Alemania occidental: casas, ahorros, acciones, coches muy buenos. En la antigua Alemania del Este la misma generación no está heredando, o hereda muy poco, puesto que sus padres no tuvieron tiempo de acumular nada, muchos de ellos perdieron el trabajo y tuvieron que readaptarse como pudieron, apenas han podido dejar algo a sus hijos, hoy votantes de Alternativa para Alemania. En Alemania del Este hay una gran acumulación de resentimiento. El escritor Günter Grass lo advirtió hace cuarenta años: «una reunificación acelerada puede dejar dolorosas heridas…». Del interior de esas heridas surge Alternativa para Alemania.

ESTEBAN: Es cierto que la evolución del este de Europa tiene particularidades, pero también en el oeste se desguarnecieron las protecciones sociales. Por así decirlo, se confió excesivamente en la fórmula de Felipe González, que fue importada de Europa. Felipe planteó de manera expresa que iba a dejar que el mercado funcionase

libremente, lo que generaría mucha actividad, por lo que se recaudarían más impuestos para sufragar un estado del bienestar potente. La capacidad adquisitiva que se perdería por la vía salarial a partir de la reconversión de España en un país de servicios se compensaría con la provisión estatal de bienes públicos sostenidos por los impuestos. Quizás en un momento era factible hacer eso, pero desde luego no ahora. La capacidad para liberarse de las constricciones nacionales y de las europeas por parte del capital es mucho más elevada que hace cuatro décadas. Uno de los principales problemas de esa fórmula es que el gran capital paga muchos menos impuestos y el Estado tiene menos recursos para afrontar el gasto social. En consecuencia, la deuda pública se eleva, y más después de un periodo de crisis en el que se han derivado grandes cantidades de dinero hacia las empresas, como ocurrió con el rescate de los bancos y con el *quantitative easing*. El resultado final es que las cantidades que se pagan por los intereses de la deuda son elevadas y que, al mismo tiempo, se recortan prestaciones del estado del bienestar para que las cuentas cuadren.

La consecuencia es que, en las últimas décadas, se han aumentado los impuestos, ya sean los directos a las clases medias o los indirectos a las trabajadoras, para compensar lo que las grandes firmas y el ámbito financiero no pagan, y, al mismo tiempo, las bases del estado del bienestar se debilitan. Las listas de espera en la sanidad, la mala situación de la atención primaria y tantas otras cosas son efectos de esta dinámica. Cuando hay enfermedades graves, los hospitales públicos responden bien, mucho mejor que los de países como Estados Unidos, y en términos comparativos estamos mejor que muchos otros, pero eso no es óbice para constatar que ha habido un deterioro significativo de las prestaciones públicas. La fórmula por la que apostó González no funciona.

La respuesta desde el lado progresista consiste en insistir en este camino, que ahora se complica por el gasto previsto en defensa y por la transformación que puede suponer la IA. Pretenden que las grandes empresas y fortunas paguen más impuestos, lo que sería lógico (es necesario que el capital global aporte la parte que le corresponde, como hacemos los demás), pero también creen que con la reeducación

adaptada a la IA de la mano de obra se incrementará la productividad. Es justo el mismo programa que se utilizó en la época de las deslocalizaciones: fomentar la adaptación de la fuerza de trabajo e intentar que el capital pague más impuestos. Es probable que el resultado sea el mismo que entonces.

Esta visión, además, ha generado un roto político significativo al progresismo, y está en la base de su declive electoral. La derrota de los demócratas en Estados Unidos y la debilidad de los socioliberales europeos proviene de ahí. En Estados Unidos, al menos, los demócratas están empezando a cobrar conciencia de que un fortalecimiento electoral pasa por dirigirse a las clases populares de su país con un programa que ponga el acento en el trabajo, en los empleos y en el impulso económico, en la prosperidad para la gente común. Les costará digerirlo, pero es el único camino. Estamos en una época en la que la economía de la vida cotidiana importa.

Se puede afirmar, en ese sentido, que las opciones de síntesis que las derechas trumpistas proponen no son sinceras, ya que solo benefician al capital. Quizá sea cierto, pero mientras no tengan del otro lado una propuesta que vaya más allá de «mejoremos la sanidad y la educación públicas y construyamos más vivienda de alquiler» llevarán las de ganar.

Puedes argumentar, Enric, que a España le va bien, y es cierto, pero hay una sensación de desgaste entre la población: la sanidad funciona peor, la educación tiene menos recursos, no hay bomberos suficientes para apagar los incendios, los trenes no funcionan y los salarios palidecen ante los precios. Eso implica un roto político.

ENRIC: No te niego en absoluto el desgaste y además ahí está el envejecimiento de la población. Un ejemplo vivo de ello es el caso de la sanidad pública vasca, ayer ejemplar, que sufrió un severo desgaste de reputación durante la pandemia. Es una buena sanidad que debe atender a una población cada vez más envejecida. Tiene más usuarios, tiene dificultades para incorporar nuevos especialistas y el servicio primario se ha resentido. Eso ha pasado en toda España, pero los vascos creían tener la mejor sanidad pública de España. La campaña de vacunación no fue un ejemplo de eficacia. El PNV empezó a tomar

conciencia aquellos meses de que su modelo de gobierno envejecía. Y ello explica el relevo de Iñigo Urkullu. Urkullu hubiese querido continuar. La sanidad es un componente fundamental del Estado social español, si se estropea más, las consecuencias van a ser funestas. Pienso que la sanidad pública es hoy la piedra de toque de la situación española. El futuro de la sanidad pública y las pensiones. El envejecimiento de la población encarece la sanidad y eleva mucho la factura de las pensiones, de acuerdo. Pero también estaremos de acuerdo en que hay mucho buitre apostado en las inmediaciones para ver qué pueden obtener de su privatización. Esas son dos claves de futuro, está más claro que el agua.

ESTEBAN: Más allá de los problemas concretos que señalas, que son objetivos, hay una lucha ideológica, que es, desde mi punto de vista, donde se está jugando la partida. Las derechas cuentan con Trump, con su arrolladora acción exterior y con su impulso a los partidos de su espectro. Vienen a cambiarlo todo, inauguran una nueva etapa. Frente a ellos, los partidos progresistas se han asentado en la defensa de una vivienda digna, la sanidad y la educación públicas, las pensiones y la democracia. Pero han tenido escaso éxito, porque todo eso se ha deteriorado de manera significativa en los últimos años. No se invierte la tendencia de décadas con un proyecto defensivo. Se necesita mucho más, una posición de mucha mayor amplitud para salir del repliegue. Las derechas la ofrecen.

Hay dificultades objetivas para que los progresistas entiendan que este es un momento distinto. En el contexto nacional, el PSOE gobierna, por lo que tiene muy difícil encarnar la continuidad y el cambio a la vez. El resto de la izquierda tiene más margen de acción, pero una parte, la de Podemos, sigue enredada con el régimen del 78, las cloacas, los medios de comunicación, los jueces y el rey, y carece de una visión ideológica a la altura de los tiempos. La otra está atada al Gobierno, por su participación en él, y se ve incapaz de ofrecer algo diferente de los socialistas: proponen lo mismo que ellos, pero yendo un paso más allá, más derechos, más aumentos de salario mínimo, más feminismo, etc. También les atasca el hecho de que están demasiado pendientes de sus puestos de trabajo y de la relación de

fuerzas interna, esa que les permite negociar más cargos y más presencia. Es una actividad que les resta tiempo y les distrae de la reconstrucción ideológica. Uno de los problemas más serios es que tienen muchos cuadros que solo están pendientes de la relación de fuerzas interna y apenas ven nada más allá.

Dejando de lado los elementos circunstanciales, la izquierda ha tenido muchos problemas para imaginar una economía de crecimiento. Su papel, al modo de González, era dejar que el mercado funcionase, regulando algunos de sus aspectos, para poder repartir. Ese proyecto tampoco funciona ya. La izquierda europea se asentó, en sus mejores años, los que van hasta 1980, generando escenarios de prosperidad común y de cohesión social. La economía no es solo regular y redistribuir, también tiene que ver con impulsar, construir y desarrollar y esta es la tarea pendiente. Hay que ser claros a este respecto: España no es un país en desarrollo, pero ahora necesita desarrollo.

No es un problema exclusivo de las izquierdas, pero les afecta especialmente a ellas, porque las derechas son mucho más ambiciosas, el viento de la época las empuja. Sin embargo, tampoco los partidos conservadores saben cómo generar una economía de prosperidad generalizada. Sus fórmulas de los últimos años han llevado a una economía fracturada, donde la riqueza que se produce se queda detenida en las capas altas. Ahora ofrecen una aceleración, pero que profundiza en el mismo camino.

LA MALLA Y EL ORDEN

ENRIC: De nuevo nos tropezamos con la cuestión de Europa, porque el factor articulador de la visión de futuro española, no solo de la izquierda, sino también de buena parte de la derecha democrática en estos últimos cuarenta años ha sido Europa, primero la entrada en el Mercado Común, después el euro, después todos los engranajes de la Unión Europea. Acogimos el euro con una ingenuidad casi infantil. Lo recuerdo bien. Yo acababa de regresar de un periodo de corresponsalía en Italia y pude comparar la acogida del euro en ambos

países. Los españoles lo recibieron como un regalo de Reyes, aquellas primeras monedas y billetes, decir adiós a la peseta era decir adiós al atraso. En Italia lo recibieron con cierta sospecha, una suspicacia que fue en aumento cuando la gente empezó a ver cómo se redondeaban los precios. Con el euro, Italia perdía la posibilidad de devaluar la lira para abaratar sus exportaciones. Esa había sido su táctica durante años. Devaluación igual a más exportación. Más producción industrial, más inflación, también.

Pese a las vicisitudes de la última gran crisis, con el euro a España le ha ido mejor que a Italia. El balance es más satisfactorio, de manera que en este país nadie se atreve a realizar un discurso explícitamente antieuropeísta. Vox lo esboza, pero prefiere centrarse en otros asuntos, la inmigración básicamente. También he oído expresiones desdeñosas de la alcaldesa gótica de Ripoll, Sílvia Orriols, sobre la Unión Europea, lo cual no deja de sorprenderme puesto que Ripoll perteneció al Imperio carolingio y el independentismo catalán siempre se ha reclamado europeo, carolingio. El acrónimo que usaba Carles Puigdemont en las redes sociales es KRLS, el acrónimo de Carlomagno. Lo cual nos dice algo sobre el personaje. Pero nos dice que el nacionalismo catalán ha sido carolingio. Si al catalanismo le quitas Europa, queda un folclore.

Una fuerte avería de la Unión Europea en los próximos años tendría serias consecuencias en España, en toda España. Consecuencias políticas y psicológicas. El filósofo alemán Leo Strauss, considerado hace veinte años como el gran inspirador del movimiento neoconservador norteamericano, escribió lo siguiente: «Ninguna sociedad acostumbrada a comprenderse en una finalidad no puede perder su fe en esa finalidad sin devenir completamente desamparada». La finalidad de España desde los años sesenta es Europa. Si algún día España pierde la fe en Europa —porque Europa se desintegra, se debilita o se convierte en un magma incomprensible —, España, buena parte de España, se sentirá desamparada. Y vete a saber qué surge del interior de ese desamparo. España de nuevo a solas con sus fantasmas. Da miedo pensarlo. Quedé muy impresionado el día en que leí el documento de la nueva Estrategia de Seguridad Nacional de Estados Unidos que plantea de manera

explícita la desactivación de la Unión Europea. En ese documento está escrito todo lo que puede pasar en los próximos tiempos. En ese documento está escrito lo que ha pasado en Venezuela. No lo anuncian explícitamente, pero dicen que el hemisferio occidental es para Estados Unidos y añaden que no van a permitir que ninguna potencia extranjera adquiera posiciones de fuerza en el hemisferio occidental. Creo que esta es hoy la piedra angular. España se halla ante un serio dilema. Puede disolverse la guía que nos ha dado sentido durante sesenta años. La alternativa es el protectorado guiado desde Miami. O Europa o Miami, no hay tercera vía.

ESTEBAN: El dilema tiene matices. Se puede pensar que el futuro de España es Europa y que la mejor opción es la integración europea. Pero eso no evita la pregunta sobre España. Formar parte de una alianza implica saber cuál va a ser el papel que se desempeñará, con qué influencia se contará, qué fuerza se tendrá en ella. Es evidente que si España desarrolla sus capacidades podrá ocupar en la mesa un lugar que no sea meramente secundario. Si solo es un destino vacacional, el papel que se nos asignará no será bueno.

En segundo lugar, apostar por un reforzamiento de la Unión Europea y por una mayor integración es algo que depende de la voluntad de muchos países, no solo del nuestro. Y puede ser, y más ahora con las presiones de Estados Unidos y con la intención expresa de los partidos vinculados a Trump de debilitarla, cuando no de acabar con ella, que la Unión viva momentos difíciles o que acabe siendo una estructura con pocas capacidades reales. Hace falta un plan B para España por si esa situación llegara.

Tanto para la opción A como para la B, España necesita desarrollarse. En ambos casos, seguirá necesitando buenas relaciones exteriores, políticas y comerciales. De modo que es el momento de pensar el país de una manera que nos otorgue mayores posibilidades de cara al futuro. Hay que dar la importancia que merece al hecho de que nuestro país está organizado para el centro, y que la mayor parte de la inversión se ha canalizado hacia la capital y hacia su economía, lo que ha producido desajustes territoriales importantes. De modo que hay que imaginar un tipo de acción estatal que favorezca la asociación

y el desarrollo de los territorios. Esto no significa mirar a la España vaciada, sino algo más amplio y de mayor calado: cómo hacer que la economía productiva tenga más peso que la financiera. En Cataluña habéis insistido en el corredor mediterráneo, pero en otras zonas de España se habla del corredor cantábrico o de la Ruta de la Plata, o de mejores conexiones con Valencia. Ha salido en la conversación la ventaja competitiva que otorga contar con renovables a la hora de abaratar la energía, y por tanto de producir aquí. Hay oportunidades productivas que podrían unir los intereses de varias regiones. Hay oportunidades de reindustrialización. Existen pequeñas y medianas empresas con capacidad de desarrollo. Hay ciudades pequeñas y medianas que deberían tener mayor empuje. Habría que poner el acento en esa lectura sobre España, desde mi punto de vista. La ventaja es que esa mirada contribuiría a modificar la economía y a generar desarrollo y nos sería útil con el plan A o con el plan B.

ENRIC: Estoy de acuerdo contigo, hay que pensarlo.

ESTEBAN: A la hora de pensar España hemos estado muy enredados en el reconocimiento de los derechos, en el traspaso o recuperación de competencias y en las fórmulas administrativas, y se ha dejado en un segundo o tercer lugar la vertebración económica. España ha tenido y tiene una configuración peculiar, que engarza con la tendencia internacional que ha fortalecido a las ciudades globales y ha debilitado al resto del territorio. De las dos grandes urbes, Madrid y Barcelona, la primera ha ido hacia arriba y la segunda hacia abajo, al mismo tiempo que el núcleo, el Estado, se convertía en un centro de reclamaciones: el Madrid de Ayuso se quejaba del maltrato del Gobierno, Cataluña exigía más recursos para recuperar el impulso, el País Vasco presionaba para conseguir las pocas competencias que le quedan por recibir, Extremadura y Castilla y León demandaban mayores cantidades por la despoblación, y así sucesivamente. Cada autonomía solicitaba más y el Estado hacía equilibrios entre demandas. Pero cada región pensaba exclusivamente en términos propios, de modo que no existía ningún plan para fortalecer el conjunto de los territorios mediante un desarrollo común. Los fondos

europeos han formado parte de esa visión fragmentaria y reduccionista.

De modo que, además de la estructura administrativo-constitucional, se ha creado una nueva, la geográfica, con la gran urbe como núcleo, y con unas periferias que reclamaban más para sí mismas, pero que carecían de una visión común. En consecuencia, ni el centro en auge ni las periferias dañadas han pensado un proyecto común para España. Incluso por razones meramente tácticas, Barcelona, o Valencia o País Vasco podrían haber combatido la captación de recursos y vitalidad por parte de Madrid encabezando un proyecto para toda la España periférica, pero solo tenían un proyecto para sí mismas. No había una mirada conjunta, sino una suerte de «sálvese quien pueda» o de «toma el dinero y corre». En esa dinámica siempre gana la parte más fuerte, que es Madrid. En términos políticos, cuando el partido en el gobierno queda desgastado, pero la oposición está muy fragmentada, suele permanecer en el poder, ya que sin un proyecto que reúna a la oposición no hay cambio posible. Igual ocurre con lo territorial: dado que las regiones españolas no han sido capaces de organizar opciones comunes que compensen o hagan frente a la economía de la almendra central madrileña, la capital ha continuado creciendo.

Esa desvertebración, con el consiguiente debilitamiento de las capacidades y fortalezas colectivas, ha sido frecuente en la era global, y está en la raíz de las actuales dificultades europeas. En la medida en que el centro ha sido Alemania, y el resto de los países se han relacionado con la Unión Europea desde la búsqueda de ventajas particulares, y no a través de un proyecto que uniese intereses diversos, la Unión se ha quedado sin hacer, y no solo en lo político: el mercado interior o la unión de capitales son algunos de esos déficits que ahora se echan de menos por parte de quienes quieren hacer frente, de alguna manera, al ataque estadounidense y al auge chino.

ENRIC: Plan B. Si la Unión Europea fracasa, no desaparecerá de un día para otro, se producirá un deshilachamiento, un proceso de erosión, de evaporación, de confusión, en beneficio de las retóricas nacionalistas y de los intereses particulares radicalizados. Es lo que

Estados Unidos y Rusia desean. Si eso ocurre, España se convertirá de manera explícita en una colonia de Estados Unidos, tutelada desde Miami y abierta a los grandes capitales latinoamericanos. El Madrid de Isabel Díaz Ayuso ya nos anuncia algo de eso. En un futuro España podría ser un país gobernado por multimillonarios norteamericanos, mexicanos y venezolanos. No estoy bromeando. Fíjate en las tensiones que ha provocado en la derecha madrileña que María Corina Machado no haya sido promovida por Estados Unidos como alternativa en Venezuela inmediatamente después del secuestro de Nicolás Maduro y su esposa. La base principal de Machado estaba y está en Madrid. Si ella se convertía en la nueva presidenta de Venezuela, la red de apoyo de Madrid podía tomar posiciones muy prometedoras en Venezuela. Pero Trump ha dicho «Venezuela para los norteamericanos» y ha optado por pactar con el sector del chavismo dispuesto a gestionar una transición a cambio de seguridad y tranquilidad futura. Miami se ha impuesto a Madrid. Esa es la primera lección del episodio venezolano. Veremos cuáles son las siguientes.

Europa o Miami. Evidentemente, una disyuntiva de este tipo reabriría tensiones en Cataluña, el País Vasco y Navarra. Latinoamérica ya está muy presente en el área metropolitana de Barcelona a través de la inmigración, el actual puente de mando catalán está intentando recoser relaciones culturales y económicas con Latinoamérica —Barcelona ha sido, durante muchos años, la gran capital de la edición en castellano—, a mí me parece bien, creo que es enriquecedor, pero un fuerte debilitamiento del horizonte europeo acabaría de provocar un desastre mental en la sociedad catalana. Aliança Catalana sobrevuela esa ansiedad, ha nacido del interior de esa ansiedad, de la ansiedad y del resentimiento por el fracaso del *procés*. La ley de amnistía ha estabilizado Cataluña. La ley de amnistía quizá le ha ahorrado a España un nuevo y grave conflicto civil en Cataluña dentro de diez años. La gente más inteligente de la derecha española lo sabe, pero esa ley les ha proporcionado una excelente arma de combate contra el Partido Socialista y sus aliados. La ley de amnistía, más acusaciones de corrupción y cutrez de algunos dirigentes socialistas, pueden devastar al PSOE si Sánchez no logra

fortificarse en la política europea. La parte más inteligente de la derecha sabe que la ley de amnistía ha tenido efectos positivos para la estabilidad de España y por ello no creo que haya reversión alguna, según cuáles sean los resultados de unas futuras elecciones generales. Mientras sigamos en Europa, la ley de amnistía no tiene marcha atrás. Mientras sigamos en Europa es posible un entendimiento, pese a todos los óxidos acumulados, que son muchos. Si se rompe Europa, si el actual Gobierno de Estados Unidos consigue su propósito, se reiniciará un ciclo de tensiones territoriales en España. No sé si los grandes partidos lo están viendo.

ESTEBAN: Hay una dificultad grande de los partidos para pensar a corto y a largo plazo al mismo tiempo. Por mucho que la actividad política cotidiana sea incesante, sería necesario mirar un poco más allá, aunque solo fuera por tacticismo: al final del camino están las elecciones y se debe tener un proyecto de país para concurrir a ellas con cierta fuerza. Pero, sobre todo, estamos en un cambio de época y alguien tendría que tomárselo en serio. El PSOE sigue en la pelea contra la extrema derecha, y más ahora con la fuerza de Trump, y el PP está inmerso en la lucha por el poder mediante el desgaste de Sánchez y el derribo del adversario. Pero hay que salir de ahí y tener una ambición mayor.

En cuanto al plan B, la tragedia es que España no va a decidir si hay plan A o plan B. Vendrá impulsado desde fuera. Nuestra influencia en ese sentido es muy limitada, por lo que más vale tener previstos diferentes escenarios. Entre otras cosas, porque el futuro puede ser muy feo. Como bien señalas, un país orientado hacia el exterior y dependiente de una inversión extractiva puede llevar hacia un escenario latinoamericanizado, y no solo en las formas políticas, también en lo económico. Convendría estar preparados para no convertirnos en una suerte de Argentina europea. Es decir, no nos podemos limitar a esperar que Europa se refuerce o se disgregue: debemos reforzarnos lo suficiente como para jugar un papel más relevante en el plan A o para tener cierta fuerza propia y no convertirnos en un mero país colonizado en el plan B.

Hay que tomarse muy en serio que estamos en una guerra fundamentalmente económica, y por eso tenemos que pensar de otra manera, para reforzar al país en su conjunto. Insisto, España no es un país en desarrollo, pero sí uno que necesita desarrollo, y eso implica inversión y una mayor presencia estatal a la hora de dibujar estrategias y de generar actividad. Es hora de que el papel del Estado sea diferente, entre otras cosas porque los países más importantes del mundo se están apoyando en él insistentemente. No emplear esa baza conlleva tener cartas perdedoras en la partida.

El elemento clave, desde mi punto de vista, reside en la España de las periferias. Los recursos se están concentrando no tanto en Madrid como en su almendra central. Es el lugar que capta las inversiones, el que media con el capital que aterriza en España para comprar y vender: edificios, empresas, acciones, servicios, cualquier actividad que pueda generar rentabilidad. Ese capital solo beneficia a sectores concretos, los que compran viviendas o locales para revenderlos, los que adquieren medianas empresas españolas, los que compran firmas para volver a ponerlas en el mercado a los cinco años, los que impulsan las fusiones y las adquisiciones o los que entran en el capital de empresas sanitarias o educativas. Ese capital no ayuda a que la economía de la mayoría de los ciudadanos vaya mejor. Al contrario: genera menos empleo, salarios más escasos y precios más elevados para una mayoría de la población, menos posibilidades de que las pymes nazcan y encuentren espacios de crecimiento, menos actividad local y, a menudo, menor recaudación de impuestos, dado que el capital global puede evitarlos. Hace falta inversión productiva, provenga del capital privado o del mismo Estado.

Las dinámicas de la almendra central dejan mucho más perjudicados que beneficiados. Al concentrar el empleo, especialmente el cualificado, pero también el de servicios, se crean nuevas periferias, cada una de ellas con problemas específicos. Los barrios obreros que rodean la urbe, como las poblaciones periurbanas, viven de la vitalidad de la ciudad, pero también sufren el aumento de los precios de los bienes esenciales que se derivan de la cercanía a la urbe. Muchas personas tienden a residir a más distancia de la ciudad y pagan en tiempo de desplazamiento lo que no pueden pagar en dinero.

La capital absorbe las energías de las ciudades de las provincias cercanas, cada vez más dependientes del impulso central. Las periferias lejanas, las ciudades pequeñas e intermedias más distantes y peor conectadas con la capital, decaen en su economía.

Al mismo tiempo, las periferias se van separando políticamente del centro, pero también entre sí. Cataluña, sin esa inversión que va a parar a Madrid, tiene dificultades para crecer por sí misma. Euskadi tampoco posee esa energía, ya que mitigó su lejanía de Madrid con las conexiones con empresas industriales alemanas y francesas, pero esa alianza también está parándose. Málaga vive un buen momento, dada su nueva configuración como centro turístico. Valencia tiene algunas facilidades, ligadas a la industria y al turismo, que la convierten en un lugar especial. Cada una de esas regiones suele votar en términos territoriales. El PP de Moreno ha sacado pecho con el andalucismo simpático, qué decir de Cataluña y País Vasco, la Comunidad Valenciana siempre tiene un clima propio. Pero ocurre igual en los territorios con menor vigor, que es justo donde han surgido las opciones provincialistas, como Teruel Existe o Soria Ya, y ahora la Unión del Pueblo Leonés agita la posibilidad de una separación entre Castilla y León, con Zamora, Salamanca y León, tres provincias en complicaciones que buscan el camino de salida en la secesión regional. Y cada vez más las izquierdas adoptan la opción localista: BNG, Compromís, Bildu, ERC, una IU asentada en Andalucía, Adelante Andalucía.

Es una fragmentación que tiene su lógica, en la medida en que ese refugio en lo territorial es una vía de vinculación política: «como no piensan en nosotros, tendremos que buscar nuestro propio camino». Sin embargo, esa vía suele ser infructuosa en momentos como el presente. Las periferias, si quieren crecer y encontrar una salida, necesitan apoyarse en las regiones de su entorno y establecer iniciativas que frenen a una gran urbe que las fagocita. Es hora de mirar hacia el interior más que hacia el exterior. No es extraño que algunas empresas catalanas entendieran que, especialmente tras el *procés*, debían expandirse por España. Es curioso que los dos grandes bancos españoles, Santander y BBVA, cada vez sean menos españoles, ya que tienen intereses en otros países, y que el gran banco nacional

sea ahora La Caixa, o que Criteria Caixa sea el vehículo de inversión bancario que más haya apostado por lo español.

Se necesita un proyecto para las distintas periferias españolas —las urbanas, las periurbanas, las desconectadas y las que una vez fueron fuertes, pero ahora están en declive—, de forma que tejan redes y se potencien mutuamente, y que hagan esa tarea que la almendra central de Madrid no puede ni quiere hacer. En especial, pensar en lo productivo, algo que Madrid ha olvidado.

ENRIC: En términos históricos España ha fabricado estos últimos cincuenta años tres novedades. Te lo decía en un capítulo anterior. Uno, el asentamiento de la democratización, dos, la regionalización del país, el advenimiento de las autonomías con toda su carga contradictoria, y tres, la transformación de Madrid en la indiscutible capital económica del país. Todas las tensiones del siglo XIX y de la primera mitad del siglo XX se desarrollan con una capital sin fábricas, una capital político-administrativa decadente, puesto que el viejo Imperio español ha perdido sus últimas colonias, mientras en Europa amanecen nuevos Estados nacionales: la Italia unificada, el nuevo Imperio alemán, el mosaico resultante de la disgregación del Imperio austrohúngaro, Irlanda… Las tensiones políticas y sociales que conducen a la Guerra Civil tienen un gran escenario en Madrid, pero las fuerzas sociales luchan muy seriamente en Cataluña y Andalucía. Hoy todo eso ha cambiado. Es un cambio muy relevante, fundamental, estructural. En 1955, en vísperas del Plan de Estabilización, la provincia de Madrid suponía el 12 % del PIB español. Sesenta años después supone el 20 % y podría significar el 25 % en los próximos diez años. Con el 25 % del PIB, Madrid, el sistema de poder que yo denomino Madrid DF, obtendría un dominio absoluto de España.

¿No habíamos quedado que íbamos a la descentralización? Sí. Hay diecisiete comunidades autónomas, han surgido unas élites políticas autonómicas que gestionan el Estado social salvo las pensiones, élites que ahora están asustadas, porque todos los servicios públicos están sufriendo. Gobernar una autonomía empieza a ser peligroso. Fíjate lo que le ha pasado a Carlos Mazón. Fíjate en el fatídico verano de 2025

que casi se lleva por delante al presidente de Castilla y León. Esas élites autonómicas se están debilitando, han perdido calidad. Está brotando algo nuevo y a la vez muy antiguo: el localismo, que no hemos de confundir con el autonomismo. Es peligroso gobernar una autonomía con menos presupuestos sociales, con efectos cada vez más visibles del cambio climático, y con Madrid reclamando la atención todos los días. No queda espacio para un relato regional. Lo hemos visto en las últimas elecciones autonómicas extremeñas: un vulgar robo en una oficina de Correos se intentó convertir en un ataque en toda regla a la democracia, porque en la caja fuerte robada había 124 papeletas. El poder está en Madrid, la rueda de la fortuna gira en Madrid, las mejores posibilidades de ascenso social están en Madrid, la política se cuece en Madrid, las tribunas periodísticas que quieren marcar la pauta están en Madrid, el espectáculo político, en definitiva, está en Madrid, y el poder judicial, que hoy controla el tiempo político, está en Madrid…

ESTEBAN: Esta identificación de Madrid con España es un problema, porque ocurre más bien lo contrario: cuanto más porcentaje del PIB concentre Madrid, menos España habrá. Se ha producido una equiparación extraña de la unidad de España con la potencia de la capital cuando son incompatibles. Con este tipo de economía, España estará menos unida cuanto más crezca Madrid. Dices que no se ha teorizado, pero creo que sí se ha teorizado, lo que pasa es que nuestras élites son bastante…

ENRIC: Ágrafas, escriben poco.

ESTEBAN: Yo diría que son élites colonizadas intelectualmente. Se limitaron a recoger lo que se hacía en otros lugares, en particular en Estados Unidos, ya fuera en los métodos de gestión empresarial, en las ideas económicas que debían adoptarse, en las formas de ocio o en los rasgos personales que aportaban capital simbólico. Simplemente copiaban lo de fuera. El problema ahora es que su fuente principal de pensamiento, la que aportaba el país colonizador, se ha vuelto en su contra. De repente, aquellos a los que se tenía como modelo ponen en

juego nuevas ideas que chocan con el *statu quo*, que dejan bastante menos espacio a las élites locales y que apuntan a los europeos como enemigos. Es un problema que todavía no saben cómo arreglar, de manera que se debaten entre continuar por el viejo camino, y oponerse a los cambios que trae el trumpismo, o abrazar el nuevo pensamiento. En ese lugar ambiguo están situadas nuestras élites aún, y lo vemos en España con esa tensión entre PP y Vox, y también en Europa con la cercanía y el alejamiento entre el Partido Popular Europeo y los grupos a su derecha. De hecho, ya se están acogiendo muchas de las visiones de la derecha trumpista, aunque la figura del presidente estadounidense incomode sobremanera y sea criticado continuamente por nuestras élites.

Este es un inconveniente significativo para pensar el futuro español y europeo, en la medida en que los problemas de vertebración territorial y social son acuciantes. Piensa en Alemania, ¿qué va a hacer ahora con el *Mittelstand*, con toda esa red de pymes productivas que fue su pulmón? ¿Qué va a hacer con esa Alemania del Este en declive donde está penetrando fuertemente AfD? ¿Qué tipo de opción integradora puede ofrecerles? ¿Qué va a hacer con sus trabajadores de servicios? Reducir gasto público y producir armamento no es el mejor camino de salida, pero las élites germanas han perdido de vista cualquier idea de la economía que no pase por seguir la ortodoxia, y cualquier idea del posicionamiento geopolítico que no pase por complacer a Estados Unidos. Y, mientras tanto, Trump les pone las cosas cada vez más difíciles.

España está en una posición más complicada que Alemania, en la medida en que carece del margen fiscal con que cuenta un Berlín que podrá acometer grandes inversiones. Antes, España contaba con un cierto reparto de funciones, ya que Madrid era la capital político-administrativa, y el País Vasco y Cataluña tenían la parte industrial. Ahora no es así, ya que la industria es mucho más débil y Madrid se ha convertido en el espacio de prestación de servicios al capital por parte de las clases expertas. Los aires de la época llevan, además, a que ese punto central se extienda cada vez más.

No olvidemos que la recomposición de la hegemonía estadounidense en que se desenvuelve el orden internacional desde que

llegó Trump, nos afecta de lleno. Desde luego, como parte de esa Unión Europea que los conservadores estadounidenses quieren débil o rota, pero también porque los estadounidenses cuentan con un programa económico que nos deja bastante menos espacio. Ese programa, en lo que nos afecta, implica más Madrid y menos España, más capital y menos territorio. No supone un cambio respecto de las tendencias de años anteriores, sino una profundización en ellas. Y sería desastroso.

Lo voy a expresar en otros términos. Todas estas alarmas respecto de la llegada del autoritarismo, o de la ruptura de la Unión Europea, no requieren de más declaraciones indignadas. Lo que hace falta es ponerse manos a la obra y trabajar en términos políticos. Más territorio y menos capital no es una lucha contra Madrid, del mismo modo que menos Alemania y más Europa no es oponerse a Alemania. Todo Occidente, también Estados Unidos, está inserto en una dinámica perjudicial para sus poblaciones y para las capacidades nacionales. Los países europeos necesitamos industria, porque sin un grado significativo de industrialización no hay nivel de vida elevado. Se insiste mucho en que, con la IA, la industria sufrirá, pero lo cierto es que, si la IA resulta efectiva de verdad, también sufrirán las empresas de servicios con la automatización. Son precisas las pequeñas y medianas empresas locales, porque son las que dan vida, no ya a los territorios cercanos, sino a la economía de un país. Es preciso un mercado interior que funcione, porque eso significaría que los salarios son suficientes y dignos. Es preciso capital que apueste por poner en marcha nuevas iniciativas, porque así se consigue la innovación. Hacen falta firmas que operen en sectores estratégicos. Hacen falta estructuras estatales sólidas que puedan trazar planes a medio plazo. Hace falta una economía productiva en lugar de una extractiva. Mientras eso no cambie, los problemas internos de Occidente seguirán ahí, desde Seattle hasta Atenas.

Sin embargo, las élites españolas, que cada vez cuentan menos fuera, y que seguirán en declive en tanto que son parte del continente europeo, creen que pueden reinsertarse en el ámbito del poder mundial aplaudiendo la latinoamericanización de España. Del mismo modo que las élites globales creyeron formar parte de algo apoyando

el fin de la historia y las deslocalizaciones, las actuales piensan que combatiendo lo *woke*, gritando libertad y presionando por el libre mercado están dentro de los ganadores de la historia. Pero lo geográfico pesa; son élites de España, sur de Europa, parte perdedora en este giro geopolítico. Las reglas imperiales marcan que las élites y las empresas de los países imperiales ganan y las demás pierden. Ese es su lugar, por lo que es un contrasentido que aplaudan su propia decadencia.

De modo que sería conveniente que empezáramos por el principio: vales lo que vale tu territorio, y eso obliga a enfocar el futuro de otra manera. En lo que respecta a España, creo que la unión no vendrá por una visión administrativa común, por esa mirada plurinacional por la que de vez en cuando se aboga o por la recentralización, sino por la construcción de lazos de interés económico que permitan establecer nuevas relaciones entre las regiones y que fortalezcan al conjunto. Eso pasa por potenciar la España de las periferias y la economía productiva.

ENRIC: La cuestión territorial está presente en toda Europa. No es una cuestión exclusivamente española. La protesta de los *gilets jaunes* en Francia fue una revuelta contra París. El Brexit fue una revuelta contra Londres. El *procés* fue una revuelta contra Madrid. El fenómeno Chega en Lisboa es en parte una revuelta contra Lisboa, epicentro del gran encarecimiento de la vida y de la vivienda en las ciudades portuguesas. Italia, pionera, ya nos avisó en los años noventa del siglo pasado con la Liga Norte. La cuestión italiana consiste en cuánto está dispuesto a pagar el norte para que el sur no se deprima más. El norte quiere pagar menos y ahora teme que el sur haga perder las próximas elecciones a Giorgia Meloni. En Alemania, el este ha encontrado un canal político para expresar su resentimiento por las heridas que dejó la reunificación acelerada de 1991: Alternativa por Alemania.

Hay tensiones territoriales en toda Europa y las dinámicas de la revolución tecnológica imponen patrones de competición que favorecen la centralización. Hay demanda de centros de decisión fuertes, ágiles y rápidos. ¿Demasiada la aceleración? Pues prepárate porque vendrá todavía más; y encima ahora ya nos dicen que hay que

llenar los países de centros de datos y meter ahí centrales nucleares de bolsillo, y eso evidentemente no se va a decidir en asamblea, se va a decidir en un centro de decisión y venga *p'alante*.

ESTEBAN: Hay para mí una gran diferencia y la establece la época. Es un tiempo geopolítico, y eso significa que es más de estructuras estatales que de ciudades comerciales. Significa también que se está obligado a contar con un número significativo de capacidades propias y cercanas. Hay un proceso de relocalización indispensable si se quiere contar con proyección e influencia internacionales, y eso sirve tanto para España como para la Unión Europea. En Alemania creyeron que era factible depender del exterior, porque tenían una industria que exportaba, gas ruso barato, armas estadounidenses, etc. No es así. ¿Alemania puede sobrevivir sin conexiones con el resto de Europa, trabajando solo en interés propio sin aprovechar y desarrollar el mercado europeo? Es muy improbable. A Francia le ocurre igual, no le basta consigo misma. Si las élites francesas fueran inteligentes y dejaran de considerarse el centro del mundo, Europa ganaría mucho. Pero, para desarrollar fortalezas propias, también hay que generar un reparto europeo diferente. A la Unión Europea le ha pasado como a España, que su centro, Alemania, ha canalizado los recursos, y que muchas de sus regiones se han ido deteriorando de manera significativa. Si la Unión tiene una opción de supervivencia, pasa por recuperar capacidades y tenerlas en su territorio, lo que obliga a trazar planes comunes que beneficien a distintos Estados: aumento de la industria, desarrollo del mercado de capitales, planes energéticos, prioridad para el mercado interno, conexiones con los distintos territorios. Y eso implica estructuras comunes fuertes. Los problemas españoles y los problemas europeos tienen muchos puntos de conexión, porque esa configuración geográfica de concentración en el centro y debilidad de las periferias ha sido una constante occidental. Es el momento de salir de ella.

ENRIC: Tú lo que planteas es un país en malla como la respuesta…

ESTEBAN: … si se quiere de verdad desarrollar España ahora, se necesita hacer malla española. Y si se quiere desarrollar Europa, malla europea.

ENRIC: Mira, ahí estamos de acuerdo. Pero te diré otra cosa. Me temo que acabará primando una reacción de carácter defensivo, como está ocurriendo en tantos países. Una reacción de carácter defensivo que no será exactamente como la que se ha adoptado en Estados Unidos; en España no vamos a ver deportaciones de inmigrantes, porque el empresariado y las fuerzas políticas que todavía seguirán teniendo mayoría en el Parlamento no están en esa posición, pero podemos asistir a otras cosas, a un intento de endurecimiento del sistema político español, impulso que ya se manifestó en la respuesta al *procés*. El *procés*, en términos políticos, fue una insensatez. No lo digo cómodamente a posteriori. Lo dije antes y me costó no pocas críticas en Cataluña. El 12 de noviembre de 2012, recién celebradas las elecciones convocadas por Artur Mas con el objetivo de conseguir la mayoría absoluta para Convergència i Unió, para así asegurarse la dirección política del movimiento que se estaba poniendo en marcha, escribí un artículo titulado: «Gana España». Estuvieron insultándome en las redes sociales durante meses, pero creo que no me equivoqué. Los herederos de Jordi Pujol temían verse de nuevo fuera del poder, esta vez por un largo periodo de tiempo. La crisis imponía recortes y las protestas habían superado las previsiones de Mas, que en un momento dado quiso ser más *merkeliano* que Angela Merkel. Era un devoto de la política de austeridad y el Gobierno de Mariano Rajoy lo observaba con estupor. El grupo dirigente de Convergencia temía las pesquisas judiciales sobre el 3 % y temía a Esquerra Republicana, partido radicaloide y gomoso. Sube, cae y rebota. A los convergentes los obnubiló el Brexit y el primer mandato de Trump. Seguían siendo europeístas, no me atrevería a decir que fuesen trumpianos, pero les entusiasmó la «discontinuidad» anglosajona. «No, no estoy de acuerdo con el Brexit, pero el Brexit nos enseña que lo que ayer parecía imposible hoy puede ser posible», dijo Mas en una ocasión. Es decir, si el Brexit es posible, la independencia de Cataluña también lo

es. Si los conservadores británicos aceptan un referéndum en Escocia, los conservadores españoles también deberían aceptarlo en Cataluña.

Todo ese planteamiento fracasó porque Rajoy no aceptó el envite. En realidad, Mas le estaba planteando de manera implícita —y no sé si explícita— la posibilidad de conflicto controlado desde arriba. Un largo conflicto en el que las dos partes controlasen los límites y los riesgos. El PP estaba en dificultades por la crisis económica. CiU se estaba ahogando por la crisis. Un conflicto telúrico podía permitir a ambos envolverse con la bandera. Gestionado con talento ese conflicto podía llegar a ser beneficioso para los dos bandos. Podía fortalecer a ambos: dependía de la intensidad y de los ritmos. Y era indispensable que CiU obtuviese la mayoría absoluta en Cataluña. Rajoy no lo aceptó. En primer lugar, su nombre aparecía en los papeles de Bárcenas: M. Rajoy. Nunca hemos sabido quién era ese M. Rajoy. Podía ser decapitado, y no me refiero a una moción de censura. Podía ser decapitado desde el barrio de Justicia de Madrid. Y, a su vez, Rajoy veía venir a Vox, veía venir una escisión de la derecha. Rajoy no se movió y dejó hacer a Jorge Fernández Díaz, al secretario de Estado de Interior, Francisco Martínez, y al comisario José Manuel Villarejo. Empieza la guerra sucia contra Mas en plena campaña electoral. Y CiU no consigue la mayoría absoluta que anhelaba. ¿Por qué? Seguramente la guerra sucia influyó, seguramente los titulares que situaban a Artur Mas al frente de una cuenta corriente en Liechtenstein de la que nunca más se supo, influyeron, pero CiU perdió doce diputados en las elecciones del 25 de noviembre de 2012 porque había una corriente de fondo, espoleada por la crisis, que viró a la izquierda, una corriente de protesta social que se aproximó al independentismo y acabó votando a ERC y a la CUP. Aquel día escribí: «Gana España».

El *procés* ganaría intensidad en la calle y a la vez se convertiría en un endiablado proceso de competición interna. El *procés* se convirtió en una continua fuga hacia delante, como pudo comprobarse el 27 de octubre de 2017. Primero cayó Mas (diciembre de 2015) y después cayó Rajoy (mayo de 2018). Jorge Fernández Díaz, Francisco Martínez y José Manuel Villarejo se hallan a la espera de juicio en el

momento de entregar este libro a la imprenta. Y ha ganado España, efectivamente.

La ley de amnistía es una victoria de la España integradora. La ley de amnistía ha tenido un alto coste para el PSOE, ahora agravado por los casos de corrupción detectados por el aparato judicial, a su vez muy ofendido por la amnistía. La amnistía no se destejerá, creo, si hay un cambio de mayoría en la próxima legislatura. Pienso que la derecha española es lo suficientemente inteligente como para no organizar otro estropicio, pero existe la tentación del endurecimiento, hay demanda de endurecimiento, y ya se habla de reformas constitucionales. Lo ha dicho con mucha claridad en *La Vanguardia*, respondiendo a mis preguntas, el presidente de la Conferencia Episcopal Española, Luis Argüello, arzobispo de Valladolid. Me impresionó su claridad. Desgranó un auténtico programa: hay que reformar la Constitución para retocar el artículo 2, hay que aclarar, esterilizar o eliminar el concepto nacionalidades («España la componen nacionalidades y regiones», dice el artículo dos), dejar muy claro que el único sujeto soberano es la nación española, y dejar clara también la preeminencia de la lengua castellana frente a las lenguas cooficiales. Anteriormente, el ex jefe de la Casa del Rey, Jaime Alfonsín, también había abogado por la reforma de la Constitución en su discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, en presencia de Felipe VI. Octubre de 2025: «Nuestra Constitución se incumple, sin más, en determinadas ocasiones; se inaplica en otras; se interpreta alejada de sus principios fundacionales; o se instrumentaliza, en fin, con fines ajenos a su espíritu. Ese proceso de erosión, además de otras razones distintas y de relevancia, debería conducir a su reforma, si queremos preservar los principios fundacionales del orden constitucional vigente y que Doña Leonor —y antes y todavía Don Felipe— reine sobre una Constitución que sea plenamente vigente». Esas fueron las palabras de Alfonsín. Acotar la interpretación de la Constitución mediante una reforma de la Constitución, si no he interpretado mal. Vuelve Torcuato Fernández-Miranda, el arquitecto de la transición que se enfadó con Adolfo Suárez cuando UCD aceptó que se incluyese el término «nacionalidades» en la Constitución de 1978. En el mismo acto, el señor Alfonsín dijo que veía muy difícil esa reforma. Vino a

decir que se está a la espera de un PSOE dispuesto a dar el paso. Quizá llegue ese PSOE. Un periodista tan relevante como José Antonio Zarzalejos también se ha referido a esa posible reforma constitucional y en su caso aboga por un programa legislativo que tenga un efecto equivalente. Vuelve Torcuato Fernández-Miranda.

Fíjate en una cosa. Hace diez años, Podemos hablaba de «hacer saltar el candado del 78». La frase hizo fortuna, pero Podemos nunca llegó a presentar una propuesta formal de reforma de la Constitución y durante la abdicación de Juan Carlos I se negó a firmar un manifiesto a favor de la III República que promovía Izquierda Unida, entendiendo que ese pronunciamiento era divisivo. Quienes ahora plantean abrir el candado del 78 para sustituirlo por otro más robusto son el antiguo jefe de la Casa del Rey y el presidente de la Conferencia Episcopal Española. Han transcurrido diez años.

Han transcurrido cincuenta años desde el inicio de un importante ciclo democratizador en el sur de Europa (final de las dictaduras de Portugal, España, Grecia, más un intento de pacto entre democristianos y comunistas en Italia) y en todos estos países se están planteando en estos momentos reformas de sus constituciones democráticas en un sentido defensivo. La extrema derecha portuguesa pretende cargarse el legado de la Revolución de Abril de 1974; la derecha italiana quiere implantar un Ejecutivo fuerte, parar los pies a la magistratura y reducir los poderes arbitrales del presidente de la República; en España personalidades relevantes defienden acotar el margen de interpretación de la Constitución y cerrar el paso a la plurinacionalidad; en Grecia se ha introducido un premio de mayoría que otorga la mayoría absoluta al partido vencedor de las elecciones. El premio empieza a escalonarse a partir del 25 % de los votos.

ESTEBAN: Sí. Bueno, voy a abrir un paréntesis, porque a mí me llama mucho la atención la situación catalana, porque si España fuera solo Cataluña, se hubieran reproducido a la perfección todas las tendencias políticas de la época, la capital contra el interior, las costas frente al mundo rural, el poder de la identidad…

ENRIC: El catálogo completo.

ESTEBAN: En cuanto a las élites madrileñas, es evidente que tienen necesidad de dar un castigo ejemplar a quienes pusieron en cuestión el orden heredado de la Transición y a quienes rompían la unidad del Estado, y cuya intención para el futuro describes con acierto. Es la respuesta de esas élites a un problema que perciben como uno de los más importantes de la vida nacional. Si las cosas se filtraran de arriba abajo, este deseo habría arraigado entre la población. Pero solo lo ha hecho en parte de ella. Si miramos de abajo arriba, estas cuestiones son muy poco relevantes para una mayoría de ciudadanos. Es como si pensaran: «¿Se quiere cambiar ahora la Constitución? ¿Para qué? Mis problemas, los que tengo que resolver, tienen que ver con cosas mucho más cotidianas».

Al margen de esta desconexión entre capas sociales, el marco que proponen está agotado. No podemos seguir pensando España desde la almendra central de Madrid, y lo digo como madrileño y español. Los problemas de la gente están en otra parte. Esta época exige red, vínculos, una malla que debe construirse y que está lejos de esa mezcla de economía financiarizada, territorios con un solo punto visible y acento en los elementos administrativo-institucionales. En este sentido, si Madrid pensara en España, estaría pensando en otras cosas. Como le ocurre a Barcelona o a Vitoria, por otra parte.

Sin embargo, en las épocas de cambio, las élites tienden a interpretarlo todo desde el temor a la pérdida de poder interno. Por eso se prioriza poner orden en un país que se percibe desbocado, y ahí encajan las iniciativas que señalas.

ENRIC: Hay quien piensa que las respuestas a los dilemas de la época pasan, en primer lugar, por más autoridad. El latido de fondo es ese. Estados Unidos lo está amplificando. En España hay un orgullo herido por la tentativa independentista. La falsa tentativa, añado. Fue una gran teatralización secesionista; no fue un momento secesionista, ni siquiera arriaron la bandera de España que ondeaba en el Parlament. Se cuidaron mucho de no hacerlo. Para un sector de la vida política y social española no habrá paz hasta que se imponga un castigo ejemplar duradero. Un escarmiento que dure cincuenta años. Este fue el propósito del encarcelamiento de los líderes independentistas y la

posterior condena del Tribunal Supremo, matizada en el último momento, condena por sedición y no por rebelión, por temor a una resolución adversa del Tribunal Europeo de Derechos Humanos con sede en Estrasburgo. La ley de amnistía ha roto la política de castigo ejemplar, proponiendo una nueva integración. Todos dentro. Volvemos a empezar. El PSOE podía ganar unas próximas elecciones después de haber impulsado y aprobado la ley de amnistía. No creo que las pueda ganar con el cóctel ley de amnistía, más casos de corrupción, más esas dosis de cutrez y puterío que aportan José Luis Ábalos y Koldo García Izaguirre. Han caído como pajaritos. El PSOE nunca defrauda, tiene esa dimensión cutre, porque esa dimensión forma parte de la vida real española y el PSOE es el partido que más se parece a la sociedad española. Un almacén de astucias, profesionalidad política, gestores muy honestos y honrados, y una pandilla de mangantes a bordo del Peugeot, sin que el héroe de las primarias de 2017 lo detectara. ¿No lo detectó? ¿Por qué?

El PSOE siempre ha sido un partido contradictorio. Eso es el PSOE y su mochila es hoy muy pesada. Sánchez intentará salvar la partida sumergiéndose de nuevo en la partida europea. Europa o Miami.

ESTEBAN: Hay un sentimiento herido que está permanentemente encima de la mesa, y es una pasión privada muy respetable, pero estamos en un momento de urgencia. Hemos de ir más allá de los egos dañados y centrarnos en lo importante.

Volvamos a Estados Unidos, porque allí está el centro del mundo occidental. La fascinación o el temor por los cambios internacionales lanzados por Trump oscurecen a menudo que los problemas internos de los países europeos son muy similares a los estadounidenses. Está la fractura social producto de la desigualdad, la potencia de las urbes globales y el declive de los territorios interiores, la diferencia entre los salarios y lo que cuestan los bienes esenciales para la subsistencia, la incertidumbre, la ausencia de valores comunes y otros asuntos que han ido apareciendo a lo largo de nuestra conversación. Washington puede intentar huir de sus problemas mediante el afianzamiento exterior de su potencia, e incluso puede tener éxito con ello. Ese autoritarismo en las relaciones internacionales que ha impuesto le

puede funcionar y, con él, asentar los intereses de sus clases dirigentes dentro y fuera del país. Pero Estados Unidos es todavía una democracia, lo que significa que el poder político se gana en las urnas. La clave de su futuro está en ellas. Y convendría poner sobre la mesa una idea que se olvida: las clases medias y las trabajadoras estadounidenses, así como los ciudadanos de los Estados interiores, necesitan de un regreso a la economía productiva tanto como los europeos si quieren tener una vida digna. Ni el imperialismo ni la IA les van a aportar lo que precisan, al igual que nos ocurre a nosotros.

Desde esa perspectiva se puede constatar que la idea de poner orden y de que haya una autoridad que funcione se vive de manera distinta dependiendo de la posición que se ocupe. Una parte de la población quiere una autoridad que conforme las bases de una vida mejor y que pueda aportar un nivel de vida digno y esperanza de futuro. Si esta demanda no se satisface, es probable que el descontento se trate de controlar mediante una idea de orden y autoridad que vaya en la misma dirección que el internacionalismo autoritario que se está imponiendo fuera.

En esa relación entre política interior y exterior, cabe recordar que los imperios pueden sobrevivir durante bastante tiempo a pesar de la desorganización interna. El final de la República romana es uno de los ejemplos mejor documentados, con el centro del imperio sumido en una crisis continua, con disturbios y guerras civiles, y que solo encontró estabilidad cuando Roma fue capaz de ofrecer mejores condiciones a todos los suyos, desde los proletarios romanos hasta los itálicos, pasando por los équites y por las provincias. La aristocracia oligárquica perdió poder, y el resto lo ganó: el asentamiento del imperio llegó a través de un reparto más equilibrado que trajo la paz interna. Es una lección interesante porque, más allá de las diferencias obvias en cuanto a la época, señala algo evidente, como es que las asociaciones comúnmente provechosas son mucho más útiles para estabilizar las sociedades que el orden duro. Y es una enseñanza pertinente porque no hace tanto tiempo, en el final de la Segunda Guerra Mundial, Occidente consiguió crecimiento y estabilidad gracias a una visión semejante. A Estados Unidos le conviene, en el interior y en el exterior, trazar una relación cooperativa con sus

ciudadanos y con sus socios tradicionales mucho más que una autoritaria, si el propósito es que la potencia estadounidense perdure. Y eso funciona tanto en términos de clase como en términos territoriales. Es bastante probable que esta visión sea desechada y que se opte por el simple poder de la fuerza para mantener la hegemonía. Estados Unidos ha reaccionado desde la agresividad que provoca el miedo, en especial el de verse superado por China, y eso tarda en curarse.

Una vez que esa visión de orden, fuerza y autoridad se instala, se propaga por todos los países asociados. Lo vemos en Latinoamérica y cada vez estará más presente en Europa. El camino que se dibuja en el viejo continente, diseñado por la alianza entre Alemania e Italia, es el de una fórmula neoliberal más intensa, lo que generará inestabilidad interna y, por tanto, más necesidad de control. En España es evidente: afianzar el orden interior, controlar lo de dentro.

ENRIC: Esteban, para ir concluyendo, te diría que en mi opinión la vida pública española girará alrededor de dos ideas que acabamos de tratar. Una, la malla territorial. Dos, la autoridad, el orden, la noción de orden.

ESTEBAN: La vida española del futuro está por construir. No podemos observar la historia desde la inevitabilidad. No hay que caer en la impotencia de pensar que los vientos de la época nos empujan hacia un lugar y que nos dirigimos necesariamente hacia él. La historia se construye y depende en última instancia de nosotros, de los ciudadanos. Pero, para empujar en una u otra dirección, hacen falta fuerzas sociales. Así ocurre en general, pero particularmente en las democracias. Parece que la política solo la hacen las fuerzas imperiales, las grandes tendencias, la autoridad, los ejércitos, pero los seres humanos y las fuerzas sociales que construimos desempeñan un papel determinante. Nuestra política se centra en problemas concretos, la vivienda, las pensiones, la emigración, pero se piensa muy poco en ideas de país, en visiones de futuro, en proyectos para el reforzamiento común. Conviene volver a Berlinguer y a las preguntas que se formulaba, dirigidas a la creación de las condiciones de

posibilidad, consensos incluidos, para que un programa político pudiera llevarse a la práctica en un mundo regido por el poder. Para crear esas condiciones hacen falta fuerzas sociales, hace falta política, unir gente y trabajar para el futuro. La política es lo que nos queda a los ciudadanos para conseguir un porvenir mejor. Y con esta reflexión me quedaría.

EPÍLOGO

CÓMO LEER EL MUNDO

ESTEBAN HERNÁNDEZ: La incertidumbre y la desorientación marcan la época. Demasiados acontecimientos cismáticos están ocurriendo al mismo tiempo, lo que dificulta su comprensión, pero también la posibilidad de emitir predicciones fiables. Sin embargo, si se aparta el ruido, las líneas generales están ya dibujadas. Su aplicación en la realidad puede conducir por caminos diferentes, porque una cosa es el plan y otra la puesta en práctica, pero la hoja de ruta está sobre la mesa. Hasta ahora hemos estado demasiado pendientes del protagonista, Donald Trump, ya que es mucho más sencillo intentar entender a los personajes que a las estructuras. Trump es la narración que nos contamos, el líder loco y rebosante de narcisismo, pero los cambios le exceden: estamos ante la reacción de la potencia hegemónica ante una situación de decadencia percibida. A diferencia de su mandato anterior, el presidente estadounidense ha alineado a buena parte de los poderes de Washington y ha puesto en práctica aventuras impensables sin apoyo interno, como los aranceles, las exigencias sobre territorios de otros países, como Groenlandia, o la doctrina de seguridad. Convendría considerar a Trump como un personaje importante, pero no como el único protagonista, y fijar la mirada más entre bastidores que en el escenario. Es hora de preguntarse por las condiciones estructurales sobre las que Trump opera, por los desafíos que va a afrontar el mundo en los próximos tiempos, y especialmente nuestro continente y nuestro país, y cuáles son las tendencias que lo definirán.

Sería adecuado rebajar el peso de la geopolítica entendida como una fuerza autónoma que decide los acontecimientos, como si la lucha de poder entre grandes Estados determinase los hechos. La deriva de

la administración Trump hacia «Estados Unidos primero» implica transformaciones internas y externas, y abarca aspectos económicos, políticos, sociales y morales. Hemos entrado en una dinámica imperial, en la que habría que escuchar de nuevo a Hannah Arendt, quien nos recuerda que el imperialismo emerge como rebelión de la clase dominante en la producción capitalista contra las limitaciones nacionales a su expansión económica. Franz Neumann, autor cuyo minusvalorado *Behemoth* conviene hoy tener a mano más que nunca, subrayó que la expansión alemana era el efecto de una capacidad industrial mayor que la de los límites del Estado germano. El *Lebensraum*, el espacio vital, era el paso necesario para un conjunto reducido de empresas de gran tamaño que convencieron al cuerpo político de la necesidad de expansión. Este es el momento Trump: la fuerza de la tecnología y de las finanzas ha impulsado al poder estadounidense hacia la expansión exterior, ahora descrita como imprescindible para la seguridad nacional, como una lógica reacción contra unos aliados que habían olvidado sus deberes y como autodefensa frente a un orden globalista que estaba ahogando a Estados Unidos. Washington quiere el máximo alcance para sus empresas tecnológicas y financieras. Cecil Rhodes veía una tragedia en no poder colonizar las estrellas; los tecnoligarcas creen que será posible, comenzando por Marte.

Este viraje no puede producirse sin transformaciones en las estructuras, que funcionan en tres planos. Estados Unidos reescribe las alianzas económicas y geopolíticas que funcionaron durante la globalización y presiona especialmente a las clases dirigentes europeas, que resultaban beneficiadas por el viejo orden. Algunas de ellas tratan de aferrarse a Washington, ya que es mejor apostar por el caballo ganador; otras se ven tentadas a envolverse en el ámbito nacional para fortalecerse; otras creen que una Unión Europea renovada es el camino de salida. El segundo plano es el de la relación con los otros poderes imperiales. La política de disuasión frente a China y Rusia lleva a hacer equilibrios, y se pactan acuerdos coyunturales al mismo tiempo que se pelea por ampliar los límites territoriales de influencia. El tercero es el de la reconstrucción interna. La guerra entre los tecnólogos y los tecnócratas, entre quienes quieren (al modo que

dibujó Carl Schmitt en su discurso «Estado fuerte, economía sana») librarse de las supervisiones de los Estados y ponerlos a trabajar en alianza con sus intereses, y quienes desean conservar las estructuras precedentes. No es extraño que las primeras muestras de resistencia hayan venido de los banqueros centrales —Mark Carney, Jerome Powell, Mario Draghi—. Las poblaciones, las clases medias y las populares, asisten a esta batalla como espectadores que animan a unos o a otros.

Estados Unidos ha dado un golpe sobre la mesa cuyos efectos se sustancian en que las partes con más poder adquieren más poder todavía. Ocurre en el plano territorial: Estados Unidos como nación más favorecida, una voluntad que recoloca las piezas. Lo que dijo Vance en Múnich es muy similar a lo que los imperios decían a las colonias: vuestra mentalidad no es la adecuada, tenemos que cambiaros porque estáis atrasados.

A partir del giro estadounidense, los efectos se han filtrado en la estructura de arriba abajo: el país con más poder en Europa, Alemania, trata de ganar más poder en la Unión Europea. Dado que es difícil tomar decisiones, y más aún si se quiere que sean relativamente rápidas, Alemania se alía con Italia para diseñar un plan económico de salida que fortalezca a la industria germana y quiere avanzar hacia una reorganización de la Unión Europea en la que varios países puedan tomar decisiones sin necesidad de pasar por el consenso. No hay intención de romper con Washington, sino de adaptarse a su impulso. La reorganización económica europea prioriza la mejora de la competitividad en un entorno muy complicado, y además de decisiones como desregular y conformar un mercado europeo de capitales, se quiere competir a través de la vía salarial y liberando dinero de los presupuestos estatales para favorecer las inversiones, lo que implicará ajustes en pensiones, en cotizaciones sociales y menos recursos para la acción asistencial del Estado. Ese programa, en el que las clases con capital adquirirán más capital, complementa el proceso general: las partes con más poder desean más poder.

ENRIC JULIANA: Me impresiona tu resumen final. Claro, bien organizado, preciso, gélido. No te lo tomes como una crítica. El bisturí pide frialdad. Y nuestra época requiere dispositivos de refrigeración. Todo se calienta: el clima, el mar, la mente de las personas, las ideologías, la política, los medios de comunicación, las redes sociales, los ordenadores y los centros de datos. Todo se calienta y algunos estudios sociológicos dicen que disminuye la pasión sexual. Se calientan los miedos. Cuando las cosas se complican, hay una tendencia irrefrenable al dramatismo. Marx escribió en una ocasión que «la tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos». Esta perla se halla en *El dieciocho de Brumario de Luis Bonaparte*.

La memoria de los años treinta oprime en estos momentos como una pesadilla el cerebro de buena parte de las generaciones vivas en Europa. No estamos en los años treinta, sin embargo. Lo sabemos bien. Pero el recuerdo de aquella época, transmitido oralmente por nuestros mayores, leído en los libros y rememorado por las grandes películas del antifascismo, oprime hoy el alma de mucha gente. A otra parte de la sociedad le da igual o no le importa que vuelva la mano dura para poner orden. Hay a quien le place exhibir que tanto le da porque así subraya su desplante. Son como aquellos aficionados al fútbol que desean que su equipo pierda cuando se sienten muy defraudados. «¡Que pete todo!», dicen algunos futuros votantes de Aliança Catalana. He oído esta expresión ya en varias ocasiones en Cataluña. Se ilusionaron con el movimiento independentista, se lo creyeron —cosa que no hicieron la mayoría de sus dirigentes—, se entusiasmaron con la utopía disponible: la revolución de las sonrisas, un cambio político milagroso, controlado por el pueblo, una refundación «suiza» de Cataluña. En el fondo, el independentismo catalán soñaba con una sociedad con seguro a todo riesgo frente a las inclemencias históricas. No podía ser y no pudo ser. Decepcionados y con la sensación de que fueron engañados —en esto tienen razón—, ahora se abonan al nihilismo, con el chivo expiatorio de la inmigración. «¡Que pete todo!». Muchos votantes de Vox no están lejos de este lema. Quieren un gran zarandeo y saben que ahí está el Partido Popular para gestionar las consecuencias del zarandeo. Estos

dos partidos compiten, es verdad, pero en estos momentos también se complementan. Pueden llegar a sumar doscientos diputados en una próxima legislatura. Podemos salvó al PSOE de la inanición, después de intentar el *sorpasso* en 2016. Y Vox podría salvar ahora al PP del envejecimiento de su electorado, llevando a votar a gente que está dejando de creer en el sistema democrático. Unos araron el lado izquierdo. Otros aran ahora el lado derecho. Recordemos que Podemos obtuvo setenta y un diputados en las elecciones generales de diciembre de 2015. A ver si Vox los supera.

«La historia no se repite, pero rima», dijo una vez Mark Twain. La historia no se repite pero puede trazar círculos en espiral, escribió el historiador británico Arnold Toynbee, que creía en la fuerza de las «minorías creativas», las minorías que, ante una situación de crisis o declive, saben trazar un rumbo. Es un momento propicio para la visión circular de la historia. Regresa la furia autoritaria de los años treinta, sin contraparte revolucionaria. Nadie habla hoy de abolir la propiedad privada o de proceder a una socialización generalizada de los medios de producción. China no pretende imponer su modelo. Más bien ocurre lo contrario. Algunos ideólogos y agitadores de la nueva derecha están llegando a la conclusión de que Occidente solo podrá sobrevivir como polo dominante si adopta el modelo chino de partido único y gobierno fuerte. Lo ha escrito literalmente Curtis Yarvin, el arlequín del movimiento MAGA, el provocador que siempre va un poco más allá. Yarvin propone un bolchevismo blanco. Algo así plantea Peter Thiel, dueño de Palantir y gran financiador de la carrera política del vicepresidente J. D. Vance. Thiel aboga por una «monarquía corporativa», un gobierno autoritario y tecnocrático, dirigido por un consejero delegado plenipotenciario.

La actual ola autoritaria no surge del miedo a la revolución. Como muy bien dices, la revolución ha cambiado de bando. El desarrollo tecnológico revienta los marcos que generó el capitalismo multinacional al ganar la guerra fría. La gran factoría de entretenimiento y contención social, la televisión, ha sido desbordada. Algo empezó a cambiar con la extensión de internet y la aparición de los blogs. Recuerda que el Movimiento 5 Estrellas nace en Italia a partir del blog del cómico Beppe Grillo, personaje televisivo

perfectamente conocido por toda la sociedad italiana desde los años ochenta. «*Se tutti i cinesi sono socialisti, a chi rubano*?». Grillo contó este chiste en un programa dominical de la RAI en 1986, cuando el socialista Bettino Craxi, un socialista pragmático, dirigista y muy amigo de Silvio Berlusconi, era uno de los hombres fuertes del país. Lo despidieron. Aquel día, Grillo se consagró como el inconformista. El loco que dice las verdades. Veinte años después, al estallar la gran crisis económica y financiera de 2008, en pleno eclipse de Berlusconi, el gran encantador de serpientes, el gran magnate de la televisión privada, Grillo se apodera del escenario político y crea de la nada un movimiento populista que está a punto de trastocarlo todo. Es embridado por dos gobiernos de carácter tecnocrático, bendecidos por el centroizquierda que quiere encarnar el sentido común europeísta. Amortizado el cómico deslenguado, al final ganan los posfascistas, durante décadas marginados, encabezados por una tertuliana furiosa, Giorgia Meloni, que al llegar a la presidencia del Gobierno se convierte en una astuta democristiana.

Italia es un laboratorio excepcional. Italia adelanta siempre muchas cosas. No te extrañe que los alemanes de la CDU estén apostando por la derecha italiana para impulsar un nuevo orden europeo, conforme a los intereses de la industria alemana. Te has referido a este pacto. Fuiste uno de los primeros en verlo. ¿Qué mejor aliado que los industriales del norte de Italia? Francia está sumergida en un embrollo político colosal y, en España, el socialista Pedro Sánchez se niega a rendirse, emulando al doctor Juan Negrín (la historia no se repite, pero rima). Meloni cuida mucho la relación con Santiago Abascal. Quiere que Vox entre en un futuro gobierno de España. Alianza en Bruselas con Merz y un amigo suyo vicepresidente en Madrid. Nadie podrá negar que esa mujer es inteligente. Triángulo Alemania-Italia-España, a la espera de lo que ocurra en Francia y Polonia.

Fíjate en otro detalle. Meloni acaba de apoderarse de la figura de Pier Paolo Pasolini, por la cara. «Era reaccionario, como nosotros», dicen los Hermanos de Italia. El poeta, escritor y cineasta Pasolini defendía, es verdad, los valores de la sociedad precapitalista. Creía que el consumismo mataba el alma popular y conducía de nuevo a la

sociedad al fascismo. No importa. La gente del viejo MSI ha pasado tantos años en el ostracismo que ha tenido tiempo de leer a Antonio Gramsci. Consigue la hegemonía el que logra establecer un «sentido común». Todo cabe en el Partido de la Nación: ¡Pasolini al saco!

Estamos en un Nuevo Mundo regido por dinámicas viejas y a la vez novísimas. Ya lo dijo Richard Nixon en la hora de la dimisión en 1974. «La culpa es de los profesores y de los periodistas». La venganza de Nixon se materializa cincuenta años después. La pulsión *revolucionaria* viene ahora del otro lado. Cuando el autoritarismo crece, no tarda en aparecer la violencia. Lo estamos viendo en Estados Unidos. Esta es la pesadilla que hoy oprime el cerebro de no poca gente.

Quizá sea otro el futuro que nos aguarda. Una crisis larga, una prolongada sucesión de enfrentamientos, unos más violentos que otros, el lento eclipse de Europa, años de gran dureza en el Este europeo, aparición de nuevos emporios en Oriente (la gran entente Estados Unidos-Israel-Arabia Saudí, el escándalo inmobiliario de Gaza), guerras parciales y la confusión como constante tono de la vida. Si esta es la perspectiva, España, convertida en una retaguardia relativamente próspera, relativamente tranquila, puede ir perfectamente hacia una fase de encogimiento de su sistema constitucional. No me estoy refiriendo a una liquidación abrupta de las libertades democráticas. Mi pesadilla no llega tan lejos. Me refiero a una regresión lenta. Constricción. Encogimiento. Cierre. Ocho años de gobierno socialdemócrata, más o menos socialdemócrata, son hoy, en las actuales circunstancias del mundo, un ciclo largo. Por lo tanto, son muy altas las posibilidades de un cambio, en sintonía con la onda general. Un cambio que esta vez no sería una mera alternancia. Te lo diré de otra manera. Podemos estar ante el regreso de Torcuato Fernández-Miranda, que no quería llegar tan lejos como Adolfo Suárez. Oigo voces: «¡Hay que corregir parte de lo andado!».

ESTEBAN: Creo que el calor vendrá en esta época por el lado de la ideología. Resuenan otra vez las grandes palabras y los grandes conceptos, aunque sea por vías confusas. El Estados Unidos del presente, como el capitalismo en general, es una fuerza revolucionaria

que avanza muy rápido y que sabe cómo destruir lo existente para dejar paso a lo nuevo, pero que tiene muchas dificultades para estabilizar lo conquistado. Lo vimos en Oriente Medio, con Afganistán e Irak, entre otros fracasos. Las transformaciones sociales lideradas por el avance de la tecnología, la IA y las finanzas serán notables, lo que hará más complicado recomponer la sociedad. Washington dispone de los resortes que le permiten reorganizar el orden internacional, pero se hace más difícil entender cómo esa transformación conducirá hacia una arquitectura estable.

En esos instantes, la necesidad de orden se hace mayor. Hace falta una justificación política y moral para generar legitimidad. Las clases medias y las populares, que son mayoritarias en Occidente, tendrán que dar su veredicto en procesos electorales. Hay que ganárselas. Si se gira hacia el autoritarismo, sería necesaria una alianza entre las clases dirigentes revolucionarias y el pueblo, como ha ocurrido en distintos momentos de la historia, y eso no puede lograrse sin que las ideas y los valores entren en juego. Hay que estar muy pendientes de la política interna, ya que es el primer espacio de legitimidad, pero también por los cambios ideológicos que en ella se generarán.

Hay un primer aspecto relevante, el territorial. Ya que Estados Unidos ha tirado de la cuerda hacia arriba, las unidades administrativas tienden a cobrar mayores dimensiones. Hay pulsiones de reunión: las ciudades globales quieren ampliar su radio de acción, aparecen el Estado y la soberanía, las potencias medias se vuelven hacia la necesidad de alianzas para hacer frente a las dos potencias imperiales, se insiste en una Europa más unida y fuerte. El tamaño importa.

El segundo factor ideológicamente disruptor será el económico, ya que las clases medias y las obreras son las que viven la inestabilidad con mayor preocupación. Los augurios sobre los próximos tiempos, agitados por la revolución tecnológica, no son positivos. El centro de las discusiones en Davos este año no ha sido Trump, sino los efectos que causará la IA y qué se hará con las poblaciones occidentales cuando las dificultades comiencen a aparecer. El camino de salida que se propone, reubicar a la mano de obra, formarla para otras

ocupaciones o prejubilarla, fue el mismo que se empleó en la época de la globalización, y no salió bien.

Estos elementos se dan cita en sociedades occidentales que giran sociológicamente hacia la derecha. Ocurre en España. Somos un país que se ha acostumbrado a buscar soluciones individuales. En las grandes urbes domina el sentimiento aspiracional, en las pequeñas y las medianas prima la resignación y la sensación de decadencia. La pérdida de identidad y la ausencia de futuro aparecen con demasiada frecuencia. Las dos grandes figuras que se promovían como símbolos de porvenir, los emprendedores y las personas con talento adecuadamente formadas, ya no generan identificación. Sus promesas decaen por el elevado fracaso de los primeros y la rentabilidad menguante que obtienen los segundos. Las explicaciones que se dan al parón de la movilidad social cada vez se escoran más hacia los elevados impuestos y cotizaciones sociales que pagan los empresarios, las dificultades de las jóvenes generaciones a causa del agujero que provocan las pensiones de los *boomers*, la insistente regulación que imponen las administraciones, el gasto público ineficiente y la consideración de la política como un resorte fallido.

Esta situación, sin embargo, no conduce hacia el diagnóstico habitual, que subraya que las derechas ganan espacio social, sino que apunta hacia la inestabilidad, hacia esa prolongada sucesión de enfrentamientos a la que aludías. Las fuerzas trumpistas están divididas entre la aceleración del liberalismo que proponen los tecnólogos y los financieros y unas bases MAGA que aspiran a que su nivel de vida mejore y a tener trabajos con una retribución digna. Los partidos occidentales afines a Trump se ven atrapados entre la promesa de la soberanía y la defensa de la identidad nacional y la colonización de sus países por los intereses estadounidenses. En el ámbito progresista, la defensa del multilateralismo, del orden internacional, de Europa y de la democracia puede movilizar en instantes como este, pero no es más que una actualización del viejo programa de Mitterrand y de González, ese que subrayaba que no era el momento de dar nuevos fundamentos a la izquierda, sino de profundizar en Europa. Por sí mismo, ese camino de salida no resuelve

el problema del funcionamiento del mercado, el aumento del coste de la vida ni la descomposición de una sociedad desigual.

En España, como en otros países europeos, hay un riesgo serio de *latinoamericanización*. Eso significa procesos de deterioro social, clases más segregadas y una diferencia marcada entre quienes poseen y quienes les prestan servicios. Significa también posturas ideológicas más marcadas, contiendas electorales más intensas y sucias, oscilaciones más frecuentes en los gobiernos y aumento del desinterés por la política por parte de la población. Significa también tentaciones de imponer la paz social a través de la fuerza y no de la cohesión.

La insistencia en la democracia cristiana y en la socialdemocracia que ha aparecido en el texto no tiene que ver con una reivindicación del pasado, sino con una necesidad del presente. Ambas ideologías sostenían un tipo de gobierno en el que las condiciones de vida de los ciudadanos eran importantes, que creía en la necesidad de incorporar a las clases populares al bienestar y que tejía mecanismos de cohesión social. Durante más de treinta años fueron la demostración de que el capitalismo podía dotarse de contrapesos. Ahora esos contrapesos están saltando por los aires. Sin ellos, no se satisfarán las necesidades de las poblaciones ni se generará legitimidad y, mientras eso no suceda, estamos abocados al enfrentamiento interno. Democracia o autoritarismo no es un lema que se limite a un sistema político: para que la primera funcione, debe existir un aliento económico integrador y unos valores compartidos por la mayoría social.

ENRIC: Estamos también en un tiempo *hiperpolítico*. Hace unos años, bastante gente era renuente al apasionamiento político. Recuerdo 2004, cuando llegué a Madrid para escribir crónica política para *La Vanguardia*. La bronca estaba en el piso de arriba, alimentada por políticos y periodistas, después de la tragedia del 11M y el revolcón electoral del Partido Popular. La tensión iba de arriba hacia abajo, y la gente lo soportaba, más o menos, porque en términos materiales el país no iba mal. El aliento económico aún era integrador. José Luis Rodríguez Zapatero ganó holgadamente las elecciones generales de marzo de 2008 pese a todas las diatribas del diario *El Mundo* y la emisora COPE. Quince años consecutivos de crecimiento económico

propiciaban una cierta tranquilidad social, que se rompió abruptamente con la crisis económico-financiera exportada por Estados Unidos, que Zapatero no supo ver. La ira entonces cambió de dirección. Empezó a circular de abajo hacia arriba. Surgió Podemos, y Ciudadanos, el «Podemos de derechas» que reclamaba un ilustre banquero, empezó a perfilarse como alternativa al Partido Popular. Fue un tiempo muy politizado en el lado izquierdo, en el segmento más joven del lado izquierdo. Hoy el destacamento más movilizado es el segmento joven del lado derecho.

Como tú decías, «la incertidumbre y la desorientación marcan nuestra época». Del interior de esa incertidumbre surge el actual momento *hiperpolítico*, en el que todo el mundo se siente en riesgo. No es el miedo de los años treinta. Es otra cosa. Conservo en casa el acta de colectivización de la panadería de mi abuelo, Enric Juliana, en 1937. Calle de la Industria, n.º 1, el barrio de las fábricas de Badalona, prolongación del Manchester barcelonés, el Poblenou. Como es sabido, el fracaso de la rebelión militar del 18 de julio de 1936 dio paso en Cataluña a un momento revolucionario. La CNT-FAI quería abolir toda forma de propiedad privada, los comunistas eran partidarios de mantener la pequeña propiedad, y Esquerra Republicana, partido menestral, la defendía con mayor ahínco. Los *Fets de Maig* del 37, con ERC y el PSUC a un lado de la barricada, y la CNT-FAI y el POUM en la otra, obedecieron a esas tensiones. Finalmente se aprobó una ley de colectivizaciones que permitía la agrupación de pequeños negocios socializados, bajo control de la Generalitat. La FAI asesinó a algunos propietarios de panaderías en Badalona —el pan era entonces un alimento primordial— y mi abuelo estimó que lo más prudente era ofrecer la colectivización de su establecimiento, convirtiéndose en un trabajador de este, el «company Enric Juliana», según consta en el acta, rubricada por un *conseller* de la Generalitat. Como comprenderás, no le disgustó recuperar su propiedad en 1939. Mi otro abuelo, Jaume Ricart, trabajaba como ajustador en un taller metalúrgico colectivizado, fabricando material de guerra para el ejército de la República. Siempre se sintió orgulloso de su trabajo. Hubo un tiempo en que mis dos abuelos apenas se hablaban. Un día, ya mayores, los vi pasear juntos. Fui feliz. No

estamos en esas. Nadie teme hoy que le vayan a colectivizar la *startup* o la consultoría. La mayoría de la gente teme hoy perder el futuro. No llegar a fin de mes. No poder formar una familia. Ganar menos. No heredar. Decaer. Hundirse. Carecer de sentido. La súbita *hiperpolitización* es la reacción a todo ello. Hay mucho en juego: un capital llamado futuro. Y, en ese combate, lo que ocurra en la escena internacional va a ser determinante. Solo un dirigente político español parece no haberlo entendido, se llama Alberto Núñez Feijóo. Quizá lo ha entendido perfectamente y considera que es mejor no meterse, por ahora, en ese avispero. «Haga usted como yo y no se meta en política internacional», parece decirnos.

ESTEBAN: Feijóo ocupa una posición peculiar. Es el líder del partido que obtuvo más votos en las últimas elecciones generales y, por tanto, el principal aspirante al gobierno, pero el eje ideológico de la política nacional lo fijan Sánchez y Abascal. Sánchez es favorable a la inmigración, apuesta por las energías renovables, quiere mantener el multilateralismo, aboga por más Europa, quiere más acuerdos de libre comercio. Abascal va en la dirección contraria: nada de inmigración, Europa de los Estados, vínculo con Washington, nada de energías renovables, etcétera. Las posiciones ideológicas del PP oscilan entre esos dos puntos de referencia: inmigración sí, pero; energías renovables, sí, pero; acuerdos de libre comercio sí, pero; Trump no, pero. Los populares se mueven como un péndulo que a veces se acerca a las posiciones de Sánchez y otras a las de Abascal. Hay una contienda político-electoral entre el PSOE y el PP, y otra ideológica entre Sánchez y Abascal. Esa divergencia condiciona notablemente la lucha política nacional.

La relación de oposición y alianza entre PP y Vox se adentrará en un terreno espinoso en los próximos meses, siempre y cuando no haya sorpresas en forma de adelanto de elecciones generales. Los resultados del ciclo electoral autonómico, y especialmente los que dictaminen las urnas andaluzas, serán importantes en esa relación. Si se confirma la tendencia que lleva a los populares a depender de Vox para gobernar en las autonomías, y si Moreno Bonilla necesita a los de Abascal para llegar al Palacio de San Telmo, Vox tendrá que tomar una decisión:

entrar en los gobiernos o permanecer como actor político extrasistema. La segunda opción podría ser más favorable desde el punto de vista electoral, ya que permitiría concurrir a las elecciones generales como la formación que se enfrenta al bipartidismo, lo que ayudaría a canalizar el descontento *antiestablishment*. Cogobernar otorga ventajas institucionales, teje un frente común respecto de Sánchez y de sus socios y establece una línea de colaboración que puede animar al votante de la derecha a dar el salto a Vox sin temores.

Vox está optando ya por cogobernar allí donde le sea posible. El PP está dividido entre los barones que no quieren tener a Vox en su ejecutivo y los que preferirían no tenerlo, pero entienden que la alianza no genera muchas fricciones. Prohens, López Miras, Pérez Llorca e incluso Azcón pertenecen a los segundos. Díaz Ayuso y Moreno Bonilla forman parte de los primeros, y son los dos barones con más poder. Y ahí reside la mayor motivación de Vox para estar presente en los gobiernos: en la medida en que esas alianzas funcionen sin demasiadas tensiones, cuando llegue el momento de decidir el Gobierno español, tendrán mucho camino recorrido, porque esos barones apoyarán el cogobierno con Vox. Hay que hacer una precisión importante. Vox es un partido que cree en su ideología y que está trabajando mucho en el terreno internacional. Desde luego en América Latina, pero también en Europa. El propósito central de las derechas populistas y extremas en la Unión Europea es separar al Partido Popular Europeo de sus socios tradicionales, los liberales y los socialdemócratas. Quieren que la nueva alianza tenga lugar entre las fuerzas conservadoras y que los socialistas se queden sin influencia. España forma parte de esa intención. En la calle Bambú temen que los resultados de las generales hagan posible un gobierno PP-Vox, pero que, con un PSOE derrotado y un Sánchez de salida, los socialistas decidan abstenerse para facilitar el gobierno de Feijóo (eso que facciones menores del PSOE están intentando ya), y están preocupados por que se produzca una llamada desde Bruselas que empuje en esa dirección. Creen que hay que dar un giro ideológico a España y a Europa y que la fórmula pasa por una entente entre las derechas. Es una posición arriesgada para Vox, porque el partido

pequeño en los gobiernos suele llevar las de perder a medio plazo, pero el objetivo les importa mucho y creen que el tiempo corre a su favor.

Las próximas generales también supondrán un punto de inflexión para las izquierdas. El eje político español ha vivido un deslizamiento en los últimos años. La derecha y la izquierda contaban con un nivel de apoyo similar y se repartían los gobiernos: la era del bipartidismo. Si no había mayorías absolutas, los nacionalistas resolvían. Sin embargo, ese equilibrio varió y el lado progresista fue perdiendo apoyo, que se compensó con el aporte del voto nacionalista; la opción plurinacional, aquello en lo que tanto insistió Jaime Miquel. Pero esa complicidad se está rompiendo, en la medida en que Junts está marcando mayor distancia y el PNV está cada vez más incómodo. Ha aparecido Aliança Catalana, los vientos de época soplan en otra dirección. De modo que Sánchez debe afrontar una doble debilidad, la de su gobierno y la de su alianza electoral. Si se comienza a percibir que el PSOE no tendrá opciones de continuar en el gobierno, las partes de ese bloque se irán separando. Ya hemos visto las primeras señales. El presidente recurre, como factor de reunión, a una baza que utilizará de forma recurrente: Trump y el avance de las derechas soberanistas, y su alianza en España. La democracia contra el autoritarismo, de nuevo, Europa contra Estados Unidos. Es una propuesta que tiende a cohesionar al bloque plurinacional, ya que del otro lado está la alianza PP-Vox, pero no basta. Hay aspectos que circulan de fondo y que son muy importantes electoralmente. Los hemos comentado ya: la sensación de que el sistema está deshilachado y de que el funcionamiento de las estructuras estatales es muy deficiente no solo puede favorecer a Vox, sino que impulsa el regreso del voto a opciones territoriales, que piensan que el refugio en su región será la mejor vía de protección.

Los progresistas necesitan más que la alianza plurinacional a favor de la democracia. Es algo de lo que deberían tomar nota antes de las elecciones generales, pero es complicado que eso ocurra. El marco de la lucha contra el autoritarismo y a favor de Europa domina tanto en los socialistas como en los partidos a su izquierda. Hay graduación en sus propuestas, unos aspiran a construir una Europa unida; otros, a

que se cierren las bases estadounidenses en España. Pero los nuevos tiempos exigen nuevas ideas, y la izquierda del PSOE está demasiado pendiente de sus luchas internas y de cómo resuelven sus problemas a la hora de hacer alianzas, y los socialistas demasiado atados al marco general. Con esa base, los resultados de las elecciones generales introducirán mucha tensión. Si el bloque progresista gana, puede encontrarse con un entorno europeo hostil, con exigencias económicas muy complicadas de gestionar para un gobierno de izquierdas. Si pierde, tendrá que afrontar una renovación difícil. Hasta ahora, ha ejercido como bastión de resistencia frente a la extrema derecha, pero si lo único que se ofrece es resistencia, cuando el muro cae, la esencia del proyecto desaparece y surge el vacío. ¿Están los socialistas y su izquierda capacitados para imaginar un proyecto en este Nuevo Mundo? Las señales no lo indican, ni las interiores ni las exteriores. Starmer recuperó el poder para los laboristas por el desgaste del partido conservador, pero pocos meses en el gobierno han bastado para que Farage regrese con fuerza. Los demócratas estadounidenses están todavía paralizados como partido. Aunque Nueva York les haya traído cierta esperanza, cifran su potencia en la oposición al ICE y al autoritarismo trumpista. Los vientos del Nuevo Mundo aterrizarán en España también por el lado izquierdo: solemos ser deudores de las tendencias internacionales, por lo que lo más probable es que la forma de recomposición de las izquierdas que tenga lugar en el exterior condicione a nuestros partidos.

ENRIC: Seamos claros. La izquierda tiene hoy detrás una coalición social más débil que hace unas décadas: mujeres temerosas de perder derechos, trabajadores sindicalizados, empleados públicos de nivel medio, personal de la sanidad pública, profesores, maestros, artistas, periodistas, pequeños empresarios y profesionales liberales de las tres nacionalidades que temen una nueva oleada centralista, jubilados con experiencia política, jubilados temerosos de perder protección. Es una coalición que ha sido hegemónica durante más de cuarenta años en España. Empezó a ganar fuerza durante los últimos años del franquismo, se ensanchó con el cambio democrático y se asentó con el fortalecimiento del Estado social. Hoy es notoriamente más débil y se

puede debilitar aún más. Si la izquierda pierde el Gobierno, se va a producir un vuelco orgánico en la sociedad española, no solo medible por la aritmética parlamentaria. En mayo de 2023, la izquierda ya perdió buena parte del poder territorial que había conseguido reconquistar gracias a la irrupción de Podemos en las elecciones locales de 2015. En mayo de 2023, después del desgaste provocado por la pandemia, después del estallido de la guerra de Ucrania, después de la inflación provocada por la guerra, después del pacto con Podemos y los independentistas catalanes, después del indulto a los independentistas catalanes, Pedro Sánchez y su gabinete no supieron ver lo que les venía encima: voto de castigo, el furor de la nueva época. Yolanda Díaz, entonces mimada por los medios de comunicación progresistas, dedicada a la fundación de la marca Sumar para marginar a Podemos, considerada una marca antipática e indeseable por los analistas electorales del momento, aún no ha entendido lo que pasó, creo. En las elecciones locales de mayo de 2023, se produce un movimiento de placas tectónicas. Si la izquierda pierde las próximas elecciones generales, si el PSOE se descalabra, la izquierda se va a encontrar en medio de un verdadero desierto durante años, con poca influencia cultural y mediática. No va a ser una mera alternancia.

¿Qué puede pasar en esas próximas elecciones? Mayoría electoral PP-Vox, con un fuerte peso de este último partido, si Trump no les arruina. Núñez Feijóo puede ser el próximo presidente del Gobierno, aunque el actual jefe de la oposición no entusiasme ni a los suyos. Lo hemos visto en Extremadura y Aragón. En unas elecciones, hoy gana el que mejor situado esté durante la última semana de campaña, que no es necesariamente el más simpático o el más locuaz. Feijóo perdió la oportunidad de llegar a la Moncloa durante la última semana de la campaña electoral de julio de 2023, planteada por Sánchez como salida de urgencia después del calamitoso 28 de mayo. Feijóo creyó que ya lo tenía, o le hicieron creer que ya lo tenía, y se le escapó de las manos. Desde entonces, su política está orientada a evitar que la próxima vez le ocurra lo mismo. Por ello, su prioridad es demoler al adversario. Triturarlo. No asustar más al electorado femenino y evitar que el PSC concentre todo el voto defensivo en Cataluña. Las putas

que contrataba José Luis Ábalos, antiguo número dos del PSOE, no son ahora el mejor incentivo para que las mujeres salgan en socorro de una izquierda en dificultades. Y no basta con la amnistía en Cataluña si los trenes de cercanías no funcionan. Veinte años con serios problemas en el principal medio de transporte público están irritando mucho a la gente, están removiendo las cenizas del *procés*. Cataluña puede ser la tumba de Sánchez después de haberlo encumbrado.

Mayoría PP-Vox. De ser así, se abriría verdaderamente una nueva fase en España. Un nuevo surco. Veríamos el regreso de Torcuato Fernández-Miranda, como te comentaba. Creo que antes he sido un poco críptico con esa alusión al hombre que redactó la ley de Reforma Política, una de las claves de la Transición. Torcuato Fernández-Miranda (Gijón, 1915-Londres, 1980) fue un franquista inteligente. Alférez provisional en la batalla del Ebro, se doctoró en Derecho en los años cuarenta con una tesis sobre el pecado. Hizo carrera en la Universidad de Oviedo, de la que fue rector, lo que le otorgó un puesto de procurador en las Cortes franquistas. Siguió ascendiendo y en 1969 fue elegido secretario general del Movimiento y mentor del príncipe Juan Carlos. Presidió durante unos días el Gobierno después de que ETA hiciese volar por los aires al almirante Luis Carrero Blanco, en diciembre de 1974. En esos años empieza a idear una transición de «ley a ley». Un cambio que evite la ruptura. Después de la muerte de Franco, preside las Cortes y promueve a Adolfo Suárez a la presidencia del Gobierno. Logra que las Cortes franquistas aprueben la ley de Reforma Política, sienta las bases del sistema electoral (todavía hoy vigente) y, al final, se enfada con Suárez porque cree que ha ido demasiado lejos. Considera que ha concedido demasiado a la izquierda y repudia la inclusión del término *nacionalidades* en el artículo 2 de la Constitución, cuyo texto no votó. Había sido nombrado senador vitalicio por el rey y no acudió a la votación en la Cámara Alta.

Oigo voces desde hace tiempo: «Hay que desandar parte de lo andado». Quieren endurecer la Constitución. Puesto que su reforma requiere dos tercios del Congreso —233 diputados, cifra que PP y Vox dudo que alcancen—, hay quien propone un corsé de leyes orgánicas, para las que bastaría la mayoría absoluta y el respaldo del Tribunal

Constitucional, cuya composición cambiará en los próximos años. Sería un regreso a 1976. Aunque parezca imposible, los sectores nacionalistas catalanes y vascos podrían estar dispuestos a participar en esa espiral si se les diese juego y no se les quisiese humillar. Recuerda una imagen de enero: Josu Jon Imaz, consejero delegado de Repsol, expresidente del Partido Nacionalista Vasco, exponiéndole a Donald Trump los planes de Repsol para Venezuela. El presidente de la patronal catalana Foment, Josep Sánchez Llibre, no faltaría a la cita.

La cuestión es qué ocurre con el PSOE. Los números están hechos. Si PP y Vox no suman más del 46 % de los votos, la mayoría se desplaza al otro lado. Dependerá de la movilización electoral, dependerá del momento en que se convoquen las elecciones generales, dependerá de cómo soplen los vientos del mundo en ese momento. Dependerá del grado de inflamación que Trump y sus oficiales hayan provocado en las sociedades europeas. No sé si el antitrumpismo es suficiente para detener la ola que viene. Tiendo a creer que no. La coalición social que apoya a la izquierda se ha debilitado y los acontecimientos son arrolladores. Hasta aquí puedo llegar. No soy oráculo. Suelo fallar en este tipo de pronósticos. Pero el viaje al Nuevo Mundo no podía concluir sin este pasaje. Esteban, ha sido un placer.

ESTEBAN: Lo ha sido para mí, Enric.

9 DE FEBRERO DE 2026

MOTIVOS DE UNA CONVERSACIÓN

Hace ahora cincuenta años de mis inicios como periodista. Empecé en diciembre de 1975 como corresponsal en Badalona del diario vespertino *Tele/Expres* y he dedicado unos catorce años de mi vida profesional a la información local. De joven soñaba con ser redactor de Internacional. Mientras hacía el servicio militar, en 1979, momento en el que la instrucción en los cuarteles incluía ejercicios para contener manifestaciones, escribí una carta a Manuel Moreno Mauricio, mi maestro, que pasó diecisiete años en la cárcel de Burgos por no querer rendirse, protagonista del libro *Aquí no hemos venido a estudiar*. En esa carta le explicaba mis impresiones sobre Almería —su tierra natal — y le hacía partícipe de mis ilusiones: «Algún día me gustaría ser redactor de Internacional». El veterano metalúrgico que aprendió contabilidad en la cárcel me respondió que eso requería mucho esfuerzo. Aquí hemos venido a estudiar. Formarme y poder escribir algún día sobre el mundo ha sido una de mis obsesiones durante esos cincuenta años. Todo lo que sé lo he aprendido ejerciendo el periodismo y por eso peleé por la corresponsalía en Roma cuando se presentó la oportunidad, a mediados de los años noventa. Necesitaba una ventana. Roma, *urbi et orbi*, es muy local y a la vez universal. Allí empecé a madurar. Luego vinieron veinte años de crónica política en Madrid, con repetidas incursiones en el contexto internacional de España. En abril de 2023 decidí lanzarme a la piscina, a las frías aguas del océano, con la *newsletter Penínsulas*, dedicada preferentemente al nexo entre política interior y política exterior. Recuerdo que el primer artículo de ese boletín se titulaba «Un viento que viene del norte» y se refería al fuerte giro conservador en las elecciones legislativas de Suecia y Finlandia. Me preguntaba si ese viento llegaría a España en las elecciones locales previstas para mayo de ese año. No hace falta

que recuerde cuáles fueron los resultados de esas elecciones. Un viento del norte. ¡Un vendaval helado del norte es lo que está soplando! Un vendaval que nos ha puesto a todos a estudiar la geopolítica del Ártico.

Este libro versa sobre la ventisca que nos conduce a un Nuevo Mundo. Cuando se planteó la idea, gracias al tesón de Arpa, inmediatamente pensé en Esteban Hernández, el mejor explorador y analista en la prensa española de las ideas y los furores que vienen de Estados Unidos y que hoy se extienden por toda Europa. Ha escrito libros muy interesantes. Es un periodista sólido, serio, muy preparado, constante en su línea de trabajo, poco dado al ilusionismo. Envidio su claridad conceptual. Esteban estudia y lleva años avisando de lo que viene, de lo que ya tenemos encima. En esta conversación he aprendido. Y el viento del norte sigue soplando.

ENRIC JULIANA

La historia no se cuenta sola. Pocas personas en España, y menos aún en el periodismo, han sabido traer la historia al presente político del modo en que lo hace Enric. No se refugia en la genealogía, sino que la utiliza como instrumento interpretativo; no recoge el pasado como coartada, sino que lo proyecta hacia el futuro. Enric es un periodista, pero tamwbién un intelectual y, desde luego, un explorador. Es alguien que ilumina zonas laterales del escenario y consigue que el lector repare en esos puntos oscuros que acabarán por reclamar su protagonismo. Es perfectamente consciente de la importancia de la política internacional en la nacional, una constante de la que se había hecho abstracción, como si los Pirineos sirvieran de aislante. Además, es un profesional que no deja que la preferencia se sitúe por encima de la reflexión. Siempre he creído que quien trata de analizar la realidad debe apagar, en la medida de lo posible, el interruptor de su ideología a la hora de entender el mundo; la toma de partido viene después, no antes, del análisis.

Podría afirmar que me atraía sobremanera mantener una conversación con una persona cuyos textos había seguido desde siempre, pero eso me haría parecer más joven de lo que soy y, a él, mayor. A Enric y a mí nos separan pocos años, pero son los justos para provenir de generaciones sustancialmente distintas. No era lo mismo tener veinte años en 1978 que en 1985. Enric creció en el mundo de las estructuras de partido y de la comunidad sindical, de la España que regresa a la democracia, y de esas ideas duras, típicas de la guerra fría, que se van disolviendo a partir de la Transición. Yo fui joven en un Madrid que rechazaba la política por sus tonos grisáceos, abogaba por las ideas débiles, abrazaba lo lúdico y que, como máximo, fijaba en la cultura un horizonte de liberación y autorrealización. Enric viene de la periferia de Barcelona, y de una Barcelona que terminó convirtiéndose en la periferia de Madrid D. F. Yo provengo de Madrid, pero siempre me he sentido incómodo con la

levedad, la banalidad y el utilitarismo que reinan en su centro. Por distintos motivos, nuestra mirada es periférica. Hay épocas en las que, desde la distancia, se percibe el mapa con más nitidez; en que es mejor alejarse para ver el cuadro completo, y este es uno de ellos.

Tener una conversación con Enric cuando el peso de la historia cae a plomo, la geopolítica dicta el paso, las intenciones se superponen a los análisis y el futuro aparece incierto ha sido especialmente gratificante. Espero que el lector la disfrute tanto como yo.

ESTEBAN HERNÁNDEZ


cubierta